

JACOLLION

VIAJE AL PAIS
DE LAS
BAYADERAS

DS410

.5

J3

R. C.

Viaje al país de las Bayaderas

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
NEW YORK

COLECCIÓN REGENTE

LAS COSTUMBRES

Y LAS

MUJERES DEL EXTREMO ORIENTE

VIAJE AL PAIS

DE LAS

BAYADERAS

POR

LUIS JACOLLIOT

TRADUCCIÓN DE JOSÉ OSÉS LARUMBE

Tomo I

MÉXICO

MAUCCI HERMANOS, EDITORES

PRIMERA DEL RELOJ, 1

1900

099406

15353

910
J.
DC 410
.5
J10
C68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRIMERA PARTE

SUEZ. — ADEN. — MOQA

A pesar del relato de los viajeros que nunca han abandonado su gabinete, un viaje por mar, sea cual fuere su duración, siempre es triste.

Creo tener el derecho de decirlo, porque después de llevar más de diez años surcando las aguas del mundo, de Francia á la Arabia, de la India al Japón, del Japón á la América y á las más apartadas islas de la Occceania, no he encontrado todavía un marino que ame sinceramente su profesión y que persista en navegar como no sea obligado por la necesidad de cumplir el deber ó por la de ganarse el pan.

La vida del mar es la ociosidad, la negación de sí mismo, el embrutecimiento de la inteligencia y, al cabo de algunos años, la completa incapacidad para todo aquello que no concierna al oficio.

He visto siempre á los viajeros suspirar después del arribo, al mismo día siguiente de la partida. ¡Qué queréis!... á pesar del lujo y del *comfort* de los paquetes, nada hay tan monótono como esas horas que se deslizan lentas, uniformes, al ruido de los golpes de pistón de la máquina y del embate de las olas contra los costados del buque.

Siempre la misma salida y la misma puesta de sol, el mismo limitado horizonte, tan desierto como los mismos desiertos de arena y, por toda distracción, veinticinco á treinta metros de paseo de popa á proa.

Agregad á esto las mismas caras en la mesa, en el salón, bajo la toldilla, en todas partes, tanto más molestas cuanto más desconocidas son; dos ó tres ingleses que trabajan en el trapecio sobre las escalas de á bordo ó levantan espeques á brazo tendido para

continuar desarrollando sus músculos; un melómano, que con pretexto de distraeros os hace ejecutar en el piano, hasta cansaros, á Schubert, á Mozart, á Beethoven; algunos bufones con una carga de chistes de mozo de escritorio, á quienes os agradaría arrojar por debajo de la borda desde el segundo día del embarque, y comprenderéis los gritos unánimes de júbilo con que siempre se señala la aparición de la tierra.

Partimos de Marsella un sábado á bordo del *Péluse*, de las Mensajerías marítimas, mandado por Mr. Jorret, y cinco días después nos encontrábamos en Alejandria. El mar Mediterráneo es hoy más conocido que el lago de Ginebra; pues, que diga nada en su honor y que excite mi imaginación para dar un poco de interés á una travesía que, á mis ojos, no tiene otro mérito que el de ser muy corta.

No bien hubimos anclado en el puerto cuando el buque fué rodeado por una verdadera flota de botes pequeños gobernados por malteses que venían á ofrecerse á los pasajeros para transportarles á tierra; otros iban dirigidos por egipcios musulmanes, que no desafiaban ponerse al servicio de los infieles con tal de ganar algunas piastras.

A partir de este momento, el viajero que pone su pie en Egipto debe emplear todo su talento en defender su bolsa, porque los súbditos de su muy graciosa vicemajestad el Pachá son maestros en el arte de desollar al viajero que Mahoma les envía. Escenas de este jaez ocurren á propósito de todo: si alquiláis una embarcación ó un carruaje, si tomáis un guía, si váis al baño, al hotel ó al restaurant, pedid siempre antes el precio si no queréis exponeros á pagar dos ó tres veces el valor de lo que hayáis alquilado, comprado ó consumido.

No os fiéis más del comerciante europeo que de los otros de los bazares; nuestros compatriotas en Alejandria son encantadores, de una amabilidad exquisita... Os hablan con lágrimas en los ojos de esta patria adorada que volverán á ver cuando hayan hecho su *pequeño negocio*... pero pedid antes el precio.

No teniendo, en modo alguno, intención de descansar en esta ciudad, que ya habia tenido ocasión de visitar varias veces, la misma tarde de mi llegada parti para Suez pasando por el Cairo, sin detenerme en las obligadas excursiones al lago Mæris y á las Pirámides.

Tenia prisa por hallarme fuera de lo *ya visto* y lejos de las caravanas cosmopolitas que hacian acopio de ladrillos destrozados y de trozos de granito para el adorno de todos los legendarios castillos de la vieja Inglaterra.

No habiéndose terminado aún la rotura del istmo de Suez, tomé el ferrocarril. Era yo el único francés que se encontraba en el vagón, rodeado de gente de todas las naciones: españoles que se dirigian á Manila, holandeses destinados á Batavia é ingleses que caminaban hacia todos los países; no teniendo nadie con quien entablar conversación, el recuerdo, saltando á través de los siglos pasados, me llevó á la época de los primeros dominadores de Egipto y no pude reprimir una emoción profunda viendo el vapor surcar el país de los Faraones.

Suñé en el pasado misterioso de aquella comarca, en todas aquellas generaciones extinguidas que mezclan ahora sus cenizas con el polvo de sus monumentos; en aquella antigua civilización que produjo Tebas, la de las cien puertas, Menfis y las Pirámides... Y por una asociación de ideas fácil de comprender, me preguntaba, sondeando en el porvenir, cuántos siglos todavía las naciones modernas, tan grandes por su inteligencia y sus progresos, resistirian á esa ley fatal que destruye constantemente *aquí* para edificar *allí*; que arrastra las creencias y los pueblos para dar paso á nuevas creencias, á pueblos más jóvenes; á esta ley, en fin, de la muerte fecundando la vida, que parece ser, así en el orden moral como en el material, la primera y última palabra del destino humano.

Atravesamos el Cairo á la una de la mañana. La vieja ciudad de los califas fatimitas ofrecia en aquel momento un singular espectáculo: sus casas dormían sepultadas en la más profunda obscuridad, mientras el remate de las cúpulas, cimborrios, minaretos, flechas y las medias lunas de los palacios, ciudadelas y mezquitas, centelleaban en la noche, vivamente alumbrados por los rayos de la luna que se ocultaba detrás del monte Mogathan.

El sol levante nos sorprendió en medio del desierto. Nada tan monótono como esas vastas llanuras que, formadas por una arena tenue y, por decirlo así, impalpable, son sumisas á la acción del viento que conmueve y riza su superficie como las olas de un lago.

Marchábamos con una velocidad que producía vértigos. Por aquí y por allá, algunos fellahs ó campesinos y guardavías interrumpían su rezo y sus abluciones matutinas para tirarnos sutilísimas hojas de latón sujetas al extremo de un palo; otros, agrupados cerca de sus casitas, pero sin bañarse, apenas volvían la cabeza para mirarnos al pasar; mientras que sus mujeres, repugnantes de fealdad y de suciedad, mal cubiertas con un girón de tela, preparaban fuera de sus chozas el desayuno de la familia.

Pronto la desolada llanura pareció animarse. Apercibimos largas filas de camellos y de pequeños asnos egipcios cargados de provisiones y caminando hacia el mar; á las seis nos hallábamos en la estación de Suez, si con el nombre de estación se puede honrar á un mal abrigo de tablas que la munificencia del virrey pone á disposición de los viajeros que desean vigilar sus equipajes sin exponerse á una insolación.

Desgraciados de vosotros si no habéis tenido el cuidado de pertrecharos de sólidos y fuertes baules que resistan al cuchillo de los señores encargados de cuidar de los equipajes en toda la longitud del trayecto: os exponéis demasiado á encontraros en Suez sin camisa y sin vestidos; todo saco, toda maleta de cuero, reciben numerosas *visitas*, y la hospitalidad es tan tradicional en este país, que se ejerce en perjuicio vuestro, pidiéndoos prestados vuestros pañuelos de seda y vuestra ropa de franela: dos cosas sobre las cuales el Egipto no reconoce vuestra propiedad, del mismo modo que en América no se respeta la propiedad literaria.

Y esto en virtud de los mismos principios.

El Egipto no produce pañuelos de seda ni franelas.

La América produce muy pocas obras de ingenio. Y por eso ambos países toman de otras comarcas lo que les falta.

Si el robo, sin embargo, ha sido demasiado audaz, si vuestro guardarropa ha desaparecido por completo, os dirigís á casa del cónsul, quien, generalmente, al veros entrar y sin aguardar vuestras explicaciones, os dirige la pregunta siguiente:

—¿Viene usted á deponer una querrela por robo contra los empleados subalternos del ferrocarril?

—Sí, señor cónsul.

—¿Le han dejado á usted siquiera algo?

—¡Oh! mis baules están intactos; solamente mi ma-

leta, en donde tenia todos mis efectos de uso diario, está vacía.

—Pues reciba usted mi enhorabuena. Yo, en mi primer viaje á este país, me quedé sin camisa.

—¿Y entonces... señor cónsul?

—No puede hacerse nada.

—¿Cómo nada?

—Absolutamente nada.

He conocido un cónsul, hombre de ingenio, que decía, desplegando una sonrisa finísima:

—El día en que os devuelvan en Egipto un pañuelo de seda que os hayan robado, habréis solucionado la cuestión de Oriente.

Al descender del coche fui testigo de una graciosa escena que alborozó vivamente á los que la presenciábamos: fué, como siempre, uno de nuestros buenos amigos los ingleses, quien tuvo buen cuidado de ofrecernos tal diversión. Los caballeros empleados subalternos del ferrocarril egipcio tienen un modo de obrar muy cómico. Para realizar la descarga de los bultos, se colocan tres ó cuatro en los wagones de equipajes, y, desde allí, arrojan al suelo todo lo que cae bajo sus manos: es una verdadera lluvia de baules, de cajas y de paquetes. Excuso pensar en si los objetos frágiles se resentirán de semejante tratamiento.

Uno de nuestros compañeros, inglés, según acabo de decir, no encontrando de su gusto semejante modo de obrar, intimó á los empleados del tren la orden de no tocar ninguno de los objetos que le pertenecían; aquellos, ignorando sin duda el lenguaje del *gentlemen*, le echaron encima una maleta. Nuevas reclamaciones enérgicas seguidas inmediatamente de una caja que vino á rebotar junto á las otras.

Agotados sus argumentos y no pudiendo contenerse más, nuestro hombre la emprendió á puñetazos con los empleados recalcitrantes y les echó del wagón. La policía indígena intervino entonces, y ya tomaba el asunto muy mal aspecto cuando, felizmente, algunos viajeros, conocedores de las costumbres del país, terminaron el incidente mediante la entrega de algunas monedas.

El oro: ese es el único Dios adorado en todo el Oriente; para el que posee una cantidad respetable de este metal, no hay ley, ni justicia, ni freno, ni nada que contrarreste sus más insensatos caprichos.

No hay allí pachá, ni cadí, ni un jeque, que no sea sobornable. La suma es proporcionada al rango del funcionario, al servicio que se le pide, á la injusticia que se le hace cometer; y estas ventas se tratan descaradamente, y con tanto impudor que casi siempre el público las conoce hasta en sus detalles más insignificantes.

¡Cuántas veces habré oído á un desgraciado, damnificado por una sentencia administrativa ó judicial, consolarse filosóficamente con estas palabras: «No he dado bastante».

No podría existir de otro modo un país en donde todo pertenece por derecho propio al *amo*; en donde el campesino no es más que un simple usufructuario del sol que fecunda la tierra para su trabajo; en donde el pueblo no es más que una máquina de producción destinada á proveer las más escandalosas prodigalidades y á satisfacer todos los desvarios y locuras de la autoridad más despótica que pueda haber en el mundo, autoridad que es á su vez explotada por todo lo que hay de embaucador y de perdido en Europa.

¡Triste civilización la de estos países del sol! Y lo que hay de más curioso es ver con qué admirable armonía los escritores que se ocupan de estos países se esfuerzan en poetizarlos, apartándose deliberadamente de la realidad. Es ya cosa de antemano convenida que una excursión á Oriente no debe ser sino una relación de lances siempre encantadores... Y cada cual puede despacharse á su gusto siguiendo las huellas de Lamartine y de otros escritores de la escuela romántica.

¿Se hallan en presencia de una mujer árabe cubierta de andrajos y que lleva un cántaro de agua?... Pues es Rebeca en la fuente... el tipo ardiente y apasionado que... y así hasta concluir. ¿Ven un fellah comido de insectos asquerosos y en cucullas sobre un camello? Pues ese es el hijo indómito del desierto, por lo que toca al fuego, etc., etc. Y, sin embargo, aquella mujer no es más que un sér degradado, envilecido por la esclavitud y por los placeres de su dueño... En cuanto al hijo indómito del desierto, se le maneja á latigazos... Os seguirá dos horas pidiéndoos limosna y acabará por ofreceros su mujer y su hija.

No sé, tampoco, quién ha puesto en moda los celos de los orientales. Es indudable que los altos pachás,

los beyes, los comerciantes ricos, encierran cuidadosamente á sus mujeres en los harenas; pero esa conducta no reconoce otro fundamento que la suma que les han costado; las guardan y cuidan como cuidan y guardan sus armas, sus joyas, sus caballos, y se apresuran á venderlas cuando la vejez empieza á quitarlas frescura y belleza... En cuanto al pueblo bajo, hace un tráfico infame: el tener varias hijas supone una gran riqueza para la familia.

Siento verme obligado, por el plan que llevo trazado, á atravesar el Egipto á todo vapor, porque habría de hacer sobre este país un estudio íntimo lleno de curiosas revelaciones, de hechos que aun están por referir. El verdadero Egipto está todavía por conocerse, y este trabajo no puede en manera alguna emprenderse sino bebiendo en buenas fuentes y vegetando algunos años sobre las riberas del Nilo. Tal vez tenga ocasión de intentarlo á mi regreso del extremo Oriente.

Apenas llegado á Suez, mi primer cuidado fué informarme de la salida más próxima para Aden, y supe con verdadera satisfacción que el *Cambodge*, magnífico navío que efectuaba el servicio de la Indo-China, se hacía á la mar al día siguiente á las seis de la tarde, bajo la dirección del comandante Fehene, quien cuatro años antes me había conducido á Pondichéry, y con el cual me unía una estrecha amistad.

A pesar de esta partida, más próxima de lo que yo esperaba, quedábanme todavía treinta y seis horas para discurrir por una ciudad en donde nada hay que ver, nada que admirar como no sea el más desvergonzado libertinaje. Europa rivaliza en impudor con Africa y Asia.

Aquí moriscas, nubias, mujeres de la costa de Arabia, de todas las edades, de todos los colores, apenas cubiertas con un girón de gasa transparente, os ofrecen á bajo precio sus encantos.

Allí moldavas, válaecas, italianas que por la noche cantan en lóbregos cafés, os convidan á ir á escuchar su repertorio *in patito*..., y todo esto sin velo ni recato; es el vicio en lo que tiene de más repugnante... Al lado de aquél, éste es un género de licencia hipócrita que tiene interés en no quitarse la máscara.

En Suez, como en todas las ciudades de prostitución cosmopolita, las alemanas del Norte forman casi siem-

pre las dos terceras partes de esa numerosa clase envilecida. Emigran para consagrarse especialmente á tal oficio, que parece no tener nada de deshonroso para ellas, y que no les impide soñar en Fritz, en Karl, en Hans, á los cuales entregarán, al cabo de algunos años, *un corazón sobradamente puro, puesto que siempre habrán sabido aislar metafísicamente su cuerpo de toda mancilla...* y un *capitalito* que Fritz, Karl y Hans aceptarán generalmente sin reclamar certificado de su origen.

Nada tan extraño como ver el impudor de estas rubias hijas de la Germania. (1) En tanto que las mujeres de otros países resisten difícilmente toda conversación sobre su pasado, sobre su infancia, sobre su familia, teniendo á menudo buen cuidado en ocultar su nacionalidad, Gretchen, al contrario, conserva perfectamente todos sus sentimientos, se escribe con su familia, se extasia ante los retratos que de sus hermanitos acaban de enviarla, enseña á quien las quiere ver las venerables imágenes de sus viejos padres, con los que volverá á unirse pronto á fuerza de economías... Espera que una de sus primas ó una hermanita vendrá á reemplazarla. El rincón es bueno, está bien acreditado, puede hacerse rápidamente un dotecito. A estas brandeburgesas, pomeranianas y otras, no las sube la vergüenza del corazón á los labios. Son de natural grosero, desprovistas de sentido moral; ningún dolor, ninguna gran caída las conduce allí; la mayoría de ellas desconocen las grandes pasiones del sentimiento y no las lleva á aquel horrible oficio más que el incentivo de una ganancia inmunda, pero fácil...

Los mercados públicos indígenas son de mezquina apariencia; apenas si en ellos se vende más que tabaco, pequeñas tortas de miel, dátiles y algunas miserables provisiones de boca, á las que los árabes de la costa africana, que vienen á Suez á vender pollos y granos, son muy aficionados.

Viendo estas pobres tiendas se piensa involuntariamente en los espléndidos bazares de Beyroth y de Damasco, en los de Bombay y en los de Calcuta, en donde el ámbar, el oro, la seda y la cachemira, se exhiben á montones á los ojos de los visitantes.

(1) Esta página fué escrita en 1868.—N. del A.

Al lado del viejo Suez se levanta la ciudad nueva. Yo la deseo toda la prosperidad que algunos la han predicho... ¡Ciudad árabe perdida en los desiertos ó rival de Marsella! ¿Cuál será su destino?... (1)

Cansado de corretear por las estrechas calles, á las que el sol convertía en verdaderos hornillos, vi llegar con indecible placer la hora de mi embarque. Tenía vivisimos deseos por verme en el mar y renovar mis relaciones con el amable y brillante comandante, de quien, como llevo dicho, había sido ya huésped.

Cinco días y algunas horas de navegación bastaron para conducirnos á Aden, á las puertas del Océano Indico.

Nada encuentro tan terrible como esta travesía del mar Rojo durante la estación del calor. Tanto de día como de noche falta aire para respirar, y no es raro tener que deplorar algunas veces la muerte de uno ó dos compañeros de viaje, víctimas de una insolación ó de una disentería.

Demasiado felizmente franqueamos este siniestro mar que, en el viaje anterior, había recibido en el seno de sus aguas al médico de á bordo y á una joven holandesa casada hacia seis semanas y que se dirigía á Java. Los dos murieron en pocas horas de un ataque cerebral. Siempre se toman á bordo, contra semejantes accidentes, las más prudentes medidas preventivas y se siguen los mejores consejos; así, en la mayoría de los casos, estas siniestras catástrofes sólo se deben á la imprudencia de los viajeros que afrontan, sin quitasoles ni sombreros, un sol que mata en pocos minutos.

Saliendo de Suez se encuentran á la izquierda tres palmeras que se levantan al otro costado del estrecho que en aquel paisaje forma el mar Rojo, y que indican el punto donde se hallan las fuentes de Moisés... Es allí, según la fábula bíblica, en donde con una simple vara hizo brotar el agua de una roca, etcétera... Sin querer desvirtuar en nada semejante mila-

(1) N. del T.—Obra el canal de Suez de un gran francés, Mr. Lesseps; los franceses no pensaron, cuando se efectuaban las obras, que las contingencias políticas y la influencia inglesa malbaratasen el empeño de levantar una ciudad tan populosa y rica como Marsella en las orillas del canal.

gro, que hoy proporcionaría un honrado medio de vivir á quien lo renovase, digamos que las fuentes de Moisés son tres pozos situados en medio de un pequeño oasis...

La navegación por este mar estrecho y caprichoso es de las más penosas para los oficiales que mandan los paquebots; precisa desafiar constantemente á los arrecifes y bancos de coral que se esconden disimuladamente bajo las olas. El menor desvío de la ruta de navegación puede provocar una catástrofe; así, es ya tradicional que un buen oficial no debe descansar sino de día mientras dura esta peligrosa travesía.

Todos los años dejan aquí las compañías inglesas algunos de sus buques... Ciertas costumbres británicas, después de la comida de la tarde, no deben contribuir poco á tales catástrofes.

No ocultaré que puse el pie en la tierra de Aden con un misterioso sentimiento de curiosidad. Se nos habían referido durante la travesía historias terribles acerca de los salvajes moradores de esta ciudad, y ciertamente que no nos era permitido creer que fuesen inventadas por los oficiales, al estilo de los pasajeros nerviosos que soñaban en el asesinato de Mr. Lambert, nuestro cónsul, crimen que fué acompañado de las más siniestras circunstancias. Además, Mr. Couil, el cónsul actual, nos hizo saber que quince días antes habían sido conducidos desde Aden á la fragata de guerra *Junon*, medio molidos á palos, dos jóvenes oficiales de la dotación. El incidente diplomático á que había dado lugar el suceso no estaba aún terminado.

Estos relatos enfriaron mucho los propósitos de exploración que, á tontas y á locas, habían abrigado los pasajeros; muchos renunciaron allí mismo á tal proyecto, siguiendo el consejo de los oficiales ingleses de la estación.

Por lo que á mí se refiere, como se me había confiado la misión de visitar á Aden y una parte de la costa de Arabia, me hallaba decidido á no retroceder como no fuese ante dificultades bien justificadas.

La ciudad de Aden está sometida tan sólo nominalmente á la autoridad inglesa, la cual no se ha atrevido aún á poner una guarnición. La policía, si tal nombre puede licitamente emplearse en este caso, se halla formada solamente por indígenas cuya principal ocupación es la de reunir á los habitantes para

robar, y á menudo para matar á los extranjeros á la menor discusión.

La distancia de la ciudad árabe, situada á más de dos leguas en el interior, contribuye no poco á aumentar el peligro de toda excursión que se haga sin antes adoptar las más serias precauciones.

Los ingleses no habitan, ó más bien, no se hallan estacionados dentro, sino en las orillas del mar. Allí han establecido el palacio del gobierno, el hospital y los cuarteles, que son, juntamente con el palacio del consulado de Francia y el de las Mensajerías marítimas, las únicas construcciones del país. Detrás de este grupo de casas se encuentra una media luna de rocas muy elevadas, cada una de cuyas puntas salientes se interna en el mar, aislando completamente del interior, por escarpaduras infranqueables, toda la parte comprendida en este arco de círculo.

Mucho más allá de las rocas, en una vasta llanura arenosa, se encuentra Aden; al ver esta situación es cuando se comprende que sea casi imposible recibir auxilio alguno de la autoridad militar, poco respetada por los árabes, y que, además de esto, apenas se precupa sino de guardar estos montículos rocosos, en donde ha levantado tantas fortalezas inexpugnables. Los cañones dirigen sus bocas abiertas en dirección al mar.

Por lo demás, los ingleses son francos en este punto. «Ocupamos esta playa—dicen—porque esta estación es la última en importancia para nosotros; esta es la llave de las Indias. Pero más allá de las rocas que tenéis á la vista, acaba nuestro poderío. Marchad á Aden, si lo deseáis, sorteando riesgos y peligros; nosotros no respondemos de vuestra vida».

Nos encontrábamos entonces en la época de las peregrinaciones á la Meca, y la ciudad estaba, según se decía, inundada de negros musulmanes de la inmensa tierra africana, fanáticos bastante más terribles que los árabes. Todo, pues, se confabulaba en contra nuestra aconsejándonos la prudencia. Pero el afán de aventuras, el deseo de ver con nuestros propios ojos las hordas de bárbaros, decidiéndonos á seis, entre todos los viajeros, á intentar la expedición: los otros no quisieron ó no se atrevieron á seguirnos.

—Apesuraos, señores—nos dijo el comandante del fuerte que había venido á la playa á recibir á algu-

nos amigos—porque, después de la seis de la tarde, esto es, cuando se pone el sol, no permitimos dejar abandonados á los pasajeros en medio de las rocas que nos separan de Aden. Tomamos esta precaución en interés de los visitantes, y por tanto, si queréis creerme, aplazad esa excursión para mañana; durante el día ofrecerá menos peligro; cuando menos no habréis de temer tantas sorpresas.

El buque levantaba sus áncoras al día siguiente á las diez de la mañana, para continuar su viaje á Ceylán; tal determinación, para mis cinco compañeros, que no tenían que desembarcar en Aden, equivalía al abandono completo de su proyecto. «¡Partamos!»—dijeron sin vacilar, y yo comprendí, por su prontitud en decidirse, que tendría en ellos sólido apoyo en caso de que surgiese alguna peligrosa aventura.

Pusimonos en camino á las cinco de la tarde, montados en pequeños mulos del país y armados todos con carabina y revólver.

Un negro, fogonero de á bordo, nacido en Aden, era el encargado de conducirnos, deseoso de emplear su influencia sobre sus compatriotas para evitarnos cualquier mal negocio.

Bromeando, los oficiales del *Cambodje* habíanle adornado con un cinturón rojo y un sable enmohecido; jamás he visto á un niño, á quien se regala el primer juguete, más contento que el negro. En el momento de partir le regalé un pistolete semejante á un pequeño cañón de cobre, y no pudiendo contener su satisfacción dentro de los justos límites, se puso á la cabeza del cortejo diciéndome:

—Ahora, mi capitán (todos los blancos son capitanes para los indígenas de estas costas), si el Moulah no se porta bien, yo le haré sentir el olor de la pólvora.

Habiéndole respondido que yo no conocía al personaje de quien me hablaba, supe que este Moulah era un sacerdote musulmán que gozaba de gran popularidad en Aden, y á quien el rumor público acusaba de haber representado un importante papel, pero oculto, en el asesinato de Mr. Lambert.

Al cabo de una media hora de marcha, á través de los arenales, llegamos á los fuertes ingleses. El único paso practicable para atravesar la montaña es una cortadura á pico, de treinta á cuarenta metros de al-

tura por cinco ó seis solamente de ancho, completamente erizada en el interior de cañones dispuestos en casamatas y escalonados.

Llegados al final de este desfiladero, lanzamos ávidamente una mirada á la vasta llanura que se extendía á nuestros pies, y he aquí el extraño espectáculo que se ofreció á nuestros ojos. El sol iba ocultándose á lo lejos, detrás de las montañas de Hedjar, lanzando casi horizontalmente sus rayos sobre las arenas, que parecían encendidas y de un color rojo sangre; y tan lejos como la vista podía extenderse por aquella llanura, aparecían moviéndose en todos sentidos y escarbando en la tierra bandas de chacales y de hienas, cuyos lúgubres aullidos llegaban hasta nosotros perfectamente traídos en un soplo de viento.

Después de una hora de marcha próximamente, se distinguían ya algunos centenares de casas árabes, apretadas las unas contra las otras, y que, vistas á distancia, con sus techos lisos, uniformes y blanqueados con cal, parecían sepulcros en medio del desierto.

Reflexionando que en caso de aventura peligrosa no habíamos de aguardar otro socorro que el de nuestras propias energías, no pude abstenerme de sentir algunos recelos. Seguíamos en este momento un estrecho sendero trazado en la roca, y tan abrasado por los ardores del día, que nuestros mulos, no obstante el cuerno de sus cascos, estaban desasosegados y prontos á desembarazarse de sus ginetes para sustraerse al sufrimiento que experimentaban.

A medida que avanzábamos, mis compañeros de viaje se mostraban más inquietos, y hasta sorprendí á algunos acariciando nerviosamente la culata de sus revólvers.

¿Qué hubiéramos hecho en aquel momento si hubiésemos podido prever que esta excursión, emprendida al azar y en contra de los consejos que se nos dieran, había de ser fatal para dos de los excursionistas?

Ya no era tiempo de retroceder.

El sol descendía rápidamente, y aun cuando hubiésemos querido retroceder, en nada hubiera esto cambiado nuestra situación, porque la consigna expresa de no permitir á nadie atravesar las fortificaciones después de la puesta del sol, conculca á todos igualmente. Más fácil sería levantar, como el Anfión de la

fábula mitológica, una ciudad á los acentos de la lira, que enternecer á un soldado inglés que ha recibido una consigna; os vería, á dos pasos de su garita, asesinar por los merodeadores árabes ó devorar por las hienas, sin que su paso fuera por ello ni más acelerado ni menos calmoso.

Nos encontrábamos á quinientos metros de la ciudad, cuando oímos vagos rumores que muy luego resultaron gritos roncós y guturales entremezclados con el ruido del tam-tam.

—El aguardiente ha corrido mucho — nos dijo Amondou, nuestro conductor, — el Profeta está contento de sus hijos de Aden, que han ido este año en tropel á visitarle.

—¿Cómo se entiende — le pregunté — que los musulmanes que regresan de la Meca cometan tal transgresión de los preceptos de su religión bebiendo aguardiente?

—¡Oh! mi capitán — respondió Amondou, — el aguardiente es solamente un licor de los blancos; este es el jugo fermentado del cocotero que nos importan las barcas chulahs de la costa de Malabar.

—Sí, pero Mahoma prohíbe en general toda bebida fermentada.

—Le repito que no entiende usted nada de eso. Saeb, nuestro divino profeta Mahoma, no prohíbe más que los licores blancos.

Admirábame esta argumentación casuista en favor de los compatriotas de Amondou, que son negros del todo ó cuando menos muy bronceados, y me declaraba satisfecho por este último argumento. Hubiera sido, por otra parte, completamente inútil tratar de persuadir á aquel pobre diablo de que el color no hace á la cosa, y que los musulmanes de Constantinopla eran tan blancos como nosotros, á quienes nos calificaba de infieles.

Mientras duró este coloquio franqueamos la sensible distancia que nos separaba todavía de la ciudad y llegamos á un pequeño emplazamiento inundado de árabes, nómadas, negros de origen y africanos de todas las procedencias, que gesticulaban y gritaban hasta desgañitarse como si fueran á venirse á las manos.

No era nada; tan estrepitoso vocerío y tan descompasados gestos no traspasaban los límites de una

amistosa conversación. Una opinión que es necesario ofrecer. La calma es la menor cualidad de estos pueblos.

Pintores y poetas representan á porfía al oriental como un tipo de gravedad y de dignidad... Deben hacer una visita por allá. Cada uno ha pintado ó ha descrito su cuadro con un cielo azul Prusia, el arenal rojo, un camello que camina lentamente, y un árabe acurrucado que fuma su chibuca ó larga pipa mirando deleitosamente ese cielo azul, ese arenal y ese camello.

Por costumbre, los poetas, más insaciables que sus cofrades en colores, añaden al cuadro un pozo con una Aicha cualquiera en disposición de aprovisionarse de agua; la conversación se enreda; Aicha habla el lenguaje de las vírgenes de la Biblia (que no han hablado jamás sino por boca de los profetas, esos poetas de otros tiempos); las respuestas se dan en el mismo estilo, y de ordinario el buen poeta acaba su capítulo insinuando que la morena hija del Oriente no ha sido insensible y que su interlocutor tendrá de ella un eterno recuerdo.

No sé, en verdad, lo que obliga á todas estas gentes á estrujar su cerebro para crear tipos que jamás han existido fuera de su imaginación. He habitado largos años en Oriente y en el extremo Oriente, y confieso que, no solamente no he visto nunca tales semejanzas, sino todo lo contrario: he visto con sobrada frecuencia que el hombre era allí peor que en las demás partes; que, ruin, perezoso y depravado, solo cuidaba de satisfacer sus pasiones, las más vergonzosas y las más antinaturales que imaginarse puedan. ¡Digno! ¡Majestuoso el oriental!... ¡Vamos, vamos! Cuando le veáis embosado bajo las columnas del bazar, tendido sobre el diván de un café morisco ó acurrucado en el rincón de la blanca muralla de una mezquita, bien podéis decir atrevidamente y sin el temor de emitir un juicio exagerado: «Aquí tenéis un bruto que dormita ó digiere».

El primer farsante que pasa, y para quien sirve la poesía de cualquier sitio, se extasia delante de esa gravedad, sin querer jamás dudar de lo que otros viajeros han dicho, y de los cuales se sirve á su vez para escribir, desde un punto de vista absolutamente falso, acerca de una civilización que no conoce.

¿Qué valor tiene actualmente la gran familia oriental? ¿Qué papel representa? ¿Dónde están sus invenciones? ¿Qué ha producido? Examinad á fondo esas comarcas que se llaman Egipto, Turquía Asiática, Arabia, Persia, y os desafió á que encontréis en ellas otra cosa que una infancia senil que ha llegado ya al último grado de la decrepitud. No encontraréis ni siquiera en germen, ó á título de recuerdo de más brillantes épocas, la más insignificante de esas ideas sociales y filosóficas que hacen que el hombre se diferencie de los brutos.

Ciertamente que en este cielo de Oriente siempre azul, sus flores, sus perfumes, su vegetación espléndida, provocan los ensueños de la poesía; pero sus más encantadoras producciones no llegarán á ocultar las horribles llagas morales de estas comarcas.

Pasamos sin obstáculos por enmedio de los grupos de que acabo de hablar, y en los cuales me pareció que contaba Amondou numerosos amigos; de todos lados, en efecto, oíamos gritar:

—¡Eh! Amondou, ¿no has venido á la Meca este año?

—Amondou prefiere las rupias de los blancos.

¡Qué hermoso sable tienes, Amondou!

—¿No respondes?

—¿No véis que se ha hecho capitán?

Nuestro guía, traduciéndonos todas estas interpelaciones, sonreía á todos, repartiendo á derecha é izquierda *zalemas* de bienvenida.

En el extremo de la plaza se encontraba una especie de parador público, en el cual un Parsis de Bombay, seducido por los incentivos de la ganancia, vendía á precios exageradamente altos á los raros visitantes, cerveza inglesa y algunas tortas secas. Nos dirigimos allí para descansar unos instantes.

Apenas nos instalamos en la galería del establecimiento, cuando fuimos asaltados por súplicas y ofertas de todas clases. El uno nos proponía llevarnos á un café árabe para hacernos probar el Moka. Otro quería obligarnos á visitar las cisternas. Un tercero nos ofrecía hospitalidad en su tribu; y en medio de este gentío, compuesto en su mayoría por hombres reconocidamente nómadas, á juzgar por su matiz fuertemente moreno y por su antiquísima costumbre de rodearse la cabeza y los riñones con cuerdas de

pelo de camello, se percibían algunos mercaderes de plumas de avestruz y de pequeños objetos curiosos, que conservaban en toda su pureza el tipo de los hijos de Israel. Deseando saber al punto si me engañaba, me informé de su nacionalidad.

—Son judíos—me respondió nuestro guía,—no se ocupe usted de esa gente, Saeb; esos venderían á toda su familia por algunas piastras. Ea, vosotros—dijo á los árabes—echadme fuera de aquí á esos perros.

Casi antes de que nosotros hubiéramos podido oponernos, una docena de bribones se arrojaron sobre los pobres diablos echándoles de la plaza á cordelazos entre las risotadas unánimes de la asamblea.

La situación de los judíos en Arabia, es aun más miserable de lo que fué entre nosotros durante la Edad Media; no hay en toda esta comarca un cheik, (1) como lo hizo el imán (2) de Mascate, que se atreva á perseguir al matador de uno de estos proscriptos. Los israelitas están fuera de la ley, y son necesarias toda su paciencia, toda su obstinación, toda la flexibilidad de su espinazo, para quedarse en un país en donde, á los ojos del cadí, (3) es mucho peor robar un carnero que asesinar á diez judíos.

La noche había cerrado completamente y nadie podría describir el soberbio espectáculo que ofrecía á nuestros ojos la abigarrada turbamulta que nos rodeaba, iluminada por los rayos resplandores de una gran lámpara de arcilla alimentada con grasa de carnero y suspendida entre dos columnas de la galería.

Después de haber hecho preparar antorchas para conducirnos á las cisternas, Amondou nos preguntó cuántos guías considerábamos necesarios para acompañarnos.

No dejó de asombrarnos esta pregunta y en consecuencia advertí á Amondou que no deseábamos acompañamiento alguno, puesto que él mismo, habiendo nacido en Aden, debía conocer tan bien como cualquier otro los sitios que deseaba visitásemos.

Nos encontrábamos en aquel momento rodeados de un centenar de individuos cuyo semblante no tenía nada de amenazador para nosotros.

N. del T. (1) Cheik, joque, jefe entre los árabes.

(2) Imán, sacerdote turco.

N. del T. (3) Cadí, juez entre los musulmanes.

En manera alguna debió entenderlo así Amondou, porque sin preocuparse de nuestras observaciones, resolvió de plano y ajustó á diez de aquellos para guiarnos hasta el día siguiente.

—Esta—nos dijo—es la mejor manera de asegurarse. He escogido los que en el más insignificante alboroto son los más bravos, los más terribles, y ahora nada tienen ustedes que temer de ellos; su honor está ya interesado en que nadie llegue hasta ustedes; son vuestros guías, y aunque hace un instante hubiesen ayudado voluntariamente á desvalijar á ustedes, se dejarían ahora descuartizar por defenderles.

Pusimos en camino, seguidos de nuestros guardias y de un tropel de chiquillos que chillaban y bailaban delante de nosotros á más y mejor, y con una gran linterna de navío en la mano, nuestro guía nos alumbraba y dirigía la marcha.

A la revuelta de una callejuela, los sones ruidosos de un *cutah* árabe, especie de tambor construido con una calabaza y una piel de camello, nos llevaron hacia un cobertizo alumbrado por algunas lámparas humosas. Una vez allí apercibimos una numerosa concurrencia de negros de ambos sexos, casi desnudos, entregándose, con alaridos guturales y salvajes, á esas danzas extravagantes, llenas de saltos súbitos y contorsiones, que son el acompañamiento obligado de los días de júbilo.

Era fiesta general en Aden y el aguardiente debía correr, en efecto, abundantemente, según decía Amondou.

De todas las calles adyacentes partían ruidos y gritos idénticos.

Comprendimos que en medio de este populacho, exaltado por la danza, por el calor y por las bebidas alcohólicas, nuestra salvaguardia sería, más bien que nuestras armas, nuestra conducta prudente y reservada, y que, contribuyendo todo á hacernos respetar, no podían ser éstas, en caso de conflicto, más que un escaso socorro en medio de aquel populacho tan numeroso como feroz.

Empujados por el deseo de contemplar tan singular espectáculo, entramos resueltamente en el recinto reservado al gentío que presenciaba los bailes sin moverse ni agitarse.

La n ediatamente y como por encanto, los instrumen-

tos cesaron sus roncas melodías, los negros se detuvieron, la concurrencia se puso á aullar y sus gestos parecían acusarnos de ir á turbar sus placeres... Tuvimos algunos minutos de verdadero temor, pero este se disipó pronto.

Amondou, de pie sobre un banco, arengó á sus compatriotas explicándoles que llenos de admiración por su valor, por la belleza del tinte de su rostro y por la perfección de sus danzas... habíamos ido á rendirles el homenaje de nuestra visita amistosa, y que ciertamente dejaríamos á nuestro paso señales evidentes de nuestra generosidad. Terminó su discurso anunciando que los *capitanes* ofrecían café á discreción á toda la asamblea.

A estas últimas palabras, gritos de entusiasmo estallaron por todas partes; y nuestros guías, separando la muchedumbre á puntapiés, nos condujeron solemnemente junto á un banco que, por razón de las circunstancias, había cubierto el dueño con una indiana roja.

El café circuló bien pronto con una profusión inaudita y las danzas recomenzaron con más furia. Todo el mundo bebía, excepto nosotros, y ya empezábamos á encontrar aquello algo mortificante, cuando se nos trajo una jarrita de cobre rebosando un líquido oloroso, en tazas del mismo metal.

Mis compañeros se apresuraron á probar el brebaje, y, como yo preveía, arrojaron más que de prisa lo que habían bebido.

—¡Puf!—exclamó uno de ellos.—¡Pero si esto es una infusión de polvos de carbón!

—Es moka—respondí sonriendo.

—¡Esto moka! ¿Usted bromea?

—De ningún modo; no hay otro en Aden. La ciudad de Moka, además, está á dos cortísimas jornadas de aquí.

—¿Cómo, pues, se arreglan estos salvajes para tomarlo así?

—Nada tan sencillo de comprender. En todo el Oriente el azúcar es rara; conclusión lógica: los habitantes de estas comarcas toman su café sin azúcar.

—¿Pero esta papilla?

—Escúcheme usted dos segundos. Como estos pueblos no tienen molino, ni máquinas perfeccionadas para pulverizar, infundir y colar su café, han ad-

quirido la costumbre de moler el grano de Moka entre dos piedras ó de machacarlo en un mortero, y de echar simplemente en el agua hirviendo el producto así obtenido.

—¡Qué! ¿Este es el famoso método de preparar el café que preconizaban Dumas, Gautier y *tutti quanti*?

—Precisamente. Esos caballeros declaran del mismo modo que no lo pueden soportar cuando se ha preparado de otro modo.

—Así, ¿usted cree que esos autores beben en su casa esta atroz mixtura?

—No; yo mismo estoy persuadido de que esos explotadores *de gabinete* del Oriente hubiesen echado á su cocinero á la calle si se hubiera permitido ofrecerles semejante brebaje.

—Crea usted esto que le digo: los orientales tienen la costumbre de beber su café groseramente preparado y sin azúcar, como nuestros pobres comen pan negro en vez de pan de trigo candéal. He vivido mucho tiempo en estas comarcas y siempre he visto, cualquiera que haya sido el lugar en que plantase mi tienda, que mis criados se servían de mis utensilios y me robaban el azúcar para hacer su café. A dos pasos de la Arabia, en la India, en donde la caña da el azúcar negra á vil precio para el pobre, el más infimo coolí rechazaría este lodo que los nómadas, las caravanas y el bajo pueblo, toman á falta de cosa mejor.

Así, pues, en Egipto, en la costa de Arabia y en todo el Oriente, el café es excelente, á condición de ser preparado á la europea.

Gracias á nuestras liberalidades y á nuestro respeto hacia sus costumbres, estos negros, que tan terribles nos habían parecido, nos trataron con mucha amabilidad durante las dos horas que permanecimos entre ellos. Cuando fuimos á pagar nuestro convite, vimos que la nota que se había entregado á Amondou arrojaba la insignificante suma de ocho piastras, esto es, veinte francos; con esta cantidad habíamos convidado á todo el mundo... y aun así, entendía Amondou que se nos había aplicado la tarifa de los extranjeros.

Cuando íbamos á continuar nuestras peregrinaciones, un árabe, mostrando por toda vestidura ese eterno tahali rojo que es el signo distintivo de la policía en casi todas las colonias inglesas, vino á decir-

nos que desde las ocho de la noche estaba prohibido transitar por la ciudad con armas y que nos conminaba á que nos retirásemos al parador de Parsis.

La muchedumbre acogió estas palabras con explosiones de risa ruidosas y burlonas, y una granizada de pullas cayó en seguida sobre el pobre condestable improvisado.

Comprendimos que este simulacro de autoridad, puesta por los ingleses como un maniquí destinado á atestiguar simplemente su posesión, no había sido tomado en serio por los habitantes.

Arrojamos al pobre diablo una moneda; él la recibió con la misma avidez con que un perro engulle un hueso, y para probarnos su reconocimiento se apoderó de una linterna y quiso unirse forzosamente á nuestros guías; nosotros accedimos, sin otro objeto que el de tener á sueldo al representante de la autoridad inglesa.

¿Y no es nadie ese pobre diablo que recibe algunos peniques por pasear en Aden su bastón de condestable? Dentro de quince ó veinte años, tras nuevas generaciones, será autoridad... Y ved cómo los ingleses, sin excursiones militares, sin hacer matar cada año millares de soldados, van imponiendo poco á poco su autoridad á los populachos más feroces.

Dirigíamos nuestra marcha del lado de las cisternas cuando, de repente, nuestro cortejo se detuvo bruscamente y Amondou se acercó diciéndonos rápidamente estas palabras:

—¡Allí tienen ustedes al Moulah!

Vimos avanzar gravemente á nuestro encuentro á un viejo vestido con cierta corrección, quien, después de saludarnos según el estilo oriental, poniendo la mano sobre su frente, nos convidó á una colación que había hecho preparar en su casa en honor nuestro.

Era un hombre alto y de vigorosa complexión, y que, á pesar de sus cabellos blancos, parecía encontrarse en la fuerza de su edad. A juzgar por las muestras de respeto que le prodigaba nuestro acompañamiento, debía ejercer una positiva influencia en el país. Los ingleses le pagan ricamente y se sirven de él sin confesarlo. En el mismo Aden se pretende, sin que ninguna razón fundada venga á justificar tal aseveración, que no se hallaba lejos del teatro del crimen el día en que fué asesinado nuestro infortunado cónsul Mr. Lambert.

No se conoce bien en Europa la odiosa política que este pueblo comerciante persigue en el mar de las Indias y en el extremo Oriente.

Desde que Inglaterra reina sin compartir con nadie su poderío sobre las inmensas regiones del Indostán, pone todos sus cuidados, con una previsión y una tenacidad que nada deja que desear, en impedir que ninguna otra influencia europea, y menos la de Francia, pueda establecerse en un punto cualquiera de las costas que bañan el mar Rojo y el Océano Indico.

Nada escapa á su inquieta investigación. ¿Que un buque de guerra francés viene á estacionarse sobre tal ó cual punto de los lugares que acabamos de indicar? Pues apenas ha partido cuando ya otro buque inglés viene á echar sus áncoras en el mismo paraje, para efectuar el espionaje so pretexto de un estudio hidrográfico. El almirantazgo quiere saber lo que los franceses han venido á hacer en la costa, y el informe que se envía á Londres certifica hasta la naturaleza de los regalos que pueden haber sido hechos á los cheiks, imanes y otros pequeños soberanos de las costas de la Arabia ó del Africa.

Inglaterra no retrocede ante nada con tal de asegurar la dominación de su pabellón. Si ha desautorizado en pleno parlamento los actos de un Waren Hastings, no creo en tal *mise en scène*; porque cualesquiera que sean los medios empleados, jamás han devuelto ni devolverá una pulgada de los territorios adquiridos por la espoliación, aunque el espoliador quede deshonrado.

Conviene á la gran masa de la nación inglesa, desheredada, según dicen, de toda influencia política, un vasto campo de maniobras comerciales... Esto á condición de que sufra, sin quejarse demasiado, los privilegios de la aristocracia de otra época. Así, los lores del almirantazgo tienden, con una solicitud que á nada iguala, á conservar una preponderancia marítima que asegure su preponderancia comercial...

El azar, ó como hubieran dicho los antiguos, el *inexorable fatum*, ha favorecido maravillosamente sus intereses en estos últimos tiempos... El rey Radama de Madagascar había desdenado los regalos y la amistad de la reina por aliarse con Francia... Sus ministros eran franceses... Solicitaba oficiales de nuestra

armada para formar la suya... Pero apenas había comenzado sus reformas cuando fué asesinado en una revolución de palacio... no obstante los esfuerzos del misionero inglés Elliz para... salvarle. ¿Y Mr. Lambert degollado en las costas del mar Rojo?

Mr. Lambert, oficial de infantería de marina y cónsul de Francia en Aden, había ambicionado ardentemente este puesto. Como todos sus compatriotas que han viajado por esta parte del mundo, deploraba amargamente la indiferencia con que nuestro país mira esas regiones, en las que nuestro pabellón sabía antes hacerse respetar, y la facilidad con que cerramos los ojos ante la agitación de nuestros rivales.

Indignado contra esta política astuta y mentirosa, que consiste en presentar la Francia como una nación de tercer orden ante los pueblos de Oriente y del extremo Oriente, Mr. Lambert había concebido la idea de luchar según sus fuerzas contra una política tan poco escrupulosa, y de crear en la costa de Arabia, á cualquier distancia de Aden, una factoría francesa que con el tiempo se transformase en centro de aprovisionamiento para los vapores en estos mares.

Para conseguir tales fines hacia frecuentes excursiones á las tribus; anudaba relaciones de amistad con los jefes, esforzándose principalmente en hacerles comprender que estaba en su interés atajar las usurpaciones de Inglaterra, y que no había mejor medio para llegar á este resultado que otorgar á Francia una vasta extensión de terreno en la costa del mar Rojo por una parte y en la de Omán por otra, por debajo de Aden, de modo que esta última ciudad quedase enclavada, por decirlo así, entre las que habrían de ser posesiones francesas.

La idea se abría camino poco á poco; la desconfianza árabe, que es la más obstinada que conozco, había acabado de ser vencida completamente por nuestro cónsul... cuando un día, sin que nadie hubiese podido prever semejante suceso, al regreso de una excursión, Mr. Lambert fué asesinado en su propia embarcación, á algunos metros de distancia de las playas árabes, un poco más abajo de la estación de Aden, por un puñado de nómadas fanáticos que tenían sus bolsas llenas de oro.

El dolor del comandante inglés de la estación de Aden, de quien Mr. Lambert era amigo íntimo, no

se puede comparar sino con el del misionero Ellis, que todavía no ha podido consolarse de la pérdida de su amigo Radansa. También él se apresuró, en un despacho á su gobierno, á calificar de afrentoso, como lo merecía, «este crimen estúpido cometido por algunos fanáticos árabes, sin objeto, sin otros motivos que la satisfacción de sus salvajes instintos, etc., etc.»

Se pidió á Inglaterra el castigo de los culpables; ésta contestó, con un informe de geómetra-amojonador, que el asesinato se había cometido algunos pies más allá del límite de las aguas que ocupaba y que, por tanto, nada podía hacer; pero que Francia, si así lo deseaba, era libre para perseguir por su cuenta á los culpables...

Se recogió en silencio esta burla porque en aquella ocasión nos unía una íntima alianza, y se envió á Aden una fragata de guerra. Por indicación de nuestros buenos aliados se efectuaron unas quince detenciones;... pero no se supo absolutamente nada, lo cual no fué obstáculo para ahorear á un comerciante de dátiles y á un conductor de camellos. En cuanto á los jefes ó á los que nosotros suponíamos tales, les indultó el emperador, suplicándoles no volvieran á repetir el crimen. Aún se rien de nosotros en el Poreing-Office, despacho de las colonias, en donde pasamos por la nación más fácil de engañar en asuntos coloniales.

¡Si! Pero no juraríamos nosotros que en el ministerio de negocios extranjeros de Francia no hayan comprendido que es el agente de la compañía de las Mensajerías marítimas quien hace las funciones de agente consular y el encargado expresamente de solucionar las más insignificantes cuestiones.

Estábamos bien ajenos de pensar en Moulah y en su invitación. He discurrido que algunos detalles de este crimen misterioso, que fué político en todo, no carecerían de interés para el lector. Precisame decir una palabra para concluir. Conozco mucho á un oficial superior de la marina, que, hablando de este asunto en que él actuó como juez, me decía hace algunos meses:

—Durante el interrogatorio de los supuestos culpables, sentíamos á cada paso la existencia de una mano extranjera en aquel mal negocio... y temblábamos de coraje por nuestra impotencia, porque se nos había dado formalmente la orden de abstenernos de toda investigación en asunto tan delicado...

Al aceptar la invitación de Moulah imaginé que sería fácil obtener de él algunos detalles, no precisamente sobre el oculto papel que hubiera desempeñado en este negocio, pero sí sobre los hechos públicos que acompañaron al crimen. Mis esperanzas quedaron completamente fallidas; Moulah se presentó inabordable en este punto, limitándose á ofrecernos una colación compuesta de dátiles, higos, bananas y miel de las montañas de Hedjar, la más exquisita que se pueda encontrar; luego, después de haber tomado algunas tazas de café, se ofreció á acompañarnos en nuestra visita á las cisternas.

En esta comarca arenosa, en donde jamás ha brotado una brizna de hierba, bajo este sol de fuego, la falta de agua ocasiona tormentos indecibles: los desdichados árabes no tienen, para apagar su sed, más agua que la de la lluvia, y es lo común que durante dos ó tres años no aparezca nube alguna en el horizonte.

Nada iguala entonces al sufrimiento de estas pobres gentes, obligadas á marchar sobre el lomo de sus camellos en busca del precioso líquido á más de diez leguas en el interior.

Es de ver con cuánta ansiedad se aguarda la época de los monzones que deben poner fin á todos estos males; todo se vuelve entonces rogativas públicas, ayunos y peregrinaciones.

¡Y qué desolación si estos monzones tan deseados, que dan la vida, no llegan!... No queda otro remedio que aguardar al año siguiente; la mitad de los habitantes emigran, los unos á las tierras más favorecidas por el agua, los otros á la gran tierra africana, y los que quedan viven silenciosos, con ese fanatismo musulmán que no lucha contra el destino.

Pero, entre tanto llega un día en que el sol se levanta más encendido que de costumbre, sus rayos son más insoportables, las llanuras abrasan y los granos de arena reflejan centelleantes; un viento, ligero al principio, llega del sur en ráfagas y por intervalos desiguales, el polvo ardiente se levanta, el mar ruge y se agita en su seno: es la tempestad que se avecina. Las nubes cargadas de electricidad se amontonan y dejan oír el ruido del trueno... después todo se desencadena; el mar se abalanza sobre sus orillas, el viento muge, levantando los montículos de arena. No se ve nada; la lluvia cae á torrentes ¿qué digo? aquello no es llu-

via, es un río que se despeña, una inmensa cascada que inunda la tierra. Después de algunos minutos de calma aparente, la tempestad se reproduce para durar quince días, á veces un mes, con la misma intensidad.

Las playas, no pudiendo absorber toda el agua, forman grandes lagos. Después todo cesa súbitamente, como estalló: duerme la vispera con su lluvia y con su cielo negro y despierta el nuevo día con su sol y su cielo sin nubes...

Pero la alegría anida en todos los corazones porque las cisternas están llenas, y las cisternas de Aden contienen agua para tres años...

Estas cisternas son una obra maravillosa, para la cual ha sido necesario vencer las mayores dificultades. Construidas con ladrillos, cascote y cemento, rodeadas por todos lados de arena y tierras movedizas, ofrecen tal solidez que aun datando de los primeros tiempos de la era musulmana, ninguna mella han hecho los siglos transcurridos, pareciendo capaces de resistir otros tantos.

Al salir de las cisternas, Moulah nos pidió permiso para retirarse, pues ya era muy tarde y deseaba descansar algunas horas antes de que se levantase el sol, que no debe jamás sorprender en el lecho á un buen sectario de Mahoma. Después de cambiar las obligadas zalemas, tomamos á nuestra vez el camino de la hospedería de Parsis, en donde debían habernos preparado ya algunas esterillas para descansar.

Pero estaba escrito que en aquella noche no debíamos descansar nada, porque apenas hubimos dado algunos pasos, cuando se acercó á mí Amondou, diciéndome en voz baja:

—Sería conveniente, Saeb, no abandonar la ciudad sin hacer una visita á las bailadoras...

Comprendí al instante que aludía á las sacerdotisas de Cítarea... Consulté á mis compañeros de viaje, los cuales, seducidos como yo por la curiosidad, aceptaron el ofrecimiento de nuestro guía. Y ciertamente que en esa visita debíamos encontrar materia para interesantes estudios de costumbres.

Precedidos de Amondou llegamos junto á una casa revocada de blanco, muy estrecha y de techos planos, como por regla general son todas las habitaciones en este país, pero que tenía lo que faltaba á otras; esto

es, varias ventanas en la parte exterior. Este solo dato basta á revelar en Oriente que la mujer que allí vive no está enclaustrada por su amo y que es libre.

La puerta se abrió como por encanto y nos fué fácil advertir que éramos ya aguardados. El golpe de vista que entonces se ofreció á nuestras miradas no dejaba de ofrecer ciertos atractivos.

Nos encontrábamos en una gran pieza en la planta baja, esto es, al nivel de la calle, formando un cuadrilongo, y adosados á cada uno de sus lados, sofás árabes muy bajos, pero largos; una estera de mambis maravillosamente entretejido cubría el suelo, y en los cuatro ángulos ardían, en pequeños braseros colgantes, bolas de ese polvo de carbón perfumado á las que se ha convenido en llamar «pastillas del serrallo.»

El alumbrado era deficiente, lo contrario me hubiese asombrado. En estas regiones en donde las noches de luna son más claras que nuestros días de invierno en Europa, la última cosa de que uno se preocupa es de la lámpara que para muchos es un objeto de lujo. En el centro de la habitación se encontraban agrupadas unas diez mujeres completamente negras, teniendo sobre sus rodillas diferentes instrumentos de música del país, en medio de los cuales se distinguía el obligado tam-tam, un tebuni y una guitarra, si acaso puede darse este nombre á una rueda de madera ahuecada y provista de tres cuerdas metálicas.

Al aproximarnos, todas las mujeres se levantaron automáticamente, y á una señal de un viejo árabe que parecía ser su jefe, dieron un paso adelante y se inclinaron hasta el suelo ante nosotros.

Por todo vestido llevaban una pieza de seda de la India, azul, rosa, blanca ó amarilla que, enrollándose alrededor de las caderas, se remontaba hasta el pecho para ocultar los senos y se anudaba por detrás á la cintura.

Confieso que nuestro asombro fué muy grande; esperábamos encontrar algunas criaturas envilecidas por el vicio y el abuso de los licores fuertes. Yo, por mi parte, creía que iba á sorprender uno de los secretos de esta vida crapulosa é innoble de las clases bajas de Oriente y de los que ninguna noticia exacta se tiene en Europa. Habiendo entrado con cierto disgusto y con una aprensión bien natural, nos encontramos

de repente en presencia de las más finas y bellas flores de ambas costas; de la belleza árabe y de la belleza africana.

La más joven de estas mujeres podría contar catorce años; la de más edad, unos dieciséis ó diecisiete, á lo sumo. Aunque negras y relucientes como el azabache, no tenían ninguno de los tipos característicos de la raza negra: sus cabellos eran largos y sedosos; su nariz, recta y afilada; su boca, pequeña; sus labios, finos y rosados como el coral;... sus ojos, cubiertos de largas cejas y señaladamente rasgueados, eran tan bellos que nunca mujer alguna pudiera pasar por fea en el mundo si con ellos se adornara; los pies eran pequeños y como el más exquisito modelo; en cuanto al cuerpo, en su contorno general, eran capaces de hacer palidecer de envidia á los más hermosos tipos de la estatuaria antigua.

Este retrato nada tiene de exagerado; nuestra mezquina vida europea nos hecho perder el secreto de la forma: las privaciones, el trabajo, las vigillas, el corsé, las modas, el empobrecimiento de la sangre, han hecho perder á nuestras mujeres la fuerza, la amplitud unida á la gracia y á la delicadeza en las formas, cualidades tan comunes en todo el Oriente, en donde el cuerpo de la mujer se desarrolla libremente y sin obstáculos, siguiendo las leyes de la naturaleza, y puedo afirmar sin temor á que se me desmienta seriamente, que hay pocas mujeres de trece á veinte y aun á veinticinco años, que no sean modelos acabados de belleza plástica.

Nos apresuramos á sentarnos, ó más bien, á tenderlos en los sofás. Después de las correrías de aquella noche, la fatiga comenzaba á rendirnos. A una señal del director ó amo, comenzó la danza. Nada más caprichoso, y al mismo tiempo apasionado, que aquel baile asiático.

Era algo más que la danza insípida de las Alemahs del Cairo; pero distaba mucho de acercarse á la danza de las bayaderas de la India. Nosotros éramos seis; seis mujeres se destacaron del grupo, viniendo á colocarse cada una de ellas enfrente de cada uno de nosotros, extendiendo graciosamente los brazos por debajo de la cabeza... ¡era el saludo!

A una nueva señal, los cuatro músicos agrupados en medio de la sala pusieron la sordina á sus instru-

mentos, de modo que no produjeran más que un largo murmullo cadencioso y de un efecto extraño, bastante parecido á los trémolos de orquesta, pero de más salvajes acordes.

Nadie sabría explicar el efecto de esas notas, débiles pero rápidas, brotando de los diversos instrumentos como una lluvia de sonidos misteriosos y valientes. Algunas veces, reunidos todos aquellos sonidos eran tan débiles, aunque si perceptibles, que se hubiera dicho que eran el cadente rumor de varios violines, por cuyas gruesas cuerdas apenas hubiesen resbalado los arcos.

Durante cinco minutos, cuando menos, la joven que eligiera su puesto delante de mí, quedó inclinada, inmóvil como una estatua, clavando sobre mis ojos sus grandes ojos negros, sin que el estremecimiento de uno solo de los músculos del cuerpo viniese á denunciar la vida en aquella figura.

Dirigi mis miradas hacia el lado de mis compañeros: las seis mujeres guardaban la misma postura, inmóviles y dominándonos á todos con sus atractivos.

Imagínese cualquiera una estatua antigua animada y con la edad de quince años, los pechos desnudos y palpitantes, las espaldas pulidas como el mármol negro, las caderas ampliamente desarrolladas, el talle flexible y gracioso, con una curva que la civilización y el corsé han deformado; imagínese este conjunto tan perfecto que sólo un estatuario podría soñar, apenas velado por una gasa de seda rosa... en pie, animada, la boca provocadora y medio abierta, los ojos despidiendo fuego... y, sin embargo, tan inmóvil como una estatua.

En este momento, los músicos, tocando con sus instrumentos á intervalos desiguales y más lentos cada vez, parecían arrancarles suspiros...

Yo sentía como una fascinación magnífica que me aplanaba el cerebro; y ya iba á levantarme para sacudir aquella atracción, cuando súbitamente mi bailarina volvió á echarse hacia atrás por un brusco movimiento: su hermoso cuerpo se dobló entonces insensiblemente de espaldas como para arrodillarse; los ojos levantados al cielo, los brazos ligeramente arqueados y elevados encima de la cabeza, pareció, durante algunos minutos, implorar una gracia que no se le

concedía... Las otras cinco compañeras guardaban la misma postura; aquel conjunto era magnífico; en un teatro no se hubiese presentado seguramente un cuadro de mayor corrección.

Dirigí los ojos sobre mi bailarina. Esta se aproximó á mí á pasos cortitos, desatando sus largos cabellos que, como una ola de agua, inundaron sus espaldas; se arrojó á mis pies con un aire de desolación admirablemente interpretado, juntando sus manos en ademán suplicante y tomando las más cariñosas y voluptuosas posturas.

Comenzaba á comprender la pantomima.

Después de haber ensayado el poder de sus atractivos, luego de haber intentado vencer la autoridad con el gesto y la mirada, la mujer se hacía dulce y sumisa; después de mandar, suplicaba: después de haber exigido, confesaba su derrota y lloraba. No pudiendo triunfar como señora, se hacía esclava, se convertía en mujer y ensayaba la seducción por la gracia y por la belleza.

¡Qué bien conocía el corazón humano el dueño que la había instruido, y cómo estos orientales han sabido analizar la voluptuosidad y hacer hablar á los sentidos! No tienen nada de teatral; su vida se desliza detrás de las espesas murallas blancas de sus casas; han creado las danzas para ellos, y no para el público.

Enervados por los excitantes y por los perfumes, necesitan una mujer que no baile más que para ellos, que despierte su imaginación adormecida, que sacuda su cuerpo haciendo hervir la sangre y crispas los nervios, y les sumerja en los sueños sin fin...

¿Qué harían aquí las bailarinas de la Opera, con sus piruetas y sus ejercicios gimnásticos?... ¿Qué harían bajo este cielo azul, bajo esta cálida atmósfera, en medio de estos olores ásperos y enervantes?...

Quedaos en vuestras casas, sobre las tablas de vuestros teatros, con vuestros miembros descoyuntados, con vuestras bellezas ajadas y vuestros ramilletes marchitos, Paquitas, Dolores y *tutti quanti*; nunca podréis luchar con la mujer de la naturaleza.

Como las súplicas y las posturas agitadas y voluptuosas no llegaban á enternecernos—se necesita tener un corazón de piedra para resistir tales seducciones,—los músicos entonaron una nueva melodía con un ritmo lúgubre y plañidero.

El tam-tam rodaba sordamente, interrumpido á intervalos iguales por una nota lastimera que la guitarrista obtenía punteando ligeramente una de las gruesas cuerdas metálicas de su instrumento.

Al mismo tiempo nuestras bailarinas se alejaron de nosotros, pero á pasos lentos y contenidos, llevando la mano sobre su corazón, los ojos anegados en lágrimas, los cabellos en desorden, y mostrando en sus rostros las señales de la más violenta desesperación.

Después, repentinamente, como para dejarnos un eterno remordimiento por el recuerdo de las bellezas que nuestra insensibilidad nos hacía desdeñar, se detuvieron súbitamente á un golpe prolongado de tam-tam, tomaron una postura digna y llena de majestad ofendida, y desarrollando vivamente la banda de seda que rodeaba sus caderas, se nos mostraron en todo el esplendor de su desnudez.

Se hubiera dicho que eran seis Venus de mármol negro, salidas del cincel de Praxiteles y descendidas del frontón de un templo, animadas por el soplo de algún moderno Prometeo.

Esto duró lo que un relámpago... Atando á la cintura su ligerísima vestidura, se aproximaron sonriendo y agrupándose á nuestros pies.

Una vez terminada la danza, las mujeres músicas desaparecieron.

Circuló el café en las bandejas, y el dueño de aquella casa, extremando el número de sus zalemas y genuflexiones, vino á pedirnos su salario.

Con su presencia acababa de desaparecer la poesía; no sabría yo explicar el disgusto que me inspiró aquel viejo árabe decrepito, recibiendo en sus manos, que la codicia hacía más temblorosas, la suma de nuestras ofrendas.

No contento con eso, una vez terminada su colecta nos preguntó por mediación de Amondou, temiendo, sin duda, que no conociéramos su profesión, si sus bailarinas habían hecho mella en nuestros corazones y si nos parecían lo suficientemente dignas para dejarlas nuestros pañuelos.

¿Por qué vino este innoble traficante de carne humana á turbar nuestro placer y á recordarnos que habíamos tenido delante de nosotros un puñado de muchachas conquistables?

En todas estas regiones las bailarinas son al mismo

tiempo sacerdotisas del culto consagrado á Citerea; á medida que os váis aproximando al extremo Oriente, iréis viendo cómo poco á poco desaparece el menosprecio que va ligado á esta profesión; hasta que encontréis en la India, en Trichnápoli, en Chelambrun, en Hayderabad, en Villenour, á las bayaderas de las grandes pagodas del Sud, que, honradas y estimadas, ofrecen á Dios, por todos los lados del altar en donde oficia el sacerdote, sus votos, sus cantos y sus danzas.

En el curso de este viaje tendremos ocasión para levantar, en cualquiera de los más curiosos rincones del Indostán, el velo que oculta á los ojos de los profanos las costumbres íntimas de estas vestales.

Volvamos á Aden.

No recibiendo el viejo árabe la respuesta que su pregunta había provocado, se retiró, en tanto que nuestras bailadoras nos lanzaban largas miradas, asombradas y provocadoras.

Yo no sé si en esto ven los orientales un fuerte estímulo á sus pasiones; conozco bastante su carácter y sus costumbres para estar fuertemente inclinado á creerlo así; en cuanto á mi, estas hermosísimas muchachas de formas tan puras, en todo el esplendor de una juventud que el libertinaje no había aún corrompido y envilecido, habían, antes al contrario, alejado de mi alma toda idea material para transportarme al ensueño...

Todos los tiempos fabulosos y heroicos de la India antigua, abuela de las antigüedades griega y egipcia, con sus diosas, héroes y semidioses, sus ninfas y sus bacantes, se presentaban á mis ojos; y consideraba que sin duda en el siglo del rey Viswamitra, como en la época de Pericles, los pintores y los escultores se iniciaban en el arte y en el culto de lo bello, haciendo desfilar ante sus ojos á las bailarinas de los misterios de Villenour ó de Elora, de Efeso ó de Elensia...

Yo soñaba, y este árabe repugnante y sucio vino á sacarme de la realidad.

Echamos á aquellas desgraciadas algunas monedas, que recibieron casi con tanta avaricia como su dueño, y nos dirigimos hacia la hospedería ú *hotel* de Parsis, en donde teníamos prisa de recogerlos para dar á nuestros cuerpos algún reposo después de una noche tan fértil en emociones de todas clases.

La mayoría de nuestros improvisados guías nos ha-

bían dejado á la puerta de la casa de las bailarinas, pensando que nosotros permaneceríamos allí hasta el día siguiente, y fueron á unirse á sus camaradas para beber con ellos el fruto de nuestras larguezas. Solamente dos árabes nómadas, altos y robustamente constituidos, de aspecto bastante salvaje, habían sido fieles á Amondou, tomando en serio, así lo supimos nosotros, su papel de protectores.

Los gritos, los cantos, los bailes, habían cesado por todas partes; la aurora no debía tardar en aparecer, y gracias á la frescura relativa de esta segunda parte de la noche, Aden podía disfrutar algunas horas de reposo.

Llegados al hotel de Parsis, íbamos á echarnos sobre las esterillas extendidas bajo la galería á nuestro placer, después de haber indemnizado ricamente á nuestros dos últimos compañeros, cuando vino Amondou á presentarnos una proposición en nombre de los dos árabes nómadas que tan fieles nos habían sido hasta última hora.

—Explicáte pronto—contesté á Amondou,—ya ves que nos caemos de fatiga.

—Cuando los capitanes conozcan la proposición que traigo, no tendrán muchos deseos de descansar,—respondió nuestro guía.

—Veamos la proposición.

Amondou nos dijo entonces que los dos árabes nómadas, que se llamaban Ali-ben-Osmrah y Sadah-ben-Pitir, lo que quiere decir Ali, hijo de Osmrah y Sada, hijo de Piti, agradecidos de la manera como les habíamos tratado, nos invitaban á comer con ellos un carnero asado y alcuzeuz con leche de camello bajo su tienda, que se hallaba á una hora escasa de distancia, detrás de algunas pequeñas dunas de arena que percibíamos en el horizonte. Marchando en seguida y con la ayuda de nuestras mulas, debíamos estar allí antes de levantarse el sol; y Amondou garantizaba á los que debían seguir su viaje en el *Cambodje* por el mar de las Indias, que estaríamos de regreso á la once de la mañana.

Dos de mis compañeros, holandeses, gruesos y linfáticos, aunque les instamos mucho, por toda respuesta se dejaron caer en sus esteras y no fué posible contar con ellos. Los otros tres, dos de los cuales eran jóvenes españoles, uno de esos ingleses cosmopolitas

que nada rehusan, y yo, seducidos por lo extraño é imprevisto de la proposición la aceptemos, con la expresa condición de que Amondou se encargaría de conducirnos al buque antes de la hora de la partida.

En algunos segundos montamos sobre los lomos de nuestras mulas, y poniéndose los dos nómadas á la cabeza de nuestra caravana, nos lanzamos á galope por la vasta llanura arenosa que se desarrollaba delante de nosotros.

Al separarnos de los dos tranquilos holandeses que roncaban estrepitosamente bajo las galerías, un pensamiento atravesó rápido por mi espíritu: me pareció que hubiésemos hecho muy bien en imitar á los holandeses; esto fué como un relámpago, duró un segundo, y no me detuve más á reflexionar. ¿Qué teníamos que temer? Conocía demasiado el profundo respeto que los árabes guardan las leyes de la hospitalidad, para que la idea de un peligro pudiese venir á turbar mi espíritu.

En aquel instante los dos nómadas galopaban delante de nosotros, tendidos sobre sus caballos, tenían, en aquella blanca semiclaridad de la aurora, el aspecto de dos figuras extrañas y salvajes. Hubieran dejado matar á sus mujeres, á sus hijos, á su tribu entera, antes que traicionarnos, antes que llevarnos deliberadamente á un peligro cualquiera.

...Y si por ventura este peligro llegaba á presentarse, ellos serían los primeros en hacer una muralla con sus cuerpos, en dejarse matar... Eramos sus huéspedes, nos habíamos confiado á su honor, era lo suficiente para considerarnos sagrados.

Tales son las costumbres y la ley sancionadas por el Corán, y que respetan todos los pueblos, todas las tribus árabes.

Puede decirse igualmente que, sin este respeto á la hospitalidad, que os acompaña por todas partes, sería tan imposible recorrer la Arabia como el centro del Africa.

No teníamos, pues, que temer mucho en esta excursión de algunas horas en medio de una tribu nómada, presentados, como íbamos á serlo, por dos de sus hijos.

Al menos yo lo creía así. ¿Por qué podía dudar en este momento de un pensamiento fugitivo de desconfianza, al que más tarde había de dar el valor de un presentimiento?

Una media hora escasa de galope bastó para llevarnos al campamento, á donde llegamos con los primeros rayos del sol, en medio de los gritos de los asombrados muchachos, de los aullidos de algunos perros éticos y de los relinchos de los caballos árabes, que sujetos al extremo de sus traillas de pelo trenzado de camello, se pusieron á botar y caracolear como para saludar nuestra llegada.

¡Qué espléndidos animales! Habría allí cuando menos una docena que hubiesen envidiado y pagado á peso de oro las más ricas caballerizas del mundo.

Los dos nómadas habían desaparecido desde nuestra llegada bajo las tiendas.

Apenas habíamos tenido tiempo de echar pie á tierra cuando reaparecieron, precedidos del jefe del aduar, viejo de alta estatura y de agradable semblante, quien nos dirigió los saludos al uso árabe. He aquí su fórmula exacta:

—Alabanza á Dios que os ha conducido hasta aquí.

Nosotros no sabíamos qué responder, no comprendiendo bastante el árabe para sostener una de esas conversaciones simbólicas que acompañan á la mayor parte de los actos serios de la vida del desierto, cuando Amondou nos sacó de nuestro embargo dando la respuesta:

—Es él quien nos ha inspirado el pensamiento de venir á descansar bajo vuestra tienda.

—Dios ha bendecido vuestro aduar enviándole huéspedes.

—Amondou ben-Rahaman y los capitanes extranjeros te desean mil prosperidades; que puedas tú ver en torno tuyo hasta la tercera generación de tus hijos.

—Check Ghemal-ben-Metor saluda á Amondou-ben-Rahama y á los capitanes extranjeros; las tiendas de los hijos de Ali están abiertas para ellos.

Al decir esto, vino á nosotros y nos dió un apretón de manos, como para demostrarnos, sin duda, que conocía nuestras costumbres; después nos introdujo en su casa.

Nada tan sencillo como la habitación y el interior de un simple jefe nómada: una tienda en forma de cono, de lienzo grosero, ó de tela de pelo de camello, para los que pueden costearse ese lujo; algunos tapices y esteras para guarnecerla; dos ó tres yataganes,

algunos fusiles con adornos incrustados en la culata, pipas y varios vasos de cobre... Un morador de las vastas llanuras de la Arabia tiene todo cuanto le hace falta para viajar rápidamente, para descansar cuando tal cosa le plazca, para beber, comer, dormir, recrearse en la compañía de sus mujeres y para batirse perfectamente cuando llega la ocasión; cosas todas ellas que constituyen su vida desde el día en que su padre le regaló un fusil, un caballo, una tienda y una mujer, hasta el día en que se le entierra en uno cualquiera de los montículos de arena, con los pies vueltos hacia la Meca...

Vida de sueños y de contemplación, de pereza y de goces puramente físicos.

...Si se me apura, aun afirmaré que vale más que la vida de club, de círculo ó de taberna, que tanto honor alcanza entre nosotros.

Sería un disparate decir á este árabe que no ha nacido para la libertad, que no sabría andar sin que un agente de policía le fijase previamente el sitio en donde debiera poner el pie derecho y el pie izquierdo... No oye repetir, todos los días como nosotros, que cuarenta millones de hombres son demasiado bestias para resolver sus propios asuntos; él tiene la inmensidad, tiene el desierto, las vastas llanuras, los ricos alimentos; hermosas mujeres que le dan bellos hijos, tiene los mejores caballos del mundo y va derecho ante sí mismo, no oyendo nada, no pidiendo más que sol y aire... Sus antepasados llevaban ya esta existencia hace diez mil años; él no la ha cambiado nada, y sus hijos, á su vez, se guardarán muy bien de hacerlo.

Después de tomar una taza de leche de camello, que, dicho sea de paso, no tiene más ni menos de agradable que cualquiera otra, aunque un poco más espumosa, sin embargo, pedí permiso para asistir á la preparación del carnero y del alcuzcuz destinados á nuestro almuerzo. Nuestro guía acababa de prevenirme que el carnero estaba ya sacrificado y presto á asarse, que la pasta para el alcuzcuz se hallaba ya preparada, y ayudado por la curiosidad, á pesar del cansancio y del abatimiento causados por una noche de insomnio, tuve aún ánimos para sentarme junto al esclavo nubio encargado de confeccionar el plato nacional...

De la preparación del carnero nada he de decir,

porque es de las más simples. Se asa el animal siempre entero, bien sea en un horno de piedras secas recubierto de tierra mojada para tapar los intersticios, bien sea en el asador, á lo largo de la leña, ó bien á la manera de las caravanas que no encuentran más que malezas y que ponen á asar el carnero sobre dos piedras enrojadas al fuego. El nuestro fué prontamente vaciado, recogido é introducido en un pequeño horno de piedras que los nómadas encargados de este quehacer habian construido el mismo día de la instalación del aduar en aquellos parajes.

La preparación del alcuzcuz es mucho más complicada; pero debo decir que la recompensa es proporcionada al trabajo, porque si sale bien este plato, resulta verdaderamente delicioso.

Voy á dar la receta con toda la aridez del estilo culinario, porque el lector no comprendería absolutamente nada si le hiciera asistir á la grotesca conversación, entremezclada de injurias, todas árabes, cambiada entre Amondou y el cocinero nubio.

Amondou, con su carácter presuntuoso, pretendía conocer la cocina mucho mejor que su camarada de ocasión y, por su parte, el nubio expresaba el más profundo desprecio hacia los talentos de Amondou. A duras penas conseguí de nuestro guía una traducción aceptable de los procedimientos árabes para la confección del alcuzcuz.

Amondou, profundamente herido por las risas y chanzonetas con que por todas partes se acogió su receta, persistió más vivamente en declararla superior á todas las demás; y como yo tomaba notas, me suplicó en nombre de la justicia que no favoreciese á los otros en detrimento suyo, y que indicara su método en frente del de su adversario.

¿Debo decirlo?... Este último era sobradamente clásico, pues preparaba el alcuzcuz á la manera que lo hacían Abraham é Ismael, en tanto que Amondou debía á la frecuencia de su trato con los blancos la ventaja de haber introducido ciertas mejoras que hacían decir á su detractor que aquel no era el alcuzcuz de sus padres.

Puesto de buen humor por esta disputa, que amenazaba tomar las proporciones de un suceso, y en la cual conservadores y progresistas se hubieran dejado despedazar antes que abandonar una sola de sus

ideas, di término á las amenazas y á las provocaciones proponiendo el *ensayo leal* de los respectivos alcuzeques.

—¡Eso es!—dijeron los árabes que habían tomado partido por el uno ó por el otro,—que haga cada uno su plato y nosotros juzgaremos.

El nubio no consintió sino á regañadientes; le pareció que condescendía aceptando la lucha.

Amondou, al contrario, se declaró deseoso de ganar y predijo, de antemano, que todos los paladares delicados y distinguidos se proclamarían en favor de su método, más nuevo, más conforme al gusto del día que el del nubio.

Cosa extraordinaria: la base de la nutrición de todos los pueblos se compone de granos. Europa, sobre poco más ó menos, casi consume de todas las clases, llevándose la palma el trigo; América tiene debilidad por el maíz; todo el Africa central emplea el mijo y otros granos pequeños; el extremo Oriente y una parte de la Oceanía se sirven exclusivamente del arroz. Estos granos se transforman para el consumo bien sea en pan, ó en galletas, ó en pastas duras ó en papilla; solamente el arroz se come sin sufrir transformación y cocido al agua.

El alcuzeq árabe tanto es papilla como pasta consistente. No me ocuparé más que de esta última preparación, conocida solo en Arabia y reservada, aun en este mismo país, únicamente á los días de gala.

La víspera del día en que debe comerse alcuzeq en un aduar, las ancianas y los esclavos muelen el trigo en troncos de árboles cruzados para obtener una harina ligeramente granulada, aunque, á pesar de esto, bastante fina; esta harina, cernida y separada del salvado, se mezcla, para dar consistencia á la pasta, con leche de vaca ó de camello, batiéndola con una especie de espátula de palos en el tronco del árbol cruzado que ha servido para moler el grano.

El verdadero talento consiste en saber con exactitud, junto al volumen de la harina, cuál es la cantidad de leche que debe emplearse en la mezcla, porque la pasta, ó demasiado espesa ó demasiado clara, no daría sino un mal producto.

El batido de esta pasta debe durar de cinco á seis horas cuando menos, sin tregua ni reposo. Siguiendo la expresión árabe, *no se la puede dejar dormir*.

Hecho esto se divide la pasta en pequeñas bolas redondeadas con la mano, del grueso de un garbanzo pequeño ó de una bolita de jugar, según el gusto ó el capricho del preparador, y estas bolas se ponen en seguida á secar hasta la mañana del día siguiente.

Llegado el momento de emplearlas, se someten á una nueva preparación.

En el instante en que el carnero se pone al horno ó en el asador, se arrojan al agua hirviendo las bolitas de pasta de alcuzeq, en donde, según su grueso, se las deja cocer media hora ó una; después se retiran de allí para colocarlas en un plato de tierra, sobre carbonos ardiendo, donde, cubiertas de pimienta, sazonadas con un poco de pimiento y de nuez moscada, saladas á punto é inundadas de jugo del carnero asado debajo de ellas, estas deliciosas bolas acaban de cocerse, hinchándose á placer, impregnándose de jugo y dorándose bajo la acción del calor, con tal precipitación y esparciendo en torno suyo tal perfume, que, según el proverbio árabe, *los muertos resucitan*.

Es inútil agregar que el carnero, casi tostado en la superficie, aunque medio sangrando en el interior, es despedazado en largas tiras, á la moda oriental, y comido con esas succulentas bolitas de las que ya no quiero decir más. Cuando se tiene fortuna al componerlo, este plato es un verdadero poema culinario... Cierto, yo no lo confesaría á todo el mundo, pero me ha ocurrido muy á menudo en los junglares de la India ó en las orillas de las islas del estrecho de la Sonda, consagrarme con un criado, durante cinco ó seis horas, á este batido de la pasta de alcuzeq, que hacíamos cocer, según los lugares, con sustancia de carnero ó de cualquiera otra pieza de caza; y he observado—ésta será mi última confianza—que la gran *ánade brahamántica* de dorado plumaje, que se caza en las islas del Ganges, entre Agra y Benarés, es el animal que comunica á la albondiguilla árabe la fragancia más delicada y olorosa.

Dos palabras más acerca del método de preparación preconizado por Amondou. Quedé muy asombrado de que la discusión se entablara sobre el aderezo del alcuzeq cuando vi que el método de nuestro guía sólo difería del método del nubio en algunas inapreciables modificaciones. Así, Amondou no hacía sus

albondiguillas sino por la mañana, después de haber dejado reposarse la pasta toda la noche; y en el momento de servir las, después de una acabada cocción, las rociaba con jugo de limón, según lo había visto hacer con ciertos platos á bordo de los paquebots en donde prestara sus servicios como fogonero. De común acuerdo proclamamos excelentes los dos alcuzcues en el almuerzo ofrecido por el jefe; y declaramos en seguida con imparcialidad, que la variante del limón, introducida por Amondou, no hacia más que aumentar la suculencia del plato.

Las dos partes se atribuyeron la victoria: tal es el ideal que debieran realizar todas las sentencias.

Los ingleses cortando á tajo sobre el mismo carnero; los dos españoles dando frecuentes acometidas al plato de las albondiguillas, que tragaban como si fuesen macarrones; yo, compartiendo cuerdamente mi admiración entre unos y otros, y los árabes devorando más bien que comiendo, dimos fin en un instante al almuerzo y nos dirigimos á la tienda para tomar el café. El tiempo transcurría con rapidez y sólo nos quedaba poco más de una hora para terminar nuestra visita.

Suplicé á Amondou que no olvidase el momento de marcha y, confiando en él, dejé de luchar contra el sueño que, sobre todo después de la comida, se apoderó de mí con tal fuerza que ni siquiera podía seguir el curso de mis ideas; así, tendiéndome en uno de los divanes de la tienda, pronto quedé profundamente dormido.

En el momento en que mis ojos se entregaban á esos últimos pestañeos de los párpados, que son como la última resistencia del cuerpo antes de rendirse al cansancio, me pareció ver que los dos españoles, que habían dormido mientras duró la preparación del almuerzo, salían de la tienda con el fusil en la mano. Ocurrióme vagamente el pensamiento de que irían á tirar sobre los chacales de la llanura, y ya no me ocupé más de ellos.

No sé cuanto tiempo llevaría durmiendo cuando varios disparos hechos á algunos pasos de la tienda del jefe me despertaron sobresaltado y, en medio de un tumulto espantoso, de los gritos y alaridos de los árabes y de los relinchos de los caballos, oí la voz de Amondou dominándolo todo y que parecía haber lle-

gado al paroxismo de la cólera. Salí precipitadamente de la tienda. Veinte caballos ensillados y guarnecidos estaban prontos para la carrera. El viejo jefe del aduar, casi loco de rabia, se apresuraba á ponerse á la cabeza de sus jinetes. ¿Qué había ocurrido?

Amondou, que lloraba y gesticulaba amenazando con los puños dirigidos hacia el horizonte, me enteró en pocas palabras de que mis dos compañeros, los españoles, que se habían alejado á una distancia de dos kilómetros con la carabina á la espalda, fueron arrebatados por una partida de jinetes nómadas á la vista misma del aduar; esos jinetes habían aparecido de repente por detrás de unos montículos de arena y llegaron disparados con toda la velocidad de sus caballos; los españoles, sorprendidos, ni siquiera habían tenido tiempo de servirse de sus armas.

Los tiros que yo había oído procedían de la gente del aduar, que, en su impotencia para evitar el rapto, descargaban sus fusiles en la dirección de los raptos.

—¿Qué piensas hacer?—le dijo á Check Ghemal.

—Ya lo ves; mis jinetes están dispuestos...

—¿Sóis en número suficiente?

—Importa poco; alcanzaremos á esos hombres antes de que lleguen á su tribu.

—Pero entonces... ¿y si no tienes bastante gente para entablar la lucha?

—No habrá lucha; voy, sencillamente, á buscar al jefe de la tribu de los Mochtalah, á la que pertenecen esos bandidos, y le diré: «Tus hombres me han cogido dos de mis huéspedes», y me los devolverá.

—¿Y si se niega?

—Eso es imposible.

—Pero...

—Entonces iré á buscar al jefe de mi tribu y le diré: «Algunos infieles, fiados en mi palabra, han venido á mi campamento, han comido en mi mesa; no han ofendido á Alah, no han tratado de penetrar en la tienda de mis mujeres, no han faltado á ninguno de los deberes que tienen que cumplir los que reciben hospitalidad con las manos y las puertas abiertas. Los hombres de Mochtalah me han robado traidoramente á dos que cazaban en la llanura y se niegan á devolvermelos.

—¿Y qué responderá el jefe de la tribu?

—Contestará: «Está bien: vamos á prenderles, é iremos todos.

Estaba yo bajo la impresión de una intensísima emoción, ignorando la suerte reservada á nuestros dos compañeros. Propuse al jefe que me diera un caballo para acompañarle; entonces Amondou, que se había calmado algún tanto, declaró que obrando de este modo íbamos á hacer que asesinasen á los dos que queríamos salvar; si los bandidos se veían perseguidos, eran capaces, por temor al jefe de su tribu, de matar y sepultar entre las arenas del desierto á sus dos víctimas. Y en tal caso no había que esperar su castigo. El mismo Check Ghemal no se aventuraría. El cuerpo de un falso creyente (infel) muerto, no vale la pena, según la expresión morabita, de que un chal se lo coma.

Preguntándole á Check Ghemal lo que pensaba de la opinión de nuestro guía, el jefe del aduar inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ya lo vé usted—dijo Amondou.—Hará cuanto pueda por encontrar y devolverle sus amigos, porque son ustedes sus huéspedes; sin eso, le sería totalmente indiferente que les matasen ó no.

—Pues entonces, ¿cómo salvarles?

—¡El Moulah!—respondió simplemente nuestro guía.

—¿Cómo! ¿El Moulah, en cuya casa estuvimos anoche unos momentos, podría?...

—Una sola palabra suya...: envíe usted el mejor jinete del aduar con el mejor caballo, y pasado mañana, lo más tarde, sus compañeros habrán vuelto.

Cuando más engolfados nos encontrábamos en esta conversación, vimos de pronto salir gravemente por detrás de una tienda, montado en su mula, al último de nuestros compañeros, que sin decirnos una palabra tomó al trote ligero el camino del buque.

¿Qué le importaba á este marisco de Birmingham la suerte de las demás gentes?... No quería, por ellas, faltar á la hora de la marcha.

Que no se crea que exagero en este punto. Si alguna cosa hay que no se puede exagerar, es el egoísmo inglés.

Nosotros mismos no tardamos en tomar la dirección de Aden con toda la velocidad de nuestras mulas; el plan de Amondou nos pareció, incluso al cheick mismo, el mejor, y nos decidimos á seguirlo.

Así que llegamos á la casa del Moulach echamos pie á tierra y, como salió él mismo á recibirnos, le expusimos en seguida nuestra súplica.

En cuanto escuchó nuestras primeras palabras, nos prometió todo su apoyo: más aun, después de algunos minutos de meditación nos dijo que él mismo nos acompañaría, porque deseaba tan ansiosamente como nosotros que nuestros dos compañeros, que habían comido y bebido en su casa la noche anterior, saliesen sanos y salvos de aquella aventura.

—Pueden ustedes tranquilizarse—añadió—sobre la suerte de sus compañeros, les encontraremos fácilmente. Lo peor que pudiera ocurrirles, si sus raptos llegasen á hacernos perder su pista durante dos ó tres días, sería machacar cinco ó seis horas cada día, en los morteros de madera, la harina destinada al alcuzcuz; á menos, sin embargo, que se resistan á tal oficio. En tal caso, se mata bien pronto á un hombre.

Se decidió, á pesar de nuestra impaciencia, que no marcharíamos hasta la puesta del sol. Según la opinión del Moulach, los nómadas no tratarían de ganar sus tiendas hasta la noche, para despistar mejor toda persecución; y hubiese apostado que se encontraban ocultos con sus cautivos en cualquiera de aquellos lugares, observando por todas partes si se les perseguía. Contesté á mi nuevo amigo, disipándose mis preveniciones contra él al ver la solicitud con que se ponía á nuestro servicio, que me confiaba á su experiencia y que en esta expedición no sería otra cosa que un caballero á sus órdenes.

Después de ordenar á uno de sus criados que me preparase un baño, y luego de haber puesto su diván á mi disposición, salió con Check-Ghemal para escoger y hacer preparar los caballos que debíamos montar por la noche.

En aquel momento, un cañonazo que partió de la orilla del mar me hizo estremecer. Era el *Cambodje*, que justamente una hora antes de su marcha llamaba á bordo á todos los pasajeros. Miré al bravo muchacho que desde la vispera me servía de intérprete y guía y experimenté una verdadera tristeza al sólo pensamiento de que me veía obligado á separarme de él.

Por su parte, también él permanecía silencioso.

—¡Y bien, Amondou!—le dije.—Tienes que abandonar-me. Apenas si te queda el tiempo suficiente para

volver á bordo; dime lo que devengas por tu salario, y...

—Entonces usted me despacha, Saëb—me respondió el pobre diablo con acento quejumbroso.

—¡No! pero bien ves que no puedo detenerte.

—¿Por qué?

—¿No estás alistado como fogonero á bordo del *Cambodje*?

—Amondou no se compromete nunca sino de un puerto á otro, lo cual le permite desembarcar cuando quiere.

—Entonces ¿tendrías voluntad de quedarte conmigo?

—Tanto como usted no puede prescindir de mis servicios, Saëb. Conozco todas las costas de estos mares, y puesto que usted viaja, puedo serle de gran utilidad. Entiendo de cocina y sé curar los caballos: con eso podemos ir por todas partes.

La cuestión del salario quedó muy pronto resuelta y el excelente muchacho me juró que me seguiría hasta el fin del mundo. Por mi parte no sabría decir hasta qué punto quedé satisfecho con esta adquisición.

Para un viajero serio, cuyo objeto es el estudio y la observación de los países que visita, que así vaya á caballo, en canoa, en los lomos de un mulo ó de un camello, como en los de un elefante, ó en un coche tirado por bueyes, y que apenas se inquiete por sus comodidades, un buen criado es la cosa mejor que se conoce.

Además de que se encarga de velar por las provisiones en el campamento y en las posadas, se convierte al poco tiempo en un compañero que rompe la monotonía de la soledad, que os ilustra con sus reflexiones, siempre ingenuas y curiosas, y á menudo completamente imprevistas; hace á su manera estudios de costumbres, estudios que sabe convertir en vuestro provecho, porque, cuando, como Amondou, está familiarizado con las comarcas que atraviesa, aprendéis más con lo que sin exageración os dice como exacto y verdadero sobre las costumbres íntimas y los hábitos, que con lo que un mes de observación se os pudiera revelar. Luego os sirve de lazo de unión entre los habitantes de un pueblo que tenéis que visitar, y un cuarto de hora después de haber colocado vuestra tienda y de haberos servido vuestra comida de la tarde, arroz ó gallina cocida, comienza á cantar, corre

por todas partes, visita á los unos y á los otros, cuenta sobre vuestra persona historias que os hacen simpático, y es raro que no organice para la noche una recepción que os permita aumentar los medios de observación.

Así que los ingleses, que por la mañana nos abandonaron tan fríamente, hubieron dado á bordo, sin duda, la noticia del cautiverio de los dos españoles, el *Cambodje*, que no aplazó por eso su marcha, aunque el motivo hubiera sido más grave, levó anclas á la hora fijada. El cañonazo de despedida nos dió á entender que abandonaba la rada de Aden.

Á las cinco, el Moulah nos hizo servir una abundante comida compuesta de volátiles, carnero asado y frutas, y nos anunció que, por ciertas noticias que acababa de recibir, sabía que la tribu de los Mochtalah estaba acampada á dos jornadas, y que, por tanto, el medio más expedito de encontrar á nuestros compañeros era el de ir derechos al campamento, sin dejarnos distraer en el camino por pesquisas que pudieran ser infructuosas, y que una vez allí, él respondía de obtener del cheick que éste mismo hiciera buscar á los bandidos, obligándoles á devolver los prisioneros.

Á la hora justa en que el sol se traspone en las llanuras de arena y en que la brisa del mar refresca un poco, montamos en nuestras sillas y á paso lento atravesamos las estrechas calles de Aden en el orden siguiente: el Moulah y Check-Ghemal, á la cabeza; Amondou y yo en segunda línea; detrás de nosotros, formados de dos en dos, los veinte jinetes del aduar de Check-Ghemal.

Se cambiaron mis impresiones.

Tenía prisa por ver á mis dos jóvenes compañeros arrancados á las manos de esos nómadas, que no se habían apoderado de ellos sino para reducirlos á la esclavitud y someterles á los trabajos más duros y á veces á los más repugnantes, porque el árabe no desea esclavos sino como un medio para procurarse las mayores comodidades posibles.

La incertidumbre en que me hallaba sobre su suerte me impedía apreciar en todo su valor la situación á que el azar me había conducido.

Iba á atravesar el desierto que se extiende desde las riberas de la costa árabe hasta las montañas de Hedjaz; iba á penetrar en plena Arabia bajo las tiendas de una de esas tribus árabes que no reconocen

otro jefe supremo que Mahoma, y que responden al Imán de Mascate, que pretende ser su señor feudal y les reclama el tributo: «No podemos ofrecerte, como nuestros padres, otra cosa que el amparo de nuestros caballos».

Se pretende, pero debo confesar que yo jamás lo he presenciado, que para conservar esta apariencia de derecho feudal y consagrar el vasallaje de las tribus más poderosas, un enviado del Imán de Mascate recorre cada año las llanuras de la Arabia Feliz y la parte del desierto nominalmente sumisa al imanato, se sienta algunos minutos á la sombra del caballo de cada jefe, como para tomar posesión del impuesto ilusorio que estos pueblos consienten en otorgar, y al sentarse debe pronunciar las palabras siguientes:

—Check-Ghemal-ben-Metor: me siento á la sombra de tu caballo en el nombre del Imán de Mascate.

Y Check-Ghemal-ben-Metor, debe responder:

—Que Alah conserve al Imán de Mascate, descendiente de Mahoma.

Hecho esto, la tribu da una fiesta al enviado, quien continúa en seguida su correría, siendo recibido del mismo modo en todas partes.

Cosa curiosa y digna de notarse: parece que el enviado, aunque estuviese muriéndose de sed y de hambre, no encontraría en la tribu un vaso de leche ó un asado de carnero antes de pronunciar las palabras consagradas por la costumbre, y de que el jefe le haya respondido. Como representa al Imán, se creería en seguida en una tentativa para cambiar el tributo, por completo honorífico, y que no representa sino un homenaje, por un impuesto más serio, consistente en un censo de camellos y carneros.

Las gentes encariñadas con la casuística oriental pretenden, en efecto, que, si antes de pronunciar las palabras sancionadas por el uso, el enviado del Imán llegara á hacerse ofrecer leche y carnero asado, y los recibiese pronunciando, por ejemplo, las palabras siguientes: «Check-Ghemal-ben-Metor, acepto diez camellos semejantes al que ha producido esta leche y veinte carneros semejantes al que ha dado esta carne, en el nombre del Imán de Mascate»..., inmediatamente y por este sólo hecho, se habría impuesto á la tribu, en provecho del Imán, un censo anual de diez camellos y de veinte carneros, y, á par-

tir de ese momento, el derecho primitivo se cambiaría por otro; este tributo seguiría aumentando cada año, y en tales proporciones que la tribu llegaría á emigrar antes que pagar, ni más ni menos que en ciertas comarcas de Europa.

Lo que para mí redoblaba el valor de esta excursión en medio de los nómadas, era la circunstancia de estar exenta de peligros por hacerla en compañía de un sacerdote musulmán, cuya influencia sobre los habitantes del desierto era ciertamente bien superior á la del Imán de quien acabo de hablar, y se confirmará que la satisfacción que yo sentía era de las más legítimas, si se quiere considerar el motivo de nuestra expedición.

Apenas hubimos rebasado las últimas casas de Adén, observé que el Moulah y Check-Ghemal se ajustaban el alquicel alrededor de su talle con dos ó tres vueltas de cuerda de pelo de camello, y volviéndome me apercibí de que todos los jinetes de la escolta hacían la misma maniobra.

—¡Atención!—me dijo Amondou—y si no es usted buen jinete, sosténgase firme con las manos en su silla.

Sabido es que la delantera de las sillas árabes llega al pecho del jinete, que el respaldo es aun más elevado, lo que hace que se halle uno como encajado en la silla, y que con un poco de costumbre se pueda dormir de cualquier modo.

Apenas acababa de hacerme Amondou tal advertencia, cuando á un silbido agudo y prolongado de Check-Ghemal todos los caballos se enderezaron, y alargando el cuello bruscamente, sin transición, se lanzaron al galope. Fué aquello, durante algunos minutos, una carrera llena de encanto y de sabor imprevisos; la frescura relativa de la noche, aumentada por nuestra velocidad, venía á refrescar nuestros pulmones abrasados. El andar de nuestros caballos árabes, magníficos, de pura sangre, cuya genealogía se conserva de edad en edad en las tribus, no tenía nada de duro ni de violento; todo lo contrario, invitaba al sueño, y yo hubiese, sin duda alguna, cedido con placer á tal invitación, si las innumerables reflexiones que me agitaban y lo extraño de mi situación no me hubiesen desvelado á pesar mío.

Amondou, que no tenía las mismas razones que yo

para ahuyentar el sueño, después de asegurarse contra todo accidente reuniendo con dos ó tres vueltas de cuerda los dos costados de su silla, me pidió permiso para dormir algunas horas, cosa que le fué inmediatamente concedida.

De pronto me pareció que nuestros caballos aumentaban considerablemente su velocidad. El comienzo de su carrera no servía más que para calentarlos poco á poco. Al cabo de un instante me vi obligado á encorvarme sobre mi silla; la rapidez de nuestra carrera era tal, que recibiendo de cara el viento me parecía que por momentos iba á faltarme aire para la respiración.

Los dos árabes que corrían delante de mí y cuya blanca silueta se destacaba perfectamente en la noche, parecían que ni siquiera se ocupaban de sus monturas, que en aquel momento alcanzaban toda la velocidad de un caballo de carrera.

Marchaban delante sin cambiar una sola palabra, devorando el espacio, y nosotros les seguíamos levantando en torno nuestro nubes de polvo rojizo que á mí me subían á la garganta, y de las cuales no se cuidaban ellos absolutamente nada.

¿Cuánto iba á durar aquella carrera vertiginosa? ¿Teníamos paradas en el camino? Porque ni por un instante me cupo en la cabeza que los mismos caballos fuesen á conducirnos al lugar de destino y á semejante paso. Tales eran las cuestiones que me preocupaban y que yo no podía resolver, no habiendo viajado aún por la Arabia en semejantes condiciones.

La noche se deslizó enteramente sin detenernos un instante, sin que nuestra velocidad disminuyese en lo más mínimo; y, lo que es más extraordinario, sin que los nobles animales que nos llevaban acusasen la menor fatiga.

A la primera claridad del día, queriendo asegurarme por mí mismo del estado de mi montura, pasé la mano por la grupa, por los lados y por el cuello: su piel estaba ligeramente húmeda y fresca como la de los caballos en perfecta salud; no tenía una sola gota de sudor.

Durante la noche habíamos franqueado una de las cadenas del Hedjaz y, en lugar de la llanura arenosa, árida, se extendían delante de nosotros vastas prade-

ras, que, aunque compuestas de hierbas duras y cortas entremezcladas de ajenjo salvaje y de breñas, eran excelentes para la nutrición de los inmensos rebaños de carneros que constituyen la riqueza de esta parte de la Arabia.

Aquí y allá, algunas ramas de árboles achaparrados, rodeados de un césped más verde, indicaban la presencia de manantiales ó pozos, cerca de los cuales las caravanas ó los pastores nómadas, guardas de los rebaños de la tribu, están siempre seguros de encontrar pilones groseros donde puedan abreviar más fácilmente sus animales.

Check Ghemal y el Moulah se dirigieron hacia uno de esos bosquecillos más cerrados que los otros, en medio del cual fluía un manantial bastante abundante para satisfacer nuestros deseos, y se decidió que pasaríamos el día en aquel campamento, para evitarnos el viaje durante el calor y sobre todo para conceder un descanso á nuestros caballos que, después de haber hecho treinta leguas en menos de diez horas, parecían menos fatigados que nosotros.

En cuanto á mí, no temo confesarlo, me sentía exhausto de fuerzas y me preguntaba, con cierta aprensión, si me sería posible continuar el viaje la noche siguiente. Amondou, que acabó de despertarse, saltó á tierra tan fresco y ágil como si hubiese pasado la noche en su cama, y me aseguró que después de un buen baño y de un día de reposo, yo no sentiría ya nada.

Los caballos, desembarazados de sus sillas, fueron dejados en libertad, la cual aprovecharon inmediatamente para guadañar con los dientes la hierba del bosquecillo.

Para mí el hambre debió ceder al sueño, y me extendí sobre una manta que pareció á mis miembros fatigados tan blanda como el lecho más mullido.

Estaba escrito que mi despertar sería siempre terrible en esta salvaje comarca. En efecto, cuando abrí los ojos apercibí todos los caballos ensillados y dispuestos á continuar el camino. El sol estaba ya en el ocaso; había dormido hasta aquel momento y nadie, ni el mismo Amondou, se había atrevido á despertarme para comunicarme la siniestra noticia.

Al ver el rostro consternado de mi criado y el aire serio y enojado con que el Moulah y Check-Ghemal

me miraban, experimenté una opresión del corazón imposible de describir. Adiviné la verdad sin atreverme á creerla, y me disponía á interrogar para escapar á esa horrible ansiedad, cuando la voz grave del Moulah vino á romper tan penoso silencio.

—Los compañeros de usted han sido asesinados esta noche en uno de los numerosos desfiladeros de las montañas de Hedjaz, que hemos atravesado...

Y como el asombro y el horror me paralizaban, Check Ghemal añadió, como para explicar este odioso asesinato:

—Las armas de sus amigos de usted eran demasiado hermosas; ellos hubiesen tenido que restituirlas al mismo tiempo que los cautivos: esto es lo que ha causado su muerte. Cuando se tiene amor á la vida, no se viene á enseñar á los nómadas carabinas que matan los chacales á media hora de distancia.

—¡Qué! ¡Les habrán matado sólo por apoderarse de sus armas!

—No hay otros motivos que expliquen este acto— me respondió el Moulah, y arrastrándome por el brazo á algunos pasos de los caballos, añadió en voz más baja:

Check-Ghemal y sus hombres no vacilarían en hacer otro tanto con usted; no ha reparado usted, pues, con qué ojos miran todos su revólver y su carabina, cuyo sistema les es desconocido. Si no fuese usted su huésped, y sobre todo el mío, no atravesaría usted estas montañas por segunda vez.

—¿Con qué fin me dice usted eso, puesto que no corro peligro alguno por el momento?

—Es para hacerle comprender que no puede usted esperar el vengarse de sus amigos. Han sido nuestros huéspedes; hemos cumplido nuestro deber persiguiendo á sus raptos. Desde el momento en que han sido asesinados, ya nada hay que hacer; y no encontraría usted uno solo entre los ginetes de Check-Ghemal que consintiera dar un paso para vengar en uno de los suyos la muerte de un falso creyente; ¿qué digo vengar? se dejarían todos matar antes que permitir que usted tocara un sólo cabello de la cabeza de un nómada. Debo también decirle, y usted me comprende, porque conoce nuestras costumbres, que, dicho con verdad, no es por consideración á usted y menos á sus amigos, por lo que Check-Ghemal y su gente se

han puesto en campaña... Al violar las leyes de la hospitalidad, los jinetes nómadas habían insultado á Check-Ghemal y á todo su aduar; y es, sobre todo, para pedir reparación de esta injuria, por lo que el jefe ha montado á caballo... Los amigos de usted han muerto, se lo repito; lo mejor que puede usted hacer es regresar á Aden con nosotros, sin pedir á un árabe del desierto lo que no le concederá jamás; esto es, perseguir á uno de los suyos.

El razonamiento de Moulah no admitía réplica. Solamente le supliqué me dijera cómo había llegado á él la noticia de este espantoso suceso.

—A pesar de la confianza que yo quería comunicar á usted—me respondió,—temía mucho por la vida de sus amigos. A causa de eso mismo me reuní á usted para interponer mi autoridad en el caso de que hubiésemos llegado á tiempo hasta el jefe de los Moctalah; porque no había que soñar en obrar directamente contra los agresores: viéndose perseguidos, hubieran comenzado por sacrificar á sus prisioneros. Cerca de una hora después de haber acampado en este oasis, dos jinetes que yo envié á la descubierta condujeron á mi presencia un nómada que guardaba sus rebaños en la pendiente de la montaña y que había asistido al asesinato de los dos compañeros de usted, en ese barranco á la derecha, á dos tiros de fusil de la garganta de Hedjaz, la misma que nosotros habíamos atravesado para ganar la llanura.

—Di también la orden de salir en busca de los cadáveres, de enterrarlos en las arenas para sustraerlos de los chacales cuanto fuera posible, y de colocar algunas piedras en el sitio de su sepultura, para encontrarlos pronto, si así se deseaba.

—Todo esto se ha ejecutado y mis jinetes han traído en este saco que tiene usted aquí los vestidos de esos desgraciados, así como algunos papeles que pongo en las manos de usted. Ahora, si quiere usted crearme, debemos montar á caballo y entrar en Aden.

He visto morir á muchos amigos y parientes; pero no sé que la muerte de ninguno de ellos me haya afectado tan profundamente como el trágico fin de aquellos dos pobres jóvenes, que marchaban á Manila á ocupar un alto puesto en la administración de aquella colonia española. Amondou estaba inconsolable, se acusaba abiertamente de ser la causa de tan espantoso suceso.

—Debiera haberles acompañado cuando abandonaron la tienda de Check-Ghemal—decía á cada instante, y su cara gruesa, de aire bonachón y honrado, se inundaba de lágrimas. Yo no podía consolarle...

Check-Ghemal parecía también profundamente afectado; me alegré, porque me repugnaba compartir la opinión de Moulah sobre su conducta.

Volvimos á comenzar aquella noche la insensata y vertiginosa carrera de la víspera, y al levantarse el sol entrábamos en Aden después de treinta horas de ausencia y de haber corrido sesenta leguas sobre los mismos caballos. Según decía Check-Ghemal, aquello no merecía siquiera el nombre de carrera. Se creerá, acaso, que los árabes sean dados á la exageración cuando se habla de sus caballos; siempre lo es que un camino de cincuenta ó sesenta leguas, sin alto ni descanso, no parezca un esfuerzo á ninguno de ellos, y que harían falta muchos volúmenes para referir las leyendas sin número que corren sobre las hazañas de los caballos árabes.

Puse en manos de nuestro agente consular las ropas y los papeles de los dos desgraciados que yo no había podido salvar, y después de certificar su fallecimiento fué todo ello expedido á las autoridades de Manila.

Esta siniestra aventura modificó considerablemente mis proyectos. En lugar de ganar á Mascate por la costa árabe, amenizando mi viaje con excursiones al interior, para dirigirme después á la India por Bombay, como era mi intención cuando me hallaba á bordo, resolví, después de una corta visita á Moka, aplazar mi viaje á la Arabia y tomar el primer paquebot que se dirigiese á la isla de Ceylán.

Moka está casi á media singladura más abajo de Aden, y debo advertir al turista que la vista de esta ciudad no vale las molestias que uno se toma por verla, sobre todo en la época de los grandes calores. Techos planos, paredes blancas y sin otra abertura en ellas que la puerta, calles estrechas que hacen difícilísimo el acceso al sol; grande ó pequeña, esa es la ciudad árabe, y yo invito á cualquiera á que haga una descripción más interesante.

Moka, sin embargo, debe á su comercio de exportación del café el ser más importante que Aden. Su puerto tiene alguna animación en la época de la cosecha; pero eso dura poco y los pocos barcos chou-

llahs que duermen al sol durante siete ú ocho meses del año, no parece que están allí más que para producir un efecto del paisaje.

No trataré de asombrar á nadie diciéndole que Moka es para el café lo que la Champaña para los vinos.

El distrito de Moka no produce ni la milésima parte del café que, bajo su nombre, se consume por todo el mundo. Todos los cafés de la India, de Arabia y de Egipto, se expenden al comercio con el nombre de Moka; y debo confesar que antes de haberlo visto en el sitio mismo de su producción, el grano de este café me era enteramente desconocido. A este respecto, deseo rectificar un ligero error que, sin tener una influencia directa en los destinos de la humanidad, es una prueba más de la facilidad con que ciertos novelistas viajeros describen lo que ni siquiera se han tomado la molestia de observar en un grabado.

Si hay alguna frase hecha, es la que consiste en nombrar al café según su procedencia: el haba deliciosa de Costa-Rica, de Manila ó de Moka; ó, para variar, el grano perfumado de Rio, de Borbón ó de la Martinica.

El café no es grano ni es haba: es el núcleo de un pequeño fruto del grueso y de la forma de una cereza, que se enrojece al madurarse y que no le falta sino cierto sabor; los niños, sobre todo, hacen de él un gran consumo.

Amondou pretende que este fruto es el mejor específico contra la fiebre. Descargo sobre él toda la responsabilidad de tal opinión.

Después de veinticuatro horas de un tedio mortal, porque las distracciones que uno puede procurarse en un paseo á través de los cafés se agotan muy deprisa, tomamos el camino de Aden en la embarcación árabe que nos había conducido, y llegamos á buen puerto sin otra contrariedad que la de un retraso de cinco ó seis horas, ocasionada por un salto de viento que nos hizo dar bordadas.

Al echar pie á tierra me dirigí, trepando penosamente por las rocas, sobre las que está construido su hotel, á casa de M. Couil, nuestro cónsul, preguntándole cómo emplearía el tiempo hasta la llegada del primer paquebot.

A las primeras palabras del amable representante de nuestro país supe que el *Erymanthe*, navío de las

Mensajerías, que hacia el servicio de Ceylán á Calcuta y que habia sido enviado á Suez para reparar averías, hacia un viaje suplementario, volviendo á su puerto de partida, y era esperado en Aden al día siguiente.

Esta noticia me causó el más vivo placer. Tenia prisa en abandonar estas costas desoladas que despertaban en mí tan recientes y tan penosos recuerdos.

Al día siguiente, por la mañana, en efecto, á las siete, el *Erymanthe* fondeaba en la rada, no teniendo otra cosa que hacer que depositar la correspondencia y aprovisionarse de carbón; á las once en punto levaba anclas con dos pasajeros más, Amondou y yo, y se engolfaba á todo vapor en el mar de las Indias.

Cuando las costas de la Arabia no fueron ya más que una línea azulada confundiendo casi con las aguas del Océano, mis ojos se inundaron involuntariamente de lágrimas, y con la mano envié un último jadiós! á los que yacían bajo las dunas de arena del Hedjaz.

Al cabo de algunas horas se levantó una fuerte brisa del Este, que llevándose por delante el ardiente viento de la Arabia, que reinó una parte del día, vino á refrescar nuestros pechos abrasados. El tiempo se presentó delicioso.

Me puse á examinar á mis nuevos compañeros de viaje que, habiendo salido juntos de Marsella, tuvieron tiempo de conocerse, de formar grupos, según sus categorías, sus presuntas fortunas y sus gustos.

El Océano estaba tan tranquilo como las aguas de un lago y todo el mundo jugaba: los unos al ajedrez, á las cartas ó al chaquete; los otros á ese humilde juego del tapón, delicia de los figones, que hace furor á bordo durante las largas travesías. Algunos ingleses gimnascas se suspendían de las barras de las escaleras con esa gracia inimitable que sólo el lápiz de Cham ó de Bertall podría describir, mientras que un barbero y un maestro de armas, que se dirigían á Saigón, recitaban poesías en un francés bárbaro á una entretenida alemana que marchaba á Sava á llenar sus funciones.

Era cosa de ver cómo esta honrada joven tomaba un aire afectado, creyendo, sin duda, haber encontrado lo más selecto de la galantería parisina.

He observado que en los viajes los extranjeros to-

man casi siempre á los peluqueros franceses por príncipes encubiertos.

Diez días corrieron con esa monotonía, Interrumpida solamente de tiempo en tiempo por una bandada de peces voladores que dirigían su rumbo á la cubierta, ó por la vista de algunas marsopas que seguían la estela del navío, y á las que por entretenimiento lanzábamos los harpones, sin que la velocidad de nuestra marcha nos hubiera permitido nunca pescar alguna.

Los ingleses continuaban sus ejercicios gimnásticos; los jaques y mates del ajedrez seguían su camino; el barbero habia acabado por desalojar al profesor de esgrima del corazón de la berlina; el barbero fué á su vez derrotado por un oficial; éste tuvo que ceder el puesto á un comerciante de Burdeos, quien á su vez pasó la llave del camarote á un comprador de granos del Japón, y ya se comenzaba á contar *chiomes* entre los hombres para combatir el fastidio, cuando el grito de ¡tierra! resonó en la cofa. Pronto una faja negra de denteladas desiguales se destacó en el horizonte. Era Ceylán.

Como no podíamos entrar de noche á causa de la dificultad de los pasos, nos aproximamos todo lo posible á la costa, y al ponerse el sol, el comandante hizo anclar el buque para aguardar al día siguiente.

Yo lanzaba ávidamente mis miradas sobre las riberas de aquella isla tan ensalzada. El sol acababa de desaparecer entre las olas, obscureciendo la tierra cubierta de una vegetación cuya riqueza nadie sabría describir, con uno de esos últimos matices violados que no se ven sino en las latitudes cálidas. Solamente el pico de Adam destacaba con fuerza su masa entre las sombras... En algunos minutos ese espectáculo magnífico se borró sin gradaciones crepusculares y todo desapareció en la noche.

Es sabido que en las regiones próximas al ecuador la noche sucede al día sin que el crepúsculo pueda apreclarse.

Me quedé largo tiempo soñando apoyado en los flaretes, en aquella misteriosa y grandiosa tierra de la India, que jamás se abandona sin pena y á la que se mira siempre como á una segunda patria. Pensé en todos aquellos entrañables amigos que habia dejado en Karical, en Pondichéry, en Bengala, en Hay-

derabad, en Delhi, y que no aguardarian verme tan pronto.

No bajé á mi camarote hasta muy avanzada la noche. Cuando me desperté, el buque estaba en marcha y llegué al puente bastante á tiempo para verlo entrar en el puerto y echar el áncora.

Enfrente de nosotros, á un tiro de fusil escasamente, la ciudad de Punta-de-Gales se extendía en semicírculo; en derredor suyo no se veía sino árboles, flores y verdura; el mar bañaba los pies de los cocoteros, ligados unos á otros por millares de lianas que semejabán un tejido de flores. Desafío al alma menos predispuesta á los sentimientos de la Naturaleza, á que se siente extasiada á la vista de esta isla encantadora, en la que los poetas indios colocan el paraíso terrestre, y á la que ningún viajero ha visitado sin desear que allí acaben sus días.

Pronto estuve preparado, y una pequeña embarcación del género de las canoas, vaciada en el tronco de un árbol, mantenida en equilibrio por un balancín y hábilmente maniobrada por dos vigorosos cyngaleses ó ceilaneses, nos condujo á tierra en algunos minutos á mí y á mi fiel Amondou.

SEGUNDA PARTE

CEYLAN

Punta de Gales.—Los caimanes.—Una caza de tigres.—
Las mujeres de Tembapoor.—Los elefantes.—El pico de
Adam.—Leyendas brahamánicas y budhistas.—Trin-
quemale.

Punta de Gales es una encantadora y pequeña ciudad perdida en medio de los bosquecillos y de las flores, que no tiene otra importancia comercial que la que le da su puerto, que sirve de escala á los paquebots de las líneas de China y de Calcuta. No está, como la mayoría de las otras ciudades de la India, dividida en ciudad europea y ciudad indígena; todo está revuelto: chozas indias, cuarteles, bazares, casas inglesas y hoteles; pero lejos de perjudicar al golpe de vista general, esta mezcla le da, por el contrario, un aspecto verdaderamente original.

Aunque sea viajero, me gusta poco hablar de Geografía; yo no pertenezco á esa categoría de gentes que se pasean por el mundo con un sextante y una cadena de agrimensor, que miden la altura de las montañas y la largura de los ríos y sierran la tierra por metros cúbicos y por kilómetros.

No es que yo no sepa apreciar en su justo valor el mérito de este género de trabajos; pero déjesele á cada uno con sus gustos y aptitudes... A la descripción científica prefiero el estudio de las costumbres, y mientras que otros triangulan una comarca, yo prefiero iniciarme en las costumbres de sus pueblos, escudriñar su literatura, evocar sus viejas leyendas, hacer hablar á las ruinas de sus templos y saber, en una palabra, lo que han sido y lo que son los países que yo visito.

derabad, en Delhi, y que no aguardarian verme tan pronto.

No bajé á mi camarote hasta muy avanzada la noche. Cuando me desperté, el buque estaba en marcha y llegué al puente bastante á tiempo para verlo entrar en el puerto y echar el áncora.

Enfrente de nosotros, á un tiro de fusil escasamente, la ciudad de Punta-de-Gales se extendía en semicírculo; en derredor suyo no se veía sino árboles, flores y verdura; el mar bañaba los pies de los cocoteros, ligados unos á otros por millares de lianas que semejabán un tejido de flores. Desafío al alma menos predispuesta á los sentimientos de la Naturaleza, á que se siente extasiada á la vista de esta isla encantadora, en la que los poetas indios colocan el paraíso terrestre, y á la que ningún viajero ha visitado sin desear que allí acaben sus días.

Pronto estuve preparado, y una pequeña embarcación del género de las canoas, vaciada en el tronco de un árbol, mantenida en equilibrio por un balancín y hábilmente maniobrada por dos vigorosos cyngaleses ó ceilaneses, nos condujo á tierra en algunos minutos á mí y á mi fiel Amondou.

SEGUNDA PARTE

CEYLAN

Punta de Gales.—Los caimanes.—Una caza de tigres.—
Las mujeres de Tembapoor.—Los elefantes.—El pico de
Adam.—Leyendas brahamánicas y budhistas.—Trin-
quemale.

Punta de Gales es una encantadora y pequeña ciudad perdida en medio de los bosquecillos y de las flores, que no tiene otra importancia comercial que la que le da su puerto, que sirve de escala á los paquebots de las líneas de China y de Calcuta. No está, como la mayoría de las otras ciudades de la India, dividida en ciudad europea y ciudad indígena; todo está revuelto: chozas indias, cuarteles, bazares, casas inglesas y hoteles; pero lejos de perjudicar al golpe de vista general, esta mezcla le da, por el contrario, un aspecto verdaderamente original.

Aunque sea viajero, me gusta poco hablar de Geografía; yo no pertenezco á esa categoría de gentes que se pasean por el mundo con un sextante y una cadena de agrimensor, que miden la altura de las montañas y la largura de los ríos y sierran la tierra por metros cúbicos y por kilómetros.

No es que yo no sepa apreciar en su justo valor el mérito de este género de trabajos; pero déjesele á cada uno con sus gustos y aptitudes... A la descripción científica prefiero el estudio de las costumbres, y mientras que otros triangulan una comarca, yo prefiero iniciarme en las costumbres de sus pueblos, escudriñar su literatura, evocar sus viejas leyendas, hacer hablar á las ruinas de sus templos y saber, en una palabra, lo que han sido y lo que son los países que yo visito.

Por tanto, si cualquiera desease conocer la longitud y latitud de Ceylán, la época de los monrones y de los ciclones, y hasta si se quiere la cantidad de sésamo, té, clavo y canela que exporta, remitiría infaliblemente á mi interlocutor al almanaque náutico, por una parte, y por otra á los registros de mercaderías de Marsella, de Burdeos, del Havre y de Liverpool.

Diré, sin embargo, para los que absolutamente quieren saberlo, que Ceylán es una gran isla situada en el mar de las Indias, á ocho grados cerca del ecuador, frente á frente del cabo Comorin, que forma la junta oriental del Indostán. Y eso será todo. Esta magnífica isla pertenece á los ingleses.

Allí, como en la India, la Francia ha visto antes ondear su pabellón, y aun se recuerdan en aquellas costas las hazañas del baillío Suffren, que en 1782 forzó la entrada del puerto de Trinquemalé para apoderarse de la flota inglesa que en él se había refugiado. Dos sentimientos se apoderan de vosotros cuando navegáis por estos mares. El uno, de admiración pensando en las luchas heroicas sostenidas, para honra del nombre francés, por los Dupleix, los Lally-Tollendal, los Suffren; el otro, de odio y desprecio para las envidias burocráticas que han hecho frustrarse, en provecho de los ingleses por escatimar los soldados y recursos necesarios, los proyectos de aquellos hombres de genio que querían dotar á la Francia de un imperio oriental. Convirtiendo nuestras colonias en herencia exclusiva de algunos hombres arruinados que allí se han enviado para *rehacerse*, es como se las ha arruinado en fuerza de despotismo ininteligente... por no decir más, enfrente de las posesiones inglesas, holandesas y danesas, que la libertad ha convertido en felices y prósperas.

Apenas desembarca uno en Punta de Gales es asaltado por una verdadera nube de vendedores de curiosidades que le persiguen hasta el hotel; el uno le ofrece pájaros raros; el otro animales ó pequeños muebles esculpidos en ébano ó marfil, joyas, sortijas, collares ó perlas. Pese á la reputación de Ceylán, en estos últimos artículos desconfiad y no compréis nada, á menos que tengáis absoluta necesidad de llevarlos, pagando en valor de buena ley perlas de nácar para botones, sortijas de cobre y pedrerías coloridas imitadas al diamante.

Punta de Gales es un inmenso taller de bisutería falsa. Los ceilanes aprovechan la reputación de su isla para extender bajo todas las formas sus conchas de contrabando y su bujería de vidrio tallado de mil maneras diferentes, que se les expide de Londres y que infaliblemente vuelve á los dedos de las ladies y de los gentlemen, que solamente al regresar á Europa se enteran de que sus sortijas no valen un chelín.

Para tener joyas hermosas y auténticas, es necesario dirigirse á los verdaderos negociantes, y aun así, jamás debe comprárseles sin haber probado y apreciado previamente la mercancía. Lo que se os ofrezca en la calle no vale ni aun la pena de que lo miréis.

Deseando detenerme algunos días en Punta de Gales para descansar y fijar mi itinerario, alquilé una casita amueblada con bastante elegancia al estilo del país, con gran alegría de Amondou, que se impacientaba por hacer ostentación de sus talentos culinarios. Quedó completamente apenado cuando le hice saber que no deseaba aún ponerlos á prueba.

En ninguna parte agrada la vida de hotel, pero en Oriente menos aun que en cualquiera otra. Así, en todos mis viajes me he impuesto como una ley el tomar una habitación para mí, por corta que fuese mi estancia en la ciudad ó pueblo en que me detuviera, haciendo llevar mis comidas á domicilio ó comiendo en los establecimientos públicos, según los recursos del país ó el capricho del momento.

En Punta de Gales, en razón al gran número de viajeros que atraviesan el país por todas partes y que amenizan con su presencia las mesas servidas á los huéspedes, me decidí á hacer mis comidas en el Hotel Oriental. Todas las mañanas daba á Amondou dos piezas, equivalentes á sesenta céntimos de nuestra moneda; con eso tenía con qué alimentarse como un príncipe y, después de pagar á su hospedero, que le servía arroz, legumbres, pescado ó caza, aun le quedaba algo para beber algunos vasos de *arack* ó de *caillou*, esos divinos licores que, según él, Mahoma no prohíbe porque no son fabricados por los blancos.

Durante los cuatro años que Amondou ha estado á mi servicio, jamás he tenido que dirigirle el menor reproche. De una fidelidad y abnegación á toda prueba, en medio de los azares de nuestra vida aventurera, nunca ha temido exponer su vida por mí, nunca ha

retrocedido ante el peligro. Aunque nacido en Aden, era un verdadero nubio del país de los Barabras, incapaz de una cobardía ó de una mala acción, á condición de que él amase á uno; y no faltaron, por cierto, las ocasiones para probar hasta qué punto este bravo muchacho me era adicto. Pero esta bella pintura tenía una gombra. Su oficio de fogonero á bordo de los paquebots le había hecho aficionarse á las bebidas alcohólicas y de ningún modo sabía resistir á la tentación de beber. Respetuoso con las prescripciones de Mahoma, comenzaba de ordinario sus libaciones con el *caullou*, jugo fermentado del cocotero; pero en cuanto llegaba á cierto grado de expansión, ya no se acordaba del desprecio con que en su juventud miraba los licores del Occidente, y confundía en su afición el *arack* y el *caullou* con el vino, el ajeno y el coñac.

Este desdichado defecto nos ocasionó en nuestras excursiones una serie de aventuras, tanto cómicas como desagradables, hasta el suceso fatal de que él fué la causa y que le llevó á la muerte en las riberas del Ganges, en la provincia de Agra.

Mientras Amoudou ponía en orden los objetos de la casita alquilada, me dirigí hacia el Hotel de Oriente, en donde encontré á casi todos mis compañeros y á los oficiales del *Erymanthe* ocupados en almorzar todos se levantaron para venir á estrecharme la mano, porque, ¡cosa singular que habrán observado perfectamente todos los viajeros! á pesar de las disensiones y discusiones á bordo, desde que se pisa tierra todo el mundo se vuelve amigo.

Los pasajeros de un mismo buque se buscan, y á menudo cambian vigorosos apretones de manos aquellos mismos que en una larga travesía no se han dirigido una palabra.

A la terminación del almuerzo, el comandante y el agente de las Mensajerías anunciaron á los pasajeros que habían de seguir la ruta de Calcuta, que tenían por delante cuando menos cuarenta y ocho horas para hacer algunas pequeñas excursiones por el interior antes de la salida del paquebot. El tiempo estaba de lo más incierto en el golfo de Bengala y, como nos encontrábamos en la época de los ciclones, era prudente aguardarse un día ó dos hasta que el tiempo se abonanzase ó se empeorara decididamente.

Punta de Gales es constantemente consultada sobre el estado del golfo por despachos telegráficos de Madras y de Calcuta.

Esta noticia fué acogida con júbilo por todos los viajeros; se hizo requisita de carruajes y pronto cada grupo que se había escogido y reunido después de relacionarse á bordo, desapareció en diferentes direcciones, según el capricho del guía que se había encontrado.

Dos oficiales del buque me propusieron unirme á ellos para visitar á Colombo, residencia del gobernador de la isla, que aun no conocían, aunque hacía varios años que se detenían en estas costas; yo acepté con tanto mayor apresuramiento por cuanto tenía una carta de recomendación para un rico plantador del interior que poseía un escritorio en esta ciudad.

Dimos cuenta de nuestros proyectos al comandante, quien autorizando la excursión de sus oficiales les prometió que si cualquier suceso venía á modificar sus proyectos de marcha, les enviaría al día siguiente un despacho á Colombo. Se habían concedido á los viajeros cuarenta y ocho horas solamente, á causa de los remolones, pero en realidad esos caballeretes podían disponer de tres días, á menos de que se diera una contraorden.

Gracias á la diligencia de Amoudou, en poco más de nada nos encontramos provistos de un largo y cómodo carruaje, y partimos.

Unas setenta millas marinas separan á Colombo de Punta de Gales. Pero gracias á nuestros pequeños caballos armadillos, cuyo vigor y energía son poco comunes, y á varios cambios de tiro, esperábamos llegar antes de la noche.

Nuestro viaje fué de un encanto inacabable. Tan pronto seguíamos por los bordes del mar, cuyas olas venían á morir á los pies de los caballos, como rodábamos por los bosques, sin que un rayo de sol pudiera abrirse paso á través del follaje de los tamarindos, de los mangos y de otros árboles gigantes. O bien atravesábamos pequeñas llanuras sembradas de casitas cubiertas por las hojas de los cocoteros. Las guayabas, los mangos y los dátiles pendían de los árboles maduros y apetitosos.

Los caneleros se doblaban al peso de sus largas ho-

as y de sus frutos. Después nos sepultamos de nuevo en un mar de follaje; pájaros de mil variados colores pasaban chachareando sobre nuestras cabezas; el marfín pescador, de amarillo plumaje y con su gran pico rojo, descansando en las orillas de los estanques y haciendo armonía con las garzas reales de varias especies y de plumaje rosa, que de pie y en una sola pata parecían dormir, acechaban á los pescados, mientras que grandes monos negros se suspendían de los árboles en racimos por encima de nuestras cabezas, arrojándonos frutas y distrayéndonos con las muecas más variadas de su repertorio.

Después, á través de un claro, se nos aparecía de pronto el mar, blanco de espuma en las orillas, más azulado á lo lejos, y todo esto animado por centenares de caminantes que pasaban á nuestra vista medio desnudos, hombres, mujeres, niños, llevando sobre sus espaldas legumbres y flores.

¡Cómo les admirábamos bajo sus ligeros y pintorescos trajes! Sus cuerpos bronceados nos aparecían de contorno esbelto, de formas magníficas, tal y como la Naturaleza sabe hacerlos para que formen armonía con este sol espléndido y con esta vegetación admirable.

Nadie pasaba sin saludarnos, llevando la mano á su frente, según la moda india; todos tenían ese aire alegre del que vive dichoso.

Y sin embargo, estos pobres ceilaneses, que tan poco necesitan para vivir—un poco de arroz, frutas que la tierra produce casi sin cultivo, un techo de rastrojos por abrigo y una estera para descansar,—no son hoy felices sino por virtud de su indolencia y de su olvido, que son los rasgos característicos de su genio.

Lo que antes trabajaban era demasiado poco. A todo tirar, el lujo asiático de sus rajahs no costaba lo que se pudiera creer; hacía dos siglos que sus elefantes estaban provistos de sus adornos de oro y de rubies; el trono del rajah Maha de Kandy, todo de oro y marfil, databa de larga fecha; todas las riquezas de la corona eran el producto de varios siglos; y el impuesto del rey y de las castas elevadas sobre la tierra y las labores del *sudrás*, estaba lejos de alcanzar la cifra exorbitante que hoy alcanza.

Pero llegaron los europeos, los portugueses y ho-

landeses, los primeros desde luego; en vez de los censos en especie, se hizo pagar los impuestos en dinero; se hizo producir la tierra, talar los bosques de maderas olorosas, los caneleros, los árboles del clavo; se obligó á doblar la producción del arroz para exportarlo. Pero no era esto aun todo: se trabajaba un poco y se pagaba.

Un día la Europa entera se empeñó en una lucha á sangre y fuego; la república francesa luchaba sola contra la coalición de todos los pueblos; Brunswick había prometido incendiar París: era aquel un gran momento para buscar querrela á los que no podían defenderse. Así, los ingleses cazados en Trinquemalé en 1872 por la flota francesa enviada al socorro de sus aliados, comprendieron en 1795 que había llegado la hora de apoderarse de Ceylán, que codiciaban desde hacía mucho tiempo.

En Gales, en Colombo y Negombo, aplastaron á los holandeses en una lucha de cinco contra uno, establecieron su dominación, que hicieron reconocer en 1802 por el tratado de Amiens, y después han conseguido poco á poco, con esa política cuya lealtad todos conocemos, hacer desaparecer los rajah del interior... Con los nuevos dominadores, los ceilaneses dieron su último adiós á los ocios y á la vida holgada que Dios les había deparado. Fué necesario engordar á fuerza de producción la isla Carbuncosa; se hizo preciso llenar de oro los bolsillos de John Bull, que tiene deseo de pagar los millares de millones de su deuda contraída en los trastornos de Europa. El recaudador está allí; es preciso pagar; nada desata la bolsa como las palizas y las torturas, y el ceilanés paga. No se me querría creer si trasladase aquí los procedimientos de ciertos agentes ingleses para realizar la percepción del impuesto en la India y en Ceylán. El lector que desee conocer estos horrores no tiene más que apelar á la lectura de los debates del parlamento inglés sobre sus colonias asiáticas desde hace un siglo; encontrará en ellos revelaciones que yo no me atrevería á reproducir aquí, aun apoyándome en la autoridad de Fox, Sheridan y Burke.

Mientras tanto corríamos siempre en dirección á Colombo. Habíamos efectuado ya dos descansos y nos hallábamos casi á mitad de distancia de la ciudad cuando nuestro cochero, separándose del camino, hizo

girar bruscamente el tiro del carruaje por un pequeño sendero y nos dirigió, al cabo de unos cincuenta pasos, delante de una encantadora casita rodeada de galerías sostenidas por columnas y cubiertas de plantas trepadoras y de lianas del más agradable aspecto.

Era el bengalaw de Barzapoor, á algunas millas de Kaltna, punto en donde los viajeros que se dirigen á Colombo tienen la costumbre de refrescarse y de descansar un instante. En vano intentaríais quebrantar la costumbre queriendo establecer otra: vuestro cochero cyngalés no obraría sino á su guisa; tenéis que darle una copa de *caullon* para reponer las fuerzas; resignaos al uso establecido. Justo es decir que no hubo necesidad de recordárnoslo.

Amondou encontró muy de su gusto esta costumbre y bajó á compartir su vaso con el cochero, como éste había compartido con él el pescante.

Apenas echamos pie á tierra cuando un grueso indio de la costa malabar, vestido con cierto esmero, vino á preguntarnos en inglés lo que deseábamos tomar: champagne, cerveza ó *cherry-cobler* helada; estaba igualmente abastecido de gin, whisky y coñac, para todas las gentes de la tierra y para todos los gustos.

Se nos condujo á la parte posterior de la casa, bajo una galería al abrigo del sol, demasiado ardoroso en aquel momento, y nos tendimos en grandes sillones-mecedoras alrededor de una mesita de madera maravillosamente trabajada.

Un joven alto, rubio, de veintiocho á treinta años, con patillas á la inglesa, que fumaba su cigarro saboreando una botella de pale-ale, se levantó de su asiento y nos saludó afectuosamente. Al tiempo de inclinarnos para corresponder al saludo, uno de los oficiales me dijo al oído: «¡Hola! Un inglés que se ha dejado el genio en casa es cosa tan rara, que bien merece la pena de que se haga mérito de ello en el cuaderno de impresiones».

Por muy bajo que fuera el tono con que se me hiciera esta reflexión, fué oída por la persona que la había motivado, la cual, riéndose, me dijo:

—Anoté usted, querido, anoté usted. Solamente que, si usted lo quiere, y para la mayor exactitud de sus impresiones, debe anotar que yo soy francés y, lo que es más, del mismísimo Burdeos.

Nuestro indiscreto compañero presentó sus excusas y estrechamos todos con efusión la mano del joven, preguntándonos si habíamos llegado en el *Erymanthe*, que debía haber entrado—decía él—en el puerto de Gales aquella misma mañana. Al oír nuestra respuesta afirmativa, nos refirió que le había sido recomendado un viajero por un amigo de Paris, que este viajero debía haber llegado probablemente á bordo del paquebot, y que el tal recomendado se dirigía á Punta de Gales. Agregó que deseaba hacer al amigo de su amigo una recepción digna de la tradicional reputación de los plantadores de Ceylán. Puede juzgarse mi asombro cuando oí estas frases.

—¿Es usted, por ventura, M. Augusto Dufot?—le pregunté vivamente.

—Ese es, en efecto, mi nombre.

—Pues bien, mi querido compatriota, le presento á usted al amigo de su amigo. Y al decir esto le presenté mi carta de recomendación. Embelesamiento general, nuevos apretones de manos y los saludos de costumbre. La casualidad me prestaba un gran servicio haciéndome encontrar la persona á la cual iba recomendado, pues en este punto me caracteriza una susceptibilidad de las más delicadas: nada me incomodaba, cuando viajo por el extranjero, como presentarme en una casa ó en un bufete con una carta en la mano y soportar durante cinco minutos la mirada investigadora y con frecuencia impertinente de un caballero que os toma por un pobre vergonzante ó por un pobre diablo que desea una colocación y que se declara libre, después de leer la carta, de ofrecerlos ó no su casa y su bolsillo.

Eso está muy bien; pero yo soy de un carácter tan especial, que es muy raro que la segunda visita llegue á atenuar el efecto de la primera. Así, me ha ocurrido ya algunas veces no querer presentar las cartas de recomendación, sobre todo aquellas que me hacían sospechar que no existían relaciones de bastante intimidad entre el que me daba la carta y el destinatario de ésta.

Por esta vez no tenía que temer un recibimiento frío ó ceremonioso; no podía esperar una acogida más franca ni más abierta, un apretón de manos más caloroso que el de mi compatriota.

En pocos minutos nos convertimos en dos viejos

amigos. Con dos palabras me puso al corriente de la sencilla historia de su llegada á Ceylan. Su padre vendía al año, por término medio, dos ó tres millones de mercancías exóticas, algodón y añil sobre todo. Hombre inteligente, había hecho dar á su hijo una excelente educación, y después de tenerlo algunos años en el escritorio para acostumbrarlo á oler el negocio, á los veinticuatro lo casó y envió á Ceylan para reemplazar á su comisionista.

Desde hacía seis años era el comprador de su padre, la casa había doblado sus capitales y contaba él con regresar á Francia á la vuelta de dos ó tres años.

—Pero no dejaré de volver á este país—me decía; —mi mujer y yo estamos completamente aclimatados, y le aseguro que lejos del barullo y de las ambiciones que agitan al otro hemisferio, se disfruta aquí, en el seno de esta espléndida naturaleza, una dicha pura y una calma que me satisfarían totalmente si no estuviere, como todos mis compatriotas, atacado de esa enfermedad que nos hace volver al sitio donde nacimos.

Este encuentro modificó nuestro itinerario.

—¿Qué van hacer ustedes en Colombo?—nos dijo M. Dufot.—Allí no encontrarán nada que merezca ser observado, á menos que quieran hacerse desollar por los fondistas ingleses, ver al gobernador, las factorías, bazares y comerciantes de baratijas; mejor obrarían viniendo á pasar algunos días á mi casa; les haría visitar el interior de la isla, que es espléndido, cazar el caimán y el gamo, y guardarían de este país un recuerdo que no se borraría jamás.

Iba á responder, pero mi interlocutor me cortó la palabra con vivacidad.

—No me dirijo á usted,—me dijo;—de bueno ó mal grado, usted será el huésped de Kaltna. Repito, pues, mi invitación á los señores oficiales del *Erymanthe*, suplicándoles acepten.

—Aceptaríamos inmediatamente,—dijo uno de ellos.—Sólo que hay una dificultad: el comandante puede tal vez verse obligado á adelantar la salida y nos ha prometido que en tal caso nos telegrafiaría á Colombo y...

—Eso no le hace,—contestó nuestro amigo, que tenía respuesta para todo.—Voy á enviar un propio á Punta de Gales con la orden de venir sobre la marcha á avisarles en el caso de que se vieran obligados á

abreviar su estancia en mi casa. Enviaré una esquelita al comandante y de este modo nada turbará la tranquilidad de ustedes. Devuelvan igualmente ese carruaje, que no les será de utilidad alguna; el mío es bastante capaz para todos, y el día de la marcha les conduciremos hasta el buque. Los dos oficiales se vieron obligados á acceder á tan amables instancias, y un malayo, especie de correo á pie, fué expedido á Punta de Gales con el encargo de ponerse á las órdenes del comandante del paquebot.

Katna, lugar en donde nuestro compatriota había fundado una hermosa plantación de algodón y establecido su residencia, se halla situado en una posición admirable, en el centro de un valle formado por las ramificaciones del pico de Adam y de los montes Kotmalé, á dieciocho ó veinte millas de Colombo; esto permitía á todos los habitantes del campo, en las épocas de expedición, dirigirse en pocas horas á las factorías de la ciudad.

Conversamos durante largas horas; se nos venía encima la noche á grandes pasos y nuestro amigo nos invitó á montar en carruaje. Había hecho prevenir á su mujer por un propio y temía que estuviese inquieta viendo que no seguíamos de cerca al mensajero. Dejando la ribera del mar y el camino de Colombo á la izquierda, penetramos en el interior, á lo largo de la ribera del Kalloo, arrastrados por dos vigorosos caballos que debían conducirnos á Kaltna en menos de dos horas.

En Ceylán, como en la india entera, los criados no van jamás en coche, y menos en el de su amo. Amondou, en vista de la longitud del camino y de su ignorancia de los lugares que debía recorrer, obtuvo un asiento en el banquillo trasero del carruaje, con gran asombro de los dos criados que corrían á pie al rededor del coche, y que en su vida habían presenciado semejante derogación de las antiguas costumbres.

Y seguramente que mi negro hubiese adquirido á los ojos de aquellos cierta importancia, si la raza no fuera en el país tan conocida y tan profundamente despreciada.

La repulsión que los pelos de carnero (como ellos llaman á los negros) le inspira es tal, que sin nuestra presencia, los dos cocheros hubieran arrojado del coche á Amondou á latigazos.

En las ciudades, los cocheros de alquiler no los soportan sino á la fuerza, á menos que no pertenezcan á la clase de los parias. En tal caso no hacen distinción alguna de castas, temiendo menos ser manchados por la presencia del negro.

Pronto tendré ocasión de entrar de lleno en más detalles sobre la costumbres, inclinaciones y usos de los cingaleses, que por el momento no hago más que tocar someramente.

Diez minutos antes de llegar encontramos á cinco ó seis criados provistos de antorchas resinosas, enviados por la señora Dufot, y que se pusieron á correr al rededor de los caballos para alumbrar su marcha.

Fuimos recibidos con una amabilidad exquisita por esta señora, á la que nos presentó su marido al saltar del coche. Mi calidad de recomendado me valió más que á los otros un cordial apretón de manos á la americana; y sin más preámbulos, porque era tarde, pasamos al comedor donde nos aguardaba la comida, servida completamente á la moda india, en platos cubiertos y de doble fondo, provistos de agua caliente, lo que hace que cada plato conserve, sin que la cocción aumente y sin que se seque, el calor necesario, y que pueda servirse varias horas antes; cuando se tarda mucho en ponerse á la mesa, el cocinero renueva el agua caliente de cada plato y todo queda listo.

La comida fué exquisita, bien que mi paladar, poco acostumbrado á esta cocina por una estancia de dos años en Europa, hubo de encontrar las salsas un poco picantes.

A la terminación de la comida, mis dos compañeros, que se hallaban cansados, se retiraron con esa libertad de la hospitalidad oriental que permite á cada uno obrar á su antojo y como en su propia casa. Por mi parte me quedé largas horas junto á esta amable familia antes de que se hiciera sentir la necesidad del reposo. ¡Teníamos tanto que hablar!

Nada dejamos sin tocar. Como yo venía de París, la villa sin rival hizo, desde luego, el consumo de nuestra conversación: sus bellezas, los teatros, las piezas y obras nuevas; al mismo tiempo la joven señora quiso informarse de las modas... lo que no me asombró. La leyenda india hace nacer á Eva cerca del pico de Adan, en el mismo valle de Kaltna. Se lo hice observar y ella rió de todo corazón. Después me contestó

finamente: «Usted sabe que nuestra versión india no se parece en nada á la versión hebraica, y que nuestra Eva de Ceylan no tiene relación alguna con esa otra de la manzana y de la serpiente.»

Y su marido la respondió, haciendo alusión á mis aficiones por los estudios sánscritos:

—Ten cuidado, querida amiga; ¿ignoras que te diriges á un adepto de la metempsicosis, cuyo cuerpo está habitado por el de un viejo brahman de los tiempos pasados?

Tocóme el turno de sonreír á esta iisonja, tanto más delicada cuanto más iba disfrazada. Después volvimos á nuestro país natal, á nuestros amigos comunes, de quienes traje felicitaciones para el plantador. Nos hacía mucho bien el reunir todos sus recuerdos: nos parecía que no habíamos abandonado la Francia, que la divisábamos desde un salón en el campo.

Y sin embargo esa ilusión no podía existir más que en nuestra imaginación. Todo en torno nuestro nos hablaba de otro país y de otras costumbres. Un vigoroso indio, sentado afuera en la escalinata, lanzaba á todo vuelo por encima de nuestras cabezas un inmenso *paukah*, que refrescaba el aire de la habitación; los perfumes enervantes de las flores y de los árboles nos envolvían como un baño de vapor; los criados, retirados en sus casas, bajo los tamarindos y los tupilanes de flores rojas, cantaban algunos estribillos para distraer la velada, con ese tono lento y monótono que es propio de la música del extremo Oriente.

Millares de luciérnagas fosforescentes caían en medio del follaje como chispas arrastradas por el viento; y de todas partes, de la montaña, de los bosques, de los arrozales, de los cañaverales de azúcar, de los estanques, surgían mil ruidos, mil gritos de insectos, de ratas chuponas, de pájaros nocturnos y de animales de toda clase.

¿Cuánto tiempo pasamos así? Lo ignoro; las estrellas palidecían en el cielo, la conversación languidecía, sentíamos que la fatiga nos acallaba, pero luchábamos. Acabábamos de pasar juntos una de esas veladas que jamás se olvidan. Hubiéramos querido prolongarla aún más.

Sin embargo, fué preciso ceder, y un criado especialmente destinado á mi persona, y que no debía se-

pararse de mí en todo el tiempo que yo estuviera en la casa, me condujo al aposento que se me había preparado.

Según la costumbre, en mi dormitorio había una cama y una hamaca rodeadas de mosquiteros; escogí la hamaca como más cómoda y más fresca, de cuya elección no tuve que arrepentirme, porque no desperté sino hasta muy avanzada la mañana, y solamente en el momento en que el *dobachy* (criado de cuartos) encargado de mi servicio me presentó sobre una bandeja tres tazas, en las cuales se encontraba café, té y un caldo dorado y perfumado, que se distingue con el nombre de *monloncontanie* (caldo de carnero), y que es uno de los triunfos de la cocina india: á su debido tiempo ya daré la receta.

Apenas acababa de tomar la última cucharada del oloroso líquido, cuando M. Dufot entró sin ceremonias en mi cuarto, seguido de un criado que llevaba un traje completo de caza, hecho con un terliz ligero y resistente, llamado en el país «tela de ananas.»

—Vístase usted deprisa—me dijo.—hemos de dar una pequeña vuelta antes del almuerzo y tirar al blanco á los caimanes. Armas y caballos están ya dispuestos y no se espera á nadie más que á usted.

Partimos en elegantes caballitos de Singapoore, resistentes al calor y á la fatiga y que son un precioso recurso para el país.

Durante casi media hora atravesamos al trote corto un valle encima de Kaltna, que se prolonga entre dos cadenas de montañas hasta el pico de Adan, de una esplendorosa vegetación, y tan pintoresca que la pluma más florida y poética no podría describir: los arbolitos que bordeaban los arrozales y cafetales estaban como sumergidos bajo las flores y las lianas.

Aquí y allá algunos bosquecillos, á las orillas de los pequeños estanques destinados al riego, servían de nido á miriadas de pajarillos de variado plumaje, que á bandadas volaban de un campo á otro, pasando por encima de la cabeza de los labradores y metiéndose á picar los tallos de los arrozales, de donde eran arrojados por la lluvia de las bombas volantes de los peones.

Cuando llegamos á la orilla de un bosque de grandes árboles, de tamarindos y de tulipanes, echamos

pie á tierra, dejando nuestros caballos al cuidado de cuatro corredores que nos habían seguido compitiendo en velocidad con nosotros, y con el fusil á la espalda nos internamos por los bosques.

Después de un cuarto de hora de marcha llegamos junto á una espesura que nos interceptaba la vista, y que parecía oponer con toda intención una barrera infranqueable á nuestro paso.

—¡Alerta!—nos dijo en voz baja M. Dufot.—Avanecemos cautelosamente y en silencio y disfrutaremos de uno de los magníficos espectáculos que al hombre le es dado contemplar.

Fuimos en su seguimiento por un estrecho sendero tajado á golpe de hacha, á través de los troncos y raíces de los árboles, reprimiendo nuestro aliento y sofocando en todo lo posible el ruido de nuestros pasos. Pronto el sendero se nos presentó con una cuesta tan pronunciada, que para no resbalar teníamos necesidad de agarrarnos á las ramas.

Al cabo de diez minutos de semejante ascensión, nos detuvimos de común acuerdo para recobrar alientos.

Dirigí la vista en torno mío. Ni un rayo de sol atravesaba la espesa bóveda; la débil claridad, bajo este follaje gigantesco, era de un verde sombrío que se reflejaba con el mismo tono sobre los troncos de los árboles y sobre nosotros mismos. El oído más fino no hubiese percibido el menor ruido: era el silencio de la selva virgen, silencio lleno de majestad y de poesía, pero de una melancólica tristeza que acababa por pesar sobre el corazón.

De pronto nuestro amigo llamó en voz baja á Ramassamy, el jefe de sus criados, y le señaló con el dedo una liana verde enrollada por encima de nuestras cabezas, que sin duda le ordenaba coger para enseñárnosla.

El indio, pues era un malabar de la costa, se acercó al punto al pie del árbol en donde se encontraba la liana, y se puso á cantar en tono bajo y entonando un estribillo que entremezclaba con pequeños silbidos más ó menos agudos, según la modulación, y que terminaba en trinos como el canto de la búbula, ese pájaro de moño rojo y de canto melancólico, que muere cuando traspasa los veinticinco grados de latitud, no pudiendo resistir lejos de las

comarcas cálidas y de los árboles eternamente floridos en los que suspende sus nidos.

Después de algunos minutos de aquel canto singular y monótono, la liana pareció moverse como por encanto, y un silbido prolongado respondió á la llamada del indio. A pesar nuestro, nos estremecimos: aquella liana de un verde claro tan hermoso era una serpiente.

—No teman ustedes nada—nos dijo el plantador,—pues antes de dos minutos Ramassamy se apoderará de ella y la arrancará los dientes, porque no estoy seguro de que sea venenosa, y nos servirá de regalo.

En efecto, el hechicero continuaba su canto de una cadencia y de un ritmo singulares, y la serpiente des- arrollaba poco á poco sus anillos, siguiendo el compás con un movimiento de cabeza que no dejaba de ser gracioso, extendiéndose á lo largo de una rama, como para bajar junto al que le llamaba.

Luego, al son de esta extraña melodía, se puso á balancear dulcemente en el vacío, no hallándose retenida á la rama del árbol más que por un simple anillo, y asestando sus pequeños ojos rojos sobre el indio, que parecía fascinarla; aflojó poco á poco su último anillo y se dejó escurrir hasta el suelo.

No estoy bien seguro de que tocase la tierra. Con la velocidad del pensamiento, Ramassamy la asió por lo alto de la cabeza de manera que no pudiese morderle, y levantándose nos la enseñó enrollada alrededor de su brazo.

Introduciendo entonces la punta de la hoja de un cuchillo en la boca del reptil, le arrancó los dos incisivos con las vesículas de veneno que contenían y lo pasó á su dueño, quien lo tomó para enseñárnoslo. En virtud de aquella operación, el animal se había vuelto completamente inofensivo.

Lo medimos: su longitud pasaba de un metro y cincuenta milímetros.

—Esta es una de las peores serpientes de estas comarcas,—nos dijo el colono examinándola.—Crei desde luego, al ver su color verde, que era una serpiente liana, esto es, según su nombre lo indica, un animal poco peligroso; pero observen ustedes estas ligeras manchas rojas que rayan su cuerpo; tanto equivaldría ser mordido por esta culebra como por la *cobra-capella*; y á pesar de toda la ciencia y del charlatanismo

de los curanderos, no hay más que un remedio á sus mordeduras: la succión de la llaga.

«Los indios, que pasan por poseer un remedio sobe- rano, cuya receta permanece secreta entre ellos, no adoptan otra que ésta para curarse: vendan el miembro mordido, abren los bordes de la llaga con un cu- chillo ó en su defecto con una hoja de caña, absorben el veneno por la succión y hacen sudar abundantemente al enfermo con infusiones de caña de azúcar, canela ó clavillo.

»Yo he visto salvarse á dos de mis criados con esta medicación—agregó el colono,—y es la única que hu- biera empleado en el caso de que hubiésemos sido mordidos. Y terminada ya esta lección de medicina, continuemos nuestra marcha y sin ruido; temo que con nuestra charla hayamos asustado á los que iba- mos á visitar.»

El bosque se espesaba cada vez más; cada rama, al tocar la tierra, echaba raíces y daba nacimiento á un nuevo árbol que, á su vez, se reproducía de la misma manera; era aquello un enmarañamiento incom- prensible.

Ya he dicho que el sendero que seguíamos estaba trazado á hachazo: marchábamos como entre dos espesas murallas de follaje, de troncos de árboles y de raíces, separando con la mano las ramitas que nos azotaban el rostro.

Por fin llegamos á la cima de una meseta: era el término de nuestra correría. No pude contener un grito de admiración.

Delante de nosotros se extendía un pequeño y re- dondo valle, sobre la pendiente del cual serpenteaban las lianas y se levantaban los árboles, menos apreta- dos que en la cuesta que acabábamos de atravesar. En el fondo se encontraba un pequeño lago de unos dos kilómetros de contorno, en cuyas aguas habían echado raíces árboles gigantescos que en medio del lago formaban un bosque; y como sin duda la nutri- ción que en el fondo del agua encontraban era más abundante ó más apropiada á su naturaleza, se ele- vaban, aunque el lago estuviese inclinado de alto á bajo y en el fondo del barranco, casi á tanta altura como sus congéneres que rebrotaban en la ribera. Aquello era espléndido; nunca la imaginación de pin- tor alguno pudo soñar un paisaje semejante. En el

centro mismo del lago una pequeña colina, una isla que apenas mediría veinte pasos de circunferencia, soportaba una magnífica tulipa que, cubierta de flores del más bello rojo, parecía ser el centro de un inmenso *bouquet*, en el que los multiplicantes, con su follaje verde obscuro, formaban la orla.

Y sobre el lago se deslizaban jugando dorados chorlitos, ánades brahmas de color de azafrán, animales soñados en la mitología del pueblo que les suministran las más fabulosas aventuras en la guerra de Rama contra Ravana, y miriadas de pequeñas cercetas de pico amarillo y de verdoso plumaje; mientras que en las orillas, los martin-pescadores de todos los tamaños y de todos los matices, en compañía de las garzas reales y de los filocrócoras de cuellos con paperas, volaban y se zambullían á cuál mejor para pescar su alimento.

— He aquí el lago de los caimanes—nos dijo nuestro amigo.— Justo es confesar que estos caballeros hubieran podido escoger una morada más ruin.

No pude ocultar mi asombro al ver que un lago que albergaba tan terribles animales, estuviese habitado al mismo tiempo por tan gran cantidad de pájaros acuáticos.

— ¡Oh!—me respondió—las cercetas, los patos, los chorlitos y otros tienen la vista demasiado penetrante para dejarse sorprender; tanto, que cuando aparece el caimán nadando en la superficie ó entre dos aguas, los primeros pájaros que lo aperciben lanzan un grito de alarma y toda la gente de pluma vuela y se refugia en la ribera opuesta. Y, por lo demás, los caimanes, sea costumbre, sea experiencia de la inutilidad de sus esfuerzos, jamás tratan de atraparlos. Ahora situémonos bien; Ramassamy va á echar el cebo en los juncos de las orillas del agua, y no sería para nosotros esta una aventura afortunada si de aquí á un cuarto de hora no se nos presentase ocasión de ensayar nuestros fusiles.

Nos ocultamos á unos veinte pasos de allí, detrás de una espesura de arbolillos; y el indio, acostumbrado á esta faena, lanzó con mucha destreza, de distancia en distancia, gruesas bolas de carne de cabra preparadas á este efecto; después se acostó en la hierba.

Todo esto se hizo con tal rapidez que apenas si algunas cercetas, entre las más próximas á nosotros,

volvieron la cabeza un poco amedrentadas, para volverse luego á picar junto á las altas hierbas que se extendían hasta la superficie del agua.

De rodillas, con el dedo puesto sobre el gatillo de nuestros fusiles y respirando apenas, inspeccionábamos la superficie del lago á través de los intersticios del follaje, pero nada se movía; nada, al menos en la apariencia, venía á denunciar la presencia de los peligrosos animales que nosotros aguardábamos.

Sin duda nos habían visto ó nos habían sentido, sorprendiendo cualquiera precaución que hubiésemos podido tomar, y no se cuidaban de abandonar su morada en las altas hierbas y en los cañaverales.

Este acecho duró cerca de una media hora, y aburridos ya nos disponíamos á romper el silencio cuando Ramassamy vino arrastrándose hasta donde nos encontrábamos y nos mostró un milano que, sobre la orilla opuesta, saltaba de rama en rama lanzando gritos y batiendo las alas. Luego, el ave de rapiña voló describiendo, según su costumbre, círculos encima del lago, como si acechara una presa.

— Por fin va á ser recompensada nuestra paciencia. Cuando vean ustedes este pájaro—nos dijo el colono— volar por entre el follaje á lo largo de la ribera ó cernerse sobre el lago, el caimán no está lejos; lo observa, le sigue, le acompaña con el batir de sus alas y con sus gritos de júbilo, porque sabe que las sobras serán para él si la caza es buena.

No se engaña nunca. Al cabo de algunos minutos apercibimos la cabeza de un monstruoso aligátor que avanzaba con rapidez por nuestro costado; hendía tan hábilmente las aguas que apenas si levantaba una ligerísima ola en torno suyo.

Con un rápido golpe de vista, la mayoría de las cercetas, de los patos, de las garzas reales, desaparecieron en los juncos del ribazo opuesto y el caimán quedó dueño y señor del lago. Su instinto, por lo demás, no le engañaba; nadó sin vacilaciones y en línea recta hacia el cebo que se le hubo tendido.

— ¡Atención!—nos dijo nuestro amigo, que nos dirigía en esta caza curiosa, y á quien obedecíamos ciegamente;— déjenle ustedes comer las primeras bolas; enteramente confiado, vendrá entonces él mismo á nuestro encuentro, á donde se encuentra la última carnada que Ramassamy ha echado, y podremos elegir,

para enviarle nuestras balas, los únicos puntos vulnerables, esto es, el ojo ó el pecho.

«Es indispensable que tiremos los cuatro á la vez; no tendríamos tiempo par ahacer un segundo disparo, y si una de nuestras balas cónicas explosivas pudiera alojarse convenientemente, el animal es nuestro. Sosténganse firmes; cuando esté á tiro, yo haré una señal con la cabeza: aquel será el momento.»

Debo confesarlo; el corazón me latía hasta romperse, no de miedo, porque no peligrábamos absolutamente nada, pues los movimientos ofensivos de estos animales son fáciles de evitar cuando están heridos; pero yo no podía sustraerme á esa emoción bien natural cuando no se ha tenido nunca semejante pieza de caza al alcance del fusil.

En poco más de nada el monstruo se zampó las primeras carnadas; después, y tal como lo habíamos previsto, confiado por el silencio y la tranquilidad que reinaban en torno de él, avanzó sin desconfianza en nuestra dirección. Jadeantes interrogábamos con la mirada á nuestro amigo, quien, calmoso é impasible, observaba y calculaba la distancia; una rama seca que uno de nosotros hizo crujir bajo sus pies, asegurando la posición, lo echó á perder todo; pero fué, por el contrario, lo que nos libró.

A ese ruido se detuvo bruscamente, inquieto y aspirando el aire á su alrededor... No oyendo nada más, levantó la cabeza fuera del agua, como para mirar de dónde venía el peligro que pudiera amenazarle. Nosotros distinguimos entonces perfectamente al descubierto la parte inferior de la quijada y lo alto del pecho, de un amarillo gris terroso y no provisto de las poderosas escamas que convierten en invulnerables las demás partes del cuerpo. A la señal convenida, nuestro cuatro disparos de fusil se hicieron con tal precisión y tan juntos que se confundieron en una sola detonación, seguida inmediatamente de un silbido gutural y prolongado. Estaba herido, acaso muerto. Ya nos habíamos levantado todos casi instantáneamente para mirar... cuando nuestro amigo nos dijo con voz que acentuaba la emoción: «Acaba de agitarse sobre la hierba; aléjense ustedes, no está más que herido».

En un instante mis camaradas se pusieron á medio lado. En cuanto á mí, divisando una rama de multi-

plicante que se inclinaba por encima de mi cabeza, la así, y de un vigoroso salto me encaramé sobre el árbol.

Vi entonces, no sin cierto espanto, á cinco pasos apenas del sitio que acabábamos de abandonar, como un torbellino de cañaverales, de hojas y de ramas... El monstruo hipaba y con su terrible cola sacudía todo cuanto se encontraba á su alcance.

Eso duró apenas algunos segundos. Sus movimientos cesaron bruscamente y quedó tendido en un mar de sangre y de destrozos.

Sin los segundos que tuvimos de prudente vacilación, ciertamente que á alguno de nosotros pudiera habernos ocurrido una desgracia.

Pudimos entonces aproximarnos y contemplar á nuestro sabor á nuestra terrible víctima.

Después de asegurarnos de que estaba bien muerto y de que no era de temer una última convulsión, Ramassamy y su amo se inclinaron sobre el cuerpo del animal para examinar las heridas que había recibido.

—Estoy satisfecho de ustedes—nos dijo M. Dufot, levantándose;—á nadie le ha temblado el ojo ni la mano, todos los tiros han dado en el blanco. Pero confieso que ya era tiempo de huir; he apercibido su primer bote á través de la niebla de vapor que se desprende por la humedad de su piel; algunos segundos de vacilación y hubiera caído en medio de nosotros segándonos ni más ni menos que los cañaverales... Ahora que ya hemos ganado nuestro almuerzo, tenemos libertad completa para maniobrar y se puede tirar á las cercetas y á los chorlitos que comienzan á revolotear á nuestro lado.

Ramassamy recibió la orden de limpiar y preparar el caimán, que su amo descaba conservar como un recuerdo de esta agradable y feliz excursión.

Yo me prometía un verdadero placer de esta segunda parte de la caza y ya me veía en posesión de uno de esos hermosos pájaros de plumaje de tonos cambiantes, cuando observamos con gran pena que era preciso renunciar á tal placer: nos habíamos olvidado de proveernos de plomo menudo, de balas pequeñas. Nos fué forzoso renunciar y aplazar la caza para el día siguiente. De tal modo nos sedujo este sitio encantador, que suplicamos al colono no se preocupara de facilitarnos otras distracciones, y se convino en que volve-

riamos, pero solamente para guerrear con las garzas reales, los condores y la caza de agua.

Pero debía ocurrirnos con eso como con todos los proyectos que se acogen con demasiada satisfacción. Ya no debíamos volver todos juntos á aquellos lugares encantadores, en donde la Naturaleza parece empeñarse en reunir todas las maravillas de una vegetación que no tiene igual en el mundo.

Apenas regresados á nuestra habitación de Kaltna, supimos con verdadero disgusto que el indio enviado á Punta de Gales acababa de llegar con una carta del comandante del *Eymante*, rogando á sus dos oficiales volviesen á bordo aquella misma tarde. El paquete debía llevar anclas al día siguiente.

El almuerzo fué triste: se estrechan muy de prisa los lazos de la amistad bajo estas latitudes ardientes, en estas comarcas bienaventuradas del cielo, en donde la vida se desliza sin zozobras, sin esfuerzos, en medio de todas las alegrías de la Naturaleza unidas á las comodidades creadas por la mano del hombre.

Acompañamos á los dos oficiales á Punta de Gales, y su comandante nos hizo saber, durante la comida á que nos invitó á bordo, que se había hecho la calma en toda la costa y, que por tanto, adelantaba la partida para aprovechar la bonanza, porque en la época en que cambian los monzones, el tiempo no es seguro de uno á otro día.

Volvimos á tomar al día siguiente el camino de Kaltna por otra vía á lo largo de las montañas, no menos bella y más pintoresca aún que la de las orillas del mar.

En la meseta de un montículo, menos obstruido por esa injuriante vegetación que algunas veces nos ocultaba la vista del cielo horas enteras, apercibimos el pico de Adam, todo inundado de luz, pero más próximo de nosotros que cuando, la primera vez, lo habíamos saludado desde el Océano.

Es de allí, dicen las tradiciones religiosas de los indios, de donde Adima partió con su compañera Heva para dirigirse hacia el continente, á pesar de la resistencia de Bralsma, el señor de todas las cosas; desobediencia que pagaron con el trabajo y el sufrimiento, que son todavía la suerte de sus descendientes.

Yo he traducido, en *La Biblia en la India*, la leyenda brahmática del primer hombre y de la falta origi-

nal—leyenda más lógica y menos ridícula, aunque también fantástica, que la de la manzana y la serpiente;—yo la daré aquí cuando me ocupe de las creencias cingalesas, como también del relato conservado por las tradiciones budhistas sobre los mismos sucesos.

Fui durante tres meses el huésped de Kaltna, compartiendo el tiempo entre la caza y la pesca y los largos paseos bajo los bosques, en los lomos de los elefantes, y en cuyos paseos, olvidando al mundo entero, me entregaba á sueños sin fin que ningún cuidado tenía el poder de turbarlos.

Y por la tarde, á la hora de la comida, reunidos en la sala común, nos confesábamos mutuamente, mis cariñosos huéspedes y yo, que nada en el mundo valía tanto como esta quietud y en esta tierra, en donde todo se encontraba reunido á placer para la felicidad del hombre; se plantaría para siempre su tienda si no estuviese colocada sin cesar hacia el temor y la agitación, por eso que no sé definir y que nos hace insaciables de nuevos goces y de lo desconocido...

En ninguna parte como en la India he sentido esa calma y ese reposo interior que hacen que uno se sienta dichoso de vivir. Haya sido en Ceylan, en Pondichéry, en Chandemagor, en Agra, en Delhi, en Benarés ó en los valles del Himalaya, siempre me ha rodeado el mismo sentimiento. El mundo entero se me hacía indiferente, mi vida entera se circunscribía al paisaje que podía abrazar con la mirada y á las afecciones de familia ó de amistad que me rodeaban.

Recordaré siempre con verdadera emoción un adorable recinto perdido bajo los bosques, á algunas leguas de Pondichéry, á las orillas del lago Oussoudou, en donde he pasado como en familia, con algunos verdaderos amigos, las horas más dichosas y más apacibles tal vez de mi vida.

La frescura de las mañanas y de las noches nos permitía la caza ó la pesca, mientras que en los momentos en que abrume el día, tendidos en nuestras hamacas, mirábamos, en medio de conversaciones sin fin, elevarse el humo caprichoso y odorante de nuestros cigarros de Rangoon ó de Coringuy.

Alejados de todo centro de población, nos bastábamos á nosotros mismos, sin que una sombra de inquietud hubiese osado jamás venir á turbar nuestro reposo.

¡Cuántas veces habremos deseado acabar nuestros días lejos del tráfico y del ruido que parecen ser el eterno destino de la miseria humana!

Volviamos á encontrar la indolencia y las risas de nuestra juventud, y esos esparcimientos del corazón que vienen á fortalecernos, á darnos valor, y que tanto bien causan en esos instantes de melancolía y de tristeza en que nos llaman el recuerdo de la patria y de los ausentes.

¡Qué poéticas y encantadoras noches hemos pasado sobre el lago, al ruido de los cantos monótonos y valientes de nuestros remeros indios, cuando íbamos á sorprender á los dorados chorlitos y á las cigüeñas adormecidas en las altas hierbas!

Las noches de la India no son tan calurosas, tan silenciosas y lúgubres como las de Europa.

Se diría que la Naturaleza entera medita en la soñolencia; las luciérnagas fosforescentes brillan en la espesura como millares de estrellas; los insectos zumban en el follaje; la brisa, gimiendo y llorando como un harpa, nos trae el perfume de las flores, y los grandes pájaros de la noche revolotean incesantemente sobre nuestras cabezas, mezclando sus gritos agudos y el batir de sus alas con esos millares de conciertos que se levantan por todas partes, de las aguas, de la tierra y del cielo.

De tiempo en tiempo se oyen los ladridos lastimeros de los chacales hambrientos, ó los alaridos más terribles aún, y que os producen escalofríos, de la pantera ó del tigre que van buscando una presa.

Luego son los grandes búfalos negros de largos cuernos torcidos en espiral, que después de haber pasado el día paciende en los junglares, vienen á apagar la sed y á respirar el aire fresco de los lagos ó de los ríos y avanzan á paso lento y por rebaños llamando á los rezagados con sus bramidos prolongados.

Los pequeños van en el centro junto á sus madres; por delante y á retaguardia, los machos aseguran la marcha hasta el campamento elegido para pasar la noche. Todo huye á su aproximación: tigres, panteras, jaguares y chacales. ¡Desdichado del viajero retrasado que los encuentra á su paso! Al surcar la noche el lago ó el río, cuidado de que la barca no vaya á varar cerca del retiro de los búfalos: en un abrir y cerrar de ojos la tropa despierta se precipitaria sobre vosotros, y al

día siguiente vuestro cadáver se vería en los ribazos destrozado por las fieras inmundas y por los buitres.

Pero teniendo remeros ejercitados no se corre ningún peligro; así, en las noches más negras, noches sin luna, se puede, sin peligro alguno, dejarse derivar por la corriente de agua y gozar de esas extrañas armonías que siempre han tenido para mí alguna cosa de misteriosas y de profundamente atractivas.

Aunque no sea precisamente el fin de esta obra narrar en detalle escenas particulares de mi vida en la India, no puedo resistir al deseo de referir las peripecias de una de las noches más extrañas que he pasado en este país.

Estaba en Chandernagor.

Hacia mucho tiempo que organizábamos una partida de caza á los junglares por encima de Tripany, así como en las grandes islas del Ganges, que se extienden, río arriba, á veinticinco ó treinta millas de esta ciudad, cuando una mañana el comandante B., de los cipayos, vino á advertirme que una tropa de búfalos había ido á establecer su acantonamiento en aquellos parajes, y que tal vez sería bueno apresurarse á hacerles una visita, no siendo aquellos lugares más que una etapa para esos animales que, en ciertas épocas, descienden desde los Altos hacia el sud.

Acto continuo decidimos emprender la marcha aquella misma noche, é inmediatamente envié á mi *kansama* en busca de un *dingui*, especie de barco dotado de un camarote y de una docena de vigorosos remeros, capaces de hacernos remontar el Ganges en el espacio de cinco días, tiempo que nos faltaba para llegar al punto de destino.

El *kansama* es en Bengala el jefe de los criados; es la misma apelación en Indostán que la de *dobachy* en Tamul.

Hacia las cuatro, dos de nuestros amigos vinieron á pedirnos que les dejáramos unirse á nuestra expedición, cosa que aceptamos apresuradamente; dos buenas carabinas no sobran nunca cuando se está en la India.

Solamente que, como no podían ellos partir al día siguiente, hasta después de arreglar ciertos negocios urgentes, se convino en que se dirigirían á caballo hasta Tripany, en donde les aguardaríamos, para remontar juntos desde allí á las Grandes Islas.

Las cazas de la India en nada se parecen á las de Europa. Por cortas que éstas sean, es preciso llevar todos los criados, tener el mismo servicio, las mismas comodidades é iguales facilidades que en la casa, levantar la tienda de campaña para resguardarse del sol, tener su baño fresco y perfumado para devolver al cuerpo la agilidad y elasticidad que el calor ha hecho perder... ¡Cuánto se aprecia, después de algunas horas de fatiga, la dirección y habilidad de los guías indios!

Hace falta igualmente llevar sus provisiones de boca para todo el tiempo de residencia; el pequeño camarote, con su fricásea tradicional, tan querido de los cazadores parisienses, no ha podido aún aclimatarse por allí, y los junglares de Bengala no se parecen del todo á las llanuras de la Sologne ó de la Beauce. No olvidéis, sobre todo, una abundante provisión de agua. ¡Desgraciado del que beba la de los estanques, llena de detritus vegetales y animales de todas clases! El menor accidente que pudiera resultarle sería ganar una de esas terribles fiebres de pantano que se apoderan de uno para muchos años y que no suelen siempre curarse con el cambio de clima, sobre todo cuando se ha tenido la desgracia de encontrar al final de la enfermedad á uno de esos bravos médicos ingleses que le administran á uno dosis de quinina capaces de hacer temblar á un elefante, ó una sarta de vasos de brandy que acaban por dar un arrebato al cerebro. Estad seguros de que si se os evitan la fiebre ó el tífus no será por culpa suya.

Yo he conocido á uno que era médico de una estación del gobierno y que tenía una misma redoma para los hombres y para los caballos, pretendiendo que nosotros no éramos de un compuesto orgánico diferente, y que lo que hacía bien al uno no podía hacer mal al otro.

Esos numerosos preparativos y la calma de los criados indios — los amos no pueden cuidarse de nada, bajo pena de desmerecer, — nos distrajeron hasta bien avanzada la noche; así, eran cerca de las once cuando pudimos embarcar en nuestro *dingui* el comandante B... y yo, y abandonar la ribera.

El tiempo era espléndido. Gracias á esos rayos de luna desconocidos en nuestras brumosas comarcas del Norte, distinguíamos perfectamente las dos orillas de

ese río majestuoso, el más hermoso que haya en el mundo; y al ruido del canto cadencioso de nuestros remeros, que golpeaban el agua á compás, dejábamos volar la fantasía en alas del sueño y del azar.

De lejos, de muy lejos, sonidos de trompa y de tamtam llegaban hasta nosotros, traídos desde tierra por una de esas brisas tibias y perfumadas que no se encuentran sino en estos climas, y que os sumergen en un bienestar indefinible, durante el cual el cuerpo, arrullado por una semi-soñolencia, deja al alma el cuidado de velar vagando á la aventura.

Pasamos cerca de algunas poblaciones indias en las que se observaban trazas de celebrar la fiesta de alguno de sus innumerables dioses, ó de conducir, al ruido de la música sagrada, una joven casada al domicilio conyugal.

En el corazón de este pueblo, el más feliz de la tierra cuando no está diezmado por el hambre y cuando la recolección es suficiente á pagar el impuesto, la alegría y el dolor no restringen jamás á la familia herida por un suceso desgraciado cualquiera ó regocijada por una dicha: la casta entera, y á menudo todo el pueblo, toman parte: cada uno lleva su tributo de lágrimas ó de cantos.

Asidos á la puerta de nuestro reducido camarote, bogábamos ya varias horas sin que hubiésemos cambiado una sola palabra entre nosotros; parecía que por acuerdo tácito nos habíamos entregado cada uno á nuestros pensamientos. Aquella noche tan tranquila sobre aquel río inmenso, nos llevaba á una invencible melancolía.

En medio de esa grandiosa Naturaleza, por una asociación de ideas fácil de comprender, poco á poco mis pensamientos se encaminaron hacia la Francia; pensaba en las torres medio desplomadas del viejo castillo de los duques de Borgoña, cerca del cual había yo nacido...

Después, continuando el examen de los años que había yo vencido, llegué á reflexionar en las mil y una circunstancias que me habían echado á más de tres mil leguas de mi país.

De repente fui bruscamente sacado de mis sueños por una vigorosa sacudida del comandante, y oí que me decía:

—¡Pardiez, amigo mío! Da gusto ver cómo duermes y

usted con los ojos abiertos; desde hace cinco minutos estoy haciéndole señas sin que tenga siquiera trazas de fijarse en mí. ¿En qué soñaba usted, pues?

—En el pasado,—le respondí.

—Es muy profunda esa frase y con frecuencia más triste que alegre el analizarla. Dispénsame porque le haya distraído, pero mire usted y escuche.

Dirigi la vista en torno mío. La embarcación que nos conducía se había detenido en mitad del río, cuya corriente era tan rápida en aquel paraje que apenas bastaban para mantenerse contra ella cuatro pértigas plantadas delante y detrás de la embarcación. Las dos riberas del río, muy bajas en aquel sitio, casi se confundían con el nivel del agua, y, á ambos lados, se oían en los junglares ruidos misteriosos é indefinibles.

Estos lugares responden poco á la idea que en Europa se ha formado por las fantásticas descripciones de los novelistas que, como Méry, han estudiado la India en el boulevard. Los junglares son vastas llanuras, con frecuencia pantanosas, cubiertas de juncos y de altas hierbas de tallos gruesos que alcanzan tres y cuatro metros de altura, y en donde el imprudente que se aventura sin guía se pierde como en las selvas vírgenes del nuevo mundo, muere de hambre ó es destrozado por las fieras, cuando no desaparece en las cloacas de cieno que ninguna señal les hace adivinar, y que se cierran después de haberlo sepultado, sin dejar el menor vestigio de su paso.

—¿Es que por ventura hemos llegado al lugar que usted se proponía?—pregunté al comandante.

—No... pero escuche usted.

Redoblé mi atención y oí como aullidos que se producían en intervalos desiguales, pero tan lejanos y tan débiles que me fué imposible distinguir su origen. Expuse la opinión de que debían ser chacales que libraban batalla sobre el cadáver de algún indio que la corriente había arrojado á la orilla, y que no valía la pena de que nos detuviéramos por tan poca cosa.

—Pregunte usted al check Pellou,—respondió el comandante.—El entiende que se trata de un tigre que, media milla de aguas arriba, se merienda un ciervo ó un jabalí.

—¡Ciertamente, Saeb!—respondió en indostánico el jefe de los bateleros;—es un tigre, y si usted estuviera

acostumbrado á los ruidos de la noche, oiría los sordos gruñidos de la fiera en medio de los gritos de los chacales que ladran á su alrededor esperando á que quiera abandonarles las sobras.

B..., que había recibido ya estas explicaciones, hizo detener la marcha del *dingui* para celebrar consejo y ver si podríamos, al paso, enviar una bala, aunque fuese á título de ensayo, para experimentar nuestra destreza.

El comandante de los cipayos era un rabioso cazador de tigres, que había arriesgado su vida cientos de veces luchando contra esos terribles animales, sin emplear por ello ni la centésima parte de ese charlatanismo que gasta el primer cazador que ha tenido la suerte de matar una hiena en Argelia. Sabiendo que había de complacerle si le dejaba medirse una vez más con su adversario habitual, no me opuse á la ejecución de su pensamiento. Expresé, sin embargo, mi deseo de que no saltásemos á tierra; hubiera sido una locura aventurarse de noche en una ribera desconocida y en presencia de un animal tan peligroso como el tigre real.

Se convino en que nos acercáramos á la orilla todo lo que nos fuera posible, pero manteniéndonos fuera del alcance del primer salto de la fiera.

En el caso en que la bestia herida llegara á intentar un movimiento ofensivo, bajaríamos por el río con toda la velocidad de los remos y de la corriente.

Los tigres de estas comarcas no temen al agua; atraviesan, como cosa de juego, las más rápidas corrientes; el mismo mar no les asusta.

La isla de Sogoor, situada en el golfo de Bengala, en la embocadura del Hongly, uno de los mayores brazos del Ganges, está poblada de estos animales que, destruidos y ahogados á cada instante por los ciclones, son reemplazados constantemente por otros que vienen del continente y atraviesan á nado un brazo de mar de algunas millas de largura.

La más vulgar prudencia nos aconsejaba, pues, las medidas que acabábamos de adoptar para caso de peligro.

Empleamos cerca de media hora en remontar la corriente que, ya lo he dicho, era muy rápida en aquel paraje, y en aproximarnos á la ribera.

Ciertamente era un tigre á quien habíamos oído y

quien no había engañado al oído ejercitado de Pellou. A medida que avanzábamos, los sonidos roncós y guturales, con los que el tigre da testimonio de su satisfacción cuando la caza ha sido abundante y de su gusto, llegaban distintamente hasta nosotros; y por su fuerza y por su ferocidad comprendimos que teníamos que habérnolas con uno de los ejemplares de la peor especie.

Examinamos con cuidado nuestros fusiles. El arma del comandante era un rifle americano, sistema Remington, de una precisión admirable y que se cargaba con balas explosivas. Cambiamos los cartuchos que, por efecto de la humedad podían haberse maleado después de unas horas, y aguardamos.

Poco tardamos en encontrarnos á cincuenta ó sesenta metros de la orilla; algunos golpes de remo aún y nos encontrábamos á la justa distancia que debíamos conservar, bajo pena de muerte si avanzábamos. Si el tigre herido hubiese saltado al medio del agua para atacar á sus agresores, precisamente hubiera podido caer en medio de nuestra embarcación.

Los chacales, que nos habían oído, ahullaban con más fuerza y se agitaban en las altas hierbas, como para prevenir á su aliado de la presencia del enemigo.

Ya no se remó más.

Cuatro de nuestros indios, armados de pértigas, atracaron silenciosamente la barca, siguiendo una línea paralela á la ribera, dejando, sin embargo, una distancia de treinta metros entre la tierra y nosotros.

El patrón estaba en la barra, encargado de mantenernos en esta posición; el momento era solemne: una febril ansiedad se apoderó de nosotros: ya no se oía al tigre.

Sin duda su instinto le advirtió que debía ponerse á la defensiva y que no le descubrieran sus gritos.

Yo lancé entonces una rápida mirada á nuestros indios; firmes sobre sus remos, estaban prontos á hacer virar la embarcación para huir á la menor señal; descansando en nosotros con la mayor confianza, no revelaban el menor síntoma de miedo.

Anquetil Duperrón, en el relato fantástico de sus cazas de patos salvajes en las llanuras del alto Bengala, se divierte en trazar el ridículo retrato de los indios espantados al menor ruido y muriendo de miedo á

cada momento ante el temor de ver aparecer cualquier animal feroz.

Es una broma de viajero, ampliada con ilustraciones de lapiz hechas á la carrera, que hace reír muchísimo á los que conocen de verdad las cosas y los hombres de este país.

Preguntad á los ingleses, que han visto destrozados sus regimientos por la caballería sika que recordaba aún las lecciones del general Allard y del coronel Laafond, si los indios son cobardes...

Preguntadles igualmente si estos regimientos de cipayos retrocedían un sólo paso cuando se les ametrallaba porque no querían embarcarse para ir á Birmania. ¿Ha habido uno sólo que haya tratado de salvar su vida desertando de la causa común?

¡Atroz y espantosa página de la historia de los altos hechos ingleses en la India, que sería preciso escribir con sangre!...

Se han burlado de usted, señor Duperrón, estos indostánicos que usted ha creído ver temblorosos de miedo, y es bastante para ellos ese género de descripción cuando tropezan con algún aventurero europeo que juzga este país con los prejuicios y con los anteojos de usted.

Los indios conocen sus bosques y sus junglares, saben las guaridas de las bestias y os conducen á una modesta caza de patos salvajes, sin cuidarse de vuestra persona, por lo mismo que antes la han puesto ya al abrigo de todo peligro. Si lo hubiese, no os llevarían con ellos, porque los indios no cazan fieras en sus comarcas con gentes que conocen y que ya han visto, si no tienen el ojo seguro y la mano firme.

Vaya usted por allá, señor Anquetil, y verá que los indios educan al lobo lo mismo que á sus hijos en los pueblos; nada encontrará que no pueda tomarlo en serio... Pregunte usted á M. Courjón, el matador de tigres, y á Julio Gerard, de Bengala, cuántos de sus ojeadores han sido ya devorados, y si jamás ha retrocedido ninguno ante ese peligro.

El indostánico es bravo, pero tiene conciencia de su debilidad, porque no tiene jefes, ni armas, ni disciplina. Dadle todo eso y ya veréis...

Al tiempo de doblar una pequeña punta cubierta de cañaverales, resonó un rugido formidable que nos hizo estremecer con un escalofrío, bien disculpable en

semejantes circunstancias y que sólo un fanfarrón podría negar, y percibimos á diez pasos de la orilla, á poco más de cuarenta metros de nosotros, un magnífico tigre real medio levantado sobre una masa negra que tenía bajo sus patas poderosas y que nosotros juzgamos sería algún novillo.

Se deslumbraron mis ojos; durante algunos segundos me latieron las sienes como si quisieran estallar; pero rehaciéndome contra ese fenómeno físico que no había podido impedir, recobré poco á poco mi sangre fría y afirmé mi arma.

En aquel momento el tigre se separó de su víctima y dió un paso hacia nosotros; descubriéndosenos por completo, pudimos oírle aspirar el aire con sus poderosas narices; su larga cola barría la tierra, levantándose en bruscos movimientos sobre sus flancos. La luna despedía tal claridad que podíamos distinguir hasta las largas manchas negras que cubrían la piel de la fiera.

—¡Alto!— dijo el comandante B... en voz baja.—No tire usted sino después que yo lo haga, y eso si el tigre herido se vuelve hacia nosotros.

Nuestros indios colocaron sus remos sobre las perchas, y la barca se detuvo.

Como hombre práctico, B... apuntó al pecho del tigre; transcurrieron apenas dos segundos... y resonó un rugido al propio tiempo que la detonación del tiro.

De un solo salto el animal se colocó en los mismos bordes del río. Ibamos á dar ya la orden para que la embarcación derivase, cuando le vimos tropezar, levantarse y caer sobre un costado.

La huida era inútil. Herido por una de esas balas que, vacías en el interior y provistas de fulminante, estallan dentro de la víctima haciendo terribles estragos, la pobre bestia hipaba, el cuerpo mitad en el agua, mitad en tierra, lanzando suspiros y gritos desgarradores.

Quise enviarle una segunda y última bala para acabar sus sufrimientos.

—¡Bah!— dijo el comandante.—Déjelo, pues, ¿de qué sirve agujerear la piel? Si el camarada hubiese podido tenerle á usted entre las patas, no hubiera guardado tantas consideraciones.

Pronto el estertor cesó de golpe, y después de una

última convulsión el tigre quedó inmóvil. Estaba bien muerto.

Ordenamos á nuestros remeros aproximarse á la ribera para trasladar la pieza á bordo, en donde nos proponíamos despellejarla para conservar la piel. De ningún modo, ya se concibe, habíamos de cumplir semejante tarea en tierra, expuestos á recibir la visita de algún cofrade ó de la familia del muerto, que nos hubieran hecho pagar cara nuestra temeridad.

La simple operación de izar el tigre al barco no dejaba de causarnos una seria preocupación. Todo pasó, sin embargo, del modo más tranquilo del mundo, molestados solamente por un centenar de chacales que rechinaban sus dientes en derredor nuestro, no esperando más que nuestra marcha para arrojarle sobre el toro, que ellos heredaban por muerte del tigre.

Con un indefinible sentimiento de bienestar vi que nuestra embarcación volvía á emprender su marcha para continuar el viaje. Es peligrosísimo, sobre todo en la India, estacionarse en la vecindad del cadáver de un animal; el viento lleva muy lejos las emanaciones, y las fieras, advertidas, se ponen en marcha á dos y á tres leguas á la redonda, para venir á reconocer esa víctima que la finura de su olfato les revela.

En menos de dos horas el check Pellou, tajando en la bestia con la mayor destreza, nos mostró una espléndida piel que media cerca de tres metros desde la cabeza hasta la extremidad de la cola.

La jornada siguiente la empleamos en hacer secar la piel, en pescar en nuestras aguas y en dormir durante las horas calurosas del medio día. Si nuestros cálculos no nos engañaban, debíamos llegar sobre la media noche á Tripany, lugar de espera para los primeros que llegasen; nosotros estábamos, debo confesarlo, orgullosos de poder enseñar á nuestros amigos la caza; al venir á unírse nos por tierra, evitando con cuidado en el camino de Chandernagor á Tripany los pantanos y los junglares, no era fácil que hubiesen tenido una suerte como la nuestra.

Llegó la noche, y como las emociones de la víspera nos habían fatigado tanto y como nuestro descanso no había sido lo suficientemente reparador, nos echamos temprano sobre nuestras esteras de roten, abandonando al patrón la dirección de la marcha, con reco-

mendación de despertarnos cuando llegásemos á nuestro destino.

No sé cuánto tiempo llevaríamos durmiendo cuando me levanté bruscamente, medio sofocado por una espesa humareda mezclada á un olor nauseabundo de carne asada. Sacudí á B..., que dormía en medio de ese aire mefítico, y salimos los dos del camarote para inquirir la causa de aquello que venía á turbar nuestro sueño.

No olvidaré jamás el lúgubre espectáculo que hirió mi visita. Nuestros hombres estaban acostados en el puente, la cabeza envuelta en la pieza de indiana que llevaban arrollada alrededor de las caderas; la embarcación estaba envuelta, así como toda la ribera, por una humareda espesa y tibia como el vapor de agua, á través de la cual distinguíamos como unas quince hogueras delante y detrás de nosotros. Estábamos fondeados en las últimas escaleras de una gradería monumental, coronada de una especie de pórtico sostenido por cuatro columnas, que aparecían ó desaparecían según que el fuego cediera á la llama ó la llama al fuego. De cada escalera salía un grito, un lamento, un quejido... Estábamos en el quemadero de los muertos, en Tripany.

Cada una de aquellas hogueras contenía un cadáver... cada una de aquellas escaleras, un moribundo que venía á lanzar el último suspiro al borde sagrado del río de los cien brazos.

La suprema esperanza del indio es entregar su alma mirando al Ganges, ser quemado en seguida por su familia en las orillas, que echa en las aguas purificadoras, en donde el divino Kristna fué bautizado por Ardjona, los huesos de sus parientes, lavados así de sus últimas manchas.

También, remontando el río, se distinguen á cada paso esos siniestros monumentos que se destacan en el aire sombríos y ennegrecidos por el tiempo, y casi siempre provistos de dos ó tres de esos desgraciados en camino de pasar de la vida á la muerte.

En aquel momento reinaba el cólera en la India; se quemaba sin descanso á todo lo largo de la ribera, y el almacén de los muertos, que rebosaba de moribundos, no dejaba holgar un instante á las hogueras.

Desde que el moribundo es llevado allí, está perdido, si llega... Si por fortuna llega á escaparse, conde-

nado por la reprobación universal, maldecido por los dioses que no han querido concederle una muerte dichosa en los bordes del río sagrado, que el desgraciado no se aventure á volver más á su casa: su mujer no lo reconocerá más: sus parientes, sus hijos, sus amigos, le rechazarán. Objeto de disgusto para todo el mundo, cuando la muerte le libre de sus penas, renacerá en el cuerpo de un inmundo chacal. Pero mientras tanto llevará una vida solitaria y errante, y hasta los mismos parias creerían mancharse á su contacto.

Yo he visto seres desgraciados de éstos á quienes la miseria y el hambre han convertido en idiotas, pálidos esqueletos sosteniéndose apenas, seguir por la noche, en la obscuridad, por los bordes de los cañaverales ó por los senderos extraviados, con la esperanza de encontrar algún animal muerto... innoble alimento que estaban obligados á disputar á los chacales y á las aves de rapiña.

También, para evitarle tal desgracia, si algún pobre diablo tiene trazas de sublevarse ensayando la huida, de volver á la vida, los parientes, su hijo primogénito, si está presente, se precipitan sobre él, le derriban y le llenan los ojos, las narices, los oídos y la boca con cieno amasado en las orillas del río, y se apresuran á llevarlo á la hoguera que le aguarda, medio ahogado, pero respirando todavía.

No podíamos quedarnos estacionados en medio de aquella humareda y de aquellos miasmas deletéreos; el único medio de sustraernos, ya que el viento nos favorecía, era hacer remontar la barca á quinientos ó seiscientos metros encima de Tripany; pero en tal caso, los compañeros que debían unirsenos podían perder una buena parte de la noche buscándonos. Tomamos el partido de saltar á tierra y aguardar á nuestros amigos en el pueblo.

Al cabo de dos horas, empleadas por nosotros en visitar á los desgraciados que el azote dieztaba, y en darles algunos consejos, completamente perdidos para ellos, de tal modo estaban sobrecogidos por el estupor, se hizo oír el rápido galope de los caballos de aquellos á quienes esperábamos. Cinco minutos después nuestra embarcación se colocaba á lo largo y volvimos todos juntos á emprender nuestra marcha interrumpida.

Para no prolongar esta digresión, no referiré las diferentes peripecias de nuestras cazas en las grandes

islas, cazas que duraron diez días, tanto en los junglares como en los lomos de un elefante, tanto en los pantanos como en los bosques. Serían necesarios algunos volúmenes para trasladar convenientemente aquellas escenas movientes y curiosas.

Tal vez, al correr de la pluma y de los recuerdos, daré aún idea de algunos episodios.

No sé si esta manera de obrar es del gusto del lector; pero, debo decirlo, para romper la monotonía del viaje me sería imposible proceder de otra manera. Habiendo habitado ya en la India durante más de seis años, ¿cómo evitar que á cada paso en este viaje acudan en tropel los recuerdos del pasado, que cada lugar visitado, pueblo, pagoda, mezquita, grandes ruinas, casas, no evoquen emociones hondamente sentidas? y ¿cómo, entonces, en este caso, no complacerse en traer el pasado al presente y en doblar de este modo el interés del relato?

Y luego, ¿por qué no decirlo? tengo la pretensión en esta obra en que las costumbres y las mujeres de Oriente no son más que una primera serie, de revelar la India y el extremo Oriente en sus hábitos, en sus costumbres íntimas, en sus leyendas, en sus tradiciones, en sus creencias religiosas, todas esas cosas que no son conocidas hoy más que por los relatos fantásticos de viajeros que no han visto más que la superficie y se han puesto á traducir sus impresiones creyendo que nada más había que hacer fuera de eso.

No hay en el mundo país alguno que esté tan cerrado como estas comarcas á la mirada del curioso.

Todo es simbólico y debe penetrarse en su sentido oculto.

Los primeros meses de mi estancia no me dieron sobre la India más que ideas erróneas, y si me hubiera sido permitido en aquella época comunicarme con el público, hubiera podido interesar en Europa lo mismo que el primer venido; pero se hubieran reído en mis narices las gentes que tuvieran un conocimiento profundo en estas comarcas.

Así, pues, no creo emitir una paradoja al sostener que no se puede comenzar á viajar con fruto en la India sino después de haber habitado en ella cuatro ó cinco años y sin conocerse, no diré ya el sánscrito—todo el mundo no tiene el tiempo y las aptitudes necesarias para el estudio de esta maravillosa lengua,—

sino el tamul ó el indostánico, esas dos derivadas de la vieja lengua madre, con las cuales está uno seguro de ser comprendido de Norte á Sur del Indostán, del Himalaya á la punta del cabo Comorin y á Ceylan.

Hétenos bien lejos de Kaltna y de nuestros buenos amigos de Ceylan. Pido permiso para desatenderlos aún durante algunas páginas.

Al final de este largo viaje deseo dar algunas nociones generales sobre dos cosas que inquietan en supremo grado al europeo que se propone visitar la India; quiero hablar del clima, y sobre todo de las serpientes, cosas ambas de las cuales han hecho algunos escritores un verdadero espantajo. Eso me permitirá no volver sobre estas cuestiones sino en casos de hechos especiales y particulares. Seré breve.

El clima del Indostán no es uniforme y eso se concibe. Esta inmensa comarca, que se extiende por un lado desde las mesetas del Himalaya hasta Ceylan, y por otro desde el golfo Pérsico hasta las costas de la Birmania, posee todas las diferentes temperaturas del globo.

En la punta oriental, en las provincias de Casnatic y de Malayalam, se encuentran desiertos de arena continuamente abrasados por un sol de 38 á 42 grados. Bajo este calor tórrido, el europeo no podría vivir sin peligro, y ocurre á menudo que el mismo indio cae herido por la insolación al atravesar estas desoladas llanuras.

Las costas de Malabar y de Coromandel, aunque incendiadas por los mismos rayos, son habitables gracias á las fuertes brisas del mar que se levantan con regularidad desde el medio día hasta las dos, reinando hasta hora bastante avanzada de la noche. Pero esta bienhechora influencia apenas se deja sentir más que en un radio de veinticinco á treinta leguas en el interior, paralelamente á la costa. Desde que uno avanza más adelante en el interior, no tiene para refrescar el suelo abrasado más que las brisas de tierra, y sin dirección regular, intermitentes, dejando transcurrir meses enteros sin hacer su aparición.

Entonces queda uno obligado á procurarse, con la ayuda del *pankah*, una temperatura ficticia, sin la cual no se podría realizar una ocupación seria. Los ricos colonos y los negociantes emigran, de Mayo á

Octubre, á las provincias del Sur, que gozan, gracias á su elevación, de un clima más favorecido.

En Ceylan, aunque la temperatura parezca muy elevada en el termómetro, en realidad no se experimentan los sufrimientos propios del calor; la brisa del mar es constante; apenas se pasa un día sin que las lluvias, ligeras y bienhechoras, no vengan á refrescar la tierra y á dar á las noches una calma y un atractivo que no se encuentran con frecuencia en estas latitudes.

Las mesetas del centro, Bombay, las llanuras de Bengala, desde diez á quince grados más al Norte, no tienen realmente más que cuatro meses de fuertes calores, de Mayo á Agosto, y gozan durante el resto del año de una temperatura tan deliciosa, que no encuentro alguna en Europa que se la parezca, ni aun en la primavera.

Por encima de Benarés, de Delhi, de Lahore, en la proximidad de las montañas, se comienza á encontrar un verdadero invierno, que en el Boutan, en Nepal en Kannawer y en Cachemira se presenta con su cortejo de nieves y de hielos, tan abundantes á veces, que interceptan los caminos, apenas abiertos, es verdad, de estas salvajes comarcas, haciendo imposible toda comunicación con la llanura.

Se encuentran allí todos los frutos de Europa que inmensas caravanas de indómitos montañeses vienen á vender en Bengala en ciertas épocas del año.

Es curioso verlos pasar por los pueblos con sus grandes sacos de tela repletos de granadas, almendras, nueces, cacahuetes, higos secos, uvas y albaricoques confitados, dirigiendo sólo con el gesto sus monstruosos elefantes, orgullosos de su independencia y presentando en su alta estatura atlética y en sus bellas figuras de patriarca el más hermoso tipo de la raza humana.

En el Nepal y en el Boutan los ingleses se han hecho acuchillar queriendo cercenar una puntita del territorio... La lección ha sido provechosa; las casacas rojas, que esperaban matar á los indios sin defensa, quedan de ello advertidos, no volverán á frotarse las manos, pese á las fanfarronadas y las habladurías de sus diarios de Calcutta que, de tiempo en tiempo, anuncian que van á anexionarse el Boutan, la Cachemira ó el Cabul.

No lo conseguirán jamás, é menos que no puedan

poner los pies bajo un pretexto amigable y hacer jugar esa arma tan esencialmente inglesa que se llama la doblez y la corrupción.

Un día en que yo me paseaba por Chinchura sobre las orillas del Ganges, encima de Chandernagor, fui testigo de una pequeña aventura que me dió una idea de la fuerza extraordinaria de los hijos de estas montañas.

Dos soldados ingleses de un regimiento de artillería estaban en coloquio con uno de aquellos, debatiendo sobre el precio de media docena de granadas que habían elegido; no pudiendo venir á un acuerdo y para abreviar á su manera la discusión, se metieron las frutas en el bolsillo negándose á pagarlas, según la costumbre que estos caballeros tienen establecida en su trato con los bengaleses.

Pero tenían que habérselas con gente muy dura de pelar; el hijo del Cabul, desdeñando los consejos con los que se le invitaba á quejarse ante el oficial que mandaba la guarnición, se levantó y agarrando con cada una de sus manos por el cuello á los dos ladrones, les suministró una paliza de importancia, que terminó con la restitución de las granadas, con gran júbilo de todos los mercaderes del bazar, sometidos frecuentemente á semejantes exacciones.

Mis dos hombres huyeron precipitadamente medio destrozados, y sin duda no se alabaron del resultado de su hazaña.

Las enfermedades que el europeo debe tener, difieren en naturaleza é intensidad según las zonas.

Las más comunes son las hepatitis, la disentería, la gastralgia y las fiebres de los pantanos. Algunos meses de estancia en Europa ó en las frescas comarcas del Himalaya bastan para procurar una rápida y entera curación cuando un médico inteligente hace salir á tiempo á un enfermo.

Los diversos géneros de enfermedades que la Medicina, por falta de cosa mejor, ha clasificado bajo el nombre de «fiebres tifóideas, mucosas ó cerebrales», son á poco casi desconocidas, y en todos los casos ofrecen poco peligro.

En cuanto á las insolaciones, desgraciado del que se expone á ellas: la más rápida de las muertes, unida á los más espantosos sufrimientos, es el precio de la imprudencia del que olvida un solo instante que

tiene sobre su cabeza un sol devorador, sin piedad para el que le desafia.

Iba á olvidarme casi intencionadamente del cólera, de ese famoso cólera asiático que da á los médicos de Europa tan bellos motivos para sus tesis ó para las memorias de la Academia.

Se conoce el comienzo estereotipado, por decirlo así, de la cosa.

«Es en las riberas del Ganges, en ese río inmenso que arrastra enormes cantidades de detritus vegetales y animales, donde el cólera... etc».

Yo no sé, como así lo afirman esos caballeros, que el Ganges sea realmente tan culpable como se pretende en la ciencia oficial; lo que sí puedo certificar por mi parte es que esta es la última de las enfermedades de que debe de preocuparse un europeo en la India.

Bastante peligroso para los indígenas pobres que durante la estación de las lluvias se acuestan sobre el suelo y no tienen con qué abrigarse, no hace diez víctimas por año entre los europeos de la India entera, y aun es una cifra que yo doy un poco al azar, no habiendo visto jamás por mi parte morir uno solo á causa del tífus.

Los indios mismos se sustraerian fácilmente si se preocuparan de proporcionarse una alimentación más substanciosa y casas al abrigo de la humedad, y si su sistema religioso de abluciones no les forzase á cada momento del día á sumergirse en las aguas cenagosas y llenas de detritus de los estanques.

Lo que voy á decir de las serpientes asombrará más aún á las gentes.

Hay sobre este punto una teoría tradicional que cada uno copia sin renovarla, y que consiste en hacer de la India un país casi inhabitable á causa de esos peligrosos animales. A creer á esas gentes, no se sabría dar un paso sin tomar toda suerte de precauciones, y el tiempo transcurriría, desde la mañana á la noche, en mirar dónde se pone el pie, dónde se coloca la mano, etc. Sería un suplicio intolerable.

Tranquilizáos, y que las exageraciones de las gentes que todas las mañanas encuentran en la India un escorpin dentro de las chinelas ó un cobra-capella bajo la cama, no os impidan, si tal es vuestro deseo, ir á visitar este maravilloso país.

Sin duda que hay en estas comarcas innumerables cantidades de escorpines, de mil-patas y de serpientes pertenecientes á las especies más peligrosas.

Las hay que matan en algunos minutos, como el cobra-capella y el trigonocefalo ó serpiente hierro-de-lanza, así nombrada á causa de la forma de su cabeza; otras que os herirían como el rayo en algunos segundos, como la serpiente-minuto, así llamada para indicar la rapidez del efecto de su mordedura, la serpiente de cascabel y el corallo.

Yo no condeno las exageraciones que se hayan hecho sobre el nombre y sobre los efectos del veneno de estos terribles animales; lo que condeno es que se haya hecho creer á los europeos que corren grande peligro viviendo en la vecindad de semejantes huéspedes. Yo no puedo compartir esa opinión tan generalizada. He aquí mis motivos:

Estos animales, tímidos hasta el exceso, huyen al menor ruido y, bien lejos de atacar, no se ocupan más que de su seguridad personal. Desde que os perciben, lejos de volverse amenazadores se apresuran á refugiarse en sus madrigueras y no se revuelven contra vosotros sino en el caso de que les atajéis su camino ó les ataquéis.

Un día en que yo cazaba á orillas del lago Oussondou, puse, por descuido, un pie sobre la cola de un trigonocefalo; en vez de revolverse para morderme, el animal hizo un esfuerzo desesperado para desembarazarse, y como al apercibirme yo diese un salto á un lado, el insecto se refugió con toda su velocidad en una grieta de los bordes del lago... Es cierto que si mi pie no se hubiera levantado en seguida para devolverle su libertad, quizá al primer movimiento para desembarazarse hubiera sucedido otro para morderme. Pero certifico, por este hecho y por otros cien auténticos que podría citar, que el primer movimiento de la serpiente es siempre invariablemente para huir, y que no se vuelve para morderos como no le impidáis la huida.

Dotado de un oído excesivamente fino, os oye marchar á cien metros de distancia y se aparta prudentemente á la primera espesura que encuentra, lo que hace que podáis cazar días enteros sin encontrar una sola serpiente, y sin embargo, es bien cierto que os halláis completamente rodeados de ellas.

Otro caso: porque en estas materias nada habla tan elocuentemente como los hechos.

Yo había llevado á la India un magnífico perro faldero muy apasionado por la caza, á pesar de su cortísima talla. En los primeros tiempos de mi estancia, no podré decir hasta qué punto me sacrificaba en la vigilancia de este animal, temiendo á cada instante que se hiciera morder en las malezas por su pasión en perseguir las ratas, los camaleones, los lagartos y hasta las mismas serpientes. Poco á poco, viendo que nada le ocurría, sin embargo, acabé por dejarlo en completa libertad, de la que se aprovechaba cuando estábamos en el campo para correr días enteros por los bosques y por los arrozales. Ni una sola vez fué mordido durante seis años de estancia en la India, viniendo á morir del modo más vulgar en Francia, en donde había nacido.

Como constantemente nos daba la voz de alerta cuando cazábamos, estoy persuadido de que no llegó jamás á ponerse al alcance de una serpiente, á la que advertía su presencia, y á esta circunstancia se debe el que no fuera mordido.

La mayoría de las serpientes no salen de sus madrigueras sino de noche, para acechar su caza y sorprender en los arrozales á las ratas y á los musgaños, de los que hacen un gran consumo. A esa hora podría ser más peligroso que de día el paseo sin precauciones, pero la India no es un país en donde uno se pueda divertir marchando por la noche á meditar á través de los campos.

Con mucha frecuencia he interrogado á los colonos y á los compatriotas establecidos en el país desde hace veinticinco ó treinta años, y ninguno me ha afirmado jamás que haya visto morir un europeo á causa de la mordedura de una serpiente.

Sin duda que ha habido casos, pero yo los creo excesivamente raros, y por mi parte nunca los he visto.

Solamente en las novelas se ve que un cobra capella se enrosque en vuestras piernas mientras dormís la siesta... ó que muerda en el brazo á una joven desposada cuando va á coger un higo.

Durante los primeros tiempos de mi residencia en Pondichéry, esperaba á cada momento encontrar un reptil bajo la mano. M. de Warreu, á quien había leído atentamente, me enseñó á no poner un pie

fuera de la cama sin encender luz, á no tomar nunca mis vestidos sin haberlos sacudido previamente y sin haberlos vuelto varias veces... á desconfiar de todos los objetos que me rodeasen y que pudieran hacerme recelar la presencia de un reptil.

Todo eso es perfectamente ridículo.

Sin duda se encuentran serpientes en el fondo de las cajas viejas abandonadas en el jardín, bajo los montones de madera muerta aplada en el patio para el fuego de la cocina, y á veces hasta en las pequeñas casas de bambú de los criados; pero en esos sitios que no son propios para guaridas de serpientes, ¿cuántas encontraréis al año? Una ó dos, apenas.

¿Es que en Francia, sobre todo en las provincias del Mediodía, no se encuentran á veces culebras en los corrales y en los graneros de heno?

Durante los largos años que he vivido en la India he visto algunas veces, principalmente en el campo, á una serpiente atravesar una galería; pero en su apresuramiento, ¿cómo se conocía que se había extraviado, que solamente la casualidad la había conducido hasta allí! Un niño podía matarla con una vara casi sin peligro; de tal modo estaba desorientada.

En resumen, en la India hay muchas serpientes y de las peores; pero son poco peligrosas por razón de timidez y de su presteza en huir al menor ruido; lo que hace que no descuidando un punto las ordinarias precauciones que la más vulgar experiencia aconseja, es decir, no marchando nunca con los pies desnudos, no sentándose de ningún modo durante la noche sobre el césped ó en los bosques, casi no se debe temer nada de ellas.

No sucede lo mismo con los indios, cuyas casas están situadas bajo los bosques, con frecuencia entre la espesura de las malezas, y que no hacen el menor ruido al marchar descalzos; no es raro tener que deplorarse entre ellos algún accidente, á pesar de que eso sea tan frecuente como debe esperarse de su imprudencia.

Así, pues, en atención á todas estas consideraciones, la India es un país muy habitable, á pesar de su calor y de sus animales peligrosos, á los que se ha tenido la torpeza de convertir en verdadero espantajo.

Para completar las nociones muy sumarias que acabo de dar sobre el clima, voy á indicar las precaucio-

nes de higiene usual que la experiencia me ha demostrado son las más saludables para el europeo que desea conservar su salud en este país.

No tengo pretensión alguna de poseer ciencia; me va muy bien con mi régimen, lo indico y lo seguirá quien quiera.

He aquí mis fórmulas, garantizadas por la Facultad.

No habitéis jamás sino casas de un piso, vastas y abiertas á todos los vientos. El aire es aquí el primero de los bienes; á todo precio es preciso conservarlo.

Téngase *pankaks* bien instalados, sirviéndose de ellos por la noche durante la estación cálida. Bajo el aire fresco de estos grandes abanicos maniobrados por servidores especiales, no sentiréis la falta de sueño.

En las provincias del Sud evitad el uso de la franela, que os procura erupciones en la piel y no os preserve de nada; pero no la abandonéis en el Norte, en donde la temperatura está sujeta á súbitos enfriamientos, y sobre todo en los brazos del Ganges y en las llanuras pantanosas de Bengala.

Tomad baños fríos dos veces por día, al levantarse por la mañana y hacia las cuatro de la tarde, cuando el calor disminuye un poco su intensidad; no permanezcáis en el agua más de ocho ó diez minutos, porque el baño frío diario pudiera convertirse en perjudicial, si fuese demasiado prolongado. Absteneos de baños calientes, que sólo contribuirían á debilitaros.

No salgáis nunca desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde. En caso de absoluta necesidad no lo hagáis sino en carruaje, si el trayecto ha de ser largo, y provistos de un ancho quitasol, si el paseo ha de ser de algunos pasos.

Bebed vino, pero moderadamente, en todas las comidas; el uso del agua debilita el estómago y predispone á la anemia.

Durante el día, y como refrescante, cortad medio vaso de agua con algunas gotas de cognac. No os aconsejo que sigáis el método inglés, que consiste en cortar un vaso de cognac con algunas gotas de agua.

Como agua de mesa no hagáis uso más que de la de los manantiales, y si, como en las llanuras del bajo Bengala, os véis reducidos al agua de los estanques, llena de detritus de todas clases, ó á la del Ganges, que arrastra constantemente cadáveres de hombres y de animales, hacéosla servir después de haberla puri-

ficado con alumbre, ó después de filtrarla en la arena ó el carbón.

En los primeros tiempos de vuestra llegada usad con moderación los condimentos y los manjares picautes, habituándoos á ellos poco á poco: el clima lo exige.

Las tres cuartas partes de las gastralgias que se curan trasladándose á Europa, no reconocen otra causa que el uso de alimentos demasiado insípidos, que acaban por paralizar un estómago que el calor convierte ya en perezoso. Resistid fuertemente contra la bilis todos los meses.

Comed buena carne, pero en pequeña cantidad. Preferid las carnes negras y secas, la caza sobre todo, á las carnes demasiado grasas del carnero y del buey.

No abuséis nunca de la mesa; en estas latitudes, sobre todo, la higiene debe principalmente consistir en una sobriedad bien entendida.

Guardaos de los excesos de todas clases y, sin que os sean prohibidos, no deben ser demasiado frecuentes vuestros paseos á las islas en donde fué honrada Cytherea.

En fin, última recomendación y que no es la menos importante: desconfiad de la quinina y de los médicos ingleses.

La mayoría de los que yo he conocido en la India no hubiesen ciertamente resistido un mediano examen de veterinaria. Eso se concibe, en vista del inmenso número de estaciones en donde, en proporción á los empleados europeos, Inglaterra está obligada á sostener médicos que pesca un poco á la ligera, sin mostrarse demasiado exigente para la concesión de los títulos.

Nuestros buenos amigos los ingleses han adoptado otro sistema higiénico diferente al que os acabo de indicar.

Partiendo de la idea, convertida por ellos en principio, de que lo que es bueno para la vieja Inglaterra, con su sol que juega perfectamente al escondite y con sus brumas húmedas, no sabría ser malo en otra parte, se tratan en Bombay, en Calcutta y en la India entera como en Londres. El brandy (pronunciad cognac), el whisky, el gin, el porto, el champagne, el sherry, especie de licor mitad vino blanco mitad cognac, de su invención, cubren su mesa y hacen de ellos un uso tan copioso que, desde las ocho de la no-

che, á continuación de la comida, los que pueden procurarse ese lujo, los verdaderos gentlemens, se encuentran en aquel santo estado de beatitud que se llama *embriaguez* entre las gentes bien educadas y borrachera entre el populacho.

A bien que, con raras excepciones, nunca podréis hablar á un inglés desde las nueve de la noche en adelante como no sea bajo la mesa.

Pero, ¡cuántos también dejan sus huesos sobre esta tierra, gastados antes de tiempo por el clima y los excesos!

¡Cuántos de esos desgraciados he conocido que, llegados al último grado del embrutecimiento, incapaces de tomar el menor alimento, sólo estaban sostenidos por la bebida! Pero eso duraba poco: una mañana se les encontraba muertos en su cama, al lado de su última botella de brandy.

Si por ventura tratáis de persuadirles de que lo que no puede ser demasiado perjudicial en su fría y brumosa patria es mortal en estas abrasadoras comarcas, no obtenéis de ellos otra contestación que esa sonrisa altanera y fría que pasa en Inglaterra por la suprema distinción del buen tono, y que estos insulares no abandonan sino en presencia de los que reconocen como superiores suyos; guardáos entonces vuestros consejos para vosotros mismos y dejad que aquellas gentes se mueran á su antojo...

He acabado estas nociones que, aunque muy sumarias, permitirán al lector seguirme en mis relatos, sin que á cada instante, á propósito de un accidente, de una insolación, de una mordedura de serpiente, me vea obligado á volver sobre cuestiones generales del clima y de los reptiles. No quiere decir esto que descuidaré las cuestiones que puedan referirse á esas diferentes causas; pero no me ocuparé de ellas sino cuando vayan acompañando á hechos curiosos é interesantes.

Después de este largo paréntesis regresamos á Kaltna, junto á mis buenos amigos, de los que tardé poco en separarme, á pesar de sus protestas.

Hacia ya seis semanas que llevaba esa vida peregrina y contemplativa que es el grande encanto de estos climas; engordaba en la quietud y en la tranquilidad, pero conocía bien los extraños efectos de esa torpeza física y moral, para permitir que se apodera-

sen por completo de mí. Así, una tarde, á la terminación de la comida, anuncié á mis amables huéspedes que marchaba dentro de tres días para dirigirme á Trinquemalé, por Kandy, atravesando las montañas y todo el interior de la isla.

Se pusieron en práctica todos los recursos para disuadirme; se llegó hasta decirme que la vertiente Nordeste de los montes Kotmalé estaba infestada de elefantes salvajes, de jaguares y de esa especie de pantera negra conocida con el nombre de «pantera negra de Ceylan». Nada les valió. Contesté como es de razón á todas aquellas amabilidades que me emocionaban en el más alto grado—porque no tenían otro fin que el de retenerme en la plantación el mayor tiempo posible,—diciendo que no podía eternizarme en Kaltna, que cuanto más me detuviera en Kaltna menos ánimos tendría luego para salir, si cedía, y que, en cuanto á los peligros del camino, sabía que no viajando sino de día por las regiones infestadas de fieras, casi nada había de temer.

Debo advertir que la parte contraria estaba tan obstinada en sus argumentos como yo en los míos, viéndonos, por tanto, obligados á llegar á una transacción que satisfizo todos mis deseos.

Los numerosos bosques del distrito de Trinquemalé encierran grandes cantidades de esencias tintóreas, caneleros y claveros, así como también magníficas maderas de construcción para buques. M. Dufot compraba todos los años importantes cargamentos de esas diferentes mercancías. Pero hasta entonces, aunque lo deseara, le había faltado tiempo y tal vez un compañero para visitar las espléndidas mesetas del interior que producían las diversas esencias que él se proporcionaba por un intermediario. Cuando acababa esta explicación, mi huésped agregó mirando á su mujer, que hizo un gesto de aprobación:

—Vamos; concédanos usted aun diez días, el tiempo necesario para terminar mi recolección de indigo, y entonces iré yo mismo á hacer mis compras y le acompañaré, ó más bien le acompañaremos hasta la mitad del camino de Trinquemalé, porque mi mujer no está menos ansiosa que yo de visitar los espléndidos valles del pico de Adan, así como los bosques de la otra vertiente que traspasan, en cuanto al lujo de su vegetación, todo lo que la imaginación pueda soñar.

Se concibe que yo aceptase con el más vivo apresuramiento tal proposición, aunque aventurando algunas observaciones sobre los peligros y las fatigas de semejante excursión, que traspasaban las fuerzas de una señora joven, delicada y acostumbrada á esas mil y una bagatelas de la vida cómoda y lujosa.

—No se inquiete usted por eso,—me contestó mi amable interlocutora con una encantadora sonrisa.—Nosotros viajaremos á la manera inglesa, con nuestras tiendas, nuestras camas, nuestros mosqueteros, todo nuestro servicio y todo nuestro personal de criados; formaremos un verdadero pueblo cada vez que acampemos y, por lo que á mi atañe, bastaría la compañía de ustedes para no temer nada, lo confieso, ni la fatiga ni las fieras, porque montaré en Nizjara,—en sánscrito y en tamul «corcel del sol».—Nizjara era el elefante favorito de la señora Dufot, magnífico ejemplar que pronto tendré ocasión de presentar al lector.

No tenía que hacer otra cosa sino aplaudir el plan propuesto, que iba á dar á una parte de la excursión que yo pensaba hacer solo el encanto inapreciable de una compañía tal como la pudiera soñar, unida á ese lujo asiático con que los ricos colonos continúan la tradición: lujo de tal modo extravagante en algunas casas, que su descripción sería imposible en Europa sin correr el riesgo de la tacha de exagerados.

Mi fiel Amondou quedó encantado con este retraso de la marcha. Se había casado, á la moda cyngalesa, con una de las criadas de la casa, y por muy ligeros que sean esos lazos que forma el amor y que el más simple accidente destruye, no había llegado aún para él el momento de la saciedad, proponiendo todos los días á su joven dueña que se marchase con él.

—Saeb es tan bueno—la decía—que no te impedirá seguirnos, y como él es casado, tú servirás á la señora del mismo modo que yo le sirvo á él.

El enamorado tenía repleta su imaginación é hilvanaba ya su novelita...

Nada hay que atraiga tanto como las aventuras privadas, las costumbres íntimas; así, durante mi estancia en Kaltna, fuera de las horas que el hombre de mundo está obligado á consagrar á sus huéspedes, dedicaba casi todo mi tiempo al estudio de las costumbres íntimas, sin las cuales, sobre todo en el ex-

tremo Oriente, es imposible conocer y apreciar un pueblo.

Hablando el tamul, esa vieja lengua del Sur de la India, uno de los más inmediatos derivados del sánscrito, que con el indostánico forman las dos lenguas generalmente comprendidas por todo el mundo en Ceylan, marchaba á pasar los días enteros bajo la galería de las casas cyngalesas, bien acogido por aquellas gentes sencillas y buenas, haciéndolas conversar, referir sus leyendas, iniciándome en todos los detalles de su curiosa existencia, tan llenos de interés.

Otras veces, en las graderías de los templos, me hacía repetir por el *Kapural* las maravillosas hazañas de algunas de las encarnaciones de Buddha.

Los cyngaleses ó ceylanoses son dulces y tímidos como los niños, y en tal grado inofensivos que se puede viajar solo y sin armas por toda la isla, sin temor siquiera á una sombra de peligro. Por todas partes os aguarda la más favorable acogida; cada cual os dará hospitalidad en la forma que su posición se lo permita: pobre, compartirá su casa con vosotros y os servirá; rico, os dará un palacio y un ejército de criados para prevenir vuestros menores deseos.

Como procuraba á toda costa no herir ninguna de sus creencias y respetar todas sus costumbres, aun aquellas más ridículas, era bien acogido en todas partes y me había creado numerosos amigos en los pueblos vecinos á la morada de Kaltna.

Gustábame, sobre todo, dirigir mis paseos hacia el lado de Tembapoor, pequeña villa perdida bajo los bosques, á algunas millas de allí y casi por completo habitada por gentes de la casta de los Mahabadé-Tchaleas, ó descortezadores de canela; la vida que llevan constantemente en los bosques, en medio de los elefantes salvajes y de fieras de todas las especies, desarrolla en otra medida entre ellos el sentimiento poético, tan común entre todos los orientales; y oyendo contar deliciosas historias, si una maravillosa la otra más, olvidaba contar las horas hasta que avanzaba la noche.

La casa en donde más á menudo descansaba era la del jefe del pueblo, de nombre Kasiappa, que era al mismo tiempo jefe de la casta de los Tchaleas. El bravo cyngalés parecía muy satisfecho de recibirme

bajo su techo, y cada vez que yo llegaba á su pueblo se apresuraba á ofrecermé el *Karry* de la tarde, que yo aceptaba con el más vivo placer. Este plato, el mejor de la cocina india, á mi entender, cuando está preparado por manos hábiles, es digno de figurar en las mesas más suntuosas. Es inútil decir que nada tiene de común con esa horrible mixtura que nos sirven en las fondas de Europa con el nombre de ese plato. A su debido tiempo daré la receta.

Algunos días antes de mi partida de Kaltma me ocurrió en el pueblo de Tembapoor una aventura de las más curiosas, digna de servir de prólogo á algunas páginas que deseo consagrar á las costumbres íntimas de los cyngaleses.

Una mañana, cuando abandonaba mi residencia, el fusil sobre la espalda y dispuesto á matar algunas de esas enormes becasinas que abundan en los arrozales de Ceylan, vi llegar á Kasiappa con su tahali rojo y las armas de la reina, signo distintivo dado por los ingleses á los jefes de pueblo. Después de los saludos acostumbrados, me preguntó si era verdad que me marchaba pronto hacia el interior.

—Es exacto,—le contesté; y como yo conocía la política al uso en tales ocasiones, agregué que aun después de muchos meses de mi partida no me abandonarían la pena de haberme separado de él.

—¿Y para qué marchar?—me dijo.

—Es necesario.

—Si no es buena para ti la plantación, ven á Tembapoor; la casa de Kasiappa está á tu servicio.

—No es ese el motivo que me obliga á separarme de mis amigos; tengo que marchar por precisión á Pondichéry y al Norte de la gran tierra.

—¿Volverás?

—No lo sé.

—¡Entonces, que el divino Ganthama, hijo de Budha, te acompañe! ¡Que la piedra de amasar (granos para el *Karry*) cante mañana y tarde bajo los dedos de tus servidores! ¡Que el arroz de tus comidas nutra siempre un cuerpo puro, y que los genios de las aguas, propicios á los viajeros, alejen de ti á los Rondras y á los Adytias (genios maléficos) que vendrían á turbar el sueño de tus noches!

Esta era la fórmula consagrada para descarme un feliz viaje.

Le respondí inmediatamente con esta otra, con la cual un viajero toma licencia de sus huéspedes:

—¡Que los Yakchas, servidores de Convera (Dios de las riquezas), velen por la prosperidad de tu familia! ¡Que los Monnis y los personajes santificados purifiquen tu agua para las abluciones de la mañana, y que las ceremonias funerarias puedan estar acompañadas, en torno de tu hoguera, por tu hijo primogénito rodeado de los hijos de sus hijos!

Hecho esto, podíamos continuar la conversación. Kasiappa me hizo saber entonces que tenía intención de dar en su casa una fiesta en honor de mi partida y que venía á invitarme, tanto en su nombre como en el de varios vecinos del pueblo, que yo conocía. Me anunció igualmente que esta fiesta sería de las más brillantes, porque coincidía con las ceremonias religiosas de la nubilidad de una de sus hijas.

Acepté todo lo apresuradamente que puede sospecharse y prometí ser puntual á la reunión, fijada para el día siguiente, á la caída de la tarde.

Esta costumbre de celebrar las primeras señales de la nubilidad de una joven con oraciones y ceremonias especiales en la pagoda y en seguida en el domicilio con música, cantos y una comida, á la cual concurren todos los parientes y amigos, existe en todo el Indostán, aunque con formas variadas en el modo de celebrarla, según la localidad y la riqueza de los parientes, la casta á que pertenece la joven, el dios ó la diosa á quienes particularmente ha consagrado su culto, según que sea hija de familia ó desposada, ó bien casada, porque en ciertas castas se unen con mucha antelación niñas de cuatro ó cinco años de edad con esposos de diez ó doce, y en este último caso la ceremonia por la nubilidad se termina por la conducción de la joven al domicilio de su esposo.

Durante la comida di á mis amigos cuenta de la invitación del jefe de Tembapoor y, con ocasión de la ceremonia, á la cual iba á asistir, buscaba el origen religioso de estas costumbres, cuando sorprendí una sonrisa ya varias veces dibujada en los rostros de mi amigo y de su mujer. Pedí la explicación, porque la conversación me parecía prestarse poco á este género de manifestaciones.

Me contestaron con fineza que me querían dejar toda la primicia de mis impresiones, y que la fiesta del

día siguiente me daría la explicación que solicitaba. Insistí, supliqué, y nada conseguí. Iba ya á ceder monsieur Dufot cuando una mirada fogosa de su mujer, rebosando la concentrada malicia, le detuvo en la pendiente.

—Aguarde usted á mañana,—me dijo;—en efecto, vale más no desflorar la cosa. ¿Por qué hacele conocer antes uno de los más interesantes episodios de esta ceremonia que debe á lo imprevisto la mayor parte de su encanto?

No insistí más, pero debo decir que no me acuerdo de haberme intrigado en mi vida un asunto cualquiera tanto como en aquella ocasión.

Al día siguiente, sobre las cinco de la tarde, un magnífico palanquín, adornado para el acto y al cual se le había adaptado una cúpula de flores naturales, se detuvo delante de mi habitación con los seis portadores y su guía ó jefe conductor, todos en traje de fiesta; los turbantes eran de finísima muselina con franjas de oro.

Kasiappa enviaba á buscarme en el palanquín de ceremonias, reservado de ordinario al recaudador inglés cuando reside algún tiempo en el distrito.

No encuentro nada tan agradable como este género de locomoción.

El palanquín de ceremonias está abierto por sus cuatro lados, provisto de un cielo sostenido por dos columnas y guarnecido con mazos de flores. Puede uno colocarse, á su placer, acostado ó sentado; ligero, cubierto de esculturas y dorados, es costumbre no servirse de él sino para pequeñas excursiones de un pueblo á otro, ó para hacer visitas.

Difícilmente puede formarse una idea de la agilidad y destreza de los portadores de palanquines que pertenecen todos á la casta de los Bohis. Las hazañas de los correos de la antigüedad, que parecen fabulosas á nuestras gentes de Occidente, se renuevan aquí todos los días por estos hombres que, con un poco de arroz en su saco y el agua de los cañaverales que encuentran por toda bebida, fatigan á un caballo á la carrera y franquean en algunas horas distancias tan exageradas, que es preciso ser testigo de estos prodigios para creerlos.

La villa de Pondichéry, en la costa de Coromandel, está próximamente á unas treinta leguas de Madras.

Pues bien, yo afirmo haber visto varias veces, en casos excesivamente apurados, correos bohis llevar una carta á Madrás y traer la respuesta á Pondichery en menos de veinticuatro horas; y el bohis, á su regreso, luego de haber dormido dos horas, tomar un baño y comer, estaba presto á recomenzar.

Esta casta goza en la India entera de una reputación de honradez merecida por mil circunstancias diferentes de devoción, de fidelidad y aun de valor, dadas por sus miembros en una serie de difíciles ocasiones.

Así, aunque porteneciendo á una de las subdivisiones inferiores de la casta primitiva de Sondras, es decir, de los artesanos, es estimada al igual de las castas que se agrupan bajo el nombre de Vaysias, ó sea comerciantes.

No hay un sólo ejemplo de que un bohis haya abusado de la confianza que en él se había depositado.

Todos los días llegan de Inglaterra mujeres, muchachas jóvenes y niños, para marchar á unirse, á cuatrocientas ó quinientas leguas, en una de las innumerables estaciones del Indostan, á un marido, á una desposada, á un padre, á un tutor... Sin la menor aprensión se les embarca en un palanquín y, durante seis semanas ó dos meses, las jóvenes, las mujeres de una belleza provocadora, están á merced de los portadores de palanquines, que les colman de cuidados previniendo sus deseos, sin que una mirada venga á denunciar la menor tentación, sin que un gesto ó una palabra puedan herir en nada al más temeroso pudor.

Y en caso de encuentro desgraciado, cuando es posible que vuestros más fieles criados os abandonen, estas gentes, para las que no sís más que un desconocido, se harán despedazar por defenderos.

Podéis dejarles vuestro dinero con tanta confianza como lo haríais con las personas más allegadas á vosotros; los indios lo devolverán con la más escrupulosa fidelidad.

Orgullosos de conservar esta reputación, los jefes y miembros del Consejo de la casta, ejercen una constante vigilancia sobre los bohis que, á la menor desconfianza, á la menor queja, son inmediatamente lanzados de la costa y puestos en el rango de los parias.

Jamás he tenido ocasión de ver ejercer tales rigores contra uno solo de estos bravos.

Allá va, entre otros mil que pudiera citar, un ejemplo de su abnegación.

Cuando yo habitaba en Pondichery, iba dos ó tres veces por año á pasar con mi familia quince días en Cuddaloor, en casa de uno de nuestros excelentes amigos, el mayor Templer, que mandaba la guarnición inglesa de este nombre.

Ya se habrá podido comprender el aborrecimiento que profeso á Inglaterra como nación. La he visto demasiado maniobrar sin respetos de ninguna especie, con el objeto de humillar el pabellón francés, para que yo pueda experimentar otro sentimiento.

Pues bien, debo deciros que tratándose de hombres ya es otra cosa, y que he encontrado sólidas amistades inglesas, de una lealtad, de una franqueza y de una adhesión á toda prueba.

Cuando un inglés os ha dado su mano, os ha llamado su amigo, os ha mostrado sus interioridades, os podéis fiar de él. No podría decir desgraciadamente otro tanto de otros pueblos.

Este mayor Templer habitaba en la India desde hacía ya treinta y cinco años. Son inenarrables todos los sucesos curiosos, todas las aventuras trágicas que le habían ocurrido desde su llegada.

En 1845, durante las últimas guerras contra los Marathes, nombrado capitán en uno de los regimientos que estaban frente al enemigo, fué obligado á abandonar á Madrás para reunirse á su puesto.

Se puso en camino, seguido de un sólo criado de la casa de los bohís. Al tercer día de marcha llegaron hacia el anochecer á un bengalow aislado de la llanura desierta del Chounambar.

El bengalow de la India no es otra cosa que el *padador* ó *casa del reposo público* que los antiguos rajahs y los brahmas han hecho construir en los caminos y en todos los lugares de paso, para los viajeros á quienes pueda servir de abrigo durante la noche.

Después de haber atado su caballo en un bosquecillo y de comer el Karry que su criado le tenía preparado, el mayor Templer se retiró al interior del bengalow y su criado se acostó bajo la galería al través de la puerta.

Una hora había transcurrido. Solamente los gritos roncós de algunos tigres que venían á abreviar á Chounambar, se hacían oír á lo lejos turbando el si-

lencio de la noche. El fiel bohís que velaba, no percibiendo nada de extraordinario en torno suyo iba á entregarse al sueño, cuando entrevió, á lo largo de las orillas del río que serpenteaba á alguna distancia, varias sombras negras que se aproximaban al bengalow siguiendo la ribera y ocultándose detrás de los arbolillos y de las altas hierbas.

Pensó en seguida que podía ser una tropa de merodeadores de noche, conocidos bajo el nombre de estranguladores, á los que en Europa se ha representado como sectarios del culto de Kali, y que no fueron, en realidad (ya hablaremos de esto más adelante), más que rateros vulgares y cobardes, presentándose doscientos para detener á un solo europeo.

En lugar de dar la señal de alarma inmediatamente y de llamar á la puerta para despertar á su dueño, lo que hubiera podido dar por resultado hacerse asesinar el uno y el otro, en el caso en que se presentaran en número suficiente, el bohís, conociendo las costumbres de estos merodeadores y sabiendo que se contentarían con rodear el bengalow para agredir al mayor sin defensa en cuanto abriese la puerta, hacía las tres de la mañana, para continuar su camino—porque en la India es costumbre ponerse en marcha mucho antes de la salida del sol, para recobrar las horas consagradas á la siesta durante el calor del día,—el bohís se deslizó silenciosamente hacia la espesura en donde hallábase atado el caballo del mayor. Con la rapidez del pensamiento había encontrado el medio de sacar á su dueño de aquel mal paso.

Desatando silenciosamente el caballo lo condujo, haciéndole marchar sobre la hierba para amortiguar sus pasos, á doscientos ó trescientos metros más atrás, y desde allí, amarrándolo de nuevo á una rama de un tamarindo, volvió á la proximidad del bengalow, enfocando el ruido de sus pasos para observar lo que ocurría.

Según lo había previsto, los merodeadores se apostaron de centinelas en las malezas, armados de enormes rebenques, y el jefe de la banda, el único que poseía un viejo fusil de piedra, se puso al acecho á diez pasos de la puerta del bengalow, pronto hacer fuego en el momento en que el mayor saliera sin desconfianza.

Después de asistir á estos preparativos, el bohís

juzgó que había llegado el momento de ejecutar su plan. No hubiera sido prudente, en efecto, aguardar más tiempo en presencia de la emboscada preparada por los merodeadores; un capricho de la suerte, una nonada cualquiera, podían hacer aparecer al mayor, y en tal caso júzguese lo que hubiera sido de él.

Comenzó entonces á arrastrarse, sin ruido, hacia atrás, para alejarse del bengalow; al pasar junto al bosquecillo en donde primeramente había atado el caballo del mayor, cogió la silla de su amo, que había quedado suspendida de una rama, y continuó su camino. Llegado junto al caballo lo embridó á presuradamente, y tomando en cada mano los pistoletes que se encontraban en las cañoneras, se precipitó en dirección al bengalow con toda la velocidad de su caballo, lanzando cinco ó seis alaridos con diferentes modulaciones, terminadas por el hurrah: *Go head, jade-lante!* de los highlanders, y descargó sus dos tiros en la espesura, de la que salían por todas partes los merodeadores huyendo en dirección á Chounambar.

A una astucia india, el bohís había opuesto otra que, como se vé, le había resultado admirablemente. Creyendo en la llegada de una sección de caballería, los estranguladores habían abandonado el sitio sin asegurarse, en su pavor, del número de los asaltantes. El bloqueo del bengalow quedaba levantado; su amo tenía tiempo para armarse: esto era todo lo que el bohís quería.

En efecto, á los primeros gritos, el mayor Templer se puso en pie; en poco más de nada se colocó su casco, se abrochó el cinturón y se lanzó, sable en mano, sobre su caballo, cuya brida le tendía su criado; dió una carga á lo largo del río contra los fugitivos y mató á tres ó cuatro que no habían tenido tiempo de ocultarse en los juncos ó de pasar el río á nado.

El bohís, con esta atrevida maniobra, había salvado la vida de su amo. Pudieron continuar su marcha en paz, á pesar de la presencia de los estranguladores en aquellos parajes.

No hay ejemplo de que tales gentes hayan osado jamás atacar á un europeo de otro modo que por la astucia, cualquiera que fuese su número.

Temen siempre los primeros disparos que, por lo general, son fatales á los primeros que se adelantan. Estos son tres ó cuatro indios que forman la vanguardia,

y á los que nunca se encuentra al comenzar el ataque. Y, cosa rara, estos merodeadores nada tienen de cobardes.

Reuní quince, veinte indios, armados simplemente de picas y lanzados contra un tigre: ni uno solo retrocederá: lucharán como los antiguos gladiadores contra la bestia salvaje, sin preocuparse de los camaradas que vayan cayendo á su lado; el tigre matará las tres cuartas partes: los cuatro ó cinco que queden estarán más ó menos heridos. Que sobrevenga otro animal y recomenzarán la lucha.

Ponedles, por el contrario, frente á un europeo; los veréis á todos vacillar, mirarse entre ellos, y su adversario no tendrá que hacer más que precipitarse, pistola en mano, para ponerlos en fuga.

Debe existir en este temor de las razas del Norte algo de supersticioso, y no sería extraño suponer que los brahamas hayan debilitado su valor haciéndoles creer, gracias á la metempsicosis que forma la base de sus creencias religiosas, que los cuerpos de los europeos están animados por los vampiros, los ritsachas y los genios más maléficos.

Ya encontraremos más tarde ocasión de hablar de nuevo de esta secta de estranguladores, de decir con exactitud lo que fué, desterrando las románticas exageraciones á que ha dado nacimiento.

Antes de partir, hice distribuir á los valientes bohís de Tembapoor, según la costumbre, sendos vasos de *caillon*; después monté en el palanquín y nos dirigimos á toda velocidad hacia el pueblo de Kasiappa.

No fué pequeño mi asombro cuando al llegar á la casa del jefe encontré á Amondou que me había precedido varias horas, desde que comenzó la fiesta por la mañana. Se encontraba ya en tal estado, que le fué imposible saludarme á mi llegada de otro modo que con carcajadas sin fin; se retorció, se echaba hacia atrás, mostrando sus gruesos dientes blancos bajo sus labios belfos. Era su manera especial de traducir sus sentimientos de alegría cuando el arack comenzaba á hacerle perder la razón.

Al momento en que Kasiappa me introdujo en su casa, una horrible mezcla de sonidos discordantes, produciendo la más extraña cacofonía que se pueda imaginar, estalló de repente en mis oídos: era la mú-

sica que comenzaba; eran el gong, el tam-tam, el te-bounis ó guitarra de dos cuerdas, y una especie de violón de los más primitivos que entran en danza, comenzando en mi honor una cencerrada tan espantosa, que hubiera tomado la puerta al instante si la necesidad de no herir la susceptibilidad de estas gentes no me forzase soportar estóicamente este suplicio, uno de los más terribles que conozco para los oídos de un europeo.

Los cyngaleses no tienen idea alguna de la gama, ni del ritmo, ni de la medida; nacen todos con el oído falso y es imposible inculcarles la menor noción musical.

La música, para ellos, es el ruido; así, nada divierte tanto, por un instante, como el ver una orquesta cyngalesa puesta en movimiento.

A penas el jefe, que no está allí más que para indicar con palmadas cuándo se debe empezar y cuándo se debe acabar, da la señal, cuando todos los ejecutantes empiezan á la vez, golpeando como si fueran sordos, quién el gong, quién el tam-tam, quién punteando la guitarra, quién rascando el violón, no preocupándose más que de meter mucho ruido... Y desdichados de vosotros si en el pueblo en donde se os rinden estos honores se encuentra un tambor administrativo destinado á llamar á los contribuyentes el día de la colecta de los impuestos; se va inmediatamente á hacer su requisa, y entonces, á pesar de toda vuestra buena voluntad, la situación se os hace insostenible. Ya no oís absolutamente nada; todos los perros del pueblo, que parecen tener más oído que sus dueños, se reúnen alrededor de la casa para testimoniar con sus ladridos estridentes la excitación de sus nervios, mientras que los cyngaleses se exaltan poco á poco con aquel ruido infernal que les sumerge en el éxtasis. Se apoderan de todo lo que pueden llevar á su orquesta, platos de cobre, cazos, todo es bueno con tal de que meta ruido, y la concurrencia entera golpea al unísono hasta que el director de orquesta quiere dar la señal de cesar. Y notad que cuanto más alto estáis colocados en la estimación de vuestro huésped, más se desea honraros y más tiempo dura esta música infernal, que más bien parece creada para acompañar una danza macabra que una muestra de fiesta y de regocijo.

Sin embargo, esta horrible algazara tuvo fin: ya era

tiempo: á pesar de todos mis esfuerzos, mi paciencia iba llegando á su término. Lo que me valió que este suplicio terminara fué el anuncio de que la joven Waframy, hija de Kassappa, salía en aquel momento de la pagoda, en donde había pasado una parte del día en medio de las ceremonias y de los cantos, y se volvía con los kapurales ó sacerdotes y las jóvenes virgenes, sus amigas, únicas que tenían el derecho de acompañarla á la casa paterna.

Las ceremonias religiosas á que da lugar la nubilidad de una joven perteneciente á una casta elevada, son de lo más singulares. He aquí cómo ocurre eso ordinariamente, según me lo he hecho referir, porque ningún hombre, fuera de los sacerdotes, tiene el derecho de asistir á ese género de ceremonias.

En la mañana del día convenido, las compañeras de la joven van á buscarla á su casa con gran pompa; la coronan con unas hojas parecidas á flores rojas y de las más olorosas, y la conducen al templo junto al altar dedicado á Avany, madre de Buddha, si la joven es budhista, ó en la pagoda brahamánica, junto al altar de la virgen Devanaguy, madre de Christna, si su compañera pertenece al rito indio puro.

Las jóvenes del pueblo, escogidas para formar el séquito de la *gardahbávaya*—en sánscrito y en tamul, flor pura como el lotus blanco,—deben ser vírgenes ó estar reputadas como tales, y no haber visto aun aparecer signo alguno de nubilidad.

Al entrar en la pagoda la *gardahbávaya* debe ofrecer á los sacerdotes ricos presentes, piezas de seda, de cachemira, perlas ó piedras preciosas, según su fortuna, así como varios sacos de arroz y de otros granos menudos de la última cosecha, llevado por un elefante joven que queda de la propiedad de la pagoda cuando la joven presentada en el templo desciende de raza real.

Al aproximarse al altar de Avany, la neófita debe tener entre sus manos una joven paloma verde de la especie llamada *gouhóugon*, y que aún no haya volado fuera de su nido.

El kapural inmola la paloma sobre el altar de la madre de Buddha, haciéndola asar sobre uvas trébedes de oro, y después de consagrarla se hace comer el corazón á la *gardahbávaya*, dirigiéndola las palabras siguiente:

«—Mujer, vas á entrar pronto en la morada de un esposo; la virgen Avany, que preside los amores puros, acaba de designar el instante propicio.

—Sé siempre virtuosa y la alegría no se separará de tu casa.

—Sé siempre casta y parirás sin dolor.

—Sé siempre sumisa y no perderás nunca el afecto de tu marido.

—Sé buena y devota para tus hermanos, de los que puedes ser la compañera.

—No olvides jamás ofrecer los sacrificios de los días lunares.

—Que no pase nunca un kapural por delante de tu puerta sin colmarlo de presentes, porque la bendición divina le acompaña...»

Si la joven pertenece al rito brahamánico, ofrece en el altar de la virgen un joven cabrito rojo, del que comen el sacerdote y todos los asistentes después de haber sido consagrado, y así que ha tenido lugar ese banquete, el resto se destina al sacrificio del *sarvamáda*, ofrecido por el sacerdote brahamánico en memoria de Christna, hijo de Brahma, que ha venido á la tierra para salvar al mundo.

Después el brahamán pronuncia las siguientes palabras:

«—Cuando la pura Devanaguy, la divina madre de Christna, se presentó en la pagoda de Madura para cumplir las ceremonias de su nubilidad, sintió estremecerse todo su sér, y el sacerdote, al mirarla, tuvo como una visión de lo que iba á ser y la saludó con este versículo del Véda: «Y enviaré á Vischuon, que se encarnará en el seno de una mujer y llevará á todos la esperanza de una recompensa en la otra vida, y el medio, suplicándome, de endulzar sus males.»

—Yo te deseo ¡oh mujer! que quedes pura como Devanaguy, y tu alma volverá á la mansión, sin tener que soportar otras transmigraciones sobre esta tierra.

—Aprende ahora cuál es el deber de las mujeres; es el divino legislador Manon quien habla por mi boca.»

He aquí la traducción literal de Manon, leídas por el brahamán: el lector no las oirá, tal vez, sin interés:

«—Una niña, una joven, una mujer de edad madura ó próxima á la vejez, no deben hacer jamás nada por capricho en la casa de su marido.

—La niña depende de su padre; la mujer de su ma-

rido; la viuda de sus hijos; no pueden gobernarse á su antojo.

—Que no busquen ocasión de separarse de su padre, de su esposo ó de sus hijos, porque serian despreciadas por todos y sus almas tendrían que soportar centenares de inmundas transmigraciones.

—La mujer debe estar siempre de buen humor, conducir con acierto los negocios del interior de la casa, tener gran cuidado de los utensilios del menaje y no tener nunca la mano demasiado larga para los gastos.

—Que sirva con amor y respeto durante esta vida; honre y conserve la memoria, después de su muerte, del esposo que le ha sido dado por su padre ó por su hermano mayor.

»—Las palabras de bendición y el sacrificio del señor de las criaturas, tienen por motivo, en las ceremonias nupciales, asegurar la felicidad de los esposos; pero la autoridad del marido sobre su mujer, descansa en la entrega de su hija hecha por el padre en el momento de los esponsales.

»—La santa escritura no ordena ni sacrificios ni prácticas piadosas que se refieran á las mujeres en particular. Cuando una esposa quiere y respeta á su marido, entonces posee todas las virtudes y será honrada en el cielo.

»—Una mujer que siga la ley divina y que desee obtener la misma felicidad que su marido en el cielo, no debe hacer nada que pueda desagradarle, sea durante su vida, sea después de su muerte.

»—Cuando lleve el hábito de las viudas, que enflaquezca voluntariamente su cuerpo, no nutriéndose más que de flores, raíces y frutas declaradas puras por el Véda, y que habiendo perdido su esposo, no ensucie su boca pronunciando el nombre de otro hombre.

»—Que hasta la muerte se mantenga paciente y resignada, consagrada á observancias piadosas, casta como un novicio que quiere enseñar la palabra de Dios, y aplicando todos sus cuidados á ser una mujer que no ha conocido más que un hombre.

»—Varios millares de brahmanes exentos de sensualidad desde su más tierna juventud y que no han dejado posteridad, han sido llevados al cielo.

»—A imitación de esos hombres austeros, la mujer

virtuosa que después de la muerte de su marido se conserva perfectamente casta, va derecha al cielo, aunque no tenga hijos.

»—La viuda que por el deseo de tener hijos es infiel á la memoria de su marido, incurre en el desprecio de todos aquí abajo, y será excluida en el otro mundo de la mansión celeste en donde su esposo ha sido admitido.

»—Todo hijo que echa al mundo una mujer después de haber tenido comercio con otro que su marido, no es de ningún modo hijo legítimo de su madre, lo mismo que no le pertenece á un hombre el hijo engendrado en la mujer de otro. En ninguna parte del Véda se ha concedido á una mujer virtuosa el derecho de tomar un segundo esposo.

»—La mujer que abandona y desprecia á su marido porque pertenece á una casta inferior, para entregarse á un hombre de otra casta más elevada, debe ser despreciada por todas las gentes de bien, y al hablar de ella no se la debe designar con otro nombre que el de *parapourva...* (en sánscrito, que se ha vendido á otro hombre que su marido).

»—Una mujer infiel á su esposo debe ser tratada ignominiosamente aquí abajo, y después de su muerte renacerá, por mil transmigraciones sucesivas, en el cuerpo de un chacal ó un buitre inmundo, y la afligirán la elefantiasis y la lepra.

»—Al contrario, la que no traiciona á su marido y cuyos pensamientos, palabras y cuerpo son puros, comparte la morada celestial de su esposo y goza la estimación de todas las gentes honradas.

»—Siguiendo esta conducta honrada, casta en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en su persona, la mujer será reputada tan pura como los santos brahmanes, que á fuerza de privaciones y de sacrificios han conquistado el cielo antes del tiempo señalado.

»—Que todo sabio, todo sacerdote, todo brahamán nutrido en la ciencia de la santa escritura, vea morir á sus ojos á una esposa que se ha conformado siempre con los preceptos divinos, la llama sobre el altar de las vírgenes, con los instrumentos destinados al sacrificio, porque jamás ha cesado de ser pura ni ha engendrado sino siguiendo la ley de Dios.

»—Que á cada aniversario de su muerte, su marido,

sus hijos, toda su familia, no dejen jamás, bajo pena de renacer en el cuerpo de un animal inmundo, de cumplir la ceremonia de los funerales, siguiendo el rito santificado, porque debe ser honrada al igual de los santos personajes la mujer que no habiendo conocido más hombre que su marido, ha muerto después de darle muchos hijos, sin que su imagen saliera un instante de su corazón.»

Después de estas alocuciones y citas de los textos sagrados, la ceremonia termina de la misma manera entre los budhistas y entre los sectarios de Brahma, por la aspersión de todos los asistentes con el agua lustral ó bendita, sobre la cual el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración después de disolver en ella sal, polvos de incienso y mirra.

Esta agua sirve igualmente para bautizar á los recién nacidos.

Tal vez se juzgará por estas citas á Manon el primero de todos los legisladores religiosos, de quien el mundo haya conservado su recuerdo, un poco largo, á través de los siglos. Algunas de estas estrofas caracterizan tan bien la primitiva situación de la mujer en Oriente, descubren cuestiones tan interesantes bajo el punto de vista religioso, que no he querido suprimir una sola línea.

Cuando las ceremonias religiosas han terminado en la pagoda, la procesión se pone en marcha, y después de haber dado tres veces la vuelta al monumento sagrado, se conduce al domicilio paternal á la joven que acaba de colocar los primeros pasos de su vida bajo la protección de la virgen madre india.

Al paso de la procesión todo el mundo se arrodilla y, cualquiera que sea su casta, cada uno inclina su frente hasta el polvo del camino, señales de respeto que, por lo demás, son de regla en todas las ceremonias religiosas.

Cosa extraordinaria: si la presencia de los europeos ha podido, hasta cierto punto, no cambiar ó modificar, lo que es imposible, las costumbres de los cyngaleses y de los indios, sino introducir ciertos hábitos que han recibido, sin duda, carta de naturaleza, no ocurre lo mismo en las cosas que se refieren á la religión. La India actual es siempre, en materia religiosa, el país de la inmovilidad; las ceremonias y las creencias se han estacionado como en tiempo de la dominación

brahamánica. Ved esa ceremonia que se verifica, esa procesión que pasa; en medio de todos esos creyentes encorvados sobre el camino, no hay un incrédulo, uno solo que no diera gozoso hasta la última gota de su sangre por su fe y por sus sacerdotes. No son ya fanáticos, sino brutos que han abdicado su libre albedrío, todo razonamiento sensato, y que, á una señal del brahamán, están prontos á imponerse los más crueles suplicios.

En materia religiosa el europeo pierde todo su prestigio, toda su autoridad sobre esta raza embrutecida por las supersticiones. ¡Desgraciado de él si no respeta las creencias más absurdas! De dulce, conciliador y sumiso, como es de ordinario, este pueblo se convierte en irritable y cruel y es capaz de llegar á todos los extremos. Desde el momento en que se imagina que se sufre ó muere por su Dios ó por sus sacerdotes, no teme ya nada.

Así, en los primeros tiempos de su llegada al Indostan, el extranjero está expuesto á cada instante á hacer cosas que para él no tienen importancia alguna y que son miradas como crímenes por los indios. Y también con frecuencia, corre, sin duda, los más graves peligros.

Ordinariamente se hacen necesarias prevenciones al recién desembarcado; pero las recomendaciones son tan numerosas y tan variadas, que casi le es imposible retenerlas todas. Y á veces las juzga tan pueriles que no hace más que reírse sin tener nada en cuenta.

También con mucha frecuencia aprende á su costa á conducirse con una prudencia necesaria á su tranquilidad en medio de estos pueblos que, en la vida ordinaria, se dejarían apalear sin murmurar siquiera; pero no permitirán, en materia religiosa, que se toque á la más ligera de sus creencias.

Puesto que el azar me ha llevado á hablar de este asunto, no creo inútil indicar aquí cuáles son las precauciones que debe tomar un europeo obligado á vivir entre la familia india, en interés de su seguridad personal.

En las ciudades, su omisión no ofrece gran peligro; los naturales se plegan al yugo; saben que en caso de agresión no tardarían en llegar los socorros y que las represalias serían terribles; pero en los campos del interior, y sobre todo yendo de viaje, como la policía

es indígena y no sirve, por consiguiente, para nada, es indispensable observar todas las siguientes precauciones, so pena de hacerse moler á palos y á pedradas.

»No golpeéis nunca á un buey, sobre todo si lleva en el lomo ciertas señales que revelen que ha sido consagrado á cualquiera divinidad. En todos los casos, este es el animal sagrado por excelencia.

»Gurdaos de matar en la caza milanos de plumaje amarillo moreno, llamados «milanos brahamánicos», porque están todos bajo la protección de Vischuon. Ocorre lo mismo con las palomas verdes que habitan los frentes de las pagodas y que están consagradas á Christna.

»No os bañéis, ni saquéis agua, ni permitáis que beban vuestros perros en los estanques sagrados que hay alrededor de los templos; sirven para las abluciones de los brahmanes y proveen de agua lustral á las divinidades.

»No entréis nunca en el segundo recinto de las pagodas; los indios, ni aun los de las castas más elevadas, no pueden penetrar.

»No os sentéis en los linderos de los elefantes colocados sobre los bordes de los campos de arroz, que representan á los dioses protectores de las mieses.

»No peguéis nunca á un brahamán, á un sannyasis ó á un fakir.

»Guardaos de penetrar en el interior de las casas, aun de las más pobres, sin haber sido invitado por el cabeza de familia.

»No golpeéis nunca á un indio con una escoba, con un sándalo ó con otro objeto cualquiera reputado impuro.

»No insultéis jamás á un indio de casta, tratándole de paria.

»No os mezcléis en las ceremonias mortuorias hechas en honor de los antepasados. Se creerán manchados con vuestra presencia y aplazarán las ceremonias para el año siguiente; y durante este tiempo, según la creencia vulgar, las almas en pena andarían errantes y á la ventura, suplicando las oraciones que no se les podrían conceder. El interruptor se expondría á una terrible venganza por parte de los parientes y de los miembros de la casta á la cual pertenecían los muertos.

»No levantéis nunca el velo de las jóvenes pertene-

cientes á ciertas castas que ocultan el rostro de sus mujeres.»

No es raro ver soldados ingleses medio borrachos ser asaltados en las ciudades y dejarlos muertos por haberse permitido una burla semejante.

Otras recomendaciones podrian hacerse todavia, pero las omito porque su inobservancia no pone en peligro la vida de quien las ignora.

La procesión que conducía á la joven Waíramy, hija de mi huésped Kasiappa, acabó sin incidentes, y la nueva consagrada llegó pronto á la galería de la casa de su padre.

Allí todo el mundo se detuvo y el jefe salió al umbral de la puerta á recibir á los sacerdotes. Les ofreció á cada uno una copa de madera de sándalo, un plato de plata para comer el arroz y una olla de cobre cubierto de relieves representando asuntos religiosos, para hacer cocer los alimentos.

Un sacerdote grueso y ventrudo, cuyo rostro rubicundo y rebosante de salud testimoniaba poco la abstinencia y las privaciones que prescribía á los imbéciles, se dignó agradecer á Kasiappa con la punta de los labios por los presentes que le hacía, y le aseguró, sin reirse, de la bendición de Buddah, que le pagaría en el otro mundo, cosa que el bravo cyngalés no se permitió poner en duda ni por un instante.

Waíramy y sus compañeras cogieron entonces coronas y collares de flores olorosas, llamadas *ponh* en tamul, y las colocaron sobre la cabeza y alrededor del cuello de cada uno de los invitados, vertiéndoles sobre la cabeza, las manos y los vestidos perfumes extraídos de flores y de plantas diferentes, de un sabor acre y penetrante.

Mientras las jóvenes se consagraban á esta ocupación, la infernal música recibió de nuevo, con gran regocijo de los asistentes, la orden de hacerse oír, y los artistas, que no aguardaban la señal para hacer ostentación de su talento, se precipitaron de nuevo á golpes redoblados sobre sus instrumentos, y para colmo de cacofonia se pusieron á cantar fuera de tono una canción de circunstancias en honor de Kasiappa y de sus antepasados, cuyos interminables *couplets* duraron cerca de una hora. Me creía ya libre del concierto, cuando después de algunos segundos de reposo

para indicar el cambio de asunto, comenzó todo con más furor y con la sola diferencia de que esta vez las canciones se dedicaban á mi persona.

Se tendrá una idea de la poética oriental cuando se sepa que los diez primeros *couplets*, cuando menos, estaban dedicados á celebrar las hazañas que yo habia debido realizar en mi país natal. El número de monstruos, reptiles y animales peligrosos cuya muerte se me imputaba, era espantoso. Después de eso venian los vampiros, los genios maléficos, los *tchandalas* (muertos de la casta maldita que vienen á turbar la paz de los vivos), que se me hacía conjurar á millares.

Con muy poco pasé al estado de héroe legendario: los hijos pequeños de Kasiappa y otros invitados que desde un rincón presenciaban la ceremonia, me miraban con ojos asombrados, y no sé muy á dónde habria ido á parar, seguramente hasta escalar el cielo, si, conocedor de las costumbres, no hubiese puesto la mano en el bolsillo y tirado un puñado de rupias brillantes con la efigie de *her most gracious Majesty*. A este gesto todos los músicos se detuvieron, tendiendo sus manos ávidamente. Con gran alborozo suyo les distribuí á cada uno una de esas piezas que tienen un valor aproximado de dos francos y cincuenta céntimos, que representaba para ellos ocho ó diez días, cuando menos, de alimentación.

Después de esto, pasamos á la sala del festín, cuyas paredes y columnas de madera desaparecian entre las flores y el follaje.

No describiré aquí las maravillas de una comida india. Aunque el ceremonial y la cocina sean á poco casi los mismos en Ceylan que en la gran tierra, será preferible aceptar la primera invitación de uno de los rajahs del Sur del Indostan para presentar al lector ese lujo extravagante del extremo Oriente que la dominación inglesa no ha refrenado, y eso con intención. En medio de los esplendores que se les ha dejado conservar, los jueces no sueñan en sacudir el yugo.

La recepción de Kasiappa no habria podido rivalizar con la del rajah de Travencor, por ejemplo. Sin embargo, menos los guardias y los elefantes recamados de oro, esta fiesta, que terminó con iluminación de todo el pueblo y fuegos de Bengala de los más variados matices que se sucedian sin interrupción, esta

fiesta, repito, no hubiera sido desaprobada por ninguno de los ricos propietarios de Calcutta ó de Benarés.

La noche había avanzado bastante cuando estallaron entre el follaje sombrío de los árboles los últimos cohetes, é iba á suplicar á Kasiappa hiciera aproximar el palanquin que debía conducirme á Kaltna, cuando vino él mismo á anunciarme que de intento se me había preparado una habitación completa, y que no podía rehusar el acabar la noche en medio de mis amigos de Tembapoor.

Nada se oponía á que yo aceptase tal ofrecimiento, y mi huésped mismo me condujo hacia una encantadora casita compuesta de tres piezas, rodeada de galerías á los cuatro vientos y asentada en un macizo de laureles rosa y de naranjos, sobre las orillas de un pequeño estanque circundado de flores y de arbustos odoríferos.

Las tres piezas estaban arregladas: la del medio, cuarto de dormir; la de la izquierda, un saloncito con esteras y cojines, y la otra, sala de baño. La habitación de dormir y el saloncito estaban alumbrados por lámparas de noche, pero á la moda india; es decir, tan débilmente que no se distinguía cada objeto, cada mueble más que con esos contornos vagos que les da el crepúsculo, por ejemplo, ó una luz próxima á extinguirse.

Eso está hábilmente calculado para evitar que una luz demasiado intensa pueda turbar el reposo.

Quedéme solo, me revestí de una morisca, especie de traje para la noche, compuesto de un pantalón muy largo y una blusa de gabinete en seda ligera de Bengala, y me instalé bajo la galería, en uno de esos sillones que adornan las casas indias y son de lo más cómodo que pueda apetecerse para el sueño y el descanso.

El día había sido de los más calmosos, y la brisa de las montañas llegaba á aquella hora de la noche fresca y perfumada á levantar los tallos de las flores y á permitir á los miembros fatigados reposar bajo su bienhechor aliento.

No sé cuánto tiempo perdí en una muda contemplación, dejando á mis pensamientos derivar sin guía como una barca privada de sus remeros. En un momento dado me pareció que una sombra se deslizaba

á lo largo del bosque de naranjos que rodeaban la casa; escuché, pero ningún ruido vino á turbar el silencio. Me había engañado, sin duda, y el sueño recobró su imperio arrancándome á una carrera vagabunda á través de los mares y del espacio, hasta el momento en que viendo palidecer las estrellas del cielo, comprendí que era hora de recogerse en mi habitación para acostarme, si deseaba disfrutar de algún reposo antes de que apareciese el día.

Al franquear el umbral de la puerta percibí una forma blanca acurrucada al pie de mi lecho, sobre una piel de pantera. Llegó entonces á mi memoria el recuerdo de la sombra que había atravesado el bosque; me aproximé rápidamente... ¡Cuál no sería mi asombro al reconocer á la virgen heroína de la fiesta de la vispera, la hija de mi huésped Kasiappa.

Conocía perfectamente los usos conservados tradicionalmente por ciertas castas del interior de la isla, pero ignoraba que la de los Tchaleas las hubieran adoptado; de allí mi sorpresa perfectamente comprensible.

En todas las castas que no son más que subdivisiones de la casta de los Soudrawausé, es costumbre enviar la mujer ó la hija á acompañar por la noche al viajero que acepta la hospitalidad, y muy lejos de ser eso un deshonor para ellas, la esposa se siente con un motivo de vanidad y la hija encuentra fácilmente un marido.

Según creo, algunos viajeros han hecho constar ya el origen de semejante costumbre establecida, no sólo en Ceylan, sino en toda la península del Indostan; alguno de ellos no ha podido indicar este origen.

En vez de buscar la explicación de esta extraña costumbre en las supersticiones y en los hábitos religiosos de estos pueblos; en vez de admitir, por ejemplo, que el dios Convera hubiese ido á pasar una noche bajo el techo del sabio rey Pratchétas, exigiendo el divino huésped que la bella Sarawasti fuese sacrificada á su pasión, y que el rey, para que no ocurriera ninguna desgracia á su hija, publicase un edicto exigiendo que del mismo modo sus súbditos estaban obligados á dejar sus mujeres ó hijas á los viajeros distinguidos; en vez de creer que la costumbre haya nacido de la leyenda, es mucho más lógico admitir que la leyenda, por el contrario, ha nacido de la costumbre, y

que no ha sido inventada más que para santificarla. Así, pues, al enviarme Kasiappa su hija, sólo lo hacía para honrarme y cumplir conmigo sus deberes de hospitalidad.

Suplico á los filósofos que pretenden que ciertas nociones de conciencia y de pudor no pueden perderse jamás, no importa bajo qué influencia, en el corazón de las criaturas humanas, me concedan alguna atención en el relato que va á seguir, y cuya escrupulosa exactitud garantizo.

Al aproximarme la joven Waíramy se había levantado sonriéndose; estaba adorable, debo decirlo, con su gran túnica blanca orlada de oro, y con sus largos cabellos cayendo en bucles sobre las espaldas. De raza malabar, sus manos y sus pies eran de una finura irreprochable, y su cuerpo, apenas velado por su ligera vestimenta de gasa, ofrecía á la vista esos contornos suaves y graciosos que no se encuentran más que en las poblaciones originarias del Himalaya y que han resistido hasta ahora sin mezcla.

Por fuerte que me acometiera la tentación, duró ésta lo que un relámpago, y ya no dejé de ser dueño de mí. Diré á los incrédulos que, sin tener la pretensión de imitar la continencia de los dos Josés, no podían y no sabrían agradarme jamás las caricias de una joven, casi una niña, que venía á acompañarme únicamente para satisfacer una práctica ridícula.

Su padre le había dicho: «¡Vete!»

Y ella había venido.

Sé perfectamente que las costumbres de Oriente autorizan ampliamente tales situaciones, y que la delicadeza en estas materias no es bien comprendida. Pero hay casos, según creo, en que la delicadeza no cuenta únicamente con la opinión de los demás. Tanto peor para el que no comprenda esos sentimientos.

Tomé á la joven de la mano y la conduje á un diván, haciéndola sentarse á mi lado.

Sostuvimos este diálogo:

—¿Quién te ha enviado junto á mí?

—Kasiappa. El me ha dicho: Vete á llevar estos pastelones perfumados de jengibre y de anís al extranjero que descansa en la casa del estanque, y obedécele elegantemente.

—¿Por qué has obedecido?

—Es Buddah el que habla por la boca del jefe de familia.

—¿Has venido á mí con pena?

—No. Era la hija del jefe de la casta, la que venía á acompañarte, puesto que tú dormías bajo su techo.

—¿No podías hacerte reemplazar por una de tus criadas?

—Yo no lo podría sufrir. Se diría en el pueblo que el extranjero me había desdeñado por una mujer de baja clase.

—Si esto no fuera una costumbre en tu casta, y si tu padre no te hubiera ordenado, ¿hubieses venido como ahora junto á mí?

—No lo sé.

—¿Comprendes bien mi pregunta?

—No.

—Pues bien, yo quiero que me digas si alguna cosa te atraía hacia mí.

—No, yo no deseo joyas ni chambras de seda; son las mujeres de la casta Rhodiah las que hablan á los extranjeros con torcidos propósitos.

—Veo que tú no has interpretado bien mi pensamiento.

—Soy muy joven y estoy poco acostumbrada á la conversación de los hombres.

—Voy á explicarme mejor. Prométeme responder con franqueza á mis preguntas.

—Te lo prometo.

—Entre las gentes del pueblo, ¿no hay alguno en quien te hayas fijado por su fuerza ó por su belleza, alguno á quien hayas mirado largamente por detrás de las rendijas de la galería, cuando pasaba junto á la casa de tu padre?

—Sí, hay varios á los que me gusta ver así.

—¿Elegirías con placer tu esposo entre ellos?

—Mi elección no puede hacerse, estoy casada.

—¿Casada!...—exclamé con asombro;—pero entonces, ¿por qué te encuentras aquí? ¿No debías ser conducida esta noche, según la costumbre, á la casa de tu marido?

—Sí, y si tú no hubieras venido, eso se hubiese hecho. Pero esta mañana, cuando Virayen-Atchari ha sabido que debías asistir á la fiesta y dormir aquí, ha

venido á buscar á Kasiappa: «Padre—le ha dicho.—No hagas conducir á mi mujer á mi casa hasta mañana. ¿No es preciso honrar al extranjero?»

—¿Y es con el consentimiento de tu marido, como te encuentras aquí?

—Mi padre y él son quienes lo han ordenado.

—Si fueses libre, ¿me elegirías á mi por esposo?

—No; tú no eres ni de mi raza, ni de mi casta, ni de mi color; el Dios que tú adoras no es el mío. Yo no podría amarte.

—¿Y cómo puedes rendir homenaje de simpatía á un hombre por quien no sabrías experimentar el amor?

—Así lo ha hecho, sin embargo, la bella Sarawasti, y el dios Convera colma de prosperidad á los que siguen su ejemplo.

Antes de continuar transcribiendo esta curiosa conversación, deseo suplicar al lector me perdone si despierto en él ciertas imágenes. Creo que es imposible mostrarse más casto en un terreno tan resbaladizo. Que se tenga presente que estoy en pleno extremo Oriente, y que, como fiel historiador, no hago otra cosa que describir costumbres casi desconocidas en Europa hasta el día, en sus símbolos y en sus detalles, y que una larga estancia en estas comarcas ha podido solamente revelármelas.

Proseguí.

—Y bien, mi querida Waíramy—agregué.—Convera quedará satisfecho de tu buena voluntad. Ven, soy yo; te voy á conducir yo mismo á la casa de tu esposo, quien quedará colmado de júbilo, te lo aseguro.

—Tú no harás eso. ¿Por qué quieres deshonrarme!

—¡Deshonrarte!

—Sí; todo el mundo diría mañana en el distrito: «El huésped de Kasiappa ha desdeñado á su hija...», y se creería que estoy atacada de elefantiasis ó de lepra.

—¿No estaré yo allí para afirmar lo contrario?

—No se te creería, porque entonces sería un insulto á la hija de tu huésped, y todo el mundo te diría: «¿Por qué la has desdeñado?» y el mismo Virayen me repudiaría diciendo: «¿Qué haré yo de esta mujer que me agrada al extranjero?»—Y toda mi vida sería una *nirnahta* (mujer sin marido).

—Está bien; puesto que tales son las ideas de tu casta, quédate aquí hasta el día; el pueblo y tu marido serán libres para creer lo que quieran.

—No puedo pasar por tu generoso desdén.

—A mi vez yo no te comprendo.

—Tú conoces las ceremonias que han tenido lugar hoy. ¿Ves mi paño?... es el paño blanco de las recién casadas, el que se conserva *al día siguiente* como un recuerdo.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que no guardarás recuerdos de esta aventura, y no pudiendo enseñarlos al salir de tu casa, cada uno dirá de mí con desprecio: «Aquella ha tenido ya amores con los rhodias y con los hombres de clases bajas, porque no hay más que los parias capaces de infringir la ley con las jóvenes antes de las ceremonias de su nubilidad.

Conocía de antemano la inutilidad de mis esfuerzos y la imposibilidad de hacer comprender á una mujer india que un hombre pudiese rehusar su amistad. Fuera de las circunstancias particulares en que yo me encontraba, y en que una cuestión de hospitalidad y de creencias religiosas privaba á todas las demás, no se obtiene otra respuesta que ésta:—«¿No te gustan, pues, las hermosas? ¿Sin duda me crees indigna de tu atención?»—Aunque hagáis vibrar todas las cuerdas del corazón, aunque intentéis buscar en un rincón de la conciencia una sombra de pudor, no conseguiréis más que ridiculizaros y que se os diga en dos carcajadas: «¡Bah! Tú no eres más que un *perpika* (en sánscrito y en tamul, eunuco).

En cualquier lugar que ello sea, cualesquiera que sea la casta á la que la mujer pertenezca y las prescripciones contra el adulterio todo lo severas que se quiera—porque todas las clases de la sociedad no entregan al punto sus mujeres tan fácilmente al primero que llega,—la mujer india muestra siempre su sollicitud por los huéspedes extranjeros.

Así, en la curiosa situación en que yo me encontraba, no había más que un medio de salir: era el de oponer una creencia religiosa á otra creencia. Yo lo empleé y juré á Waíramy que se me hacía tanto más peligrosa cuanto más apremiante se mostraba, que antes de abandonar mi país había prometido á una encantadora joven, pronunciando el juramento sobre los libros sagrados de no olvidarla durante todo mi viaje.

Apenas hube pronunciado estas palabras, Waíramy se levantó del diván en que estaba sentada junto á

mi y se arrojó á mis pies. ¡Francamente, ya era tiempo! Y si la razón dada á Waíramy, tan rodeada de pretextos religiosos, no hubiera sido verdadera, debo confesar que no hubiese tenido el ingenio necesario para inventar otra.

—¡Está bien!—respondió simplemente la joven;—es preciso guardar el juramento. El que falta á la promesa hecha á los dioses, renacerá en el cuerpo de un buitre de patas amarillas.

Después, levantándose con presteza, añadió:

—Aguárdame algunos instantes; hay un medio de arreglarlo todo.

Y franqueando la galería desapareció en los bosquecillos del jardín.

Reapareció al cabo de algunos minutos, trayendo una paloma envuelta en el paño.

—¡Toma!—me dijo sonriéndose:—mi casta me prohíbe atentar contra la vida de estos animales; ejecuta tú mismo el sacrificio...

—¿Para qué inocular á este gentil animalito?

—¿No lo comprendes?

Y al decir esto, Waíramy mostraba el paño blanco. Yo había adivinado su intención, pero vacilaba.

—¡Es indispensable!—insistió la joven.

Volvi la cabeza, apelando á todo mi valor, y algunas gotas de sangre de la pobre paloma cayeron sobre los blondos encajes del vestido de Waíramy.

Era aquel uno de los sacrificios prejuizados como más absurdos en su casta.

A los primeros resplandores de la aurora, que no tardaron en aparecer, la hija de Kasiappa, despojándose, según la costumbre, de las gasas que velaban sus divinas formas, se sumergió en el estanque que estaba á algunos pasos de la galería, para hacer las abluciones prescriptas por su religión. Volvi la mirada. En algunos segundos rechazó fuera de sí la gasa que no servía sino para hacer más adorable su belleza y, tomando mi mano, que colocó sobre su corazón en señal de despedida, ganó la casa de su padre.

Al entrar en la habitación percibi cerca del diván en que habíamos estado sentados una de las flores rojas que adornaban los cabellos de Waíramy, y que por descuido la había dejado caer al suelo; la recogí y la deslicé entre las hojas de mi cartera. Este fué el único recuerdo que me llevé de aquella noche.

En la misma mañana obtuve de Kasiappa y de su familia licencia para marcharme y regresé á Kaitna, en donde, lo confieso, fué acogido con notoria incredulidad el final de mi aventura...—Eso es heroico, pero fabuloso—me dijo la señora Dufot cuando almorzábamos. Cosa extraordinaria: es uno fiel á un afecto, á un recuerdo, y son siempre las mujeres las que ridiculizan esta fidelidad.

Como se ve, el nivel moral de las mujeres de Ceylan es poco elevado. Se casan allí como en cualquiera otra parte; pero las uniones no tienen importancia alguna bajo el punto de vista de la continencia de los esposos, que continúan procurándose la mayor variedad posible en sus amores, sin que ni el uno ni el otro se ofendan de la libertad que se toma su consorte.

Cosa extraordinaria y que además no he observado en parte alguna del mundo, á título de costumbre: es raro que, entre los pobladores de los campos del interior de Ceylan, una mujer sea la concubina de todos los hermanos de su marido, con el consentimiento de este último. Todos reunen entonces sus propiedades en común, sin la menor incomodidad.

He buscado vanamente el *por qué* de una costumbre tan contraria á la naturaleza; las razones que se me han dado sobre este punto son de tal modo absurdas, que no me atrevo á trasladarlas aquí.

Un recaudador inglés con quien hablaba de esta costumbre, me dijo que no tenía ésta otro fin que el de constituir grandes propiedades disminuyendo el número de miembros de la familia. Podría ser ese uno de los motivos más serios de semejante conducta.

Sea de ello lo que quiera, yo certifico que en Ceylan la poliandria es mucho más común que la poligamia. En realidad, la libertad de las costumbres permite decir que no hay allí lazos serios, y que la mujer que tiene varios maridos no exige de éstos una fidelidad que, por otra parte, no se le concede nunca.

Las mujeres son, en general, muy bonitas, á pesar de su tez bronceada. Vivas, avispadas, adornan con gusto su cabellera y tienen la costumbre de dejar completamente al desnudo el dorso entero, que es en ellas demasiado hermoso; un simple lazo ó paño de algodón ó de seda, según las fortunas, que cubre desde las rodillas á la cintura, y eso es todo.

Hagamos observar que las mujeres rhodias y las parias, que son el desperdicio de la población y que se encuentran en los puertos vendiendo sus caricias á los marineros de todas las naciones, son las únicas que se cubren el pecho con la ayuda de una especie de camisola sin manchas, que es un signo de prostitución.

Una anécdota á este propósito:

Lord Torrington, sucesor de sir Colin Campbell, acababa de ser nombrado gobernador de Ceylan. Algunos días después de su llegada á Colombo, hizo una excursión al interior de la isla con tres ó cuatro de esas *ladies* de cabellos de color de lino, de aire sentimental y soñador, empenachadas con sombreros amarillos, vestidas de verde-manzana y con sombrillas color rosa, de las que Inglaterra desparrama todos los años varios cargamentos sobre el continente, juntamente con los cuchillos de Birmingham y las agujas de Scheffield.

Llegados fué á un pueblo, el cortejo fué recibido por una veintena de jóvenes que vinieron á ofrecerles frutas y cocos para refrescarse. Al apercibir á las adorables ceylanesas, que se presentaron con los pechos desnudos, los cabellos esparcidos y cayendo hasta las caderas en bucles sedosos y perfumados, las púdicas vírgenes de Albión se taparon el rostro, lanzando en su armonioso *patuá* una serie de ¡*aho!* y de ¡*shoking!* que hizo volar escapados á los pajaritos que gorgearan en los tamarindos.

¡Gran emoción! No se atrevieron más á pasearse por los estrechos senderos: la moral amedrentada de tres ó cuatro señoritas que llevan siempre en la cintura su frasquito de brandy y dibujan al lápiz en su álbum, sin fruncir siquiera las cejas; el Apolo de Bellvédère ó Hércules deteniendo las cuádrigas, sin la hoja de parra, exigía que se cambiaran las costumbres de este pueblo, y un pedante rector anglicano, hilvanador de todo, dirigió un decreto ordenando que de allí en adelante todas las mujeres, sin distinción de casta ni de religión, fuesen con los pechos y espaldas cubiertos.

Apenas fué conocida en el país esta disposición del gobernador, dictada contra la opinión del Consejo que conocía mejor las costumbres, un triste estupor se apoderó de todas aquellas pobres gentes que pagan

sin murmurar para que los blancos les dejen en paz, pero que preferirían morir antes que renunciar á sus antiguas costumbres.

Y he aquí cómo con un simple trazo de pluma, todas las mujeres de Ceylan se colocaron en la categoría de los parias y de las ramera de los puertos.

Llegaron al gobierno peticiones de todas partes de la isla; las mujeres sublevaron á sus maridos y á sus hermanos, y todos en general se negaron á pagar la multa y á cambiar su costumbre; la primera que salió cubierta, fué al instante echada fuera de su familia y de su casa.

Fué preciso ceder ante aquella imponente manifestación y se anuló el decreto, con gran pena de las púdicas *ladies* y del imbécil pastor que había originado aquel alboroto.

Algunos pensarán, los burócratas franceses, por ejemplo, que con perseverancia se hubiese sofocado aquella resistencia; los que conocen el país saben que el someter á los indios á nuestras costumbres sería más difícil que arrebatárselos su sol y aclimatar sus frutas y sus plantas en nuestras frías y brumosas comarcas.

Las clases elevadas, de las que se sirven los ingleses para gobernar más fácilmente á las masas, han adquirido cierto barniz superficial que podría tener las apariencias de un cambio á los ojos de un observador poco profundo. En el fondo no han hecho más que refinar sus vicios al contacto de los europeos y adquirir otros que les eran desconocidos.

Y no es que el cyngalés, aun entre los altos funcionarios, haya abandonado sus prejuicios de casta. Los ingleses mismos, interesados en dejar estas divisiones que hacen más difíciles las revueltas, han mantenido con cuidado tales prejuicios, sometándose á todas sus exigencias en sus relaciones con los naturales.

Primitivamente, cuando la conquista brahmanica, los cyngaleses no fueron divididos más que en cuatro castas: los reyes ó *xchatrias*, los sacerdotes ó *brahmanes*, los comerciantes ó *waysias*, los artesanos bajos y los labradores ó *sudras*. Estas divisiones son las mismas que las impuestas á la península del Indostan, y remito al lector á las páginas que consagraré á la gran tierra para el estudio de este funcionamiento teocrático creado para perpetuar el poder de

los sacerdotes, que en la India ha tenido mucha más importancia que en Ceylan.

En esta isla, la revolución religiosa operada por Buddah, derribó en buena hora las castas como poder político, para no dejarlas subsistir más que en las relaciones de la vida privada.

Hoy ya no existen las cuatro grandes castas primitivas: se han subdividido en otras muchas, representando los diferentes oficios y profesiones ejercidos por el pueblo; y el estado de las costumbres, barrera infranqueable, es elerto, contribuye más que la ley á mantener su existencia.

Seria difícil nombrarlas todas. He aquí algunas, tomadas de las subdivisiones de los waysias y de los sudras. En cuanto á las dos castas de reyes y de sacerdotes, aunque las clases elevadas hayan tenido la pretensión de pertenecer á ellas bajo los nombres de radjah-wansé y de bramina-wansé, encierran dentro de sí los elementos más heterogéneos y no han conservado la pureza de las castas indias.

Los welalés.—Cultivadores, guardabosques y jardineros.

Los milmakarheia.—Pastores, conductores de elefantes y domadores de caballos.

Los atchari.—Herreros, carpinteros, escultores y albañiles.

Los haunaouli.—Sastres, bordadores de chales, fabricantes de sillas y enjaezadores de caballos y elefantes.

Los tchandós.—Fabricantes de licores fermentados extraídos de la palmera y del cocotero.

Los karawés.—Pescadores, constructores de canoas y buzos para la pesca del nácar y de las perlas.

Los holla-baddés.—Alfareros.

Los ambatias.—Barberos.

Los haoumis.—Domadores de elefantes salvajes.

Los rahda-baddés.—Blanqueadores.

Los tcháléas.—Descortezadores de canela.

Los hakourou.—Fabricantes de azúcar de palmera.

Los harano-baddés.—Fabricantes de cal.

Los pawnayo.—Segadores de mieses, regadores de prados, fabricantes de fagots, mozos de escuadra.

Los totah-védah.—Cazadores de tigres, de panteras y de otros animales.

Los padouhas.—Fondistas, industriales.

Los barraona-daddés.—Tejedores, danzantes, músicos, fabricantes de tam-tam y de otros instrumentos.

Los olv.—Portadores de las estatuas de los genios maléficos en las procesiones.

Los bobis.—Portadores de palanquines, correos de los rajahs.

Los handi.—Cesteros.

Los pandarons.—Mendigos.

Los pali.—Blanqueadores de las clases bajas.

Los radaya.—Descortezadores de maderas tintóreas.

Los kinnera-baddés.—Fabricantes de cuerdas y esteras.

Los gattarons.—Criminales puestos fuera de la ley.

Los yaka-karou.—Merodeadores, que pasan por adoradores del diablo.

Los marrakala.—Musulmanes venidos de la costa de Arabia, todos pescadores y buzos de perlas.

Los onatsa.—Extranjeros, sin mezcla, y chinos descendientes de la raza amarilla.

Los parias ó rhodias no pertenecen á casta alguna, no tienen otro medio de existencia que el merodeo; devoran los cadáveres de los animales muertos y son repudiados en todas las casas como seres impuros.

Es de advertir que los misioneros de la ley de Cristo, del que ha dicho: «Dejad venir á mi á los que sufren, á los desheredados y á los débiles», se someten á ese prejuicio y no son ni los menos diligentes ni los menos duros cuando se trata de arrojar del templo á ese pobre paria, macho cabrio emisario del extremo Oriente.

Se conducen de una manera singular.—«Si nos proscribimos al paria de nuestras iglesias—dicen ellos,—lanzaríamos á todas las demás castas, que no consentirían jamás abrigarse bajo el mismo techo que él.»—He aquí lo que hemos hecho de la moral evangélica. Antes se decía—es verdad que esto es ya muy viejo:—«Entre dos faltas, entre dos pecados, lo mejor es no admitir ninguno». Llegó Escobar y dijo: «Entre dos pecados, vale más cometer el menor que el mayor».

De allí ha nacido todo un nuevo derecho, el del fin por los medios.

En medio de todas esas castas, tres solamente se guardan, con un cuidado extraordinario, de toda

mezcla, aun pasajera, con las otras; estas castas son la de los bohís ó portadores de palanquines, la de los tcháléas ó descortezadores de canela, y la de los atchari ó herreros, escultores y constructores. Así, gozan de una nombradía que les coloca muy por encima de las otras.

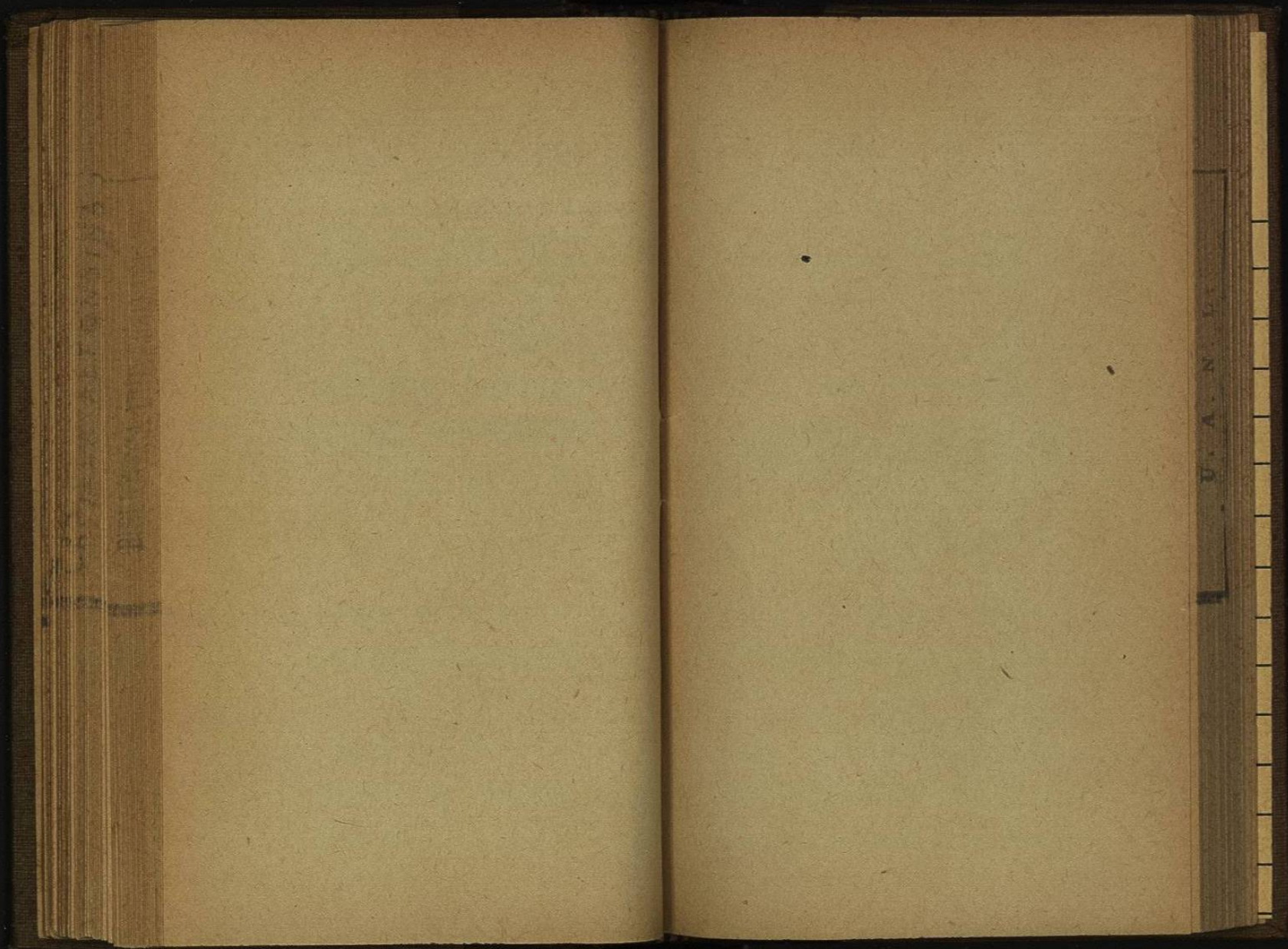
En el curso de este viaje tendremos ocasión de trabar conocimiento con un tropel de gentes de los pueblos, pertenecientes á esas diferentes castas; las veremos obrar, casarse, ejercer su profesión. Del hecho mismo nacerá el estudio que ahonde en las costumbres... Creo que es más interesante conducir al lector por la India á través de una serie de hechos y de anécdotas, de hacerle viajar conmigo, á pie, en carreta de bueyes, en los lomos del elefante, hacerle asistir á los casamientos, á las ceremonias religiosas cuando hay ocasión, iniciarle, día por día, en la vida del indio, es más interesante, repito, que darle el resultado de su propia experiencia en relatos, estudios y descripciones, privados de movimiento y de originalidad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

mezcla, aun pasajera, con las otras; estas castas son la de los bohís ó portadores de palanquines, la de los tcháléas ó descortezadores de canela, y la de los atchari ó herreros, escultores y constructores. Así, gozan de una nombradía que les coloca muy por encima de las otras.

En el curso de este viaje tendremos ocasión de trabar conocimiento con un tropel de gentes de los pueblos, pertenecientes á esas diferentes castas; las veremos obrar, casarse, ejercer su profesión. Del hecho mismo nacerá el estudio que ahonde en las costumbres... Creo que es más interesante conducir al lector por la India á través de una serie de hechos y de anécdotas, de hacerle viajar conmigo, á pie, en carreta de bueyes, en los lomos del elefante, hacerle asistir á los casamientos, á las ceremonias religiosas cuando hay ocasión, iniciarle, día por día, en la vida del indio, es más interesante, repito, que darle el resultado de su propia experiencia en relatos, estudios y descripciones, privados de movimiento y de originalidad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



Viaje al país de las Bayaderas

U. A. N. U.

COLECCIÓN REGENTE

LAS COSTUMBRES
Y LAS
MUJERES DEL EXTREMO ORIENTE

VIAJE AL PAÍS
DE LAS
BAYADERAS

FOR

RUIS JACOLLIOT

TRADUCCIÓN DE JOSÉ OSÉS LARUMBE

Tomo II

MÉXICO
MAUCCI HERMANOS, EDITORES
PRIMERA DEL RELOJ, 1

MI SEPARACIÓN DE LA FAMILIA DUFOT

Mientras se aproximaba el fin de mi estancia en Kaltna y mis amables huéspedes, fieles á sus promesas, hacían sus preparativos para acompañarme, se reponían de nuevo las ruedas de las carretas de provisiones que debían seguirnos. Tanapassary, el herrero de la plantación, forjaba desde la mañana á la noche piezas de repuesto, ayudado de Amondou, que le servía de martillador. La fuerza atlética del negro maravillaba á los cygaleses mucho más de lo que puede expresarse: durante horas enteras maniobraba con el más pesado de los martillos, sin que una gota de sudor viniera á deslizarse por su piel.

Se veía bien que había nacido en medio de los arenales de la Nubia. ¡Y cómo sabía este bravo muchacho hacerse perdonar su único defecto, su debilidad excesiva por la botella! Se creará que yo le hubiese ordenado ayudar al herrero en su trabajo, no; se había hecho amigo de Tanapassary y se lo demostraba á su manera aliviándole en la parte más ruda de su tarea.

Otros obreros estaban empleados en la carretería; otros construían una tienda-abrigo, para el caso en que nos viésemos obligados á acampar en los bosques de la montaña, en la que los pueblos son más raros y los asilos ó bengalows están demasiado lejos. Otros preparaban las provisiones de vino, de azúcar, de licor, de café. Bajo la galería, media docena de costureras, bajo la dirección de la señora Dufot, instalaban las cortinas del *haondah*, en la cual debía habitar esta última sobre el lomo del elefante Nirjara.

El *haondah* de viaje es una verdadera habitacionel-

ta provista de ventanas y de puertas, y en la cual mujeres y niños están al abrigo de todo peligro, tanto de los merodeadores como de las fieras. Basta escoger para portador un elefante de confianza. El noble animal, que es un amigo de la casa al mismo tiempo que un servidor, no os traicionará.

Un día me preguntaba un amigo qué era lo más curioso é interesante que yo había visto en mis viajes.

—¡El elefante!—respondí yo.

—¡Bah!—me dijo mi interlocutor,—¡un elefante! Eso se ve por todas partes. Y con ese acento burlón que es propio del parisién, agregó:

—Yo he encontrado dos ó tres en los boulevares; es verdad que se dirigen al circo.

No, el elefante no se encuentra en todas partes... La pobre bestia que véis arrastrada detrás de un coche, que se exhibe en las ferias con acompañamiento de tigres, leones y chacales, no es un elefante. Mirad sus ojos tristes y melancólicos. Mientras que Jack le lleva su almuerzo, mientras descorcha una botella y cuando el conductor hace restallar su látigo, el elefante sueña en los grandes bosques rodeados de lagos sin fin y en donde se ha deslizado su infancia; ve aquellos horizontes lejanos bordados por el Océano ó por las montañas azuladas; aquellas vastas llanuras en las cuales la verde hierba le llegaba hasta la boca y en donde pacía con libertad; sueña en aquellos vientos tibios y perfumados de la noche que daban la vida á sus poderosos pulmones, en las frutas que tenía la costumbre de sacudir en los árboles, en todo lo que amaba, en fin, y que ya no volverá á ver jamás. Un día se le ha cogido por sorpresa: su dueño, á quien amaba, le ha vendido diciéndole que siga al extranjero; le ha seguido dócilmente, no creyendo que se quisiera engañarle, á él, á quien ninguna fuerza humana podría obligar, si no quisiera obedecer; se le ha embarcado en un navío, después se le ha hecho el esclavo, el servidor, el ganapán del que lo conducía. Todo adhesión y bondad, se adoptará á su nueva familia, estará alegre delante del público y no arruinará demasiado á Jack, que le da de comer, sirviéndole sus mejores frutas.

Si, pero por la noche, cuando se encuentre sólo en esa jaula que pulverizaría con un sólo golpe de espalda si quisiera reconquistar su libertad, el pobre coloso

llorará, pensando en la costa de Coromandel, en la isla de Manaar, cerca de las cuales se bañaba en sus tiernos años; llorará porque morirá pronto de cróptico y tísico, aniquilado por un clima bajo el cual no puede vivir, mientras que en los grandes bosques de Ceylan y en los junglares del Indostan, su abuelo, dos veces centenario, está todavía lleno de fuerza y de salud.

Todos los que asistís á esa agonía que dura de diez á quince años, ¿os habéis preguntado jamás lo que debe sufrir, para morir, ese gigante inteligente que piensa, que recuerda, que ama y que se apena?

¿Sabéis que vive tres siglos en su país, que la Naturaleza le ha dado una salud igual á su fuerza y á su corpulencia, y una inteligencia, la primera en este mundo después de la del hombre? ¿Dudáis bien de los dolores morales y de las torturas físicas que son necesarias para destruir en algunos años esa poderosa máquina?

Y el amigo, el servidor fiel, muere cualquier día sin haber pensado en la venganza.

No, no es ese el elefante, esa pobre bestia que lucha contra el recuerdo y la muerte.

Venid aquí, sobre las orillas del lago Kandellé ó á los valles umbrosos del pico de Adam, si deseáis verlo en todo su vigor y en toda su inteligente majestad.

Es maravilloso ver, en Ceylan, cómo este animal se plega admirablemente á todas las exigencias, á todos los deseos de su dueño; uno después de otro, al ganapán, al leñador, al comisionista, al segador, al fabricante de fagots, á todos obedece á un signo, á una palabra, á un gesto, y realiza el trabajo que se le manda con una inteligencia que razona las órdenes recibidas: eso no deja lugar á ninguna sospecha.

Los antiguos cyngaleses los empleaban en la guerra, para la cual tenían, según parece, maravillosas aptitudes; y la historia del país está llena de luchas y de combates en los cuales los elefantes alcanzaron el primer rango y se cubrieron de gloria, matándose entre sí antes que ceder. Los portugueses, que fueron los primeros que fundaron en la isla una factoría, eran puestos en completa derrota cada vez que intentaban penetrar en el interior, por ejércitos de elefantes que caían sobre ellos sin inquietarse por las armas de fuego.

Cuando uno de estos animales se distinguía por un

rasgo de valor, se le caparazonaba de oro y de plata, y si moría, se le hacían soberbios funerales y se quemaba su cuerpo en una hoguera.

Según las historias cyngalesas, los elefantes guerreros eran alistados en compañías y cuerpos de ejército, con jefes cuyas insignias reconocían y á las cuales obedecían ciegamente.

A los que, por su incredulidad, haga sonreír esta afirmación, recordaré que los romanos fueron batidos en Tusculum y en Heraclea, por Pirro, rey de Epiro, y que este último no debió sus victorias más que á un cuerpo de elefantes lanzados al combate y que, en cada uno de estos encuentros, cargó á la cabeza del ejército y puso en fuga á los soldados de Scipión.

Aunque más pacífico hoy, el elefante no cumple sus funciones con menos celo é inteligencia. No se puede dominarlo, en razón de su fuerza extraordinaria, más que con la dulzura y el razonamiento. ¿Qué se conseguiría por la violencia con un animal que, con un golpe de espalda, puede romper cadenas, postes, empalizadas y murallas, y para quien es cosa de juego quebrar de un trompazo los riñones á un tigre ó á un rinoceronte?

Pero su educación se logra fácilmente. En poco tiempo comprende vuestra lengua y ejecuta vuestras órdenes con una destreza y una prontitud verdaderamente asombrosas.

Seguid á lo largo de los caminos á un elefante acompañado de su conductor; hacen tal vez un largo viaje, tal vez es aquel un elefante sagrado de una pagoda, que va á hacer una peregrinación al Ganges para traer su carga de agua santa que sirva á la fabricación de agua lustral de las ceremonias.

Aproximáos: el indio conversa con su compañero de viaje y lleva sobre éste sus ojos fulgurando inteligencia y malicia, haciendo girar sobre su cabeza, como alas de mariposa, sus dos grandes orejas, con las que parece abanicarse.

Escucharéis ciertamente una conversación de este género, especie de monólogo que el elefante interrumpe de tiempo en tiempo con gritos que indican perfectamente que comprende á su interlocutor.

—¡Bien, Andjál!—le dice el indio llamándole por su nombre.—¿Quieres darme tu trompa para montarme sobre tu cuello? Estoy fatigado de la marcha.

El animal pasa su trompa al lado opuesto al del conductor.

—¿No quieres? Ya veo lo que es esto; tú prefieres que me quede á tu lado para tener compañía. Pues bien, de verdad, tú no eres razonable; piensa que andamos todo el día; si no eres complaciente conmigo, no te contaré la historia de la bella Nichdaly, arrebatada por Vischnou, y esta noche no tendrás azúcar de palmera ni arroz asado.

Andjál, á quien la pérdida del relato de las aventuras de la bella Nichdaly parecía interesar poco, al oír hablar de azúcar y de arroz asado, que son las dos cosas por las que tiene una verdadera pasión, endulza su voz, que da entonces como un sonido de trombón, desarrolla su trompa, levanta á su conductor y lo sienta en sus espaldas.

—¡Vaya!—dice el indio.—Te reconozco bien, goloso, nada hay como eso para hacerte marchar. Vamos, bueno, ¿adónde vas ahora? No es razonable que porque veas un campo de caña de azúcar te desvíes de tu camino.

Y el elefante se detiene de pronto, balanceando su trompa, lanzando pequeños gruñidos y arreglándose las tan bien que el conductor, viendo la pena que causa á su gordo compañero, desciende ordinariamente y le compra una carga de esas succulentas cañas que el animal masca mecándose y guiñando los ojos con aire santurrón y satisfecho.

Pero no ha llegado al término de sus penas. Que no obedezca á la menor señal, que dé á su conductor un motivo cualquiera de enojo y éste le echará en cara todo el día el regalo que le ha hecho, mientras que el elefante, para apaciguarlo, le acariciará el cuerpo con su trompa ó, á manera de juego, le arrebatará su turbante.

No encuentro una comparación que me parezca más justa: el elefante y su conductor, en campaña, parecen dos niños que van por los caminos riendo, saltando, disputando un poco y quedando, finalmente, como buenos amigos. No se sabría formar una idea del carácter alegre de este animal ni de las muchas vueltas que da gozoso á un lado y á otro por los parajes que le son familiares.

Entre los criados al servicio de la casa de su dueño, hay siempre algunos por los que siente gran afecto y

otros á los que quiere poco: ese afecto y ese aborrecimiento son perfectamente fundados y tienen siempre por origen las atenciones ó indiferencia con que se le trata. No hay agasajos que no prodigue con los que él ama. Si llevan un fardo, se lo descarga; si los encuentra afuera, los coloca en su lomo para entrar en casa; les obedece, aunque no sean los encargados de mandarle, lo que es una gran concesión por parte de un animal que conoce perfectamente quiénes son los que tienen derecho á su obediencia. Les traerá frutas del bosque, á donde va á pasearse con tal intención.

En cuanto á los que, por una ó por otra razón, le desagradan, no le falta nunca ocasión de jugarles una partida chocarrera, es verdad que sin importancia, pero que no es siempre del gusto de quien la sufre: los coloca en los pequeños estanques que sirven para el riego de los arrozales, come el arroz de su comida cuando está á punto de cocerse, con la trompa les inunda de agua ó los balancea en el aire, teniéndolos suspendidos por los faldones de la camisa durante cuatro ó cinco minutos.

Si de pronto percibe á su dueño cuando se consagra á estos ejercicios, con gran júbilo del campo alzado, toma inmediatamente un aire de indiferencia y se dirige á acariciarlo: tiene miedo de ser reprendido y con su amabilidad trata de prevenirse contra la tempestad.

Es un hecho cuya evidencia no se podría negar: es que comprende todo lo que se le dice, asocia sus ideas, procede por comparación y tiene una prodigiosa memoria. Concediéndole todo eso, estoy menos lejos aún que los indios, que le conceden casi tanta inteligencia como al hombre.

Será todo eso exagerado, sin duda, pero encerrándolo en los límites que indico, se está ciertamente dentro de lo verdadero.

Si no queréis conceder esas cualidades al elefante, si no razona, si no sabe asociar sus ideas, comparar entre ellas y juzgar: no os explicaréis nunca cómo ese coloso, al que jamás fuerza humana sabría contener, se lega de familia á familia durante los dos siglos de su existencia y llega á la hora de su muerte sin haber hecho ningún mal, lo mismo que un niño.

Si el elefante no razona, si no juzga, no os explicaréis nunca de una manera lógica esas pruebas multi-

plicadas de inteligencia y de razón que da todos los días.

Interesa afirmar que las cualidades intelectuales de este animal (experimento casi un remordimiento al llamarlo así) no son puestas en duda más que por las gentes que no le han visto nunca obrar en el país de donde es originario.

Voy á citar algunos episodios de los que he sido testigo y cuya perfecta autenticidad garantizo. Los escojo entre los menos extraordinarios, no queriendo que se me aplique el dictado de «viajero que viene de lejos (1)».

Si escribiese para los orientales ó únicamente para uno de nuestros compatriotas que han habitado en aquellas comarcas, no me rodearía de tantas precauciones oratorias.

A algunas leguas de Pondichéry existe una pagoda célebre, con el nombre de Villenoor, que recibe en las grandes fiestas de Mayo una tropa de quinientos á seiscientos mil peregrinos, procedentes de todos lados de la India entera. Esta pagoda posee cierto número de elefantes sagrados y, entre ellos, un elefante limosnero.

Dos veces á la semana, acompañado de su conductor, este elefante se dirige á los pueblos y á Pondichéry y hace la cuestación en provecho de los brahmanes de Villenoor. ¡Cuántas veces, trabajando bajo la galería del primer piso de mi casa, rodeado de cortinas de *vétiver*, he visto su gruesa trompa levantar la cortina movable y balancearse pidiéndome una moneda, que aspiraba de mi mano con su trompa á diez metros de distancia, cuando menos!

Jamás dejaba de darle una piececita para su pagoda y para él una libra de pan, que mi criado remojava en melaza, por la cual era muy goloso. Como debe imaginarse, al poco tiempo nos convertimos en dos amigos. El no me había visto nunca sino desnudo, mejor dicho, vestido con una ligerísima morisca de seda del país y á través de las columnatas del balcón de la galería.

Una vez tuve que marchar á Villenoor para mis asuntos particulares. Llegué al medio día; el sol incendia-

(1) N. del T.—Esta frase vulgar francesa equivale á la nuestra: «A luengas tierras, grandes mentiras.»

ba la tierra; nadie se encontraba en las calles ni en las galerías; todo el mundo dormía la siesta.

Mi carruaje se había detenido en la plaza principal, bajo un mango (árbol), y ya iba á dirigirme hacia la casa del thasildar, jefe del pueblo, cuando de repente y al galope salió de la pagoda, que estaba enfrente, un monstruoso elefante negro. Llegado sobre nosotros, y antes de que yo tuviera tiempo más que para reconocerle, me levantó, me colocó sobre su cuello y tomó á toda velocidad el camino de la pagoda: me hizo atravesar el primer recinto, el del gran estanque de las abluciones, y me condujo derecho al cuarto de los elefantes.

Llegado allí me depositó en tierra, en medio de todos sus camaradas; era el elefante limosnero que me había reconocido. Lanzaba gritos ahogados, acompañados de balanceo de trompa y de aleteo de orejas, que sin duda tradujeron sus amigos en beneficio mío, porque al momento en que el thasildar, seguido de algunos brahmanes de la pagoda, corría á buscar la explicación del suceso, pudieron verme tranquilo y completamente seguro en medio de aquellas monstruosas bestias que me hacían una verdadera ovación.

—Es extraordinario—dijo uno de los brahmanes;—yo no les he visto jamás demostrar tanta amistad á nadie.

Le expliqué entonces mis pequeños regalos hebdomadarios al elefante limosnero.

—No es eso lo que me asombra más—me respondió;—el elefante ha contado ya eso á toda la banda y los golosos te hacen fiestas para conseguir otro tanto.

—¿Podría ser?—dije con admiración.

—Estoy perfectamente seguro. ¿Quiéres hacer la prueba? Pasa el brazo alrededor de la trompa de tu amigo y hazle señas para que salga contigo; te seguirán todos. Déjate llevar y verás adónde te conducen.

Yo seguí punto por punto la recomendación; el elefante limosnero y yo nos pusimos delante; los otros nueve ajustaron inmediatamente el paso, cambiando entre ellos gritos de contento. Franqueamos la puerta de la pagoda y me condujeron derechamente á casa de un panadero indígena. Me hubiera quedado estupefacto si no hubiese conocido ya la maravillosa inte-

ligencia de estos animales... Llegado á la panadería, ya se comprende lo que yo debí ejecutar, y les hice á cada uno un regalo de un pan bañado en ese precioso almibar de caña que tanto hace sus delicias.

El brahamán con quien yo había entablado conversación, que era profesor de filosofía en el templo de Villencor, me hizo saber que de tiempo en tiempo el elefante limosnero escapaba á su vigilancia y marchaba á pedir por su cuenta hasta Pondichéry; y como conocía perfectamente el bazar en donde á su regreso iba á la provisión, se dirigía allí, depositaba todo el dinero, que llenaba su trompa, sobre la mesa de un vendedor de frutas, y comía caña de azúcar, ananas, bananas y mangos, todo cuanto el indio quisiera darle.

Del hecho siguiente he sido igualmente testigo ocular.

Todo el mundo sabe que el elefante se aviene á acostumbrarse á cualquier clase de trabajo. Así, no me privaré de relatar otros rasgos que se refieren á otro orden de ideas. Prefiero referir los que indican un verdadero razonamiento por parte del animal.

En las plantaciones se hace á los ganados beber, generalmente, en grandes pilones de madera llenos de agua de pozo sacada con ayuda de una bomba. Se sigue esta costumbre para que, saclados ya, los animales no toquen el agua estancada y putrefacta de los estanques.

Es de ordinario un elefante quien, muy de mañana, da á la bomba durante cerca de una hora, para llenar esos pilones monumentales. Inútil es decir que, acostumbrado á este servicio, no hace falta que se le mande, y que todas las mañanas, una hora antes de levantarse el sol, está ya en su faena, con la exactitud de un despertador... que anda.

Estaba un día en Trichnapoli, en casa de un negociante de mis amigos, que posaba una magnífica casa á algunas leguas de la ciudad; el sol se levantaba; mi criado acababa de despertarme para el baño. Al pasar por el patio ví un grueso elefante blanco que sacaba agua melancólicamente y cerrando los ojos, deniando el aire distraído y pensativo en esta enojosa tarea. Saludó mi presencia con un gozoso movimiento de orejas—pues desde mi llegada, hacia dos días, le daba abundantes golosinas,—pero no se distrajo de su

trabajo: antes de quedar libre, debía llenar los pilones.

Iba á acariciarle con la mano, cuando observé que uno de los dos troncos de árbol que sostenía el pilón por cada extremo, había resbalado hacia un lado; ocurría que la pila, que continuaba sosteniéndose al extremo opuesto por el otro tronco, iba á vaciarse, sin que fuera posible llenarla desde el momento en que el agua se desnivelaba de alto abajo.

Me detuve para ver en lo que paraba aquello.

Viendo caer el agua por el borde inferior, el elefante iba á abandonar su faena, creyéndola terminada, cuando se apercebí de que para quedar lleno el pilón faltaba por un lado más de un ple para llegar al borde; ¿se obstinaría en sacar agua hasta que la pila apareciese llena por los dos lados, lo que no debía ocurrir nunca?

Al cabo de algunos minutos el agua, en efecto, comenzó á escurrirse por el lado en que había perdido la pila su apoyo. El elefante, viendo eso, comenzó á dar algunas señales de contrariedad; pero como por el otro borde faltaba más para llenarse, continuó dando á la bomba.

Viendo que el agua continuaba escapándose, abandonó el mango de la bomba y fué á observar de cerca el fenómeno de que, al parecer, no podía darse cuenta; tres veces volvió á dar á la bomba y otras tres veces se dirigió á observar la pila. Yo, impaciente por ver cómo terminaba aquella aventura, me hacia todo ojos. De pronto, un fuerte movimiento de orejas pareció indicar que la luz se hacia en su inteligencia.

Fuése á oler el tronco de árbol que había resbalado por debajo del pilón; por un momento creí que iba á colocarlo en su sitio; pero no era ese lado, lo comprendí, el que le sobresaltaba, el que le inquietaba, sino el lado contrario, que no quería llenarse. Desde el instante en que se apoderó bien de la dificultad que le preocupaba, no tardó ya mucho tiempo en salir del paso. Levantando el pilón, que apoyó por un momento sobre una de sus gruesas patas, arrancó el segundo tronco de árbol con su trompa y dejó caer el pilón que, descansando por todas partes sobre el suelo, pudo llenarse cómodamente.

A esta prueba de inteligencia razonada, que, sin embargo, ya esperaba aunque no la preveía tan completa, pasó por mí alguna cosa extraña que no sabría

explicar: las lágrimas asomaron á mis ojos y durante algunos instantes quedé absorto por una serie de pensamientos sobre el eterno problema del alma y de la vida, constantemente discutido y siempre sin solución. ¿No acababa de demostrarme este elefante que estaba mil veces más por encima del rastrero gusano de tierra, que yo no podía menos de ser, en comparación suya?

Y entonces...

En todas las casas, las mujeres y los niños son sus favoritos, y sería peligroso para un extraño simular que los golpeaba en su presencia.

Es delicioso verlo conduciendo á paseo á los niños de su dueño; nada tienen que temer, ni de las serpientes, ni de las fieras, ni de las hornagueras, ni de los estanques; vela con más solicitud que el más celoso de los criados.

Va á pasos contados, á lo largo de los pequeños caminos, regulando su marcha por la de los nenes, cogiéndoles flores, frutas de los árboles, merodeando por los cañaverales de azúcar; con un movimiento quebranta una rama para los que quieren hacerse látigos ó bastones. Atiende á toda la banda que le grita gozosa: «Tomy, por aquí; Tomy, por allá.»

—Yo quiero esa mariposa. Y Tomy se aproxima dulcemente al pobre insectillo y lo atrae con una aspiración de su trompa.

—Yo quiero comer aquel grueso mango que está allí en lo alto. Y Tomy coga el mango.

—Yo quiero esa hermosa flor amarilla que está en medio del estanque. Y Tomy se mete en el agua hasta el cuello para buscar aquella flor.

Al menor ruido de que no pueda bien darse cuenta, si percibe á lo lejos en la espesura un chacal ó una hiena, reune de prisa á toda la pollada entre sus patas delanteras, bajo la protección de su trompa; comienza á mugir de cólera, ¡y desgraciado del que intentara arrebatarse uno de sus niños! tigre, león ó hombre, serían en un instante estrellados contra la tierra.

En las riberas del Ganges, país llano, pantanoso, cubierto de junglares y arrozales, verdadera patria del tigre real de Bengala, los combates entre esta fiera y el elefante, protegiendo á los ganados, á los criados ó á los hijos de su dueño, son casi diarios.

Los tigres de esta especie son de tal modo feroces, que jamás rehusan la lucha, cuyo resultado consiste para ellos invariablemente en ser aplastados bajo las patas de su terrible adversario.

Tanto como el elefante es implacable en sus combates con el tigre, el oso ó el rinoceronte, á los que jamás hace gracia, tanto más es dulce, bueno y humano con los animales inofensivos. Y lleva esta dulzura á tal extremo que, cualquiera que sea el imperio que sobre él podáis ejercer, no conseguiréis que destruya ni un insecto.

Conocía á estos animalitos, que los niños llaman *bestias del buen Dios*; la misma especie existe en la India, aunque á poco cerca de una mitad más gruesa. He visto con frecuencia, á título de experiencia, coger uno de esos insectos, colocarlo en una superficie plana, en las losas del patio, por ejemplo, y mandar á un elefante aplastarlo poniendo el pie encima; ni su amo ni su conductor consiguieron nunca impedirle que levantara el pie al pasar sobre el insectillo, con la intención bien evidente de no causarle mal alguno. Si, por el contrario, le mandábais cogerlo, lo tomaba delicadamente con la punta de su trompa y os lo ponía en las manos, sin rozar siquiera sus alas.

Nirjara, el elefante querido de la señora Dufot, era un admirable animal. Pertenecía á la raza blanca, que es la más inteligente entre todas; de edad de treinta á cuarenta años, estaba en toda la fuerza de la juventud, casi de la infancia, puesto que no debía adquirir su completo desarrollo hasta pasados los cincuenta años.

No había nacido en los dominios de la plantación. Cogido en la caza por otros elefantes que se emplean á este fin, se había dado como regalo á su dueña actual; desde el instante en que se acostumbró á su nueva situación, sin ánimo de volver á la vida libre de las montañas, la señora Dufot lo hizo el guardián de sus dos hijos y el compañero de todos sus viajes y correrías.

Aun para los más simples paseos había llegado á abandonar completamente su carruaje por el *haondah* llevado por Nirjara.

Allí—decía la señora Dufot,—mis hijos y yo gozamos de una seguridad que no sabrían darnos los caballos más dulces y mejor adiestrados. Nirjara no

necesita frenos ni bridas; lo conducimos con una palabra ó con una caricia.

El hermoso animal, que no tenía otro empleo en la casa, era completamente libre de ir y venir por donde bien le pareciese; pero se alejaba poco; siempre atento al silbido de su dueña, por la cual sentía una afición fanática, corría á la menor señal. Lo he visto con mucha frecuencia acurrucado á algunos pasos de la galería, siguiendo con sus ojos, durante horas enteras, todos los movimientos de su dueña, interpe-lándola de tiempo en tiempo con pequeños gritos que endulzaba todo lo posible, sin conseguir, sin embargo, hacerlos armoniosos.

Á una señal de la señora Dufot, Nirjara hubiera destrozado toda la casa, y eso se concibe. Todos los días, encima de su hierba fresca, le hacía servir un pan de ocho libras, mitad arroz, mitad maíz, ámpliamente endulzado con almibar de caña, y le hacía comer ella misma á las horas de sus comidas.

Se le fabricaba expresamente bebida refrescante con caña machacada en el agua, y el robusto animal la encontraba muy de su gusto. ¿Se ponía malo en tiempo húmedo porque la humedad le entraba en la cabeza? De prisa una infusión compuesta así: tres litros de agua, un litro de almibar de caña de azúcar, un litro de vino con bastante canela y clavo de especia para llamar el calor á la piel.—«Toma, Nirjara bebe bien caliente; eso te hará bien.»—Y el grueso animal sorbía de una lengüetada, guiñando los ojos, y vacío ya el vaso esperaba veinte veces cuando menos á que le llenara nuevamente con el bienhechor líquido.

M. Dufot decía á menudo, chancéandose:

—Uno de estos días va á dar con el secreto y veréis entonces al truhán ponerse á toser para que se le sirva vino caliente.

Algunas veces, para contrariar á su amable compañera, añadía: «Si he cometido algunas buenas acciones en mi vida y puedo elegir la recompensa, pediré volver al cuerpo de Nirjara.

Se ve que montado sobre este elefante y protegido por él, la señora Dufot nada podía temer de la excursión que íbamos á emprender.

Terminados nuestros preparativos, fijamos nuestro itinerario de la manera siguiente: se convino en que

á pequeñas jornadas efectuaríamos nuestra marcha sobre Kandy, capital del interior de la isla, por el pico de Adam y los montes Kotmalé; y de Kandy, por Atgalé, el fuerte Dowal y Kandeloor hasta Nallandé sobre el Ambaar, afluente del Mahavellé-Gangea, que debía remontar solo con Amondou hasta Trinquemalé.

La pequeña villa de Nallandé, situada á noventa millas próximamente de Kaltna, fué fijada como el término final de la excursión de la familia Dufot y como lugar de nuestra separación.

No debíamos recorrer juntos más que un trayecto de unas treinta leguas; pero las dificultades del camino á través de los bosques y de las montañas, juntamente con la circunstancia de que no viajaríamos ni de noche ni durante las horas de calor, debían exigir diez días, cuando menos, para franquear esta distancia. No es inútil decir que había comprado por mi propia cuenta una carreta de bueyes y contratado un bohís para llevar nuestras provisiones personales y conducirnos, á Amondou y á mí, hasta Trinquemalé.

M. Dufot llevaba consigo un tren verdaderamente de príncipe. Diez carros con bueyes, ocho caballos de silla de repuesto, dos elefantes, dos palanquines y dos portadores para caso de enfermedad de cualquiera de nosotros. Nirjara, con el *haondah* de su dueña y treinta criados de ambos sexos, con tiendas, vajilla, batería de cocina, camas y hamacas, nos acompañaba. Todas las tardes, á las seis, cualquiera que fuese el punto en donde nos encontráramos, se instalaba el campamento, guardado por los elefantes en caso de aventura nocturna y de visita de las fieras.

La tienda se instalaba en menos de nada, con sus hamacas y sus lechos divanes; la cocina se hacía al aire libre y nuestra mesa estaba servida con plata y porcelana, lo mismo que en la plantación. Una gran cantidad de volátiles y de caza de todas clases, comprada en los pueblos, venía á aumentar nuestras provisiones; pero la verdadera base de nuestra nutrición se componía sobre todo de karry, que es excitante y confortante al mismo tiempo y el más agradable y enérgico que se conoce. Al cabo de algunos días de viaje, por mi parte yo no tocaba á otra cosa.

He aquí, para los gastrónomos, la receta de ese plato divino:

El mejor Karry, á mi entender, es el que se hace con volateria grasosa.

Cortad una cebolla gruesa, lo más finamente que podáis, y revolvedla en el fondo de una cacerola con manteca fresca; cuando esté á punto, es decir, bien roja, añadid, desleyéndola en la manteca caliente, una fuerte cucharada de pasta de Karry y bañadla casi instantáneamente con medio litro de caldo de pollo y un vaso de leche de coco fresca.

La pasta de Karry se compone de un puñado de granos exóticos machacados y frescos, todos juntos, llamados en la India *massales*.

El volátil, cortado propiamente en pedazos, según las coyunturas, es puesto entonces á cocer en este caldo, del que apenas debe quedar como medio vaso reducido á jugo de carne en el momento de servirlo.

Antes de echarlo al plato es preciso añadir media cucharada de jugo de limón.

El volátil, así preparado, se come con arroz cocido al agua, salado y ligeramente coloreado con azafrán, á guisa de pan.

La pasta fresca del Karry de la India, puede reemplazarse en Europa por el polvo seco de los diferentes granos que la componen y que se encuentra en casa de todos los comerciantes de comestibles, pero que debe rehusarse enérgicamente si su marca no procede de Calcuta. El vaso de leche de coco se reemplaza fácilmente por un vaso de leche de almendras muy ligero. Tres almendras molidas bastan para ello.

Este plato, de los más simples en apariencia, es de los más difíciles para tener acierto, hasta el punto de que no he podido encontrar jamás en Europa un cocinero que lo supiera preparar. De ordinario, no se sirve con el nombre de Karry más que una horrible mixtura que un indio ni siquiera querría probar.

Un filete Chateaubriand se compone de manteca, de filete de buey y de patatas. ¿Qué hay, en apariencia, de más simple y que no indica, sin embargo, la diferencia que hay entre comer este plato preparado por los cuidados de un artista ó por los de un bodeguero?

Pido se me perdone por haber dado esta receta, que algunos calificarán, tal vez, de entremés mal colocado en un relato de viaje; otros, por el contrario, la pondrán en práctica con un interés de gula cosmopolita

que me guardaré muy bien de vituperar, y con razón.

El décimo día de nuestra partida atravesamos la villa de Ratnapoor, situada en la extremidad de la provincia de Saffragam y célebre por los topacios, rubies, zafiros, esmeraldas y otras piedras preciosas que se encuentran en los torrentes de los alrededores. Después de un alto de algunas horas, nos internamos en las gargantas cubiertas de bosques que conducen al pico de Adam; hacia la tarde, alcanzamos á un lado un campamento de leñadores.

Después de media hora de subida, oímos el ruido del hacha, que retumbaba en las alturas, repercutiendo su eco por los valles. El instrumento se levantaba y bajaba con una regularidad mecánica, sin cesar un instante, sin disminuir de vigor en los sonidos que producía, y nos daba muy alta idea de la fuerza muscular del obrero que lo manejaba.

En una de las revueltas del sendero que seguíamos, nos vimos obligados á apartarnos á un lado de los bosques para dejar paso á dos enormes elefantes negros que descendían hacia la costa, llevando entre los dos uno de esos árboles gigantes que sirven para la construcción de navios y que se embarcan en Colombo para los puertos de todos los países.

Al llegar á la meseta, tuvimos la explicación de aquella fuerza y de aquella regularidad de los golpes de hacha que nosotros oíamos hacia ya tanto rato.

Nuestros leñadores eran cuatro elefantes que, con una enorme hacha en la trompa, bajo la vigilancia de un malabar, derribaban y talaban los árboles que se les indicaban, mientras que sus camaradas, á quienes habíamos encontrado, descendían al valle aquellos árboles que de ningún modo se pueden transportar sin su auxilio.

Sin distraerse de su trabajo, los elefantes nos saludaron agitando sus orejas, y Nirjara, todo asombrado, se fué derecho hacia uno de ellos á observar de cerca aquel género de trabajo que no conocía y que tan nuevo era para él. A sus pies se encontraban algunas hachas de repuesto; tomó una y marchaba á imitar á sus compañeros, cuando la señora Dufot, temiendo que se hiriese por una torpeza bien justificada en un primer ensayo, le ordenó volver el instrumento al sitio de donde lo había cogido, lo que hizo al punto sin dar la menor señal de mal humor. El sol bajaba

rápidamente; dos horas de marcha cuando menos nos separaban todavía de la meseta del pico de Adam; resolvimos, pues, acampar en aquel paraje.

Difícilmente puede uno formarse una idea de la salvaje belleza del paisaje que nos rodeaba.

Tan lejos como la mirada pudiera extenderse, distinguíanse valles profundos y umbrosos, picos de montañas revestidas hasta la cima de selvas eternas, con precipicios de monstruosas dimensiones, tapizadas de una vegetación tan lujuriente, que se hubiera dicho eran oceanos de verdura cuyas olas levantaban seres invisibles.

Y qué tonos maravillosos sembrados por todas partes, sobre las umbrías verdeoscúras, sobre los picos inundados de luz, en los reductos umbrosos, sobre las cascadas que caían con gran ruido!

En el momento en que el sol poniente nos daba su adiós, acariciando con sus últimos rayos la extremidad de las ramas de los árboles gigantes y las flores rojas, nuestro campamento estaba ya instalado y causaba la admiración de una cincuentena de cingaleses tcháléas de ambos sexos, que habitaban en una pequeña aldea situada en pleno bosque, á medio tiro de fusil apenas del paraje en que nos habíamos detenido.

Aquellas sencillas gentes se pusieron á nuestra disposición para ayudar á nuestros criados en su trabajo, y después de haber decorado con esteras nuevas y flores la casa más bonita de la aldea, vinieron á ofrecérsela á la señora Dufot, que pasó la noche bajo la guardia de Nirjara, cuyo guardián hacía temblar la selva con sus mugidos cada vez que un perro, un chacal ó un cingalés se aproximaba demasiado cerca de la casa en donde reposaba su dueña, ó cuando percibía en la lejanía de los valles, subiendo hasta él, los aullidos de los jaguares ó los gritos roncós y secos de la pantera negra de Ceylan, buscando su alimento.

Emprendimos nuestra ascensión dos horas antes del día, porque queríamos llegar á la cima del pico de Adam á tiempo de asistir al admirable y sublime espectáculo de la salida del sol, viniendo á iluminar esta Naturaleza de una tan grandiosa belleza.

En el momento en que emergía en la inmensa planicie de verdura que al pie de las montañas se extendía al infinito hasta el Oceano, y que adivinaba-

mos en su límite azulado en torno de la costa antes que lo apercibiéramos, una inmensa emoción se apoderó de nosotros. No imagino que pueda ser dado al hombre contemplar un espectáculo más mágico, más imponente, más afuera de las proporciones ordinarias a las cuales la vista se halla acostumbrada.

Era en sentido inverso el espectáculo de la vispera, con esta diferencia: que en lugar de ser de medio lado, dominábamos desde la cima del pico las dos vertientes de los montes Kotmalé y, á sesenta millas á la redonda, la comarca entera.

Renunció á describir las maravillas de esta naturaleza ecuatorial que hace colocar las lianas, las flores y los árboles del fondo de los valles en la cima de las más elevadas montañas, que siembra con profusión sobre los campos y los bosques, los mil matices de la paleta mágica del prisma solar, que os enerva de luz y de aire tibio y embalsamado.

Sobre una roca de granito negro, á algunos pasos de nosotros, uno de nuestros guías nos mostró una huella impresa bastante parecida á la que dejaría un pia fuertemente apoyado en la tierra húmeda.

Según la leyenda, esta huella pertenecía á Adam y fué desde allí de donde el primer hombre partió con su mujer, Eva, para ganar la gran tierra.

Según las tradiciones buddhistas, esta huella debió ser dejada por Sakia-Mouni ó por el mismo Budha.

Yo doy aquí estas dos leyendas, cuyo interés apreciará fácilmente el lector bajo el punto de vista del estudio de los orígenes religiosos antiguos y modernos que todos, sin excepción, reconocen el mismo manantial, el de los vedas ó escritores sagrados de la India.

La leyenda buddhista está inédita. En cuanto á la de los indios adoradores de Brahma, emana de los libros santos y ha sido traducida y publicada la primera vez por mí en la *Biblia en la India*. En ella no hago, pues, más que citarme á mí mismo.

«Pasead por toda la punta oriental de la India y por la isla de Ceylan, en donde la tradición se ha conservado en toda su pureza. Interrogad al indio en su humilde cabaña ó al brahamán en el templo: todos os referirán esta leyenda de la creación del hombre tal como vamos á relatarla aquí, según el Veda. En el Ba-

gavéda-Gita, Christua llama en algunas ocasiones á su discípulo Ardjouna, y á poco casi en los mismos términos que en los libros sagrados.

«La tierra estaba cubierta de flores; los árboles se doblaban al peso de sus frutos; miles de animales se distraían por las llanuras y en los aires; los elefantes blancos se paseaban apaciblemente bajo la umbria de las selvas gigantescas, y Brahma comprendió que había llegado el momento de crear al hombre que debía habitar esta mansión.

«Sacó del alma la pura esencia, un germen de vida, con el que animó dos cuerpos que él hizo, macho y hembra; esto es, propios para la reproducción como las plantas y los animales, y les dió el «ahancara», ó sea la conciencia y la palabra, lo que les hacía superiores á todo lo que había sido creado, pero inferiores á los pios ó ángeles y á Dios.

«Distinguió al hombre con la fuerza, la corpulencia y la majestad, y lo nombró Adima (en sánscrito, «el primer hombre»).

«La mujer recibió en herencia la gracia, la dulzura y la belleza, y la nombró Héva (en sánscrito, «lo que completa la vida»).

«En efecto, dando una compañera á Adina, el Señor completaba la vida que acababa de darle, y colocando así la base de la humanidad que hacía nacer, proclamaba la igualdad del hombre y de la mujer en la tierra y en el cielo.

«Principio divino que ha sido más ó menos desconocido por las legislaciones antiguas y modernas y que la India no abandonó más que por la influencia deletérea de los sacerdotes, en la época de la revolución brahamánica.

«El Señor dió entonces á Adima y á su mujer Héva la antigua Taprabam de los antiguos, la isla de Ceylan para morada. Isla bien digna por su clima, sus productos y su espléndida vegetación, de ser el paraíso terrestre, la cuna del género humano.

«Marchad—les dijo,—uníos y producid seres que serán vuestra imagen viviente sobre la tierra, siglos y siglos después que hayáis vuelto á mí.

«Yo, Señor de todo lo que existe, os he creado para que me adoréis durante toda vuestra vida, y los que tengan fe en mí compartirán mi felicidad después del fin de todas las cosas. Enseñad eso á vuestros hijos,

que no pierdan jamás mi recuerdo, porque estaré con ellos siempre que pronunciaran mi nombre.

»Después prohibió á Adima y á Héva abandonar á Ceylan, y continuó en estos términos:

»—Vuestra misión debe limitarse á poblar esta isla magnífica, en la que he reunido todo para vuestro placer y vuestra comodidad, y á extender mi culto en el corazón de los que hagáis nacer. El resto del globo está aún deshabitado; si más tarde el número de vuestros hijos aumenta de tal modo que esta isla no sea suficiente para contenerlos, que me interroguen en medio de los sacrificios y haré conocer mi voluntad.

Dicho esto desapareció.

»Entonces Adima, volviéndose hacia su joven mujer, la miró. Su corazón latió dentro del pecho á la vista de una belleza tan perfecta. Ella estaba de pie delante de él, sonriendo en su virginal candor, palpitante de deseos desconocidos. Sus largos cabellos se desarrollaban retorciéndose alrededor de su cuerpo, enlazándose en caprichosas espirales en su pálido rostro y sus senos desnudos, que la emoción comenzaba á levantar.

»Adima se aproximó á ella tembloroso. A lo lejos, el sol iba á desaparecer en el Océano, las flores de los bananeros se levantaban para aspirar el rocío de la noche; millares de pájaros de variado plumaje plaban dulcemente en las copas de los tamarindos y de las palmeras; las luciérnagas fosforescentes comenzaban á voltear en los aires, y todos esos ruidos de la Naturaleza llegaban hasta Brahama, que se regocijaba en su mansión celeste.

»Adima se aventuró entonces á pasar la mano por la cabellera perfumada de su compañera; él sintió como un escalofrío que recorría todo el cuerpo de Héva, y este escalofrío se comunicó á él. La asió entonces en sus brazos y la dió el primer beso, pronunciando en voz baja el nombre de Héva, que acababa de habérsela dado.

»—¡Adima!—murmuró dulcemente la joven mujer, recibiéndole. Y, vacilante, desatinada, su bello cuerpo se dobló en los brazos de su esposo.

»—Había sobrevenido la noche, callaban los pájaros en los bosques; el Señor estaba satisfecho porque acababa de nacer el amor, precediendo la unión de los dos sexos.

»Así lo había querido Brahama, para enseñar á sus criaturas que la unión del hombre y de la mujer sin el amor no sería más que una monstruosidad contraria á la naturaleza y á su ley.

»Adima y Héva se entregaron durante algún tiempo á una dicha perfecta; ningún sufrimiento venía á turbar su quietud; no tenían que hacer más que extender la mano para coger de los árboles las más sabrosas frutas; no tenían más que bajarse para recolectar el arroz más fino y hermoso.

»Pero un día comenzó á apoderarse de ellos una vaga inquietud. Envidioso de su felicidad el príncipe de los Rakhusos, el espíritu del mal, les inspiró deseos desconocidos.

»—Paseemos por la isla—dijo Adima á su compañera,—y veamos si encontramos un lugar todavía más hermoso que éste.

»Héva siguió á su esposo. Marcharon durante días y meses, deteniéndose en los bordes de las claras fuentes, bajo los multiplicantes gigantescos que les ocultaban la luz del sol.

»Pero, á medida que avanzaban, la joven mujer se sentía poseída de un terror inexplicable, de extraños temores.

»—Adima—dijo ella,—no marchemos más lejos; me parece que desobedecemos al Señor. ¿No hemos abandonado ya el lugar que nos asignó como habitación?

»—No haya miedo—respondió Adima,—no es aquella tierra horrible, inhabitable, de que nos ha hablado.

»Y marchaban siempre. Llegaron por fin á la extremidad de la isla de Ceylan. En presencia de ellos, vieron un brazo de mar poco largo y al otro lado una vasta tierra que parecía extenderse hasta lo infinito; un estrecho sendero formado de rocas que surgían del seno de las aguas, unía su isla á aquel continente desconocido.

»Los dos viajeros se detuvieron maravillados; la comarca que percibían estaba cubierta de grandes árboles; pájaros de mil colores revolteaban en medio del follaje.

»¡Qué hermosas cosas!—dijo Adima—¡y qué buenas frutas deben dar esos árboles! Marchemos á gustarlas, y si ese país es preferible á éste, en él plantaremos nuestra tienda.

»Héva, temblorosa, suplicó á Adima no hiciese

nada que pudiera irritar contra ellos al Señor.

»—¿No estamos bien aquí? Tenemos agua pura, frutas deliciosas. ¿Para qué buscar otra cosa?

»—Pues bien, volveremos otra vez—dijo Adima.— ¿Qué mal hay en visitar este país desconocido que se ofrece á nuestros ojos?

»Y se aproximó á las rocas. Héva le siguió temblando.

»Tomó entonces á su mujer sobre sus espaldas y se puso á atravesar el espacio que le separaba del objeto de sus deseos.

»Desde que tocaron la tierra, se hizo oír un ruido espantoso: árboles, flores, frutas, pájaros, todo lo que percibían desde la otra orilla desapareció en un instante; las rocas que les sirvieron de paso se abismaron en las olas; sólo algunas rocas agudas continuaron dominando el mar, como para indicar el paso que la cólera celeste acababa de destruir.

»Esas rocas que se elevan en el Oceano Indico, entre la punta oriental de la India y la isla de Ceylan, son todavía hoy conocidas en el país con el nombre de Palam-Adima.

»Cuando los vapores que se dirigen á China y á la India han pasado las Maldivias, el primer punto de costa indo-cyngalesa que distinguen es una cima azulada, frecuentemente coronada de nubes y que se eleva majestuosamente del seno de las aguas. Es el pie de esa montaña que, según la tradición, dió paso al primer hombre para abordar la costa de la gran tierra.

»Desde los tiempos más remotos esta montaña lleva el nombre de pico de Adam, que la moderna ciencia geográfica le ha conservado.

»La vegetación que los dos viajeros habían distinguido de lejos, no era más que un espejismo engañoso suscitado por el príncipe de los Rakchusos para conducirlos á la desobediencia.

»Adima se dejó caer llorando sobre la arena, desnuda; pero Héva se llegó á él y se arrojó en sus brazos, diciéndole:

»—No te aflijas; supliquemos más bien al autor de todas las cosas que nos perdone.

»Al hablar así, una voz se hizo oír en la llanura, dejando caer estas palabras:

»—¡Mujer! Tú no has pecado más que por amor hacia el marido á quien te ordené que amases, y has es-

perado en mí. Yo te perdono y también á él por tí; pero no entraréis más en ese lugar de delicias que yo había creado para vuestra felicidad. Por vuestra desobediencia á mis órdenes, el espíritu del mal acaba de invadir la tierra. Vuestros hijos, condenados á sufrir y á trabajar la tierra por vuestra falta, se volverán malos y me olvidarán. Pero yo enviaré á Vischnou, que se encarnará en el seno de una mujer y os llevará á todos la esperanza de la recompensa en otra vida y el medio, suplicándome, de endulzar vuestros males.

»Se levantaron consolados; pero de allí en adelante tuvieron que someterse á una dura labor para obtener de la tierra su alimento.»

La leyenda budhista no liga esa señal incrustada en el granito con la creación del primer hombre, pero sí con la encarnación del primer Buddha en el seno de la virgen Avany, y con su nacimiento.

He aquí el pasaje del Nirdhesa, uno de los libros sagrados de los Buddhas, que se refiere á este asunto:

«Cuando la virgen Avany, que había sido fecundada por un rayo de la Eterna Sabiduría, sintió estremecerse en su seno al divino Saktia-Mouni, recibió la orden de marchar á establecerse en cualquier parte elevada del país, á fin de que Buddha pudiese, al abrir los ojos á la luz, contemplar la isla entera que había de regenerar con su buena doctrina.

»Montada sobre Dharma-Souria, el elefante sagrado que el genio Koundasa había adiestrado para ella, abandonó la casa de su padre y se dejó conducir al capricho de su montura, que se dirigió todo derecho del lado de la montaña llamada Samanta-Kounta (pico de Adam).

»Llegada á la cima de la montaña, se sostuvo varios meses con los alimentos que le llevaban los devotos que se disputaban el honor de servirle, aguardando el feliz alumbramiento que debía colmar de júbilo el cielo y la tierra.

»Cuando llegó el momento, Saktia-Mouni salió del seno de Avany, que lo puso en el mundo sin dolor. En algunos instantes alcanzó la corpulencia de un hombre ante los ojos maravillados de su madre que, arrojándose, le adoró.

»El primer paraje de la tierra en que Buddha puso el pie, retuvo su huella para indicar perpetuamente

á sus adoradores el lugar de su nacimiento; y el que va todos los años piadosamente á contemplar esa divina señal, no ve prolongarse para él los días de impureza; puede ofrecer el sacrificio antes de la ablución prescripta.»

Me limito á citar este pasaje del Nirdhesa, que recuerda en pocas palabras la leyenda, aconsejando ganar días de pureza por una peregrinación anual. El relato de la leyenda entera de Avany, la virgen madre, juntamente con el Maha-Wansé y las tradiciones budhistas, exigiría un volumen.

Cuando el sol comenzó á dorar las cimas del pico de Adam, fui testigo de un fenómeno conocido, muchas veces referido por los viajeros, y que ya había tenido yo ocasión de observarlo antes.

Se ha dicho muchas veces que el elefante se arrodilla delante del sol saliente y parece adorarlo.

Puede que el inteligente animal, que tiene, por lo demás, afición á esta actitud de reposo, haya podido dar lugar á ese relato sorprendiéndole en el momento preciso; pero, á pesar de las facultades extraordinarias que me complazco en reconocerle, no puedo creer que en el elefante razone bastante su intuición para traducirla en una manifestación exterior tan característica.

Véase en este punto aquello de que muchas veces he podido asegurarme y de cuya completa exactitud certifico:

«Cuando un elefante percibe los primeros rayos del sol, si está en libertad, esto es, si no está obligado por la orden de su dueño á proseguir su camino, se vuelve hacia el lado por donde asoma el gran astro y allí, torcida en espiral la trompa á un lado de sus colmillos, lo que constituye una de las señales de meditación del coloso, el ojo fijo y perdido en el espacio, mira, observa, busca sin duda el secreto de esa luz que viene á inundar la tierra, y del que no puede darse cuenta su razón por no estar todavía lo suficientemente desarrollada.»

No he asistido jamás, sin cierta emoción, á esa especie de éxtasis, á esos esfuerzos evidentes del monstruoso animal para dirigir su pensamiento.

Conoce á su dueño, á sus amigos, comprende su lenguaje; los árboles, las flores, las frutas, todas las producciones de la Naturaleza son distinguidas por

él. Siente cuando hace bien ó mal, aguarda una recompensa ó una reprimenda. Se forma una idea de todo, aunque esta idea sea incompleta. En el sol parece comenzar lo desconocido para él, y la atención meditativa que le concede cada mañana indica que el fenómeno traspassa su inteligencia.

Subamos algunos grados más alto, lleguemos á lo infinito, y he ahí al hombre mismo no más adelantado que el elefante.

Nirjara y sus dos compañeros, á quienes habíamos dejado en una meseta inferior para que no embarazasen el sendero que conducía al pico que, por lo demás, difícilmente hubieran escalado, no dejaron de rendir al astro bienhechor su homenaje contemplativo y mudo.

Después de una ligera colación compuesta de té y de sandwiches, reclamada por el aire fresco de la mañana, nos reunimos á nuestra caravana y comenzamos á descender por las vertientes opuestas de las montañas, del lado del distrito de Dimbola.

Los valles sembrados de bosques que atravesábamos á cada instante arrancaban á nuestros pechos un grito de admiración, y sin embargo, no éramos nuevos en el país, esta vegetación no se ofrecía á nuestros ojos por primera vez.

Además de lo pintoresco y grandioso de los paisajes, de los puntos de vista espléndidos que se nos ofrecían á cada paso, nuestra atención era constantemente distraída por miríadas de pajarillos y de animales de todas clases. En ninguna parte he visto jamás, ni aun en Borneo y en Java, una Naturaleza tan animada como la de Ceylan. Sobre cada rama de árbol había un mono, detrás de cada hoja, un «ara,» un pájaro del paraíso, una rata palmista.

Al atardecer llegamos á Kotmalé, sobre el Diosbage, uno de los mayores afluentes del Mahavellé-Gangea, cuyo curso debíamos seguir hasta Kandy.

Ningún suceso extraordinario señaló nuestra marcha desde los montes Kotmalé á esta ciudad, capital del interior, en la cual no pernoctaríamos más que algunas horas. Los instantes de mis compañeros de viaje estaban contados y los intereses comerciales de primer orden no permitían á M. Dufot consagrar á este viaje ni un sólo día más allá del tiempo que se había fijado.

Sentí, por el interés de mis estudios sobre las antigüedades indias, no poder pasar ocho días, cuando menos, en la ciudad de los antiguos rajahs de Ceylan, y me propuse hacer en la época de mi regreso un examen más serio de Kandy y de sus monumentos históricos. Me prometí igualmente visitar, comenzando por la isla de Manaar, las provincias del Noroeste, del Oeste y del Sud, que me había visto obligado á dejar á un lado en la diagonal que seguía de Gales á Trinquemalé y á Jaffnapatam.

No tuve tiempo, pues, más que para entrever el palacio de los antiguos reyes, magnífico edificio cuya importante fachada se extiende en un espacio de más de doscientos cincuenta metros de longitud, y el Patheripouch, larga torre exagonal de dos pisos, en cuya cima los rajahs se mostraban á su pueblo ridículamente cargados de oro y diamantes, los días de las grandes fiestas. Después de un vistazo muy rápido sobre el Amavellé ó habitación de las mujeres de raza real, volvimos á emprender nuestra marcha en la dirección de Nallandé.

¡Cuántas riquezas arqueológicas dejaba detrás de mí, sin hablar de la famosa montaña de granito de Domboul, que se eleva más de trescientos metros entre las montañas y los bosques que le rodean, y cuántas generaciones de escultores han excavado desde la base á la cima, cincelandó en el granito mismo media docena de templos dedicados á Buddha!

No habiendo entrado en Kandy por ese lado, no pudimos tampoco visitar el famoso túnel cavado en el Kurunai-galah por el gobernador inglés sir Edward Barnes, con el fin de asentar definitivamente la dominación inglesa en las provincias del centro.

Una vieja leyenda, conservada piadosamente en el corazón de todos los Kandiens, pretendía que ninguna dominación extranjera podría establecerse en el país, hasta tanto que una de las montañas que rodean á Kandy fuese atravesada de parte á parte por los invasores. Los sacerdotes mantenían con cuidado esta creencia, que suscitaba revueltas periódicas en la comarca.

Sir Edwards Barnes, conociendo el imperio que la superstición ejerce sobre el espíritu de estos pueblos, hizo comenzar un hermoso día la perforación de una de esas montañas. Durante todo el tiempo que duró el

trabajo, los sacerdotes anunciaban todas las mañanas, tanto que el fuego del cielo iba á devorar á los trabajadores como que la montaña se iba á derrumbar sobre ellos.

Pero nada ocurrió: los chinos, á quienes se trajo con intención para que no sintieran la influencia del miedo, acabaron la obra. Los Kandiens quedaron heridos de estupor y, reconociendo que los dioses no estaban más con ellos, no trataron ya de sacudir la dominación extranjera.

Después de tres estaciones en Algalé, Dewal y Kandeloor, llegamos, por fin, á Nallandé, término del viaje del matrimonio Dufot.

Nada tan triste como estas separaciones; después de dos meses y medio de vida común, era preciso separarnos. Imperiosos deberes me llamaban á Pondichéry y no podía retardar mi llegada más allá de un mes, lo que era casi todo el tiempo que debía durar mi viaje de exploración.

La pena real que mis huéspedes de Kaltna parecían experimentar y que me oprimía el corazón, me hizo tomar un partido heroico. En vez de pasar con ellos cuatro ó cinco días en esta población, según se había convenido, la noche misma de nuestro acampamiento en Nallandé hice preparar mi carreta, advirtiendo al bohis conductor de bueyes, Mouttou Samy, y á Amondou, que estuviesen prestos. Y anuncié, llenos de lágrimas los ojos, á los señores Dufot que al día siguiente, á la salida del sol, continuaría mi viaje.

—¡Cómo!—exclamó la joven mujer de mi amigo... Se detuvo sobrecogida y temblando su voz. Su marido, enmudecido más de lo que puede expresarse, me apretó la mano silenciosamente. Los dos habían comprendido que yo hacía más brusca mi partida para acabar de una vez con las amargas de la separación.

La comida de la noche fué de las más tristes. Quería darles mi adiós para ponerme en marcha antes de salir el sol; no quisieron oírme y exigieron que yo almorzase aún con ellos al día siguiente.

Al dirigirme cerca de la carreta, en la cual se había instalado mi cama, escuché detrás de un árbol algunos sollozos ahogados. Me aproximé... era Amondou que, inconsolable, daba su jaldós! á Anliams, la morena cingalesa que había tocado su corazón y que el

gallardo negro había enredado bastante para hacerlo comprender entre los criados de la casa de Dufot.

Al día siguiente, á las siete de la mañana, mi carabina á la espalda, seguido de mi carreta de bueyes y de mis dos criados, convertidos en poco tiempo en buenos amigos, remontaba á ple el curso del Ambaar.

Al cambiar los últimos saludos, se me hizo jurar que volvería. Yo cumpliré mi palabra.

Treinta leguas nos separaban todavía de Trinquemalé; franqueamos la distancia en siete días, lo que constituye un verdadero esfuerzo, teniendo en cuenta las dificultades de todas clases que habíamos de vencer.

Debíamos, durante las noches sobre todo, redoblar las precauciones. La comarca que atravesábamos está, de Nallandé al lago Kandellé y á Tamblegam, poblada de los más peligrosos animales: jaguares, panteras negras, gatigres, serpientes boas y de todas clases, cocodrilos monstruosos, pareciendo haberse dado cita en esta provincia, la menos poblada de la isla. No hablo de los elefantes salvajes que pululan en los bosques, á lo largo del curso del Mahavellé, y que no son peligrosos sino cuando se les ataca.

Algunos ingleses se dan á veces la diversión de cazarlos. A otro que á mí, la muerte de semejantes animales que no hacen mal á nadie, le parecerá una muerte merecida; pero yo encuentro perfectamente odiosa y cobarde esta caza, porque es imposible matar al elefante de otro modo que al acecho y en seguridad, sobre una roca por la que no puede trepar ó en la copa de un árbol que no puede desarraigar. ¡Si el ataque fuese cara á cara, valiente cosa daría yo por la piel del gentlemén!

Llegamos sin incidentes á las orillas del lago artificial de Kandellé, obra construída por los brahmanes después de su conquista, para regar durante la estación seca las tierras abscuritas á la pagoda; y de allí á Tamblegam, pequeña ciudad situada en el fondo de la bahía de Trinquemalé, en una de las más pintorescas posesiones.

Nada tan coquetón y gracioso como esta aldea, literalmente sumergida en los árboles, las lianas y las flores.

Llegamos en ocasión de una gran fiesta que revo-

lucionaba todo el país. Esta parte de la isla no está habitada más que por indios de la costa de Malabar ó de Coromandel. Uno de los más ricos habitantes de la casta vellaja, que pretendía ser descendiente de raza real, casaba á su hija con otro vellaja de Négapatam, de la gran tierra, y se había convocado á las castas de los dos esposos, de Tamblegam á Ceylan y Négapatam; la población de la ciudad se había más que triplicado. De todos los lados de la provincia habían llegado igualmente en tropel gentes de todas castas y de todas condiciones para asistir á las fiestas que debían ser maravillosas, á juzgar por la riqueza del vellaja Nalla Tamby-Modeliar, padre de la joven.

Apenas estaba instalado en un bengalow, en las riberas de aquella bahía esplendorosa en donde me proponía descansar algunos días, cuando percibi una oleada de turbantes de los más variados matices dirigirse hacia mí; á la cabeza iba un grueso indio vestido de muselina, seda blanca y oro, cubierto de diamantes y marchando con la ayuda de una caña con puño de oro enriquecido de rubíes, bastón que solamente las castas reales tienen el derecho de llevar.

Era Nalla Tamby-Modeliar, quien habiendo sabido que un europeo se hospedaba en el bengalow de los extranjeros, venía á invitarme á la fiesta que debía tener lugar. Esto era de costumbre y lo aguardaba con tanta más razón por cuanto acababa de enviarme, como jefe que era del pueblo, mi orden de requisición, señalada por el gobernador general, que me permitía exigir que la vajilla, todo lo perteneciente á la cama y los mosquiteros, fuesen puestos á mi disposición.

Como debe suponerse, acepté esta proposición que encajaba perfectamente en mis proyectos de estancia.

La fiesta debía durar lo menos quince días y se contaban cosas inverosímiles de cantidades de provisiones de toda especie que habían sido traídas á tal intento, así como de la riqueza de los regalos que debían hacerse á los brahmanes oficiantes.

Los fuegos artificiales venían de Bengala; las esencias, de Allahabad; se había fletado un navío para traer el cargamento de paños de todos los colores, vestidos de algodón para distribuirlos entre todos los mendigos y fakires, y que habían sido comprados en las fábricas de Tranquebar.

Se había caparazonado de nuevo á una docena de elefantes blancos.

Y, en fin, lo que maravillaba más al gentío y daba la más alta idea de la casta y de la influencia de Nalla Tamby, era una cuadrilla de jóvenes y hermosas bayaderas, llegadas la vispera, de la famosa pagoda de Chelambrum, en el Carnatic, pagoda célebre en la India entera por el talento y la belleza de las bailarinas sagradas.

Antes de hacer asistir al lector á estas fiestas sumptuosas y de una originalidad de picante interés, y para que se apodere mejor del sentido simbólico de las ceremonias religiosas, deseo hablarle de las bayaderas.

Estas sacerdotisas del altar y del amor no son conocidas en Europa más que por los relatos fantásticos de viajeros que no reparan en pelillos, cuando son necesarios muchos años para penetrar el sentido de las instituciones del extremo Oriente: deseo mostrarlas bajo su verdadero colorido.

La reputación de estas vírgenes locas, bien merece que las consagre un libro especial.

PRIMERA PARTE

LAS BAYADERAS

Según la leyenda, las bayaderas tienen un origen celeste: descienden de los Apsaras, cortesanas ó bailarinas del cielo de Judra.

Los poetas las hacen surgir del mar, en tanto que los Devas, genios de las esferas inferiores, y los Assouras, espíritus malignos constantemente en lucha con los dioses, azotaban las blancas ondas de espuma intentando alcanzar el *amrita*, es decir, la ambrosía.

Pusiéronse aquéllas inmeditamente á bailar sobre las olas, tan seductoras, mostrando tan bellas formas, que los Devas y los Assouras, olvidando su trabajo, se empeñaron en un terrible combate para apoderarse de ellas.

Los Devas, victoriosos, las condujeron á su jefe Judra, quien en seguida las convirtió en las bailarinas ordinarias del cielo, acompañándolas los *gandharbas* ó músicos del cielo que hasta ese día habían gozado ellos solos el privilegio de distraer los ocios de su corte.

Una de aquellas diosas tuvo comercio con un mortal que la sedujo con sus cantos y dió á luz una hija que, no pudiendo habitar en el cielo á causa de su origen terrestre, fué confiada á los brahmanes, que la educaron en el interior de la pagoda en donde, desde la más tierna edad, se puso á bailar por instinto delante de las estatuas de los dioses.

De sus numerosos amores tuvo siete hijas, á quienes enseñó á bailar como ella en el templo en los días de ceremonia, y tres hijos que, naturalmente, fueron consagrados á la profesión de músicos.

Se había caparazonado de nuevo á una docena de elefantes blancos.

Y, en fin, lo que maravillaba más al gentío y daba la más alta idea de la casta y de la influencia de Nalla Tamby, era una cuadrilla de jóvenes y hermosas bayaderas, llegadas la vispera, de la famosa pagoda de Chelambrum, en el Carnatic, pagoda célebre en la India entera por el talento y la belleza de las bailarinas sagradas.

Antes de hacer asistir al lector á estas fiestas sumptuosas y de una originalidad de picante interés, y para que se apodere mejor del sentido simbólico de las ceremonias religiosas, deseo hablarle de las bayaderas.

Estas sacerdotisas del altar y del amor no son conocidas en Europa más que por los relatos fantásticos de viajeros que no reparan en pelillos, cuando son necesarios muchos años para penetrar el sentido de las instituciones del extremo Oriente: deseo mostrarlas bajo su verdadero colorido.

La reputación de estas vírgenes locas, bien merece que las consagre un libro especial.

PRIMERA PARTE

LAS BAYADERAS

Según la leyenda, las bayaderas tienen un origen celeste: descienden de los Apsaras, cortesanas ó bailarinas del cielo de Judra.

Los poetas las hacen surgir del mar, en tanto que los Devas, genios de las esferas inferiores, y los Assouras, espíritus malignos constantemente en lucha con los dioses, azotaban las blancas ondas de espuma intentando alcanzar el *amrita*, es decir, la ambrosía.

Pusiéronse aquéllas inmeditamente á bailar sobre las olas, tan seductoras, mostrando tan bellas formas, que los Devas y los Assouras, olvidando su trabajo, se empeñaron en un terrible combate para apoderarse de ellas.

Los Devas, victoriosos, las condujeron á su jefe Judra, quien en seguida las convirtió en las bailarinas ordinarias del cielo, acompañándolas los *gandharbas* ó músicos del cielo que hasta ese día habían gozado ellos solos el privilegio de distraer los ocios de su corte.

Una de aquellas diosas tuvo comercio con un mortal que la sedujo con sus cantos y dió á luz una hija que, no pudiendo habitar en el cielo á causa de su origen terrestre, fué confiada á los brahmanes, que la educaron en el interior de la pagoda en donde, desde la más tierna edad, se puso á bailar por instinto delante de las estatuas de los dioses.

De sus numerosos amores tuvo siete hijas, á quienes enseñó á bailar como ella en el templo en los días de ceremonia, y tres hijos que, naturalmente, fueron consagrados á la profesión de músicos.

Allí tienen, pues, su origen las bayaderas y los músicos actuales de las pagodas.

Las bayaderas no se casan nunca: adscritas al servicio de los dioses, no pueden pertenecer á un solo hombre; pero tienen libertad plena para mantener relaciones pasajeras, á condición, sin embargo, de no negar jamás sus favores á los brahmanes, á quienes se deben.

Primitivamente no debían entregarse á otros hombres, y las que observaban estrictamente esta ley eran reputadas como vírgenes constantemente.

Los brahmanes fueron los primeros en prostituir su serrallo, convirtiéndolo en un fecundo manantial de rentas.

Los niños que nacen de estas mujeres no tienen casta: las hijas son bayaderas como sus madres, los hijos son músicos; el padre es siempre desconocido.

He visto algunas de esas bailarinas que eran casi blancas. La sangre europea había hecho de las suyas. Pero eran menos hermosas que las otras. Los ojos eran menos grandes, los pies y las manos menos finos, el pecho y las caderas menos vigorosos y menos ricos.

Es una cosa extraordinaria, pero real, cuya verdad he podido profundizar en las diversas provincias de la India: la mezcla de los pueblos occidentales con esta hermosa raza india no produce, la mayoría de las veces, sino horribles y deformes retoños que valen en lo moral tan poco como en lo físico.

¿De dónde proviene un resultado tan extravagante, cuando en realidad el cruzamiento de las razas blancas y negras ha dado con frecuencia tan hermosos resultados?

Se me permitirá decir, arriesgando una opinión, que acaso la raza india se aproxima demasiado á la nuestra como tipo y como forma, lo cual debe crear una inferioridad en los cruzamientos. Un hecho que tiende á probar esta afirmación es que los hijos de los portugueses habidos en mujeres indias son incomparablemente menos bellos que los del mismo origen, pero pertenecientes á las razas del Norte, daneses ó escoceses, por ejemplo.

La vida que llevan las bayaderas no las predispone á la fecundidad; así, su número decrecería rápidamente si á diario no lo aumentasen las ofrendas que de su

tercera hija, antes de la edad de cinco años, hacen á la pagoda los padres de ciertas castas; con más edad no serían aceptadas, porque para que sean admitidas en el interior del templo son necesarias pruebas físicas y morales de la virginidad.

Como las circunstancias físicas son á menudo engañosas, es preciso que la edad no permita dudar de aquellas.

La casta de los tejedores es la que pasa por ser la que más abundante provee de individuos á este háren religioso. En ciertas comarcas, la misma de Malayala, por ejemplo, goza por eso de un privilegio exclusivo, lo cual la honra grandemente. Pero debe decirse que, por otro lado, esta casta no es muy estimada y que los indios de las clases más elevadas no consentirían jamás en entregar sus hijas á los brahmanes.

Desde que una joven entra en la pagoda, está ya perdida para su familia, que en ningún tiempo y bajo ningún pretexto puede reclamarla; pierde su casta, y hasta el momento en que la edad haya deformado sus rasgos y su talle, todo el tiempo estará consagrada al servicio del templo y del amor.

Maestros expertos en esas posturas plásticas que forman toda la danza oriental, están encargados de prepararla para las ceremonias, y una vieja matrona, bayadera jubilada, la inicia en los más vergonzosos secretos de libertinaje.

Es sobre todo en el arte más refinado del vicio donde debe sobresalir para reanimar los sentidos enervados y debilitados de los viejos brahmanes y de los indios ricos que las emplean en sus placeres.

Las mujeres son en la India tan fáciles, por regla general, que los jóvenes indígenas prefieren más escoger una querida á su gusto, en su casta, al lujo costoso de sostener una bayadera, la cual debe tener como ley el no negar sus favores al que más ofrece, el diezmo de cuya subasta debe ir á poder de los brahmanes. Estos no se chancean en este asunto y no permitirían fácilmente una debilidad del corazón que se tradujera en merma de sus rentas.

La educación que, por lo demás, reciben estas mujeres, no las predispone poco ni mucho á contraer serias afecciones.

He sido testigo, sin embargo, de un hecho excesivamente curioso que debo relatar aquí. Me agrada-
rá na-

rrarlo por lo mismo que en él se encontrarán mezcladas las aventuras de una bayadera de los alrededores de Benarés, con los rasgos más singulares de la vida de los europeos en la India.

En el mes de Enero de 1866, fatigado por serios estudios que, juntamente con los ardores del clima, habían alterado un poco mi salud y teniendo por delante dos meses de licencia que poder disfrutar, acepté la hospitalidad que un compatriota, establecido en las Nielguerrias, me había ofrecido generosamente en la plantación de té y de café dirigida por cuenta de una casa de Madrás; y una hermosa tarde, entusiasmado por la espléndida naturaleza que se presentaba á mis ojos y que no tiene semejante en el mundo, llegué á Salem, á casa de mi amigo, al corazón mismo de las montañas.

Figuraos las gargantas de la Suiza cubiertas de granos en flor, de laureles-rosas, de árboles de flores rojas: por todas partes una vegetación de una pujanza inaudita.

La viña y todos los frutos de Europa crecen mezclados con los frutos de los trópicos, en medio de todas las flores que la tierra puede producir. Y en la hierba, en la pendiente de los costados, la violeta une sus perfumes á los de la fresa de los bosques. Y todo eso iluminado por el sol de la India que presta una belleza y un colorido indescriptibles á todo lo que calienta é inunda con sus rayos.

Por todas las vertientes murmuran los arroyos, despeñanse las cascadas que van á perderse en pequeñas lagos de aguas tan limpidas y tan puras que permiten ver pasear en su fondo los grandes peces rojos, de aletas amarillas ó verdes, que parecen perseguirse jugando en medio de las algas, de los lotus y de otras plantas azules.

En las puntas de las rocas se ven suspendidos chalets mágicos, contruidos con la madera negra y olorosa del bith y sumergidos en oleadas de verdura; esos chalets sirven de habitación á los plantadores.

Cada vez que me he encontrado en semejantes lugares, y son numerosos en la India, no he podido impedirme la pregunta de que hasta qué punto sería feliz el hombre si, moderando sus deseos, supiese contentarse con las bellezas que la naturaleza le prodiga con usura.

Encontraba allí toda una pequeña colonia de franceses, plantadores por su cuenta ó directores de plantación, que se reunían todas las noches en casa de mi amigo, que poseía la mayor habitación, para comprender la vida á su manera y matar del mejor modo posible ese insecto multiforme que se llama fastidio, y que, á veces, en la soledad, roe y degenera las más templadas inteligencias.

Inútil es decir que fui acogido con la mayor cordialidad y como una feliz distracción en la monotonía de su existencia habitual.

Coged á un francés, no importa de dónde, del boulevard ó de la provincia, transportado al interior de la India y volved á buscarlo seis meses después. Infalliblemente, si sus ocupaciones no le fuerzan á una vida agitada, está en camino de enervarse, de aniquilar las mejores fuerzas de su espíritu y de llevar, en fin, la vida de los indios, toda flojedad y pereza.

Pasa su vida en aspirar el humo del *houkah*, tendido sobre una estera de roten ó de *vetivert*, en sorber el oloroso café de las Nielguerrias y en cultivar la belleza bronceada: peligrosa sirena, con sus contornos de estatua antigua y sus ardores salvajes de Mesalina, que ha hecho pervertirse muy pronto los sentidos y embrutecerse la imaginación de su adorador.

La imagen de la patria, de la familia, se borra poco á poco; ni siquiera rompe el sobre de sus cartas; las fajas de los periódicos quedan intactas, y si nada viene á sacudir su letargo, el infortunado morirá en la India en medio de cuatro ó cinco mujeres y de una numerosa progenitura.

Y sucede esto porque semejante vida está llena de encantos, que dejan correr los días sin ningún cuidado del resto del mundo; se visten, se alimentan á la moda indostánica, y se pierde insensiblemente en su corazón todo deseo de volver á la patria.

Yo he conocido á uno, antiguo discípulo de Burnouf, espíritu brillante y cultivado, que había venido á la India para continuar y profundizar sus estudios de sánscrito, en la esperanza de alcanzar algún día una cátedra en la Universidad, y de mostrarse, en fin, como profesor que sabia del sánscrito algo más que las reglas gramaticales. Tuvo fortuna y allí encontró su perdición.

Entusiasmado con los estudios del pasado grandioso

del país que habitaba, habiendo conseguido en poco tiempo hablar el sánscrito, gracias á un brahamán que tuvo á sueldo, bien mirado por todos los indios, cuya lengua sabía, y á quienes abrió la bolsa generosamente en los días de penuria, cobró tal afición á la India que resolvió quedarse en ella.

Cuando fui presentado á él, vivía rodeado de tres brahminas (mujeres de las más estimadas en la India, por la pureza de su sangre); las tres muy jóvenes, habíalas alcanzado á peso de oro, y cada una de ellas le había dado ya varios hijos.

Aquellas mujeres, á las que había rodeado de un lujo que no hubiesen encontrado en el seno de sus familias, parecía le eran excesivamente devotas; pero, por otra parte, se habían de tal modo apoderado de su espíritu, que todas las mañanas le vestían de brahamán oficiante, le colgaban el cordón sagrado y le hacían ofrecer el sacrificio á Wischnon, cuya efigie adornaba de flores después de haberla rociado él mismo con aceite de coco.

En los primeros tiempos, no se prestaba á ello sino riéndose y por complacer á sus mujeres; pero poco á poco llegó á realizar tal faena con la mayor seriedad del mundo. Deseo, sin embargo, creer que la convicción no entró para nada en este cambio.

Estoy seguro de que cuando muera, sus funerales se harán con toda la pompa del ceremonial indio, porque los brahmanes, que siempre encuentran en su casa arroz á discreción y dinero en abundancia para su pagoda, han hecho creer á la muchedumbre, sin duda para facilitar los recursos de su explotación, que les ha sido revelado por los astros que el alma de un venerable fakir se ha albergado en el cuerpo de su amigo, á quien, por lo tanto, pueden admitir en su seno.

Lo que aumenta la ilusión es que alguna de las brahminas no ha consentido que sus hijos se educaran en otro rito sino después de iniciarse en el indostánico, y que pretenden pasar como mujeres de un brahamán venido del Himalaya, comarca en que los habitantes son tan blancos como los europeos.

Semejantes casos son menos raros de lo que, desde luego, podía imaginarse, y si no es común encontrar gentes que, gracias al dinero, á su conocimiento del país y de la lengua, saben hacerse adoptar por los na-

turales, á cada paso se encuentran en los arrabales de las ciudades hombres que viven bajo el techo de los indios y que no tienen de europeos más que el nombre.

Solamente por resistir contra esa propensión á la pereza soñadora, que no hace al hombre apto para otra cosa que para la vida material, el pequeño grupo de franceses se reunía en Salem con toda la frecuencia posible para combatir al enemigo común y hablar de la Francia, que casi todos deseaban ardientemente volver á ver.

La primera noche de mi llegada se empleó en hacer más amplio conocimiento entre nosotros y, como es natural, en hablar de París.

Tendidos en largos sillones invertidos, bajo la galería de la habitación, los unos fumaban deliciosos cigarrillos de Trichmápoli y de Rangoon, mientras que los otros se contentaban con modestos cigarrillos que algunos pequeños indios, acurrucados á nuestros pies, liaban hábilmente con tabaco perfumado de Coringuy.

Y la charla llevaba su camino, viva, animada y repleta de improvisaciones. Estábamos, según creo, refiriéndonos mutuamente las diferentes circunstancias que nos habían arrojado á tres mil leguas de nuestros parientes, de nuestros amigos, sobre la costa de Coromandel, cuando uno de nosotros, que parecía escuchar con aire melancólico y distraído y que, hasta aquel momento no había tomado en la conversación más que una parte indirecta, exclamó de repente:

—Pues bien; en cuanto á mí, París mismo es el que me ha hecho huir de París... y yo no me encuentro dispuesto á volver; me encuentro demasiado bien aquí.

—Ya tenemos aquí á Alberto—dijeron á coro sus compañeros,—que se va á lanzar por los caminos de la paradoja.

—Paradoja si queréis—respondió este último,—es que entonces la paradoja, por el tiempo que ha corrido, se habrá convertido en realidad. ¡Vamos, sed francos! Es que, aparte nuestro nuevo amigo que, según parece, ha venido á la India para estudiar viejos manuscritos, pasión honrada que no comparto, aunque la estimo, ¿no somos los que estamos aquí desarreglados que han preferido el destierro y el trabajo á la vida de expedientes?

»¿Es que todos los que estamos aquí no salimos después de haber comido hasta el último escudo de nuestro patrimonio? Tened, pues, el valor de confesarlo.

»En cuanto á mí, os lo repito, estoy demasiado bien aquí. París comenzaba á excitarme los nervios cuando lo abandoné; me sofocaban la construcción, la argamasa, el arquitecto y el ingeniero. El lemosín estaba en camino de convertirse en contratista de obras, el contratista se hacía banquero, el banquero diputado y todo el mundo accionista.

»Era la gran fiebre de los escudos; no se enterraba más que muertos que dejaban millones y galerías llenas de Rafaeles y de van Crotens. Y si Jerónimo Paturot hubiese vuelto á empezar sus betunes de Marruecos, la idea hubiera tenido, por mi fe, gran éxito. Era repugnante.»

Volvió á encender su cigarro, y como viese que cada uno de nosotros se creaba meciéndose en su sillón, continuó:

«—¡Si, sería repugnante!

»Y, en medio de todo eso, la siniestra policía correccional, no juzgando más que dependientes que habían estafado á sus patronos parapoder tomar puesto en esa carrera desordenada del lujo malsano y deshonesto, cajeros repatriados de Bélgica entre dos gendarmes y banqueros que habían cometido el yerro de tomar el alza por la baja, porque habían visto cofrades que haciendo así habían despertado millonarios.

»Y, en otro orden de cosas, la juventud desdeñando la familia y los amores honestos.

»¡Ah, las salteadoras de rostro vulgar! ¡Ah, las ladronas del honor! Ellas han matado á mis pobres amigos. Y todos, inteligencias hermosas. Cojo á la ventura.

»El uno se ha saltado los sesos en una bohardilla un día del mes de Diciembre. Otro ha muerto del pecho. Un tercero, de doce balas. Uno de los mejores, mi camarada de la infancia, por huir de ellas, marchó á batirse á Polonia y eso le condujo á Siberia.

»He encontrado en la India á uno convertido en corrector de pruebas en una imprenta de Madrás.

»Y á algunos otros los he visto caer aún más bajo.

»Y, como dice la canción—añadió mi huésped,—«¿tú no tienes treinta años.»

—Tienes razón—respondió el joven, á quien este

arranque desenajó;—mi experiencia no es todavía bastante vieja, pero confieso que la antigüedad valla más que esta época bastarda. ¿Que nos devuelve á Laís y Aspasia? Aquellas, al menos, no atrofiaban el corazón y el espíritu y quedaba siempre bastante vigor á la inteligencia para saber, como el orador de Atenas, si hacía falta pagar tan caro un arrepentimiento.

—Según se ve bien—dijo el que había ya interrumpido,—son las mujeres las que te han expedito para la India. Pero eso no te ha corregido poco ni mucho; apenas desembarcado, te lanzaste á una serie de aventuras que, más de una vez, han tenido necesariamente un desenlace fatal: testigo, el rapto de tu bayadera de la pagoda de Mirzapoor, encima de Benarés, del que bien debías contarnos las extrañas peripecias. Eso nos distraería de las melancólicas ideas que tú querías hacernos compartir. La historia es desconocida de todos, y aun yo mismo no sé de ella más que algunos episodios.

El asunto pareció agradarle, porque comenzó así, sin hacerse rogar demasiado:

—«El día 11 de Febrero de 1863, el paquebot de las Mensajerías imperiales *Alpée*, me condujo á Calcutta, ligero de equipaje y de dinero, y dos días después partía para Benarés, en donde me aguardaba una colocación en una ajujería que un negociante de París, amigo de mi familia, me había proporcionado por mediación de uno de sus corresponsales.

»No les molestaré con descripciones; ustedes conocen tan bien como yo los lugares de que hablo y la magnificencia de las riberas del Ganges, por las que costea un buque de vapor.

»Todo me parecía maravillosamente extraño. Eso se concibe: las llanuras de Bengala no se parecen en nada á los cerros de Montmartre, ni los indostánicos á los naturales de Suresnes y yo, á poco, casi no conocía más que eso antes de abandonar la Francia. Pero lo que llamaba más mi atención era ver todas las mañanas, antes de salir el sol, grupos de doscientas ó trescientas personas que venían á hacer sus abluciones sobre las orillas del río, y en medio de los cuales las mujeres, de una notable pureza de formas, se mostraban en todo el esplendor de una desnudez que nada velaba á nuestros ojos.

»Algunas veces, cuando el buque, obligado por las sinuosidades del bajo fondo, pasaba demasiado cerca de las orillas, y cuando aquellas nos distinguían por encima del bordaje, huían como una bandada de pájaros espantados y corrían á ocultarse en las altas hierbas.

»Yo fui, durante todo el viaje, en un perpetuo encantamiento.

»Paso por alto los detalles de mi llegada y de mi instalación en la añillería, y certifico únicamente que la India continuó seduciéndome más cada vez. Yo había soñado esta vida de perezoso abandono que conviene admirablemente á mi naturaleza y á mis gustos. Un año después hablaba el indostánico como un nativo del país y comía á pasto Karry lleno de especias y pimienta.

»A dos leguas de la plantación se encontraba la pagoda de Mirzapoor, cuyas bayaderas venían algunas veces, en la proximidad de las grandes fiestas, á bailar en las casas de los ricos babús y de algunos europeos privilegiados, con el fin de recoger las ofrendas.

»Tuvimos ocasión de recibirlas para la fiesta del Cali.

»Al primer encuentro, los bailes de aquellas ademas jóvenes no me agradaron sino medianamente. Comparándolas con nuestras bailarinas de la Opera, me asombraba de que no conociesen las cabriolas ni el baile sobre las puntas de los pies. Pero hube de cambiar de opinión bien de prisa, pues sus posturas, llenas de poesía plástica y de pasión, me han hecho tener hoy piedad de las *elfas*, de las *willis* y de las *gimnasiarcas* de la calle de Peletier.

»El día en que las bayaderas vinieron á la plantación, noté una nueva compañera en la tropa, que eclipsaba á todas por su gracia, su belleza y su juventud.

»Parecía triste y echaba sobre la concurrencia miradas salvajes, como un bicho arrancado á sus maternos y puesto en una jaula.

»No bailaba.

»Yo no perdía de vista ninguno de sus movimientos, y vagamente adiviné en ella extrañas ansias de libertad.

»Gracias á algunas monedas de plata, supe por uno de los músicos de la cuadrilla que aquella joven, que apenas era una niña, hacía algunos meses había sido

consagrada á la pagoda por su madre, muerta del cólera sobre las gradas del templo, en reconocimiento á los cuidados de que le habían rodeado los brahmanes en sus últimos instantes.

»Los sacerdotes se habían apoderado de su presa, fundando en ella las más halagüeñas esperanzas por la subasta á que diera lugar la venta de la virginidad de la nueva bayadera, seguros de que á la subasta no dejarían de asistir los más ricos babús y rajahs.

»Me aproximé á la joven, diciéndola en indostánico:
—¿Por qué no bailas? ¿Es acaso la muerte de tu madre la que entristece tu corazón?

»Ella me contestó con aire despreciativo:

—Yo no soy de las castas de estas muchachas.

—¿Por qué ha podido consentir tu madre en sacrificar su hija á la pagoda?

—Su cuerpo se verá libre de los *pisatchas* (vampiros), por haber hecho eso.

—¿Sabes tú que tu cuello no llevará jamás el tali (distintivo de matrimonio), y que cada día será vendida tu belleza por los brahmanes á cualquier viejo que pague tus caricias á peso de oro?

»A estas palabras sus ojos fulguraron con un fuego sombrío y sus labios murmuraron algunas frases que yo no entendí.

»Yo proseguí:

—¿Sabes que ya no perteneces á ninguna casta, que tus compatriotas no te admitirán más en el interior de sus casas, junto á sus hijas y á sus mujeres, porque sería preciso hacer, después de tu marcha, las ceremonias de la purificación? ¡No eres más que una bayadera!

—¿Y qué te importa á tí, que no eres ni de mi raza ni de mi religión? ¿Por qué me hablas de esas cosas?

—¿Quieres huir conmigo?

—No.

—¿Sola?

—¡Oh! Si; yo me volvería al Himalaya y nadie podría saber lo que ha pasado aquí.

—¿Tú no eres, pues, de los alrededores de Benarés?

—Yo he nacido en el Nepal, en las orillas del Arouna.

—Está bien; me ocuparé de tí; ten confianza y yo encontraré el medio de devolvete á tu país.

»Cuando las bayaderas hubieron marchado, me puse á reflexionar en lo que acababa de prometer y no pude ocultar que la prudencia no había inspirado mis palabras.

»Sustraer una bayadera á la autoridad de los brahmanes, era un acto que debía infaliblemente atraer hacia mí todas sus iras, y, bien que pudiese escapar fácilmente á una demanda llevada por ellos ante la justicia regular inglesa (50 francos, tal es la tarifa), debía tener calculadas venganzas que se traducirían en agresiones nocturnas y atentados de todas clases por parte de los fakires (fanáticos pagados por los sacerdotes), á quienes nada detiene cuando se trata de vengar un insulto hecho á sus leyes religiosas.

»En fin de cuentas, el veneno, esa arma esencialmente india, debía seguramente jugar el último papel en el caso en que los otros medios no viniessen á alcanzar el éxito; y yo sabía que, á la orden de los brahmanes, ni uno solo de mis criados hubiera vacilado en suministrármelo.

»Yo no sentía amor por aquella mujer; semejante género de afecciones apenas se experimenta por las bellezas de Oriente; irritan los deseos por la corrección de sus formas, por la belleza de sus ojos, por la gracia de sus actitudes; pero jamás hacen nacer en el alma sensaciones desconocidas que sólo el pudor, la honestidad y las castas virtudes pueden engendrar.

»No obstante, yo la deseaba ardientemente. Esto era ya bastante, dado mi carácter, y así, despreciando todo temor, resolví poner todo en obra para devolver la libertad á la joven y hacerme amar por ella.

»A nadie descubri mi proyecto; se me hubiera censurado, y jamás ha entrado en mis ideas volverme atrás después de tomada una resolución.

»Para que la primera parte de mi empresa se viera coronada por el éxito, no tenía que hacer grandes esfuerzos de imaginación. Las bayaderas no están guardadas, y la que yo protegía hubiera podido perfectamente huir sola sin tener ninguna dificultad seria que vencer, ningún obstáculo material que franquear.

»Pero una vez fuera, sabía perfectamente que todas las casas le serían cerradas y que una sola orden de los brahmanes franquearía más de prisa que ella las trescientas leguas que la separaban de su país.

»Resuelto ya mi plan, fué fácil hacérselo conocer, dirigiéndome á una de las casas europeas que las bayaderas debían visitar aún antes de la fiesta de Cali.

»Se trataba simplemente para ella de abandonar la pagoda durante la noche que debía preceder á la fiesta de la diosa y venir á reunirse conmigo en la casa bastante aislada que yo habitaba, y en la que yo tendría cuidado de alejar todos mis criados una vez llegado el momento. Yo no debería salir á su encuentro, porque era absolutamente necesario, para desorientar las sospechas, que ningún indio pudiese verme aquella noche en el camino de la pagoda.

»Imaginaba también yo que los brahmanes, ocupados durante quince días en la gran fiesta, no podrían en todo ese tiempo ocuparse de su desaparición ni practicar requisas, y que me sería fácil aprovecharlo en poner á la joven al abrigo de toda persecución.

»La expliqué esto muy brevemente, conservando para todo el mundo el aire propio de una conversación fútil sobre las joyas de que estaba adornada, en el momento en que las señoras europeas que asistían al baile se habían aproximado curiosamente, atraídas por los rubies y los cachemires de sus compañeras.

»Con un signo la bayadera me indicó que había comprendido, y me pareció que sus miradas se fijaban en mí con más dulzura que en nuestra primera entrevista.

»Esperé con una impaciencia febril el día que había indicado para su fuga, temiendo, sin embargo, que la joven bayadera no tuviese valor para ejecutar mis prescripciones. En cuanto llegó la noche, di licencia á todo mi personal, en honor á la fiesta del día siguiente, y cinco minutos después estaba solo.

»La sangre aflua hacia mis sienes; me parecía oír los latidos de mi corazón.

»Me puse á pasear por el jardín para buscar aire, porque me ahogaba. La arena de las alamedas, crugiendo bajo mis pasos, me causaba una sensación de emoción indescriptible. Dos sentimientos se agitaban en mí: había algo del amante que aguarda á su primera querida y del hombre que acaba de cometer un crimen.

»A la vuelta de un sendero, una sombra surgió súbitamente delante de mí. Iba á lanzar un grito de

sorpresas cuando adiviné á la joven bayadera mucho antes de que la reconociese, porque estaba envuelta de pies á cabeza en un manto obscuro, y la noche, una noche sin luna, no permitía ver á tres pasos de distancia. Pudo haber llegado hasta mí sin que sus pies hubieran denunciado su marcha.

»La introduje en el interior de la habitación, de tal modo emocionado, que me era imposible pronunciar una palabra, y la estreché fuertemente en mis brazos, sin darme cuenta de lo que hacía. Ella no me rechazó, pero la sentí estremecerse, y pronto estalló en suspiros.

»Hice toda clase de esfuerzos para calmarla. De pronto ella me dijo:

»—Yo no tengo ni casta, ni parientes, ni amigos. Estoy muy por debajo de una *métranic* (barrendera); puedes tomarme para sacar del Ganges el agua con que hayas de bañarte; solamente los parias consentirían en comer conmigo.

»Mi emoción al oír aquel lenguaje fué grandísima; yo no sabía aún hasta qué punto la mujer india es realmente mujer por la imaginación y sobre todo por las sensaciones nerviosas que el sol de fuego de su país desarrolla en otra medida.

»La joven continuó temblando como una hoja.

»—No me arrojes. ¿Quién querría darme el arroz y el azafrán? Me vería reducida á lavar los muertos antes de que se les lleve á los quemaderos de los bordes del Ganges, y renacería, para purgar esta impureza durante miles de generaciones, en el cuerpo de un chacal. ¿Qué quieres que yo vaya á hacer en mi país? Los brahmanes me perseguirán y dirán á todos: Aquella ha sido consagrada al culto de Cali y se ha fugado del santuario sagrado protegida por un *bèratti* (extranjero).

»La tomé entre mis brazos, y meciéndola como á un niño, la dije dulcemente:

»—Sí, tú eres mía y te guardaré; no tengo miedo de tus brahmanes, aunque vengan á buscarte aquí. Te haré un nido de seda y de cachemira y tú serás la *ranie* (la reina) de la casa, y si á alguien te insulta, ya verás cómo un extranjero sabe defender lo que ama.

»Continué largo rato hablando en el mismo tono; lo extraño de la aventura, las sensaciones nuevas que esta mujer excitaba en mí, su espléndida y vir-

ginal belleza, todo contribuía á exaltarme. La brisa de la noche arrojaba á oleadas en las habitaciones el perfume de las flores y de los árboles. Ebrio de dicha, me complacía en pronunciar las más exaltadas frases de la poética oriental, y cuando me detenía, ella me decía sonriente y del todo calmada: «Más todavía», como un niño á quien se encanta la velada con cuentos fantásticos. Sus largos cabellos se habían desarrollado bajo mi mano en bucles sedosos y perfumados; yo aprisionaba su talle flexible y húmedo. Si lo que experimentaba entonces no era el amor, cuando menos era el delirio.

»Al día siguiente, cuando desperté, la encontré abrazada á mis pies sobre el diván y durmiendo con un sueño apacible. Pasé algunos minutos contemplándola, deslumbradora en su postura negligente y fatigada. E interrogando á mi corazón, me dijo que estaba presto á todos los sacrificios por conservarla.

»Nacida en los Haats, no era bronceada como las hijas del Sur; su tez fresca y delicada tenía los reflejos blancos y mates de la perla nacarada; y era en realidad, bajo el punto de vista de su tipo y de sus formas, la más espléndida criatura que se hubiese podido soñar.

»En el momento de abrir los ojos, me miró sonriendo; después, de pronto, pensando en su situación, se lanzó á mis brazos toda asustada, diciéndome:

»—¡Ocúltame, ocúltame! ¡Van á venir!

»Pero yo la persuadí de que nada tenía que temer en mi casa, en la que ningún indio osaría introducirse, y la anuncié que iba á tomar inmediatamente mis medidas para su tranquilidad y la mía.

»Adopté una resolución que, sin ponerme al abrigo de las emboscadas y de las venganzas secretas, debía casi seguramente evitarme las incomodidades de la policía inglesa que, siempre protectora de sus compatriotas en esta clase de lances, no dejaría de coger apresuradamente la ocasión de molestar á un francés.

»Radhamonie, así se llamaba la joven, sabía escribir; la hice redactar en indostánico una declaración por la cual, afirmando que se la había consagrado como bayadera contrariando su voluntad, imploraba la protección de las leyes en el asilo que se había elegido libremente en mi casa para sustraerse á la autoridad abusiva de los brahmanes.

«Yo mismo llevé este papel al juez de la estación, á quien felizmente conocía, y que, por ventura, pasaba por ser un espíritu liberal y distinguido.

»Después de haber oído mis explicaciones, me aseguró que nada vendría legalmente á turbar nuestra quietud; pero—añadió,—no puedo prometer á usted sino lo que está en mi poder. Desconfie de las emboscadas; por la noche no salga usted sino bien armado y vigile con atención á su cocinero. Estoy en la India desde hace treinta y cinco años, y en todo ese tiempo he visto buen número de muertes producidas por los terribles vegetales de estas comarcas, que dan un veneno que la ciencia es impotente para reconocer en la mayoría de los casos.

»Supe durante el día que los brahmanes habían tenido ya conocimiento del lugar de refugio de Radhamonie y que llevaron su queja contra mí, defendidos por el rajah de Mirazpoor, quien, algunos días antes, entregó á la pagoda cuatro mil rupias, debiendo tomar posesión de la joven bayadera después de la fiesta de Cali.

»Durante algún tiempo nada vino en apariencia á turbar mi tranquilidad, pero yo mantenía constantemente la vigilancia, convencido como estaba de que los brahmanes, repelidos por la policía, gracias á las precauciones que yo hube tomado, no dejarían de emplear todo su poderío para herirme de otra manera.

»Radhamonie, que los temía aún mucho más que yo, porque los conocía mejor, me obligo á relevar todos mis criados indios para rodearme de otros musulmanes; pero me quedaban dos, el *mali* y el *doronan* (jardiner y portero), que me vi forzado á conservar; porque los musulmanes pretenden ser de demasiado buena raza para encargarse de los trabajos impuros ó serviles confiados á estos dos servidores.

»Inútil es decir que eran objeto de una continua vigilancia.

»Al cabo de algunos meses pensaba ya que nuestros secretos enemigos debían haber renunciado á sus proyectos y, abandonando una serie de precauciones que constituían para mí una perpetua causa de enojo, volví poco á poco al camino de mi vida habitual.

»Pero Radhamonie, cuya exaltada ternura no compartía mi indiferencia, asistía á la preparación de mis alimentos, filtraba y purificaba mi agua, se echaba á

mis pies por la noche para impedirme salir, y ni un sólo instante aflojaba la asidua guardia que hacía á mi alrededor.

»Bien tomó sus precauciones: ella me salvó la vida.

»Los brahmanes debutaron en su venganza con un golpe maestro que me hizo comprender inmediatamente que, escapado por milagro, debía, tarde ó temprano, caer debajo en esa lucha en que la astucia era la principal fuerza.

»He aquí la aventura que me determinó en seguida, y sin vacilaciones, á abandonar la comarca para sustraerme á la suerte que me aguardaba.

»Una noche en que dormíamos apaciblemente sobre las esteras recubiertas de divanes que sirven de camas en estas comarcas, sentí que me tiraban nuevamente del pelo y oí, medio despierto, á Radhamonie, que me decía en voz baja:

»—Por tu vida, no hagas un sólo movimiento, permanece inmóvil en tu estera ó estamos perdidos los dos.

»A estas palabras, que tan extrañamente venían á turbar mi sueño, sentí un escalofrío de terror que recorrió todo mi cuerpo. No soy de los que se emocionan fácilmente, pero el anuncio tan imprevisto de un peligro que aún no comprendía, era lo suficiente para helarme de espanto.

»—¿Qué hay?—dije rápidamente.

»—Estamos invadidos por los cobra capella—respondió Radhamonie.—Hay lo menos doscientos en la habitación; acabo de ver caer hace un instante por nuestra ventana abierta, tres masas negras que supongo sean tres sacos que deben estar llenos. Seguramente son los fakirs de la pagoda, los que han dado el golpe. Escucha cómo empiezan las serpientes á agitarse y á deslizarse sobre la caña del entarimado. Ciertamente se las ha condenado al ayuno para hacerlas más terribles.

»Por todas partes, en efecto, estallaban al rededor nuestro silbidos guturales, mezclados con pequeños gritos bastante semejantes á los cloqueos de la pollada que acaba de encontrar un insecto.

»Conocía yo demasiado la naturaleza de aquellos ruidos, para dudar de su procedencia un sólo instante.

»—Ahora que ya estás advertido—me dijo Radha-

monie—voy á intentar la salida. Si soy mordida, siempre tendré tiempo para llamar á los criados, que irán á buscar un encantador.

»La inminencia del peligro me devolvió toda mi energía y ordené á mi valerosa compañera que no se moviese.

»—¡Quiero salvarte!—me contestó con fuego.

»—Te lo suplico, Radhamonie, quédate inmóvil junto á mí—la respondí;—yo te amo; sin ti la vida no me sirve para nada. Si das un paso en la habitación, te sigo y moriremos juntos.

»Radhamonie se resignó.

»Y, apretando su mano á la mía, pusimos á esperar con ansiedad y sin hacer el menor movimiento lo que iba á pasar.

»De pronto la senti estremecerse. Un segundo después me tocó á mi vez sentir lo mismo. Un cuerpo frío y viscoso se deslizaba por mi pecho. Contuve mi respiración. Se había marchado. A esta primera sucedió otra, luego otra, después otra aún. Eso duró más de dos horas. Yo estaba aniquilado y como un cadáver.

»Era necesario que las horribles bestias se pusieran á pasear sobre nosotros como sobre un tronco de árbol, como sobre un bloque de piedra, sin que nada viniese á denunciar la vida. Un instante de olvido y podíamos contarnos entre los muertos.

»¡Qué sufrimiento moral! ¡Qué tortura! No quisiera infligírsela á mi más encarnizado enemigo.

»El día no debía tardar en aparecer. Lo implorábamos con ardor, porque era para nosotros la libertad. Entonces se dejaron oír muy cerca de nosotros los sonidos de la dulzaina bengalesa y la puerta de nuestra habitación se abrió suavemente.

»—Soy yo, el mali—dijo una voz,—¿estáis muertos?

»—No—respondió Radhamonie.

»—Está bien; voy á llamar á los capellas.

»Y diciendo esto, volvió á coger su instrumento y se puso á arrancarle notas quejumbrosas y agudas, entre mezcladas de trémolos que, rápidas y precipitadas en un principio, iban poco á poco disminuyendo y acabando como un murmullo. Casi instantáneamente cesaron los silbidos de las serpientes.

»El mali, continuando su juego, descendió lentamente al jardín por las escaleras de la galería y pronto le oímos perderse en los bosques. Después, ni un

sólo ruido en torno nuestro. Sin duda, estábamos ya libres de las serpientes.

»Radhamonie, antes de que yo tuviera tiempo para oponerme, se lanzó fuera del diván y encendió rápidamente una pequeña lámpara suspendida en medio de la habitación y pudimos ver desfilar, á lo largo de las paredes, cinco ó seis serpientes que no habían seguido al encantador.

»¡Qué inmenso júbilo inundó nuestros corazones! ¡Estábamos salvados!

»Radhamonie, á la que una gran fuerza moral había sostenido, se desvaneció en mi brazos y no volvió en sí más que para sufrir una crisis nerviosa que duró una parte del día.

»En cuanto pude separarme de ella, fui á la pagoda y allí anuncié á los brahmanes lo inútil de su tentativa, previniéndoles que á la menor sospecha de una nueva trama, estaba dispuesto, no á dirigirme á la justicia inglesa, sino á saltar el cerebro á cuatro ó cinco de ellos. Sabía que mis amenazas harían mucho más efecto que el temor de una acción legal sobre aquellos sacerdotes cobardes é hipócritas; ne se contentaron con protestar de su inocencia, sino que tuvieron aún la audacia de decirme que rogarían á Siva conservara mis días.

»Regla general: cuando un sacerdote anuncia que va á rogar á Dios por sus enemigos, si uno se encuentra en el número de éstos, ha llegado el momento de desconfiar.

»Como quiera que fuese, tenía asegurados algunos momentos de tranquilidad y resolví emplearlos en hacer mis preparativos para huir de aquel país.

»Al volver á mi casa, comuniqué esta determinación á Radhamonie, quien la acogió con el mayor júbilo; ella, á su vez, me hizo saber que el mali que nos socorrió había huido de la casa y que sospechaba demasiado que fuera el cómplice de los fakires que lanzaron los cobracapellas á nuestra habitación.

»Probablemente había temido, además de las pesquisas de la justicia, ser sacrificado por los brahmanes y pagar por ellos, porque era paria y se había determinado tardamente á venir en nuestra ayuda.

»O bien nos creía ya muertos y quería simplemente alejar las serpientes de la habitación. No supimos nunca á qué atenernos en este punto.

«Quince días después marchábamos á Salem, en donde me llamaban viejos amigos, buenos y excelentes corazones que se ingeniaron para encontrarme otra posición. Y he aquí por qué soy plantador en las Nielguerrias.»

—¿Y Radhamonie?—aventuré yo.

—Está aquí. Tenemos nuestra pequeña hacienda á diez minutos sobre el flanco de la montaña. Pero me hacen ustedes recordar que la velada ha sido larga y que la pobre niña debe aguardarme hace ya rato.

Tuve ocasión de ver al día siguiente á la joven bayadera y debo confesar que el retrato que de ella se me había hecho nada tenía de exagerado.

Encontré una mujer de diecisiete años apenas, hermosa sobre toda ponderación, como lo son la mayoría de las mujeres de esas razas primitivas del Norte de la India, que ninguna mezcla ha alterado.

Guardaba la costumbre oriental: pero dos años de unión con el amable mozo á quien adoraba, habíanla completamente adornado de hábitos europeos. Era, en suma, una encantadora criatura, digna del afecto y de la devoción que había inspirado.

Nada he cambiado en esta historia, que es auténtica, hasta en sus menores detalles. ¡Tal vez cause al lector tanto placer como he sentido yo al referirla!

Por extraordinaria que parezca la escena de los cobracapellas, tiene numerosas ediciones en la India y casi siempre, las tentativas de este género han tenido éxito. Esta es, después del veneno, el arma más terrible de las venganzas indias, porque es casi imposible, con el mudo fanatismo de los indígenas, descubrir al que ha pagado la mano que ha dado la muerte.

¡Cuántos viajeros encontrados sin vida en los bengalows del interior han acabado de esta manera, sin que haya quedado de ellos otra cosa que una nota en los registros de la policía inglesa: *Accidental death*, «Muerto por accidente.»

Desde que la bayadera que ha sido consagrada muy joven á la pagoda se convierte en púber, su virginidad está literalmente puesta en almoneda. Las ofertas alcanzan con frecuencia sumas fabulosas: diez, quince mil rupias, según la belleza de la subastada, la riqueza de los postores y el número de meses

ó de años que la bayadera debe quedar en poder de aquél que obtenga la adjudicación.

Nada iguala á la destreza de los brahmanes para hacer subir estas subastas en que el orgullo de casta, de influencia y de fortuna juega mayor papel que la pasión.

El rajah no querrá quedarse en sus ofrecimientos atrás del babú, y éste no se dejará adelantar por gentes de clase inferior á la suya.

Así, la joven se convierte, la mayoría de las veces, en la presa de cualquier viejo impotente que, no pudiendo aprovecharse de ella, la conserva cuidadosamente en el interior de su palacio como un objeto. Pero la educación recibida da sus naturales frutos; no se la ejercita impunemente durante tres ó cuatro años en las vergonzosas prácticas de su oficio de prostituta; no en vano se han excitado poco á poco sus sentidos. Por muy cerradas que estén las puertas del palacio del rajah y cualquiera que sea la vigilancia de que se le rodee, la bayadera sabrá forzar las unas, eludir la otra y procurarse sendas horas de libertad... hasta que, sorprendida en flagrante delito por su dueño, es devuelta á la pagoda, en donde, á partir de aquel momento, está libre para consagrarse á sus gustos con completa independencia.

Si sus libertinajes han sido demasiado públicos, ya no es recibida en el interior de la pagoda y va á engrosar la categoría de las mujeres fáciles que se entregan á todas las castas. Pero, cosa digna de notarse: por muy bajo que caiga, nunca compartirá la cama de un paria.

Es excesivamente raro que la bayadera sea así arrojada del templo. Es necesario para ello que haya tenido abiertamente comercio con gentes de la casta más infima ó que sea perseguida por el sentimiento de algún personaje influyente que, por razón de sus regalos y ofrendas, puede exigir mucho de los brahmanes. En general, estos últimos ven con malos ojos que las consagradas al templo vayan á caer en el dominio público.

Los hijos de la bayadera no tienen casta: las hijas siguen la profesión de la madre; los hijos son recibidos entre los músicos de la pagoda.

Sin embargo, ocurre algunas veces que un padre supuesto, bastante crédulo para aceptar una pater-

nidad de las más dudosas, toma sobre sí el cuidado de la educación de uno de esos hijos. Pero no puede conseguir que se les haga admitir en su casta ni que se les pueda dejar una parte de su herencia.

El pariente más lejano haría anular esa donación, ilícita bajo el punto de vista de las costumbres y de la ley india.

Inútil es decir que los niños así sustraídos á la autoridad de la pagoda ingresan, ordinariamente, como fakires, músicos ó servidores.

¿De dónde procede esta desconsideración con que se les distingue? ¿Encuentra su origen en el respeto religioso que les abandona desde que no forman parte del servicio de los dioses?

¿Será necesario creer, por el contrario, que su nacimiento libre es una mancha que no lava la adopción religiosa de los brahmanes?

Hay, según creo, un poco de esas dos cosas en la repulsión que al indio inspiran los hijos del amor.

Por ínfima que sea vuestra posición, en Oriente y en el extremo Oriente sois estimados desde el momento en que podéis decir el nombre de vuestro padre.

Hay un poco de esta dualidad de ideas en la opinión que la bayadera da de sí misma á sus compatriotas. Demasiado honrada por un lado, colmada de regalos aun por aquellas gentes más respetables que nunca han recurrido á sus talentos, y, por otro, despreciada por el último de los coolis, que no la permitiría ni comer ni sentarse al lado de su mujer legítima.

Cuando muere la bayadera, la misma singularidad se observa en sus funerales. Es quemada con todo el ceremonial y con todo el lujo empleados en la cremación de los indios de las más altas castas, pero en un emplazamiento diferente, y sus restos son lanzados á los vientos. En ciertas provincias del alto Bengala no es quemado más que á medias y su cadáver se abandona á los chacales y á los buitres.

¿No hay allí una profunda enseñanza? Sin dudar, tal vez, y á pesar del rebajamiento de su nivel moral, estos pueblos, ¿no rinden así un ostentoso homenaje á las castas y púdicas virtudes que han arrojado de sus hogares?

En los tiempos primitivos de la época védica ó de

los Védas, la bayadera debía hacer voto de castidad y llevar una vida solitaria y pura al abrigo de los altares. Toda infracción á esta severa regla era castigada con la muerte. Pero estas prescripciones de los primeros tiempos del poder brahmánico, enteramente olvidadas hoy, se han marchado con todas las grandes cosas de esa vieja civilización india que, después de haber iluminado el mundo, poblado el Asia y la Europa, dado sus tradiciones á Roma y Atenas, casi se ha extinguido sobre su suelo.

Me falta aún hablar de la danza de esas mujeres, de la que el europeo no sospecha más que el carácter, y que la mayoría de los escritores que han tratado de definirla no han tenido siquiera ocasión de entreverla.

Y, sin embargo, es por lo general una de las primeras cosas de que se inquieta el viajero, la que más pica su curiosidad.

Apenas desembarcado, pregunta si podría asistir á una danza de bayaderas. El primer criado con quien se encara le asegura que nada es tan fácil y que no tiene que hacer más que señalar la hora en que le agrada recibir la visita de aquellas señoras...

Se le trae entonces una cuadrilla de bailarinas públicas, cuyo oficio es introducirse, bajo la dirección de un empresario, en las fiestas de las castas bajas y aun en las ceremonias de casamiento de los parias que pueden pagarse ese lujo, por lo demás poco costoso.

Estas mujeres se presentan delante del desvanecido europeo, saludan con la mano, avanzan y retroceden con paso cadencioso, al son de pequeñas rodajas de cobre que se golpean la una contra la otra, tomando dos ó tres posturas más ó menos gesticulantes, extienden la mano para recibir su salario y toman licencia *del noble extranjero*.

Y este último se dice: «¿No es más que eso? ¡Para esto no valía la pena de venir de tan lejos!»

Abandona la India malquisto con la bayadera, y así lo hará ver en sus impresiones de viaje; no duda de que se han burlado de él y de que jamás ha visto una bayadera.

Ni es tampoco en las ceremonias religiosas públicas ni en las fiestas de familia en donde puede conocerse á estas bailarinas que, bien auténticas esta vez, se limitan á expresar mimicamente las hazañas de algu-

nos dioses ó los altos hechos de un antepasado de la poderosa familia, que ha obtenido su concurso de los brahmanes.

Es preciso habitar en la India largo tiempo, familiarizarse con los usos, costumbres, la lengua del país, no ser, en una palabra, considerado como un extranjero, para que podáis obtener de un rico indio ó de un rajah, cuya intimidación hayáis conquistado, que consentan en exhibir delante de vosotros las bayaderas que ellos entretienen, y las permitan levantar ante vuestros ojos asombrados el velo de su danza palpitante de pasión y de frenéticos arrebatos. Y eso, os lo aseguro, no es tan fácil obtener.

Otro de los medios consiste en seducir á precio de oro á los brahmanes de una pagoda alejada de toda ciudad y de toda aldea, seguros de que su complacencia será tan ignorada que la puedan negar; tal vez os admitirán, por una noche, en el interior del templo.

Hay algunos ejemplos de este caso.

La verdadera bayadera, se concibe, no puede bailar en público. Antes que exaltar los sentidos, que ella satisface después, necesita la sombra y el misterio; es preciso que se exalte por grados, que su talle tiemble sobre sus caderas, que su garganta se mueva, que todos sus músculos se estremezcan, que su cuerpo se combe bajo la excitación material de un éxtasis frénico.

Ora se muestra medio doblada, los cabellos esparcidos sobre sus desnudas espaldas, rastreando sobre la estera del salón, torciendo sus miembros como una gata lasciva, lanzando sobre los que la miran sus grandes ojos negros con relámpagos de fuego, que ella sabe convertir en húmedos de languidez y de deseos. Ora envía sus impetus á los cielos, como una virgen inspirada, en sus posturas espléndidas de invocación y de ardor. Ora es una loca que delira, pasmándose bajo placeres desconocidos como las hijas de Louvain ó las inspiradas del cementerio de San Medardo.

Después de eso siguen de pronto las más seductoras inflexiones del cuerpo, las más blandas, las más provocadoras, con pausas que hacen admirar mejor la curvatura de las caderas, la flexibilidad del talle y de los movimientos y la riqueza del conjunto.

Un día—era la hora del medio día, cuando todos los

ruidos se calman, cuando la siesta comienza, cuando todo se extingue, todo se inclina delante de ese abrasador sol de la India que aniquila los cuerpos y languidece el pensamiento,—todas las cortinas de vétilvert se habían bajado á lo largo de las columnas de las galerías; de vez en cuando un bohis de formas atléticas, desnudo hasta la cintura, las rociaba con agua para excitar la frescura.

Estábamos tendidos sobre las esteras, en medio de un salón de mármol blanco cerrado por todas partes por otras habitaciones precedidas de terrazas que apenas dejaban entrar la luz del día, dos ó tres veces tamizada por los *tattis*. El *pankah* giraba sobre nuestras cabezas, vigorosamente agitado por los criados que se relevaban de hora en hora.

Había aceptado un almuerzo del rajah de Samnooor, y acabábamos de abandonar la sala-comedor para respirar más cómodamente en una habitación más fresca. Entraron varios criados, trayéndonos á cada uno, en una larga copa de China, una mezcla de ron, gengibre y té refrescada con hielo, con largos bambús huecos á fin de que pudiéramos aspirar la bebida sin levantarnos; después se retiraron silenciosamente.

A nuestros pies estaban sentados pequeños *chocras*, únicamente ocupados en mantener el fuego de nuestros *houkah*, cuyo humo oloroso nos sumergía en una soñolencia llena de encantos.

Precisa haber vegetado en Oriente para comprender bien los deliciosos goces que se disfrutaban en tales instantes, en medio de un completo olvido de sí mismo y del mundo entero.

No hablábamos nada, engolfados como estábamos en el sueño poético ó material, según las tendencias y las organizaciones, cuando de pronto, á una señal del rajah, una cortina tejida de seda y de hilos de plata se levantó como por encantamiento, y cuatro bayaderas, radiantes de gracia, de belleza, de juventud, aparecieron y al instante reavivaron nuestros ojos languidecidos que, ya medio cerrados, se preparaban al sueño.

Figuráos este gran salón, mezcla de arabescos musulmanes y de arquitectura india, donde el sol no penetra jamás; por todas partes una luz misteriosa y discreta, y, á diez pasos de nosotros, cuatro mujeres, de

edad de quince años apenas, bellas como lo son las razas del Himalaya, lascivas por temperamento, cuyos gestos y actitudes han sido formados desde la infancia por un maestro que sabe el arte de emocionar los sentidos. Cuatro mujeres de ojos negros largamente rasgados, de largas y húmedas pestañas, los cabellos esparcidos, la garganta desnuda, el resto del cuerpo apenas cubierto por una gasa de seda franjeada de oro, viniendo á animar aquella obscuridad y aquel silencio sin turbarlos.

Se hubiera dicho de ellas que eran cuatro apariciones fantásticas, cuatro hurís del paraíso de Indra, descendidas para venir á revelar á los hombres el secreto perdido de la más pura forma y de la más exquisita belleza.

Se pusieron á bailar...

Tomad las posturas más graciosas consagradas por el arte y los cuadros de los maestros, hacedlas pasar en procesión con arrebatos de bacantes enervadas por las libaciones y por los perfumes misteriosos; después representáos á estas mujeres arrastrándose á vuestras rodillas, flexibles y acariciadoras; los ojos anegados, perdidos de languidez, el seno palpitante de excitaciones febriles, los miembros estremeciéndose bajo la acción del haschisch, como si se hallara inmediata una crisis nerviosa, y tendréis una débil idea del extraño y fascinador espectáculo que se desarrollaba delante de nosotros.

Aquellas mujeres estaban exaltadas hasta el delirio por una preparación extraída del gengibre, de la cantárida ó del cáñamo; y tal es la destreza de los que manipulan este ingrediente, que excita sin ser nociva de una manera inmediata y permite un largo uso antes de que puedan sentirse sus efectos destructores.

Es imposible sostener impunemente la vista en semejantes escenas. Esas emociones, con mucha frecuencia renovadas, deben conducir á los que se las procuran á una de esas vejezes embrutecidas, que son la inevitable herencia de todos los ricos orientales, cuya vida no ha sido más que un perpetuo sacrificio á los placeres materiales.

Pero no era sólo.

La danza debe acabar siempre para esas sacerdotisas del amor por la extenuación completa de todas sus fuerzas. Si resisten á las primeras exaltaciones, á esos

espasmos que una larga costumbre les hace procurarse casi voluntariamente, se ponen á girar sobre ellas mismas con una increíble rapidez hasta que, no pudiendo más y poseídas del vértigo, caen aniquiladas y medio desnudas sobre la estera del pavimento.

Vacilaria en decirlo si no fuera de una rigurosa exactitud y un rasgo de costumbres bien significativo que da la medida del nivel moral de estos pueblos: este es el momento elegido por los indios para sus lúbricos abrazos; es necesaria, para despertar sus apetitos, la carne palpitante y pasmada de las mujeres medio locas por la excitación y siempre insaciables...

La mujer india es de una rara sensibilidad nerviosa. Así se tiene ocasión de estudiar á cada instante esos extraños fenómenos de histerismo que los sacerdotes han explotado tanto tiempo en Europa como manifestaciones de la posesión del diablo. Sus precursores, los brahmanes, continúan explicando así esas curiosidades fisiológicas sin encontrar un incrédulo.

En cada pagoda hay un sacerdote exorcista, y eso produce mucho. Le veremos trabajar en Chelambrum, lugar célebre adonde se dirigen en tropel los poseídos de todos los países que no han podido hacerse curar á domicilio.

Con semejante constitución de la mujer, el indio tiene que apenarse poco para pulir sus instrumentos de placer, y puede decir que ha pasado por maestro en ese arte.

Avaro de su tiempo para el trabajo, al que nunca se consagrará si no se ve forzado á ello, es pródigo para todos los goces materiales, que sólo le parecen dignos de ocupar su vida.

Es por eso por lo que, no contento con poblar sus harenes de las más hermosas mujeres de todas las provincias del Indostán, le ha sido necesaria alguna cosa más, le ha sido preciso llegar hasta la locura de los sentidos, hasta el sufrimiento en la voluptuosidad. Y ha creado á la bayadera.

SEGUNDA PARTE

TRINQUEMALÉ

Trinquemalé (continuación).—Un matrimonio de casta elevada.—Los fakires.—Sir John Hastley.—Una caza en el lago Kandellé.—Las hornagueras.—Abnegación de Amoudou.—Una noche en los junglares.—Partida de Trinquemalé.—Jaffnapatnano.—Marcha á la costa indostánica.

La víspera del día fijado para el casamiento de su hija, Halla-Tamby-Modelliar vino á devolverme la visita con su yerno, joven de diecisiete años apenas, que pertenecía á una de las primeras familias de la casta de los vellaja, de la villa de Négapatam, y se nombraba Ponou-Rassendreu-Modelliar (Modelliar es un título que pertenece exclusivamente á la casta de los vellaja, y en tamul significa excelente). Venían á renovar-me su invitación, y á anunciarme que yo no sería el único europeo en la fiesta, pues sir John Hastley, auxiliar-recaudador del distrito, habia prometido asistir con toda su familia.

Me contrarió saber tan inopinadamente que iba á encontrarme con señoras al día siguiente. Apenas me quedaba el tiempo suficiente para hacerlas una visita que yo consideraba como obligatoria; costumbre que la sociedad inglesa tiene por encima de todo, no permitiendo á un indio, por alto que esté colocado, aunque fuese el mismo rajah, presentar sus invitados europeos los unos á los otros.

El auxiliar-recaudador está revestido en los subdistritos de la india inglesa de funciones administrativas y financieras. Es una especie de tesorero-perfecto.

Sir John Hastley, auxiliar-recaudador del distrito de Trinquemalé y Tamblegam, habitaba á mitad del camino de estas dos ciudades, en la bahía de Kattiaar, en una deliciosa quinta ó *cottage* perdida en los bosques, reuniendo todo el lujo y todo el confort que los ingleses saben llevar á estas comarcas, en las que reinan todavía más despóticamente que los antiguos rajahs.

Era un ente original que, con el mobiliario de su casa, había transportado algunas de esas grandes invenciones tan útiles á la humanidad, con las cuales se honra la triunfante Inglaterra: las riñas de gallos, las luchas de los dogs y el boxeo. Tenía por boxeadores ordinarios á media docena de desgraciados parias que había hecho adiestrar por su palafrenero, quien, todas las mañanas, para ayudar la digestión de su amo, que desfallecía de puro contento, procuraba que aquellos se destrozasen las mandíbulas. A pesar de todos los esfuerzos de su profesor, antiguo concurrente á los *boxingmatches* de la Cité, los pobres diablos no habían tomado gusto al oficio y lo practicaban bastante dulcemente, aunque sir John se dignase él mismo enfurecerlos con la voz y con el gesto mientras bebía grog. Al octavo vaso del divino licor, el getlemen se mezclaba de ordinario en la lucha, golpeando como un buey sobre aquellos desgraciados, so pretexto de inculcarles los verdaderos principios de este arte nacional. *¡England for ever!* Todo aquello terminaba con lociones y compresas sobre los miembros estropeados.

Pero sir John Hastley era miembro de la Sociedad protectora de animales de Colombo, y os hubiera hecho detener sin piedad si os hubiese visto golpear á un arisco perro, aunque defendiéseteis las partes más blandas acometidas por el can.

Cuando me presenté en la casa de Kattiaar fui bastante cordialmente recibido por este singular personaje, gracias, sin duda, á la carta que yo poseía del gobernador general, recomendándome á las autoridades inglesas de todos los grados. Pero como *milady* y las *miss* estaban en el baño, tuve que soportar, antes de ser presentado á ellas, una buena hora cuando menos de lección sobre la crianza y adiestramiento de los dogs y sobre la preparación de los gallos de combate.

Cuando *milady* se dignó hacer su aparición, sir John estaba hablándome de los resultados dados por el cruzamiento de los «benthams» con los pollos de los «highlands» de Escocia. Se detuvo, sin embargo, para hacer mi presentación.

Lady Hastley era una mujer de unos cuarenta y cinco años aproximadamente. Había pasado largos años en el continente, conocía el mundo y no tenía en sus maneras nada de esa gravedad afectada, de ese ceño orgulloso que los ingleses mal educados creen de buen tono ostentar en todas partes. Con mucha delicadeza me suplicó les consagrarse algunos días, después de la fiesta, á la cual íbamos á asistir juntos; y verdaderamente, ella supo encantarme hasta tal punto con su aire amable, sencillez y franco, que sentí sinceramente no poder aceptar su invitación. Me había detenido en Tamblegam para descansar un poco y hacer algunas excursiones por el interior, y no quería sujetarme por algunos días al ceremonial de una casa inglesa.

Cuando por la noche regresé en mi palanquín al bengalow, encontré á mi fiel Amondou en camino de olvidar sus amores de Kaltna con una joven y bonita malabaresa, cuyas funciones consistían en hacer el baño cuando la *estación* estaba ocupada por algunos viajeros.

Los bengalows que el gobierno inglés hace construir para sus funcionarios en viaje, y en los cuales son admitidos los extranjeros recomendados, son de lo más cómodo. Un numeroso personal de criados está abscrito al servicio del establecimiento. Las camas están rodeadas de amplios mosquiteros; la mesa es de las mejores montadas en cuanto á plata y lencería, y cada habitación está provista de un largo y elegante *pankah*.

Al salir de la comida me dirigí por las calles de Tamblegam, en donde me aguardaba el más extraño de los espectáculos.

Todos los parientes y amigos de Ponou-Rassendreu-Modeliar, el futuro yerno de Nalla-Tamby, la casta entera, por decir mejor, habían llegado de la gran tierra india á Damblegam para asistir á las fiestas del casamiento. Todas las casas de la ciudad rebosaban de invitados. Las galerías estaban iluminadas; de cada rama de árbol que bordeaba las calles colgaban

linternas de mil colores, y la pagoda deslumbraba en la noche, bajo los fuegos de Bengala y los fuegos artificiales que de todas partes se elevaban por los aires. Se preludiaban los regocijos del día siguiente.

De todas partes habían llegado juglares, encantadores de serpientes, mendigos, fakires, para explotar la generosidad y la piedad crédula de los concurrentes. El uno llevaba, enrollado en torno de su cuerpo, cobra-capellas, trigonocéfalos, terribles serpientes con las que jugaba sin ningún temor á sus mordeduras, llevando en las muñecas, á guisa de brazaletes, pequeños coralillos que dan la muerte en algunos segundos. Otro se hacía seguir por un tigre amansado, del que se servía como almohada para dormir en las cunetas de los caminos. Los fakires estaban en sus glorias arrodillados en el polvo, orando y esperando la hora de exhibir á los ojos maravillados de la muchedumbre las torturas que se imponían sonrientes, como si hubieran vencido al dolor.

Por todas partes se agitaba un gentío abigarrado, extraño; la ola humana tomaba fantásticos aspectos al reflejo de las luces.

En todos los rincones de calle, los rapsodistas (en sánscrito, *rapsaoda*) (1), cantaban con voz pesada y gangosa las innumerables hazañas de algunos dioses ó las alabanzas de la familia de los dos futuros esposos; mientras que, bajo los pórticos de la pagoda, sobre los bordes del estanque sagrado y á lo largo de las galerías, monstruosos elefantes blancos ó negros descansaban medio en cucullas, mirándose de tiempo en tiempo los unos á los otros y pareciendo, por las modulaciones de sus gritos, que se comunicaban sus impresiones. Los conductores dormían á sus pies en la tierra, abrumados por la fatiga. Y sus pequeñines descansaban apaciblemente en el *haondah*, bajo la vigilante guardia de estos inteligentes animales.

Hacia mucho tiempo que la pequeña ciudad de Tamblegam no había visto un casamiento tan importante como el que se preparaba.

Nalla-Tamby-Modellar era, no solamente jefe del distrito, sino más aún, jefe de la casta de los vellaja, que

(1) *Raps*, radical de *rapsiami*, cantor, y *oda*, poesía. N. del A.

pretenden ser de la cepa de los reyes, es decir, descendientes de los antiguos xchatrias del Indostán.

Toda la parte Nordeste y Norte de Ceylán, que nos falta visitar, está habitada por malabares originarios de la gran tierra india; sin consagrarnos á un estudio completo de sus divisiones de castas, que no son las mismas que las de los otros cyngaleses, y que nos reservamos para cuando conduzcamos á nuestros lectores al Indostán, nos parece, sin embargo, útil decir aquí algunas palabras para mejor inteligencia de lo que va á seguir.

Gracias al sánscrito y á los numerosos manuscritos que la India antigua nos ha legado, podemos remontarnos hoy con completa certidumbre histórica á veinticinco ó treinta mil años antes de nuestros días. ¡Y qué es eso si la ciencia, encontrando al hombre ya en la formación de los terrenos terciarios, le da una existencia de varios millones de años!

Retrocediendo á esa época del mundo, la primera autoridad que se produjo en la sociedad patriarcal fué la del jefe de familia, que al mismo tiempo fué el sacerdote de la religión natural. Padre y sacerdote, en sánscrito *pitri*, en griego y en latín *pater*, durante siglos no hubo más que una sola palabra para designar las dobles atribuciones civiles y religiosas.

El sacerdote nació, pues, del prestigio de la familia y su autoridad no fué otra que la de la fuerza. Así, cuando poco á poco la familia se convirtió en tribu, la tribu en pueblo, el pueblo en nación, el poder sacerdotal se engrandeció en la misma proporción que la población; apartó de sí la autoridad del padre para convertirse en poder impersonal, ejercido aparte por una clase de hombres que, para asentar mejor su dominación, pretendieron que Dios los había enviado para ser los pastores de los pueblos, y estos hombres tomaron el nombre de brahmanes, es decir, descendientes de Brahma, el Dios creador.

Para establecer sólidamente su despotismo, los sacerdotes lo apoyaron en la idea religiosa é imaginaron explotar á Dios, explotación que, después de tantos siglos, da tan hermosos resultados con sus milagros, sortilegios, mentiras y misterios.

Comenzaron por dividir al pueblo en castas, y, para que este acto fuese indiscutible, cargaron sobre Brahma el cumplimiento de tal misión. Eso se ve á la le-

gua: aquellos audaces se vistieron ya de ese alre de eterna beatitud y maulería.—Dios lo quiere... Es Dios el que habla... Nosotros no somos más que los indignos ejecutores de la voluntad celeste.

Luego, estos hombres descubrieron felizmente un día que al crear el mundo Brahama había sacado al hombre de cuatro partes diferentes de su cuerpo, indicando así su inferioridad relativa y la dependencia en que debían encontrarse ciertas castas respecto de otras. De su boca salió el brahamán, es decir, el sacerdote, soberano dueño del universo, que no ha sido creado más que para él (de suerte que cualquiera que resista á los brahamanes, sacerdotes, levitas, derviches chillones, artifices, escamoteadores, no tiene excusa, puesto que no existimos más que por ellos y para ellos). Del brazo de Brahama salió el xchatrias ó noble, el rajah, el rey, encargado de gobernar el mundo bajo la autoridad de los sacerdotes. De su pierna nació el vaysia, encargado, como cultivador, comerciante, criador de animales, artesano, etc., de alimentar á las otras dos clases. De su pie, en fin, sacó al sudra, es decir, el esclavo encargado de servir á perpetuidad á las otras castas.

Como se ve, no estaba mal discurrido todo aquello. A tal punto, que la existencia de todas estas hermosas invenciones dura aún.

Cada hombre, tal fué la regla inflexible, no pudo, ni por servicios prestados, ni por ningún otro motivo, salir de la casta en que había nacido; y desde entonces, no agitándole ninguna ambición, ninguna esperanza de una situación mejor, no ofreciéndole nada como estimulante á su energía, el indio, cuyos pasos y movimientos fueron contados y reglamentados desde la cuna hasta la muerte por leyes y por costumbres, se sumergió en esa vida de sueño y de materialismo que todavía hoy es su única preocupación y que le hace repeler como un mal todo cambio, como un crimen todo progreso.

Seguros los brahamanes, se prepararon así una nación fácil de dominar é impotente para sacudir el yugo. Obtuvieron durante largo tiempo honores, adhesiones, riquezas y respeto. Pero también desde el día en que los pueblos del Norte lanzaron una mirada codiciosa sobre las riquezas del Indostán, desde el día en que la invasión mogola avanzó contra ellos, fué en

vano que intentaran defenderse. Todos sus esfuerzos fueron impotentes para galvanizar á ese pueblo que ellos mismos habían atrofiado para asegurar su dominación. Solamente los xchatrias se hicieron matar para conservar una dominación que los sacerdotes compartían con ellos, y los brahamanes, implorando en sus pagodas á un Dios impotente para salvarlos, vieron hundirse su poderío, gracias á las precauciones tomadas por ellos para conservarlo. Fué en vano que gritasen lanzando el anatema, que amenazaran á los invasores con una cólera celeste que se pone siempre al servicio de los fuertes batallones: los nuevos dueños se instalaron pacíficamente sobre el suelo que habían conquistado, y no cedieron el puesto sino ante otros conquistadores, extranjeros como ellos.

Después, la India ha sido la tierra clásica de las invasiones, y su pueblo, embrutecido por más de quinientos años de despotismo sacerdotal, está siempre sumiso y sin murmurar. Acaso también el sudra asistió con cierto regocijo á la ruina de las altas clases que por tanto tiempo les habían dominado.

Hoy, de las cuatro castas primitivas de la India, no existe más que la de los brahamanes que, habiendo perdido por completo el poder, ha conservado su pureza de raza y una parte de su prestigio religioso.

La población, consagrada á sí misma, se ha subdividido en castas hasta lo infinito. Todo han sido para ella motivos de separación: cada profesión, cada oficio, ha tenido á honra aislarse de los otros. En fin, cuando se han agotado todos los motivos de compartir, dividir y fraccionar, cada casta se ha separado á su vez en dos campos, tan extraño el uno al otro como si no hubiesen tenido un origen común: los partidarios de la mano derecha y los de la mano izquierda.

Esto exige una explicación:

Los indios comen con la mano, esto es, sin el concurso de la cuchara ni de ningún otro utensilio. Cualquiera que sea la que elijan para esta función, la otra mano se reputa impura y no debe tocar jamás los alimentos, reservada como está exclusivamente á las abluciones secretas. De ahí esa división de que acabo de hablar. En la misma casta los unos se sirven de la mano derecha para la comida, los otros de la izquierda.

Y así, para la casta vellaja, por ejemplo, hay los ve-

llaja de la mano derecha y los vellaja de la mano izquierda. Y lo mismo en todas las demás castas.

Todas las castas reconocen la superioridad de la de los brahmanes. Pero una vez hecha esta concesión, cada una en particular se proclama superior á todas las otras. De ahí esas luchas orgullosas de influencia y de riqueza que muchas veces conducen hasta la ruina.

En otro tiempo, los rajahs y los príncipes de familia real eran los únicos que tenían derecho á llevar un bastón con puño de oro de la dimensión del de nuestro tambor-mayor. Los gobiernos europeos que se han apoderado de la India, se han reservado el conceder este derecho como una condecoración. Es preciso ver hasta qué grado de vulgaridad y de bajeza descienden los más ricos indios para conseguir ese bastón, y con cuánta largueza pagan á los intrigantes influyentes para que se les conceda. Veinte años de su vida empleará un indio en pedir, en implorar á los gobernadores, consejeros y funcionarios de todas clases. Si obtiene el bastón morirá contento, y su familia y su casta tendrán, durante varias generaciones, motivo para enorgullecerse por la distinción alcanzada. El europeo se divierte mucho con esta manía que explota. Justo es decir, en cambio, que el indio no se alegra menos que nuestros *botoneros* á quienes cosemos como distintivo los girones de tela roja, verde ó amarilla.

Entrad en un tribunal á la hora de las ventas de inmuebles y si, por ventura, dos individuos de castas rivales, con poca diferencia, casi iguales en riqueza, se encuentran frente á frente pujando en un mismo lote, podéis estar seguros de que el inmueble duplicará y aún triplicará su valor. Que el uno gasta treinta mil rupias en el casamiento de su hija, el otro gastará cuarenta mil. Que el primero da en una ceremonia religiosa cincuenta bueyes á los brahmanes oficiantes; ocho días después, el segundo hará ofrecer un sacrificio y dará cien bueyes.

Yo he conocido á un rico banquero de la casta de los *commontys* que, irritado con su yerno por cualquier cuestión de precedencia, se atravesaba en todos sus proyectos para frustrárselos, llegando á pagar treinta mil francos por un tiro de caballos que ni siquiera valía cinco mil, únicamente para la galería y sólo por-

que había dicho que su yerno jamás tendría aquellos caballos en su caballeriza.

Llevado de la vanidad, el indio es capaz de las más extrañas locuras.

Digamos también, para ser justos, que algunas veces da ejemplos de abnegación y de grandeza de alma de que nuestra historia podría con razón enorgullecerse.

He aquí un hecho que os debo citar. No tengo la pretensión de hacer reparar una injusticia: eso es imposible en Francia, ¡hoy que respiramos bajo el régimen de una decrepitud administrativa y burocrática más fuerte que la ley! Pero, en fin, habré hecho conocer un rasgo de abnegación por nuestro país, que bueno es, al menos, que no se olvide.

Tomo bajo mi responsabilidad personal lo que voy á relatar.

Hay en Pondichéry un indio llamado Sandira-Poulé, que vive penosamente con una módica pensión de tres mil francos para sostener su numerosa familia. Su abuelo gastó *doce millones* por la Francia, y Sandira-Poulé aguarda, en la necesidad, que Francia quiera acordarse de una de las más grandes familias de la India, que se ha arruinado por el honor de su bandera.

Esta es la historia.

En 1793 los ingleses sitiaron á Pondichéry por Goudeloor y por el mar. Esta desgraciada ciudad, célebre por su fidelidad á toda prueba hacia la Francia, se defendía con la energía de la desesperación. No podía esperar socorro alguno de la madre patria, que luchaba ella sola contra la coalición extranjera.

Llegó el día desdichado en que no se pudo responder al fuego de los ingleses. Quedaba pólvora, pero no había más proyectiles. Se había enviado á las casacas rojas todo el hierro que se encontró en la ciudad: las balastradas de los monumentos, las flechas y las cruces de las iglesias habían servido de metralla.

Se celebró un consejo de guerra. El gobernador y los viejos soldados que en él tomaban parte lloraban de rabia al solo pensamiento de rendirse. Había allí viejos compañeros de Lally-Tollendal, de Duplex y de Mahé de la Bourdonnais. Era duro para aquellos bravos abandonar la vieja Pundy, la ciudad de los

palacios, como se la llama en la costa del Coromandel.

De pronto, un indio pidió hablar á las miembros del consejo. Se le introdujo. Era el jefe de la costa de los vellaja de Pondichéry, el hombre más rico de todo el país francés, el abuelo de Sandira-Poulé.

—Señores—dijo sencillamente,—sabiendo que no tienen ustedes más municiones y que tal vez se trataba de la rendición, he hecho conducir á las murallas cincuenta cajas de plata acuñada en rupias. ¿No piensan ustedes que eso servirá de excelente metralla?

A estas palabras, la sala estalló en aplausos. Se decretó que el jefe de los vellaja había merecido bien de la patria. Cada uno recobró su puesto en las murallas y la defensa volvió á emprenderse con mayor entusiasmo.

Durante veinte días se escupió metralla de oro y plata sobre los ingleses.

La Convención, emocionada por este rasgo de abnegación, ordenó á título de recompensa nacional, el reembolso de las sumas que el indio había ofrecido á los cañones de la Francia. El ministro de Hacienda, Mr. Roland, redujo, por transacción, á diez millones la suma por reembolsar. Pero no se ordenaba el pago. El gran jefe de los vellaja, demasiado soberbio para reclamar nada, murió en la necesidad y su nieto, Sandira-Poulé, vive en un estado vecino de la miseria, en una ciudad en la que ha bajado del primer rango sólo por haber amado y servido demasiado bien á la Francia.

Verdad es que Sandira-Poulé ha recibido para él y para sus herederos, á perpetuidad, la autorización para llevar el bastón de puño de oro.

Es triste decirlo; pero si tal se hubiera hecho en obsequio á los ingleses, la recompensa hubiera estado á la altura de semejante abnegación.

Y no es que seamos menos generosos que nuestros vecinos. Es que desde hace más de sesenta años no tenemos ni política exterior ni política colonial; ni aun tenemos gobierno; no somos más que un sistema administrativo—y ya se sabe que en buena administración toda la ciencia consiste en hacer pagar al contribuyente y en elevar el sueldo de los funcionarios; los de diez mil francos á doce mil, los de doce á quince, los de quince á veinte;—en cuanto á la abnega-

ción y al heroísmo, esos se calcula en cincuenta francos de gratificación.

Volvamos á las castas indias.

La actividad humana necesita siempre un aliciente. Arrebatad á un pueblo su libertad y su vida política y y lo arrojaréis por el camino de las querellas bizantinas, de las discusiones pueriles, de las disputas mezquinas de primacía.

En las poblaciones indias, cada casta tiene su calle, en la que pretende impedir la circulación durante sus fiestas particulares. A ella se la impide á su vez en las fiestas de las otras castas, y hay con frecuencia peligro de muerte en infringir semejantes prohibiciones.

Ciertas castas no tienen el derecho de marchar en palanquín. Otras que poseen este derecho, no lo pueden ejercitar sino durante las fiestas ó en épocas especiales del año.

Sacar cajas, hacer volar cohetes, quemar fuegos de Bengala, tener música durante las ceremonias mortuorias, llevar sandalias, cortarse los cabellos de cierta manera, tener derecho á tal ó cual peinado, poseer un tiro de uno, dos ó cuatro caballos, comer en una hoja de árbol, en un plato de tierra, de cobre, de plata ó de oro, llevar la barba de tal ó cual manera, y otras mil costumbres cuya enumeración sería muy larga, forman otros tantos privilegios á los cuales el indio atiende más que á la vida, no solamente para ejercitarlos, sino también para evitar lo ejerciten á todos los que, por razón de su casta, no tienen derecho.

¡Sublevaos, pues, contra la ocupación extranjera cuando dos hombres no pueden ni comer juntos, ni llevar las mismas vestiduras, cuando pertenecen á castas diferentes! Así, la revuelta de 1857 contra los ingleses no fué más que una sublevación parcial de los musulmanes del Norte, de las más fáciles de reprimir, y que si en Europa tomó proporciones épicas, fué debido al lirismo británico, que no puede hacer marchar tres soldados á la cola del lobo sin lanzar hurras frenéticas de admiración. A fuerza de oír gritar á todos los periódicos que se imprimen en inglés en el mundo entero: «¡Qué héroe es John Bull!»... la Europa se asoma á la ventana y mira el paso de los héroes.

La historia de esta famosa guerra está escrita para enseñanza del mundo. Héla aquí, en veinte líneas:

En 1856, lord Dalhousie, gobernador general de la

India, confiscó, por un decreto, al rey de Aonda, por este motivo: «que el rey de Aonda no sabía gobernar su reino.»—Esta frase se encuentra toda entera en el decreto.

La Francia no protestó contra el acto ni contra la insolente impudicia de los términos empleados en el acto de la confiscación. Esta brutal supresión de una nación era una ficha de consuelo concedida á Inglaterra, que hubiera querido continuar la guerra de Crimea.

A continuación de este acto de piratería *terrestre*, cuarenta ó cincuenta mil desgraciados musulmanes se sublevaron para defender su nacionalidad. Se apoderaron de algunas poblaciones del Norte; pero como entre los doscientos millones de indios ni uno solo se movía, los sublevados no se atrevieron á seguir adelante é Inglaterra tuvo todo el tiempo que le fué necesario para enviar veinte mil hombres que, ellos solos, aplastaron la pretendida rebelión.

Al día siguiente fué cuando John Bull se presentó como un héroe! Para vengarse de haber tenido miedo y para enseñar á los indios que no se les temía por nada, los ingleses hicieron durante seis meses paseos militares con acompañamiento de música y de metralleta, degollando millares de prisioneros en la orden del día y en la parada de la mañana. En Lacnow solamente, y de un solo golpe, hombres, mujeres, viejos y niños mezclados, hubo *siete mil cadáveres*.

¡Francés!—fantástico, humano, empleado viajero cosmopolita del progreso—mira, pues, una sola vez, lo que pasa en torno tuyo y cómo los fuertes tratan á los débiles y no despertarás cualquier día medio degollado en tu cama, tu caja y tus armarios vacíos, todo por haber creído que no tenías necesidad de cerrar tu puerta durante la noche.

Los ingleses, á quienes favorece esta división de castas, la fomentan más que nunca, y en tanto que exista no tendrán que temer ningún movimiento serio. Poco le importa al indio de casta baja, que siempre ha estado oprimido, y á quien no se le ha dado ninguna noción de nacionalidad y de patria, pagar el impuesto á los brahmanes ó á los rajahs, á los musulmanes ó á los ingleses. En cuanto á las castas elevadas, éstas no piden más que una cosa: que el dueño les conserve sus distinciones y sus riquezas, siguiendo en eso

el ejemplo de todas las aristocracias del mundo, que han servido siempre de hincapié á los invasores; se baten desde luego con rabia, con furia: se trata de conservar el poder; pero, ya definitivamente conquistado el suelo, ellas son las primeras en someterse al vencedor, que les conserva casi todos sus privilegios, teniendo á su vez necesidad de ellas para implantarse de una manera durable sobre el suelo y recoger todos los frutos de su conquista.

Todas estas castas tan numerosas, tan divididas en intereses, siempre en lucha de atribuciones y de preeminencias, convertirán siempre al gobierno de la India en uno de los más fáciles á toda nación europea que consiga apoderarse de aquella.

El Nordeste de Ceilán, desde Tamblegam y Trinquemalé hasta Jaffnapatnam, está habitado por indios originarios de las costas de Malabar y de Coromandel; pero todas las castas del Indostán, propiamente dicho, no están representadas. Las únicas que realmente tienen importancia, son:

- 1.^a La casta de vellaja, que pretende ser la más elevada después de la de los brahmanes.
- 2.^a La casta de los commontys, esto es, de los banqueros, armadores, fuertes capitalistas y especuladores.
- 3.^a La casta de los chettys, es decir, de los comerciantes de todo género.
- 4.^a La casta jradaval ó de los cultivadores, plantadores é industriales agrícolas.

No hablamos de la de los brahmanes, que existe allí con el mismo prestigio, la misma autoridad que en el continente.

Por debajo de estas castas existe un tropel de otras varias que tendremos ocasión de estudiar más tarde. Contentémonos con las que acabamos de citar en Ceilán y que son las únicas que en realidad se cuentan en la isla. Los parias están en corto número. Ya nos ocuparemos de ellos en la India.

Las tres castas vellaja, commonty y chettys congenian voluntariamente en las relaciones ordinarias de la vida, sin poder unirse por el matrimonio. Gozan los commonty y los chettys casi los mismos privilegios que han conquistado á peso de oro y de ricas ofrendas á los dioses y casi todos los derechos que no son de exclusivo ejercicio de los brahmanes.

En cuanto á los vellaja, los poseen desde hace largo tiempo, como descendientes de la clase de los guerreros y de los aryas, es decir, de los reyes.

A pesar de eso, y bien que los unos acepten las invitaciones de los otros, los vellaja tratan un poco á los commontys como los nobles del barrio de San Germán tratan á los financieros de la vecindad de Antin.

En las fiestas del casamiento de la hija de Nalla-Tamby-Modellar, todo cuanto de distinguido contenían las castas de los commontys y de los chettys, desde Trinquemalé á Jaffnapatnam, había sido invitado. Así, se calculaba de antemano en más de un millón de rupias el valor de los regalos que la joven iba á recibir de todas partes. Todo invitado debe enviar su ofrenda, por mínima que sea. Bajo ningún pretexto está permitido faltar á esa costumbre consagrada por la tradición religiosa.

«El santo ermitaño Vaïdheva—dice la leyenda—cayó inopinadamente en medio de las fiestas del casamiento de la bella Bahvany con el poderoso rey Viswamitra, y no teniendo nada que darla, se arrancó un pelo de la barba y lo ofreció antes de faltar á la sagrada costumbre.

»El pelo del santo personaje fué encerrado en una caja de oro y conservado largo tiempo como un talismán por la dinastía de los Viswamitra.»

...Cuando acabé mi paseo por las calles de Tangle-gam, que de nuevo me vi obligado á recorrer para volver al bengalow, habían cesado todos los ruidos. Sólo quedaban algunas horas de noche. Fakires, encantadores, mendigos, tigres, elefantes y conductores, dormían en el polvo y apenas si pude abrirme paso por en medio de todos aquellos cuerpos extendidos que tomaban los más fantásticos aspectos bajo la luz humosa de monstruosas bolas de resina perfumada que ardían de trecho en trecho sobre tripódes.

La fiesta comenzó á los primeros resplandores del día.

No olvidaré jamás el espectáculo que hirió mi vista cuando llegaba á casa de Nalla-Tamby, en donde tomé puesto bajo la galería de columnas esculpidas del primer piso. Sir John y lady Hastley se habían instalado ya con las jóvenes *miss* y, después de los cumplimientos de costumbre, nos consagramos enteramente á la curiosidad.

Figúrese el lector una inmensa plaza bordeada de árboles gigantescos y de flores rojas. Por un lado, la casa de Nalla-Tamby; en el otro extremo, la pagoda elevando en los aires su imponente masa; y en el espacio de más de un kilómetro que las separa, quince á veinte mil personas de las más extrañas y variadas costumbres, todos los invitados y todos los habitantes del distrito colocados en dos filas para ver pasar el cortejo.

Todo estaba dispuesto. Los elefantes con sus *haondahs* guarnecidos de seda y cachemira, que debían ser ofrecidos á la pagoda, marchaban á la cabeza del cortejo con sus conductores. Después de ellos venían las bayaderas, que rodeaban la estatua de Vischnon en un carro magnífico arrastrado por doce búfalos negros. A continuación los dos palanquines, todo marfil, oro y seda, de los dos futuros esposos. Los invitados debían tomar puesto inmediatamente después en carros de verdura y de flores construídos expresamente para la fiesta.

A todo lo largo del trayecto, los encantadores, los mendigos, los pandereteros, los fakires, esperaban la señal.

Los músicos no podían tomar parte en la fiesta religiosa. Estaban reservados para los regocijos de la noche.

En el momento en que los primeros rayos del sol hirieron el triángulo sagrado de la punta de la pagoda, los sonidos agudos de la trompa brahamánica se hicieron oír á lo lejos, inmediatamente seguidos de frenéticos hurras lanzados por el gentío en respuesta á la señal partida del templo.

En el mismo instante, Lackmy, la joven hija de Nalla-Tamby-Modellar, y su desposado Ponou-Rassendren Modellar, aparecieron y se colocaron en sus palanquines. Al punto, como por arte de encantamiento, los elefantes rompieron la marcha, agitando cadenciosamente sus monstruosas trompas, completamente rodeadas de guirnalda de flores; las bayaderas se pusieron á bailar cantando alrededor de la estatua del dios Vischnon, y cada uno tomó en el cortejo el sitio que por su rango le correspondía, á continuación de la familia de los dos esposos.

Ibamos lentamente, bajo una lluvia de flores y de follajes que los choeras (servidores), colocados de tre-

cho en trecho, lanzaban sobre la muchedumbre. Las bolas perfumadas ardían sobre los tripodes. Los mendigos y pandereteros cantaban himnos religiosos á nuestro paso. Veinte mil pechos repetían el estribillo sagrado. Los encantadores jugleaban con sus serpientes.

De pronto, un largo estremecimiento recorrió el gentío. Los fakires acababan de comenzar sus espantosos ejercicios. Nada sabría dar una idea del espectáculo extraño, salvaje, que se ofreció á nuestras miradas.

De trecho en trecho, á lo largo del camino que recorriamos, se habían fijado verticalmente en la tierra troncos de árboles. En la punta de cada tronco había una rueda giratoria puesta en movimiento con rapidez, arrastrando con ella cinco ó seis cuerpos humanos que enrojecían la tierra con su sangre. Eran los fakires que se habían atado con corchetes de hierro abrazados á las piernas, á los riñones ó á las espaldas. Aquellos pobres miserables, fanatizados por los brahmanes, quienes se sirven de ellos para realizar sus juglerías y milagros ante la muchedumbre maravillada, sonreían y cantaban como si hubiesen estado en un lecho de rosas.

Los fakires son educados por los sacerdotes en lo más profundo de las pagodas. *El método de arrastramiento*, si nos podemos servir de esta expresión, al cual están sometidos, no es conocido, y los brahmanes guardan sobre este punto, cuando se les interroga, un silencio que nadie puede romper.

Todo lo que se puede saber es que estos fanáticos están, ora sometidos á las privaciones y á horribles torturas, ora consagrados á todas las excitaciones del placer y del más refinado libertinaje.

Puede comprenderse que no podemos levantar aquí una punta de ese velo, y las palabras, por muy prudentes y castas que fuesen las que hubiéramos de emplear, no conseguirían endulzar las imágenes de esas orgías sacerdotales. Tales cosas deben relatarse en las saturnales de Lesbos y de Gomorra.

En cuanto llegamos á la pagoda, la familia de sir Hastley y yo nos vimos obligados á dejar el acompañamiento de la ceremonia religiosa, por estarnos prohibida la entrada en el santuario como á impuros bé-latti (extranjeros) que éramos. Nos volvimos tranquilamente

al paso de nuestros caballos á la casa de Nalla-Tamby, atravesando de nuevo los grupos de encantadores y de fakires de que acabo de hablar.

Cosa extraña: no hay en toda la India un solo europeo que haya podido, hasta el día, sea por autoridad, sea por corrupción, obtener de los brahmanes la entrada en el santuario sagrado de sus templos. Os venderán sus bayaderas, hasta sus mismas mujeres, si sabéis obrar con discreción; pero no os permitirán entrar en el recinto sagrado de la pagoda aunque hicierais relucir ante sus ojos todos los tesoros de Kanaver ó de Golconda.

Corrupción de un lado, fanatismo del otro: tal es el infalible resultado del despotismo sacerdotal.

La ceremonia religiosa duró poco. Se redujo á una simple ablución en el estanque sagrado de la pagoda, porque no concordaba con las fiestas de la nubilidad de Lackmy y á la siguiente invocación que el brahman oficiante recitó en presencia de los dos esposos en el altar del Lingam:

Que Brahma una vuestras almas en lazo indisoluble y que la virtud sea este lazo. Que no entren jamás el disgusto y el olvido en vuestros corazones; un marido que desdeña á su mujer está maldito de Dios. Una mujer que desdeña á su marido no puede esperar entrar en la residencia celeste.

* *

Respetad en vuestra unión las épocas que no sean favorables, porque el que se consagra en todo tiempo á los placeres del amor ofende al Señor, que por ese hecho no le concede una numerosa posteridad.

* *

Consagraréis á Dios el primogénito de vuestros hijos, porque es él quien cumplirá sobre vuestra tumba las ceremonias funerarias que lavan las últimas manchas y que os permitirán entrar en la residencia de las almas purificadas.

Cuando el sacerdote hubo terminado su súplica, el cortejo volvió á ponerse en marcha en el orden que ya había observado y como Ponou-Rassendren-Modelar no habitaba en Tamblegam, la joven fué conducida á la casa de su padre, que servía de domicilio conyugal, á continuación de la ceremonia.

Llegados bajo la galería de la casa de Nalla-Tamby, Ponou Rassendren ofreció á su joven mujer arroz asado, un cabrito joven de vellón rojo y dos palomas jóvenes.

Lackmy comió del arroz asado, compartiéndolo con su marido, devolvió la libertad á las dos palomas y, tomando en brazos al cabrito, franqueó el umbral de la casa pronunciando las palabras siguientes:

Soy virgen, no habiendo conocido aún hombre alguno. ¡Que mis ojos se cierren para siempre á la luz antes que se detengan sobre otro rostro que el de mi marido! ¡Que mi voz se seque en mi garganta antes de pronunciar palabras de amor que no se dirijan á otros oídos que los suyos! ¡Que muera antes que dejar desliar mi paño por otra mano que la suya!

La invocación del sacerdote brahamán y este juramento de la joven casada datan de la época patriarcal india.

El arroz asado, comido en común por los dos esposos, indica su unión sobre la tierra. Las dos palomas que vuelan son un signo de la unión de sus almas en el cielo, si saben atravesar juntos el camino de la vida y mantenerse puros como el cabrito de vellón rojo que la mujer recibe de su marido. Este símbolo raya en la sencillez y no le falta grandeza.

Después de las palabras que Lackmy acababa de pronunciar, Ponou-Rassendren la pasó al cuello un *tali* de oro, especie de collar que contiene sobre una placa cilíndrica la cifra y el signo de la casta de los dos esposos.

El matrimonio se había realizado, menos una formalidad de las más extrañas y de la cual vamos á dar cuenta.

Manou, el más antiguo de los legisladores de la India, al exponer los principios relativos al casamiento, ha dicho:

«Se ha ordenado al cuerdo que no se enlace con una mujer atacada de tisis, de dispepsia, de lepra blanca, de epilepsia ó de elefantiasis.

»Que tome una mujer bien hecha, cuya figura sea agradable, que imite la marcha graciosa del cisne ó del joven elefante, cuyo cuerpo se vea revestido de un ligero vello, cuyos cabellos sean finos, los dientes blancos y los miembros de una dulzura encantadora.»

Atendido este texto, todas las mujeres atacadas de una de esas enfermedades ó de cualquiera deformidad secreta, y que á pesar de eso se casan, pueden ser repudiadas por sus maridos desde el momento en que se aperciban de tales achaques. Pero si la enfermedad viene á castigarla después de su casamiento, no puede tener lugar el repudio.

Para prevenir toda superchería, pero sobre todo para impedir que el marido pueda repudiar á su mujer al cabo de algún tiempo por una enfermedad contraída después del matrimonio, es costumbre, en las altas castas sobre todo, para las que tal suceso sería un deshonor, levantar ante cierto número de testigos el velo que oculta los encantos más secretos de la joven y no dar por ultimado el casamiento hasta después de haber hecho la prueba de que no está atacada de alguna de las interioridades que Manou ha considerado como una causa de nulidad.

Los testigos inscriben su declaración en un registro *ad hoc* guardado por el jefe de la casta. Cuatro testigos son escogidos por el padre y otros cuatro por el marido. En justicia, las mujeres no son admitidas; solamente puede servir el testimonio de los hombres.

Sir John Hastley y yo fuimos designados para formar parte del Areópago, el uno por Nalla-Tamby y el otro por Ponou-Rassendren. Los otros seis testigos fueron elegidos entre los miembros de las dos familias.

Fuimos introducidos en un vasto salón guarnecido de divanes, cuyos tapices de seda y de cachemira, con sus mil matices, hacían á la vista agradables visos. Era allí en donde había de presentárenos la joven Lackmy.

Si no hubiera sido por el temor de ofender á Nalla-Tamby y á su yerno, yo hubiese declinado el honor de formar parte de tan singular jurado. En su exagerada libertad, las costumbres de los indios tienen casi siempre algún lado seductor y poético; pero esta costumbre, esta exhibición legal tenía alguna cosa de brutal que hería mis más íntimos sentimientos.

Cuando yo comunicaba mis reflexiones á sir John, un tapiz, discretamente separado en el fondo de la habitación, dejó pasar á la joven que se aproximó á nosotros, acompañada de una de sus criadas y de la hermana de su marido.

Lackmy estaba envuelta, desde la cabeza hasta los pies, en un paño de cachemira franjeado de oro. Con un movimiento de la espalda se desprendió de la tela, que, deslizándose á lo largo del cuerpo fué á arrollarse bajo sus pies, apareciendo entonces ante nuestros ojos deslumbrados en todo el esplendor de su virginal belleza.

Tenia trece años... la edad en que la mujer llega á su completo desarrollo en estas ardientes latitudes.

La penosa impresión que yo había sentido al principio desapareció rápidamente á la vista de la admirable criatura que tenía delante de mí; y, dejando á los indios que hacieran su oficio de peritos, admiraba en esta niña una de las más perfectas bellezas que me ha sido dado admirar sobre esta tierra clásica de la delicadeza y de la pureza de las formas. Sir John, puesto el monóculo en el ojo, examinaba á la joven con el mismo interés con que lo hubiera hecho tratándose de un caballo de raza.

De pie en una oleada de cachemira, á cinco pasos de nosotros, la cabeza inclinada, la mirada inquieta del corzo sorprendido en los matorrales, el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante sobre sus rodillas medio dobladas, las espaldas, el pecho y las caderas ampliamente desarrollados, la pierna irreproachable, las manos y los pies de un modelado y de una fineza acabada, que no se encuentra más que en este país del sol, el brazo delicado en sus contornos, graciosamente vuelto hacia el seno... Lackmy había tomado, sin dudarle, una postura de una irreproachable castidad y se veía en su púdica ansiedad que no se sacrificaba sin sufrimiento á aquella estúpida costumbre.

La adorable joven pertenecía, por lo demás, á una casta que jamás entrega sus mujeres al primer advenedizo y que aún castiga el adulterio con el repudio. Eso no es, ciertamente, muy serio en el fondo; pero eso basta para dar á las mujeres vellaja, y sobre todo á las brahminas, una superioridad real sobre las mujeres de las otras castas.

Cada vez que he tenido ocasión de ver en toda su deslumbrante desnudez esas estatuas animadas del Indostán, he experimentado el más vivo pesar al no poder traducir mis impresiones con el pincel ó el cincel, no ser pintor ó escultor, y he comprendido el secreto del arte antiguo. Daouthia-Ramana, Aryavasta, los

grandes escultores de los bajorrelieves y de los frontones de las pagodas, Xeuxis, Praxiteles, Phidias, Apelles, los representantes del arte griego, vivían en un comercio diario y fácil con la belleza; las costumbres puritanas no sabrían dar la inspiración. No se trataba de copiar servilmente un modelo, como hace nuestra escuela clásica; es necesario amar el modelo, es necesario que os inspire, es precisa la libertad de costumbres y un matiz de amor en el pincel. Sin eso, ¿qué queréis hacer?

He visto veinte veces una mujer desnuda colocarse delante de los aprendices en un taller y he encontrado eso cínico.

Pero he enmudecido cuando he visto con el pensamiento á Rafael levantar, estremeciéndose, el último velo de la Fornarina, cuyo cuerpo palpita de amor y de pudor... ó la duquesa de Ferrara, arrojar con un gesto soberbio á los pies del Ticiano que la implora en nombre del arte, su túnica de terciopelo y aparecer en todo el fulgor de su opulenta belleza.

¿Qué queréis traducir, copistas de modelos á cinco francos por hora, que trabajáis desde las ocho hasta las doce en vuestros talleres cuando el día es bueno, que hacéis de la pintura un honrado medio de ganar la vida? ¿No sabéis, pues, que el genio es la emoción que pasa del corazón á la mano; que eso no puede adquirirse copiando maquinalmente el modelo ó el desnudo ó vistiendo un maniquí; y que, en suma, muchos de entre vosotros, han robado á la sociedad buenos sastres y excelentes zapateros?

Por unanimidad, la hermosa Lackmy fué declarada satisfactoria á todas las exigencias de Manou, y nuestra declaración en el registro de la casta fué un certificado de incomparable valor.

Dulcemente enmudecida por nuestros elogios y feliz por recobrar su libertad, la joven se envolvió sonriente en su paño, dirigió la zalema oriental á cada uno de los indios, nos dió, á sir John y á mí, á estrechar su pequeña mano y desapareció con sus compañeras detrás de la cortina que separaba el salón de las habitaciones interiores.

Algunos instantes después nos encontrábamos de nuevo confundidos entre el gentío de invitados y la ceremonia final del casamiento pudo cumplirse.

Nalla-Tamby, después de quemar la hierba sagra-

da en un trípode de oro, unió definitivamente á los dos esposos con esta fórmula:

«He ahí un solo cuerpo y una sola voluntad: practica juntos los deberes prescritos por Manou y la santa escritura. He dado mi hija Lackmy á Ponou-Rassendren-Modeliar.»

A partir de aquel momento comenzó la verdadera fiesta, que debía durar quince días. Durante todo ese período de tiempo no tuvieron fin las comidas, los fuegos artificiales, los bailes de las bayaderas, los cantos interminables de los rapsodistas que exaltaban los altos hechos de los dioses y de los héroes. En todas las plazas, en todos los rincones de las calles de Tamblegam, los encantadores se habían instalado con sus tigres domesticados y sus serpientes; los fakires continuaban imponiéndose las más espantosas torturas, y los sannayasis, especie de medio mendigos, tendidos en el polvo, pasaban las cuentas de sus rosarios durante días enteros, recitando oraciones que tenían el don de llamar sobre la cabeza de los dos esposos una serie de dichas interminables.

Y todas las noches estallaban nuevamente, á lo largo de la bahía circular de Tamblegam, en las calles, en las terrazas de las casas, millares de fuegos artificiales y de luces variadas, que no cesaban hasta la salida de los primeros rayos del sol.

Después de haber ballado durante una hora ó dos, en público, delante de numerosos convidados de Nalla-Tamby, las bayaderas se retiraban cada noche á la pagoda de Tamblegam que, vista su poca importancia, no agradaba á aquellas sacerdotisas del culto y del amor. A continuación se escurría cierto número de ricos commoutys de Trinquemalé, de Koutchivellé, de Kandawer, Kattiar y otros lugares vecinos que, atraídos por la novedad y, sobre todo, por la notable belleza de las vírgenes locas de Chelambrum, compraban á los brahmanes á precio de oro el derecho á introducirse en el templo. El resto de la noche se deslizaba, con ayuda de las bebidas excitantes, en medio de danzas lascivas y de orgías imposibles de describir... Eso era sabido de todo el mundo en Tamblegam; pero los sacerdotes gozan, allí más que en parte alguna, de tal prestigio, que no se encontraba nada de extraordinario en esa explotación del libertinaje en el interior de la pagoda.

Los europeos no asisten más que á las ceremonias del casamiento, y de ordinario se retiran antes del festín de la noche en que se reúnen todos los convidados, aunque sean suntuosamente servidos en una mesa aparte cuando quieren honrar la comida con su presencia. Obran así para dejar á los indios en completa libertad de regocijarse sin sentir violencia.

Cosa notable: en las fiestas íntimas, el indio, que es familiar, y hasta liberal con su huésped europeo, en público se siente embarazado, tímido y no sabe qué actitud guardar.

Nosotros tuvimos buen cuidado de no faltar á esa costumbre y, para no molestar á los huéspedes de Nalla-Tamby, nos retiramos temprano á pesar de sus protestas y de las de su yerno.

Lady Hastley me ofreció graciosamente un sitio en su victoria, suplicándome fuese á comer con ella; pero me encontraba tan fatigado, que la pedí como un favor me dejase volver al bengalow, y se convino en que después del día siguiente iría á pasar la jornada á Kattiaar.

—Organizaremos una caza de elefantes salvajes en el lago Kandellé—me dijo sir John;—usted no puede abandonar la isla de Ceylán sin haberse procurado esa emoción.

Iba á comunicarle la repugnancia que sentía al ver dirigir cobardes emboscadas contra esos inteligentes y útiles animales, á quienes los más valientes no se atreven á atacar cara á cara; pero el *vindicara* (1) acababa de coger las riendas, lady Hastley me saludó por última vez con su abanico y el tiro desapareció en medio de los laureleros, de las acacias-rosas y de los tamarindos que bordeaban uno de los más encantadores caminos que he conocido, de Tamblegam á la quinta de Kattiaar. Me prometí hacer conocer mis sentimientos á sir John cuando éste me renovase su proposición.

La noche había llegado. En vez de volverme directamente al bengalow, tomé por un pequeño sendero

(1) En éste, como en todos los nombres de origen indio, el traductor conserva las palabras originales del autor, quien tampoco las ha llevado del tamul al francés.

apartado sobre la ribera de la bahía, lo que me permitió gozar un poco de tranquilidad y de frescura: agradable distracción después de los ruidos y de las emociones de toda clase del día.

En el día indicado, me dirigí á la casa de sir John, quien, después de algunas palabras de bienvenida y de los saludos acostumbrados, me hizo admirar al detalle todos los esplendores de su instalación.

La vida de los europeos en la India es monótona ó febril, según que pertenezcan á la administración, al ejército ó que se consagren á la especulación y al comercio.

Todo convida al *far niente* bajo estas ardorosas latitudes, y por poco que uno se deje llevar de esa ociosidad enervante pero llena de encantos, pronto se está al nivel de las gentes del país, es decir, dispuesto á no llevar otra vida que la vida contemplativa y soñadora que es la suprema dicha de los indios.

Cada vecino está obligado á tener para él y para su familia una vasta casa abierta á todos los vientos, provista de galerías y de terrazas para recibir el aire con abundancia y respirar por la noche la brisa del mar, que viene á refrescar y reponer agradablemente el cuerpo abatido por el calor del día.

En las comarcas demasiado alejadas del Océano, para recibir la bienhechora frescura, criados especiales rocían con agua continuamente las cortinas que están suspendidas entre las columnas de la galería.

El numeroso personal de los criados necesarios para el servicio, se descompone así:

- 1.º Un dobochy ó jefe de la servidumbre, encargado de la vigilancia general y de las compras.
- 2.º Un méti ó ayuda de cámara del dueño de la casa, que cuida de la ropa blanca y de los trajes, le sirve en la mesa y vela para que el baño esté preparado á horas convenientes.
- 3.º Una aya ó mujer de cuartos, que presta los mismos servicios á la señora.
- 4.º Dos ayas costureras.
- 5.º Un sastre musulmán.
- 6.º Un cocinero ó consicara.
- 7.º Un paya ó ayudante de cocina.
- 8.º Un taniégartchie, portador de agua y fregón de la vajilla.

9.º Un vélacoucara, encargado de las lámparas y de todas las luces de la casa.

10.º Un vindicara ó cochero.

11.º Dos caballeros para limpiar los carruajes y tener cuidado de los caballos.

12.º Dos pankahbohís para hacer mover de día y de noche los pankahs de las habitaciones.

13.º Dos totoucara, uno para hacer los baños y el otro destinado al jardín.

14.º Cuatro bohís ó portadores de palanquines.

En total, una veintena de criados, cuyo número no se sabría reducir cargando sobre los otros la tarea de los suprimidos. Los criados indios han formado con sus funciones castas especiales y es imposible obtener de ellos ningún servicio fuera de los que se les ha confiado.

Y lo que es más fuerte es que no podéis tomar ningún criado fuera de estas castas.

Primitivamente, tales castas no fueron ciertamente imaginadas por los indios que han consentido en servir á los europeos, sino con otro fin que el de disminuir en todo lo posible la tarea confiada á cada uno de ellos. Hoy, se cubren como todas las demás con el prestigio religioso, y si por casualidad pedís un vaso de agua á vuestro vindicara (cochero), éste llama inmediatamente á vuestro dobochy y le transmite la orden, diciéndolos: «Mi casta me prohíbe hacer otra cosa que gular tu coche.»

De aquí se sigue que, cuando se suprime un criado, se suprime el servicio que le estaba confiado. Despachad á los totoucara y nadie más arreglará el jardín y no tendréis preparado el baño á las horas en que acostumbréis tomarlo.

Despachad á los mozos de cuadra y vuestros caballos no comerán más.

Despedid al vélacoucara y vuestra casa quedará á oscuras durante la noche.

Haced lo mismo con el cocinero y os pasaréis sin comer. Aunque os queden quince ó veinte criados, ni uno solo, ni aun el méti ligado á vuestra persona, consentiría en haceros siquiera fuese un par de huevos pasados por agua.

Cuando un criado os abandona, es necesario reemplazarlo al instante si no queréis veres expuestos á disgustos con frecuencia serios. Demasiado afortuna-

damente, el dobochy está encargado de ese cuidado, y como es á él á quien los dueños se dirigen al menor retardo, á la menor irregularidad en el servicio, él tiene la costumbre de disponer siempre de gentes prontas á reemplazar á los que se ha obligado á despedir ó á los que se van voluntariamente.

Después del dobochy, especie de maestro Jaime que se ocupa de todo en la casa, y del méti, que cuida de vuestra persona, los criados más apreciados son ciertamente los pankahbohis, encargados de sacudir sobre vuestras cabezas durante el día y por la noche, ese inmenso abanico llamado pankah, del que está provista cada habitación y que ellos ponen en movimiento desde afuera por una cuerda que atraviesa la pared sin que puedan de ningún modo dirigir sus miradas á las habitaciones.

Bajo este útil instrumento, que lanzado á toda velocidad da una frescura deliciosa en toda la habitación en que se pone en movimiento, se puede trabajar, comer y dormir en las horas más calurosas de este clima tórrido, sin experimentar la menor fatiga.

A pesar de semejante lujo de criados, la vida no es cara en la India; el salario de estos servidores varía de cinco á diez francos por mes, no contándose su alimentación; el dobochy está pagado con quince francos solamente. Con algunos céntimos de arroz el indio hace sus tres comidas del día.

Las aves, la caza, el pescado, las carnes grasas, todos los alimentos del diario consumo son de una extraordinaria baratura y por cincuenta francos al mes se costea uno un palacio con jardines, cuadras y dependencias.

En Punta-de-Gales, Colombo, Kandy y, en el continente, en Bombay, Madras, Calcuta, por todas partes en donde hay grandes aglomeraciones de población, los precios aumentan, pero en una proporción que nada tiene de exagerada.

En resumen: la vida es generosa, fácil para todos, suntuosa por encima de toda ponderación para los bien acomodados, y si pueden vencerse los fastidios de la aclimatación en una comarca tan diferente de las nuestras, se llega pronto á perder todo anhelo de regreso, en medio de esta grandiosa naturaleza, toda poesía, flores y perfumes.

La gente moza se procura á poca costa el lujo de

una ó de varias queridas indias, pobres erlaturas vendidas por sus padres en un día de miseria y que se cambian con toda la desvergüenza de un *sportman* que renueva sus tiros de caballos.

Ignorantes, dulces, sumisas, no es raro ver á esas mujeres, á quienes en su casa paterna falta de todo, dichosas en su nueva vida, aficionarse poco á poco en silencio y llorar el día de la marcha, cuando el dueño no quiere usar más de ellas.

He visto algunas que sus compradores habían guardado, por indiferencia sin duda, por un poco de afecto tal vez, y debo confesar que eran vivas, cariñosas, que estaban gozosas y con frecuencia rebosando amor su corazón. No saliendo jamás, no teniendo por todo paseo más que un rincón de jardín plantado de bananeros y de laureles-rosas, en el que estaba situada su casita, conservaban las maneras infantiles de la primera edad, sin otro cuidado que el de admirarse en el baño, trenzar sus largos cabellos y, llegada la noche, acurrucarse como un perro fiel junto al dueño buscando una mirada, una sonrisa, que el indolente no les concedía siempre, ocupado como estaba en seguir las espírales caprichosas del humo oloroso de su houkah.

He conocido á un joven oficial que durante los cuatro años de su estancia en la India retuvo en su compañía á una joven y preciosa hija de Tranquebar que había tomado á su llegada. Dulce y bueno con ella, tratándola exactamente como si fuese una mujer europea, fué á su vez objeto de tal afección, de una adhesión tan profunda, que á su marcha, la pobre, abandonada, se fué á un pueblo retirado en el campo, llorando por el que había perdido y rehusando enérgicamente todas las proposiciones que tan extremada fidelidad no dejó de provocar.

—Volveré tal vez—le había dicho su amante al separarse. Y ella aguardaba con esa fe robusta que es propia del amor de los corazones ingenuos.

Es verdad que estos ejemplos son muy raros en el extremo Oriente, pero la falta se encuentra en esos pueblos embrutecidos que no ven hoy en la mujer más que un instrumento de placer.

El rebajamiento de la mujer en la India está en las costumbres, pero no en la ley, y es triste ver á los europeos apropiarse, en este punto, de la moral relajada de los indios.

De estas uniones pasajeras, de esta mezcla de las dos razas, ha nacido una población bastante numerosa en Ceylán y en toda la península del Indostán, que ha recibido de los indígenas el nombre de *topas*, y de los ingleses el de *half-caste* (media casta), esto es, media-sangre.

Deshonrados desde su nacimiento por un estúpido prejuicio, educados al azar entre la miseria y la reprobación, repudiados por los indios, desdeñados por los europeos, estos «sangre-mezclada», incapaces de todo trabajo, orgullosos bajo sus harapos, no son más que un monstruoso conjunto de los vicios de las dos razas de que son producto.

Todas las profesiones de la magistratura, del ejército y de los diferentes ramos de la administración les están cerradas por esos mismos ingleses que en sus *meetings* de la Cité aullan estrepitosamente por la emancipación de los negros y la libertad de los pueblos. Y sin embargo, ¡qué partido se hubiera podido sacar de ellos con una buena política! Protegiéndolos, regenerándolos por la educación, se hubiese podido crear al lado de los indios un pueblo mixto, ilustrado, inteligente, más activo que los indígenas que, con el tiempo, mezclándose con ellos, hubiera combatido eficazmente los prejuicios de castas que se oponen á la regeneración de la India, y tal vez hubiese conseguido cambiar completamente este país de sueño y de inercia que, después de millares de años, duerme sobre sus gastadas instituciones, engordando al extranjero con su sangre y sus riquezas.

Pero sería absurdo ir á pedir á Inglaterra que siguiese una línea de conducta tan conforme á la civilización y á la humanidad.

Los pueblos que ha oprimido no han tenido á sus ojos otro valor que el mercantil; los trata como á sus cotones, á su carbón y á sus metales. De buen grado, de mal grado, es preciso que rindan, es preciso que escriban en el inventario: todo es bueno cuando se trata del *interés inglés*.

Sería necesario ver aquí cómo estos altos funcionarios ingleses, del género de sir Hastley, atienden á explotar las inextinguibles riquezas de esta tierra, en interés de su nación... y qué vida de fasto y de esplendor llevan estos nababs administrativos.

Deligt-House, morada de sir John, era un verdade-

ro palacio que en su ornamentación había agotado las bellezas de Oriente y de Occidente. Los jardines y el parque eran admirables; la naturaleza hacía aquí casi toda la faena del jardinero, quien, á poco, en medio de esta lujuriente vegetación, no tenía otra cosa que hacer que trazar alamedas y laberintos.

Terminamos nuestra visita por el Korillah ó habitación de los elefantes, que encerraba cuatro de estos magníficos animales, ocupados, en el momento en que entramos en su habitación, en colocar sobre cañizos su provisión de forraje y de caña de azúcar silvestre que por la mañana habían ido á buscar bajo la dirección del hijo de su conductor, un niño de doce años cuya autoridad bastaba á impedirles *gandlear* demasiado en los junglares ó á lo largo de los arrozales.

—¿Para qué le sirven á usted estos animales?—pregunté á sir John;—porque pienso bien que no será simplemente por placer por lo que usted los guarda.

—Para cazar,—me respondió.

—Comprendo que eso sea para el tigre de Bengala; pero el jaguar y la pantera negra ¿valen realmente la pena de que se les oponga un adversario tan temible?

—Tiene usted razón; también la caza de que quiero hablar á usted es más emocionante y sobre todo más peligrosa que aquella. El distrito de Tanglegam y los alrededores del lago Kandellé están cubiertos de pantanos y de bosques impenetrables, asilos de inmensos rebaños de elefantes salvajes; es á estos terribles huéspedes de los junglares á los que de tiempo en tiempo vamos á turbar en sus retiros. Al elefante salvaje oponemos el elefante civilizado, y es raro que en cada batida no traigamos con nosotros triunfalmente dos ó tres de esos animales, de los que los nuestros se han apoderado y los cuales regalamos á los indios que nos han ayudado. Basta un mes ó dos de buenos tratamientos para endulzarlos y hacerles perder todo deseo de escaparse á sus bosques. Por obsequiar á usted he hecho preparar una de estas cazas para mañana. Usted no ha visto aún, estoy seguro de ello, nada tan extraordinario, tan imprevisto, tan abundante en emociones peripecias.

—Sin embargo, en las llanuras de Bengala he asistido, en los lomos del elefante, á la persecución del gran tigre de los *saunderbunds* (pantanos del Ganges).

—Esas dos cosas no pueden compararse la una á la

otra. Cuando se persigue al tigre real, el elefante se enfurece, carga á fondo en el camino del animal y lo aplasta bajo sus ples si consigue cogerlo con su poderosa trompa. En la caza que vamos á emprender, los elefantes, admirablemente adiestrados, despliegan para alcanzar el éxito, cualidades de astucia y de fineza de que no sabrá formarse una idea quien no los haya visto en su obra. Se trata de conducir, de grado ó por fuerza, al elefante salvaje que han conseguido separar del rebaño, de que les siga, y no emplean la fuerza sino en último extremo. Conducida con prudencia, esta caza no es muy peligrosa; es necesario no caer atolondradamente en el rebaño, que, en este caso, haría pagar cara la temeridad. Así, es costumbre dejarse dirigir completamente por los indios tchaleas, á quienes una larga experiencia de la vida de los bosques y de los junglares da la seguridad de llevar á feliz término esta suerte de expediciones.

Dichoso al saber que no se trataba, según lo creí en un principio, de ir á ponerme al acecho en lugares inaccesibles para, desde allí, enviar cobardemente una bala explosiva en el ojo ó en el oído del inteligente coloso, juzgué como una verdadera fiesta la jornada del día siguiente, en la cual no debían faltar ni las emociones, ni las observaciones curiosas, ni los peligros... Sin Amoudou, mi viaje hubiera terminado en las hornagueras del lago Kandellé.

Al volver á casa, en donde nos llamaba la campana para almorzar, sir John me hizo saber que por la noche aguardaba á dos oficiales de la estación de Trinquemalé, grandes aficionados á esta caza, y que debían unirse á nosotros con sus equipajes. Todo el día se empleó en preparativos, porque debíamos quedarnos dos ó tres días en los junglares, y mi huésped, consagrado por completo á las órdenes que tenía que dar, me dejó hasta la noche en compañía de lady Hastley y de sus jóvenes y encantadoras hijas que, por su jovialidad, el atractivo de su conversación y la exquisita distinción de sus maneras, me proporcionaron las horas más agradables que he pasado después de Katna.

Los grandes espectáculos de la naturaleza tienen sus encantos: recorrer los parajes más agrestes que se pueda hallar en el mundo, en medio de una vegetación que no encuentra igual; descansar por la no-

che en una hamaca improvisada, bajo los bosques, en el junglar ó en la garganta de la montaña, esperando, en medio de la calma de la noche, que vengan las fieras á abreviar en el torrente ó á cazar por los desiertos senderos lanzando roncacos aullidos, todo eso sorprende, lleno de poesía y de irresistibles atractivos; pero son las grandes horas en que el hombre de la vieja Europa recupera su inteligencia, en que tiene sed de conversación, de sociedad, de la de las mujeres sobre todo, cuando tiene la fortuna de encontrar las que son de mundo y saben sostener la conversación.

Exactos á la cita, los dos oficiales ingleses de Trinquemalé llegaron á la hora del té, con seis magníficos elefantes, sus conductores y toda su instalación de campaña. Los animales fueron inmediatamente conducidos al korillah, en donde sus camaradas los recibieron con mil alegres caricias: tenían la costumbre de cazar juntos y cada vez que se volvían á ver comprendían que el día siguiente iba á ser para ellos un día de regocijo.

Algunas horas antes de la salida del sol todo estuvo presto, poniéndonos en marcha en el orden siguiente:

Ocho elefantes solamente estaban destinados á la caza. Los otros dos, provistos de vastos y cómodos haoudahs en los cuales podíamos dormir cómodamente, nos servían de montura.

Un viejo elefante nombrado Manjari (perla) iba á la cabeza del cortejo, llevando en sus lomos á su conductor y al jefe de nilmakarheia (cazadores de elefantes). Este inteligente animal llevaba él solo la dirección de toda esta caza, que conocía de larga fecha y por la cual había adquirido una merecida reputación. Sus compañeros no debían jamás perderle de vista, seguir su inspiración y reunirse á él á la menor señal.

Detrás de Manjari, los otros siete elefantes seguían en columna, llevando cada uno, además de sus conductores, dos ó tres nilmakarheia.

Luego venían Rohini (nombre de una diosa) y Balaja (perfume de jazmín), los dos elefantes encargados de protegernos y que no debían representar en la caza otro papel que el de espectadores.

El mayor Daly y yo tuvimos á Rohini por montura; sir Hastley y el capitán Elphinston se colocaron sobre Balaja.

Dos carretas de bueyes, repletas de provisiones de todas clases, cerraban la marcha. Amoudou había obtenido autorización para colocarse sobre el cuello de Rohini, al lado del conductor.

Teníamos que andar todavía veinte millas aproximadamente, esto es, cerca de siete leguas para llegar al borde del lago Kandellé. Atendiendo á la obligada detención durante las horas de calor, teníamos viaje para todo el día, no debiendo empezar la caza hasta el siguiente. En vez de tomar la carretera por Tamblegam, sir John dió la orden de seguir la pintoresca ribera de Kottí, uno de cuyos afluentes se escapa del gran lago en que las orillas, pobladas de gallinetas, cercetas, patos dorados, becasinas, andarrios y una infinidad de otros pájaros acuáticos de especies particulares del país, iban á proporcionarnos distracciones á cada instante.

No intentaré describir el maravilloso panorama que se desarrolló ante nosotros desde Kottiaar á Kandellé. Nada sabría traducir los efectos mágicos de ese sol del Ecuador á través de las lianas en flor, de las ramas de los cocoteros, de los flamantes y de los tulipanes, que hacían sobre nuestras cabezas cúpulas de verdura que la luz atravesaba juguetona. Millares de pájaros pasaban por encima de nosotros, confundiendo sus gritos, sus silbidos y sus canciones; las quejas de la paloma verde dedicada á Vischnou se mezclaban con el sonido de la trompeta del radjouvala, con el gorjeo del bengali y con los trinos del bulbul, mientras que los grandes cisnes negros de collar blanco, interrumpidos en sus diversiones, se suspendían de las ramas para mirarnos al pasar.

Cuando abandonamos el bosque para aproximarnos á la corriente del río, siguiendo los caprichos del sendero que recorriamos, se ofrecieron á nuestros ojos los puntos de vista más admirables, cambiando de aspecto á cada instante y mostrándonos bajo todas sus fases esta espléndida naturaleza cingalesa, ante la cual desafío al hombre más materialista á que se sienta transformado.

Hicimos alto sobre las diez de la mañana, para no desafiar sin necesidad los ardores del sol, junto á un pueblecito llamado Chetty-Colom, casi únicamente habitado por algunas familias criollas de origen portugués.

Las gentes que se llaman criollas en Ceylán no responden en nada á la idea que de ellas se han formado en Europa. Descendientes degenerados de los antiguos conquistadores de la India, viciados por la ociosidad, ociosos por orgullo, casi tan bronceados como los topas ó «media-sangre», no están poco ni mucho encima de estos últimos en cuanto al nivel moral. Los que han conservado algunos restos de fortuna, ó están, gracias á un comercio fácil, en una comodidad relativa, se esfuerzan aún en tener cierto rango; pero por muy poco que se penetre en su intimidad, se apercebe uno más que deprisa del vacío de todas esas inteligencias, amasadas con vanidades europeas y con supersticiones indias.

Educados juntamente con los hijos de los criados, contraen desde la más tierna edad perniciosos hábitos, aún vicios, de los que no llegan á desembarazarse sino muy tarde. Salvo en raras excepciones, la sociedad inglesa no los admite en su seno; todos los habitantes que no son de sangre pura, son, por lo demás, implacablemente repudiados por ella en todas las colonias.

Las mujeres de estos criollos mestizos tienen ideas muy singulares sobre el pudor: acostumbradas desde la infancia á mostrarse medio desnudas delante de los criados, sin inquietarse de su sexo, continúan más tarde haciendo su *toilette* sin preocuparse de su presencia; las hay que se hacen acometer en el baño sin ningún escrúpulo, por jóvenes indios de dieciséis á dieciocho años, y no es raro ver cómo tales intimidades conducen á tristes resultados.

Solamente el dinero decide de las clases en que aquellas gentes están colocadas: amasan alguna fortuna, se intitulan criollos; caen en la miseria, vuelven á ser lo que eran antes: topas ó «sangre-mezclada». Cuanto más bronceados son, más se aproximan á los cingaleses y más afectan hablar de la pureza de su raza y de sus antepasados portugueses. Todos se llaman don Gómez, don Alonso, don Alburquerque, don Juan da Sylva, y no se puede contener una sonrisa viendo la nulidad moral de los que llevan esos nombres tan retumbantes. Duros, orgullosos con los criollos poco afortunados, que á su vez repudian como «sangre mezclada», contribuyen tal vez más que los ingleses aún á arraigar el prejuicio de raza, sin tener

nada por qué patrocinar esas pretensiones, admitiendo por un instante que tan absurdos prejuicios puedan sostenerse.

Un día, una joven señora francesa, recién llegada, dirigía su saludo á un topas que, laborioso y honrado, había sabido conquistarse cierta estimación.

—¿Saluda usted á semejante clase de gente?—le dijo una criolla, cuya piel de hollín testimoniaba su origen.

—Pero, señora—le respondió vivamente,—si yo colocase la honradez en el color, ¿á quién saludaría, pues, en este país?

Todos los actos de su vida sufren la doble influencia del prejuicio europeo y del indio.

Supersticiosos hasta el exceso, conceden la misma creencia á los demonios de la religión católica y á los millares de espíritus malignos que pueblan el panteísmo indio.

¿Están enfermos? Se llama al médico del lugar por pura fórmula; es preciso aparentar ser bastante rico para pagarse un médico inglés. Pero apenas ha vuelto éste los talones, cuando el *mestri*, especie de curandero indígena, viene á aplicar sus hierbas mágicas y á recitar los *mentrams* ú oraciones que tienen el don de curar la fiebre, la disenteria ó el cólera.

Inútil es decir que la curación, cuando llega, es siempre atribuida á las juglerías del charlatán indio. Y es bastante frecuente verlos, en caso de peligro de muerte, enviar cirios y presentes á la capilla cristiana y á la pagoda; si el Cristo es impotente, Vischnou les salvará ciertamente.

En las grandes fiestas indias de las pagodas célebres, las ayas y nodrizas de los niños, traen de su peregrinación un montón de pequeños amuletos que han sido bendecidos por la mano del brahma; las madres criollas los aceptan con reconocimiento y se apresuran á pasarlos al cuello de sus *babys*, en compañía de un *ex-voto* ó de una medalla de la Virgen... Los niños están así garantidos por dos partes á la vez.

Intentad demostrarles la perfecta impotencia de todos estos amuletos, tanto los de un lado como los del otro, y ni siquiera os comprenderán.

Las mujeres criollas no son madres en este país. Apenas viene el niño al mundo, cuando ya es abandonado á las mujeres indígenas que lo rodean, es ver-

dad, de los mayores cuidados, porque son dulces, buenas y aman al hijo de sus dueños al igual del suyo; pero ¿qué hábitos pueden comunicarles hasta la edad de diez á doce años que queda entre sus manos?

Por la noche, desde que el niño empieza á hablar y á comprender, todos son cuentos sin fin; en los que todos los rakchasas, los devas, los sopaurnas y otros buenos ó malos genios, vienen uno después de otro, en listas espantosas, á herir la imaginación de aquellos pobres y pequeños seres y á imprimir poco á poco en su inteligencia absurdas creencias que no la abandonarán más.

Más tarde, el sacerdote quiere desarraigar todo eso; pero llega con los mismos demonios, los mismos espíritus tentadores y malos; sus historias son por lo menos tan extraordinarias como las del aya cingalesa, se adaptan admirablemente á los cuentos fantásticos de los indios y resulta de todo eso un laberinto inaplicable de supersticiones en medio de las cuales el desgraciado criollo se debatirá toda su vida, concediendo á los unos y á las otras el mismo crédito y el mismo respeto. Y cuando muera, su familia tendrá á honor continuar esa dualidad de creencias: al lado del cirio católico colocará en un rincón de la habitación la lámpara alumbrada con el fuego sagrado de la pagoda y cuyo aceite ha sido bendecido por el brahamán; y está seguros de que habrá en el fondo del ataúd un ramo de esas florecitas amarillas, de perfume acre y penetrante, que los indios emplean en todas sus fiestas para conjurar los espíritus malignos.

Se podría creer que semejantes aberraciones sean solamente la herencia de las clases ignorantes; los criollos que han ido á estudiar á las universidades de Bombay, de Madras ó de Calcuta no consiguen nunca desembarazarse completamente. Yo he conocido á uno que, contrariamente á las costumbres de sus compatriotas, se había inclinado á utilizar su tiempo: entró en la administración inglesa de trabajos públicos y llegó á ocupar en Colombo un puesto relativamente importante. Pues bien, este hombre, que pasaba por muy inteligente en su servicio, no hubiera puesto jamás su cuchara en un plato de Karry sin recitar antes en tamul un *mentram* que aprendió de su nodriza y que pasaba por un preservativo contra los genios maléficos, incesantemente ocupados en arrojar maleficios

sobre la alimentación para convertirla en desagradable y malsana.

No se atrevía á confesar delante de los europeos que creía en la virtud de su *mentram*, pero no se reprimía para pronunciarlo en su presencia, diciendo como pallativo: «Sería absurdo conceder la menor importancia á esta invocación, ya lo sé; pero es un hábito de la infancia, que me es querido; me recuerda á mi vieja aya, á la que amaba mucho.»

Los brahmanes se sirven del aceite de coco, que perfuman y bendicen, para untar las estatuas de sus divinidades; los fieles lo recogen piadosamente cuando se destila de los zócalos de los ídolos y le atribuyen las más extraordinarias virtudes. Los ciegos, á los cuales el aceite sagrado ha devuelto la vista, los jibosos que ha enderezado, los agonizantes á quienes ha vuelto á la vida son innumerables, si uno se refiere á la crónica religiosa, y, haciendo un uso constante de este bálsamo sagrado, uno está asegurado contra las mordeduras de las serpientes y contra toda clase de enfermedades. Nuestro hombre se lo hacía llevar en secreto de la pagoda más vecina, y se frotaba todas las mañanas la nuca y el estómago, según las prescripciones brahamánicas. Si había de emprender un viaje se pintorreaba todo el cuerpo, pretendiendo que eso daba flexibilidad y elasticidad á los miembros, y le volvía á uno capaz de emprender largas correrías sin sentir la fatiga. Pero no decía nunca el fondo de su pensamiento y éste era, en realidad, el de evitar peligrosos encuentros.

Y este hombre, yo no sabría repetirlo demasiado, estaba muy por encima del común de sus compatriotas.

El pueblecito de Chetty-Colom, en las riberas del Kottí, según ya he dicho, habitado por criollos de origen portugués, tenía su leyenda histórica. Si hemos de creer á los descendientes de aquellos osados marinos que surcaron el mar de las Indias mucho antes que las otras naciones de Europa, algunos compañeros de Lorenzo de Almeida, que descubrió Ceylán, se extraviaron en los bosques de la isla y no habiendo podido unirse á la flota del almirante portugués, rogaron á Kirti-Hissanga, rajah que reinaba entonces en Kandy, les diera mujeres, esclavos y terreno. Como esta triple demanda tuviera feliz acogida, los aventu-

ros vinieron á establecerse en las orillas de la ribera del Kott, en donde se encontraban los terrenos concedidos, y fundaron este pueblo, al cual los naturales bautizaron con el nombre de Chetty-Belatti Colom, esto es, pueblo de los comerciantes extranjeros, llamado más comúnmente Chetty-Colom.

Ese pobre pueblecillo, cuenta hoy apenas diez familias, habitando en casas medio indias, medio europeas y no distinguiéndose de las familias indígenas ni por el color ni por las costumbres. En realidad hace ya mucho tiempo que la sangre de la Lusitania ha desaparecido bajo la sangre malabar ó cyngalesa.

Cosa notable, sin embargo: los hombres visten á la moda europea, y las mujeres, que en lo interior no tienen más que el simple paño cyngalés, para salir se visten largos trajes talaes y sombreros fantásticos, fabricados con el sacabocados en los talleres de Sohoquare para las señoras de la costa de Africa y para las soberanas reinantes de la Malasia.

Entre ellos, han conservado igualmente el uso del portugués. Y el mayor Daly me afirmó que, sin embargo de no haber sostenido este pueblo desde su fundación relaciones con la madre patria, los descendientes de los compañeros de Almeida hablaban todavía hoy la lengua de la época de Camoëns.

Algunos instantes después, sir Hastley me decía: «Esas gentes creen hablar el idioma de la madre patria, pero su lengua no es más que una mezcla de portugués, de tamul y de indostánico.»

Me disponía á engolfarles al mayor Daly y á sir John en una discusión, haciéndoles romper una lanza en el terreno de la lingüística, cuando el mestri ó jefe del pueblo, el señor Alvarez-de-Castro, vino á presentar sus homenajes al señor recaudador, dirigiéndose á éste en portugués. Como ninguno de nosotros comprendía esta lengua, la cuestión quedó resuelta y se empeñó la conversación en tamul.

Después de un alto de algunas horas íbamos á ponernos en camino para alcanzar el bengalow de Kandellé antes de que llegara la noche, cuando los sonidos de la trompa indígena, lanzados desde el borde de la ribera, un poco más allá del pueblo, atrajeron nuestra atención, oyendo los gritos de *jigné va, jigné va!* «¡Vengan ustedes aquí, vengan ustedes aquí!» y, decididos á aproximarnos, apercibimos un monstruo-

so caimán que forcejeaba en el agua, retenido por una fuerte cadena, en el extremo de la cual había un garfio de hierro acerado, que le atravesó la mandíbula cuando trató de engullir el cebo destinado á sorprenderle.

El animal hacía esfuerzos gigantescos para desembarazarse, sin poder conseguirlo. Lianas, hierbas, cañas, todo lo que se encontraba en torno suyo, había sido descuartizado en pedazos por su terrible cola. Rebotaba sobre sí mismo, cayendo al suelo pantanoso que comenzaba á teñir con su sangre. Cuando apercibió á los elefantes que nos habían seguido, á pesar de todos los esfuerzos del mundo, hechos por los conductores para impedir que aquéllos se arrojasen sobre él, el caimán se echó hacia atrás, tirando de la cadena con todas sus fuerzas y tratando de sumergirse en el río para escaparse de los terribles enemigos que acababan de aparecer.

Esta manera de apoderarse del caimán es común en Ceylán. Solamente, que el animal es desconfiado; es necesario tener cuidado en disimular hábilmente la cadena, de escoger bien el cebo; una trampa mal colocada jamás conduce al éxito y el caimán que se ha librado una vez de ella, no cae más en el anzuelo, descubre las más astutas combinaciones.

Cuando el caimán se ha dejado coger así, el matarlo no es más que una mediana dificultad para el indio, si no posee armas de fuego.

Cuarenta, cincuenta individuos atraen á tierra al caimán agarrándose á la cadena con precauciones infinitas; se pasa la cadena entre dos ramas de árbol, bajo las cuales se ha amontonado una gran cantidad de paja, de hierbas y de madera seca, que se encienden cuando se ha conseguido llevar al animal hasta encima de la hoguera.

Inútil es decir que la cadena y las ramas deben ser de una solidez á toda prueba.

En el estrecho de Malaca, en Java, en Borneo y en las islas de la Sonda, los indígenas atraen al caimán á un foso y allí lo matan. En el Gabón, en el centro de Africa y en Madagascar, los envenenan con cebos hábilmente preparados.

Nuestros elefantes mugían de furor, todos querían precipitarse sobre el animal, pero no podíamos permitirles marchar á la ventura por temor á que, por

inexperiencia, no se hiciesen herir en la trompa, y Manjari, bajo la dirección de Saverinaden, el jefe de los nilmakheia, fué el encargado de dar muerte al caimán.

El viejo elefante, durante el curso de su larga existencia, siglo y medio próximamente, había adquirido la experiencia de las cazas más difíciles y se podía, sin peligro, dejarle medirse con el caimán. Había nacido en 1726, en la corte de Sri-Wedjaga-Singha, rajah de Ceylán, y había pertenecido á una serie de gobernadores holandeses é ingleses, poniéndolo siempre á la cabeza en sus expediciones de caza. Sir Jonh poseía su hoja de méritos y servicios, que era muy soberbia.

Apenas Manjari hubo recibido la orden de matar al caimán, se aproximó á la ribera como para inspeccionar la posición de su adversario. Atacándole de frente, corría el riesgo, á pesar de toda su habilidad, de hacerse cortar su trompa, y no podía aplastarlo bajo sus pies, porque estaba completamente sumergido en el cieno; era necesario que pudiese atraerlo á tierra para que pudiese empeñar el combate en la ribera.

Después de algunos minutos de observación, Saverinaden lo enfureció con la voz y con el gesto y Manjari no vaciló ya más. Remontando la ribera un poco más allá del punto en que quería aguardarle, se lanzó resueltamente al agua y se dirigió nadando sobre el caimán, quien, al verlo aproximarse, renovó sus botes y sus esfuerzos para desembarazarse del garfio de hierro que le impedía huir. De pronto, cuando la distancia que le separaba del elefante disminuía visiblemente, el animal se lanzó fuera del agua para intentar en tierra una fuga que no había podido realizar en la ribera.

La estratagema de Manjari no había tenido, sin duda, otro fin, porque ganando la orilla con una asombrosa rapidez, se encontró frente á frente de su adversario, cuando este último, habiendo corrido hasta lo alto de la cadena y convencido de la inutilidad de su tentativa, volvía sobre sus pasos para sumergirse de nuevo en el río. El elefante levantó en alto la trompa, poniendo así al abrigo la única parte vulnerable de su cuerpo, y, con una agilidad de que no se creería capaz á este coloso sino viéndolo manos á la obra, se precipitó sobre él y, en dos golpes de sus te-

ribles defensas, le rompió los riñones y le pulverizó la cabeza, con gran aplauso de todo el vecindario.

Hecho esto, Manjari volvió á colocarse á la cabeza del cortejo sin ocuparse más del acto que acababa de realizar. Se veía solamente en el pestañeo de sus ojos y en los movimientos precipitados de sus largas orejas, que estaba contento de sí mismo.

En el momento en que continuábamos nuestra marcha, los habitantes del pueblo le regalaron un enorme paquete de ananas liadas juntas por medio de lianas, y los conductores las repartieron inmediatamente entre todos los elefantes de la cuadrilla. Yo no sé cuánto se puede obligar á estos animales con estos frutos, para los que son golosos sobre toda ponderación.

Acabábamos de perder una hora bien contada y era preciso que nos apresurásemos si queríamos llegar antes de la noche á nuestro destino.

El día declinaba rápidamente cuando echamos pie á tierra delante del bengalow de Talawa, en donde debíamos pasar la noche. Sir John había hecho bien las cosas; los criados del establecimiento habían sido advertidos, nuestras habitaciones estaban preparadas, los mosquiteros colocados encima de las camas. Sentados en torno de la galería, los pankabohis no esperaban más que una señal para lanzar sus pankahs á toda velocidad; las cocinas humeaban y embalsamaban el aire; la comida estaba dispuesta.

Este bengalow, situado en la costa Noroeste del lago Kandellé, lejos de toda población, de toda habitación, de todo camino frecuentado, no servía apenas más que para punto de reunión de los cazadores, y no hubiera ciertamente entretenido los gastos del gobierno inglés si no fuese ocupado cinco ó seis días al año por el ingeniero de los trabajos de la provincia, que venía á medir las márgenes del lago después de las grandes lluvias.

Las costas Este, Sudeste y Sudoeste, festonadas por los pueblos de Kandellé, Permamadua, Ratna-Colom, Mahavellé, Chatnagam y Kandaverré, están muy habitadas y son muy fértiles. Los campos de arroz, de poddy, de cereales, de tabaco, de natchné, de wargo y de bétel, están regados por numerosas tomas de agua practicadas en el lago, y es para calcular el volumen de agua que cada propietario podrá recibir durante el año por lo que el ingeniero viene á cubicar

la cantidad de agua dada de más en la estación de las lluvias: esta cantidad solamente, habida en consideración al nivel del lago, es la que se distribuye.

Antes de entrar en el bengalow lancé una rápida ojeada sobre los lugares que debíamos explorar al día siguiente.

El sol iba á desaparecer á lo lejos detrás de las llanuras de Anouradhapour, coloreando ligeramente con sus últimos rayos la superficie de los grandes bosques que se extienden al Noroeste de Tamblegam y Kandellé en una extensión de sesenta á ochenta millas.

A menos de una legua del bengalow de Talawa comenzaban los pantanos y los junglares, inabordables de otro modo como no sea en los lomos del elefante. Allí viven en paz en las hornagueras y sobre la tierra firme, en medio de todas las variedades conocidas de la caza, millares de cocodrilos, boas y serpientes á cual más peligrosas, en vecindad con la pantera negra, el jaguar y los elefantes salvajes, estos últimos tanto más peligrosos cuanto más tienen la intuición del peligro, y no abandonan la persecución de su enemigo sino delante de obstáculos infranqueables. Estas comarcas, por la misma naturaleza de sus terrenos, no pueden ser habitadas. Así, desde hace muchos siglos, las fieras se desarrollan con seguridad, desafiando todo ataque del hombre, desde el fondo de sus guaridas protegidas por los pantanos sin fin y por bosques impenetrables.

Durante los dos ó tres minutos que la noche tardó en reemplazar completamente al día, no existiendo, por decirlo así, el crepúsculo en las regiones ecuatoriales, apercibi innumerable cantidad de chacales que, saliendo de todos los breñales, de todas las espesuras, comenzaban con la caída del día la requisa de sus alimentos, lanzando gritos plañideros y lúgubres que cualquiera creería, desde lejos, el llamamiento de una criatura humana herida de muerte.

El chacal es el gran veedor ó intendente general de la India; en ninguna parte se encuentra en número tan fabuloso y cierto que en gran parte contribuye á salubricar esta comarca, haciendo desaparecer rápidamente todo cuerpo en putrefacción.

Yo me encontraba en la galería del bengalow, perdido en un sueño profundo, mirando espesarse las sombras que esfumaban las diversas perspectivas del

extraño paisaje que tenía bajo mis ojos, escuchando vagamente esos mil ruidos de la noche que se levantan por todas partes: de las aguas, del lago, de los pantanos, de los junglares y de los bosques, cuando el dobachy de sir John vino á anunciarme que la comida estaba servida.

El cocinero, enviado expresamente la víspera desde Kattlar, era un verdadero artista de la escuela francesa; su dueño le había hecho venir de Pondichéry, en donde varias generaciones de magistrados le habían inculcado esos principios del *bien comer*, á los cuales, según un célebre gastrónomo, la humanidad debió lanzarse más de prisa que á la conquista de un reino.

Me explicaré, para que no se crea esto un cuento de las orillas del Garona.

Pondichéry tiene una audiencia y un tribunal de primera instancia. ¿Qué hacer fuera de las horas consagradas al estudio de los expedientes y á las audiencias? Los magistrados continúan las gloriosas tradiciones de Brillat-Savarin, *uno de sus...* Por tanto, los cocineros que salen de la capital de nuestras posesiones francesas, son muy estimados en la India entera.

He conocido allí á un procurador general, Mr. X... hombre de un espíritu delicado, selecta conversación, hasta el punto de que se pueda preguntar si no fué instruido en compañía de Fontenelle, en los salones de Ninon. Es él quien hizo esta gracia, publicada en Francia por su sustituto, que tenía aficiones de boulevardier, y que dió la vuelta por toda la prensa alegre.

En una *soirée* del gobernador, todo un enjambre de jóvenes encantadoras se hallaba revoloteando alrededor del grave jefe de la magistratura, esperando de él bien uno de aquellos cumplimientos de los que él solo tenía el secreto, bien una de aquellas historias que él sabía decir tan bien. De pronto, como no respondía á tales insinuaciones, todas á coro se pusieron á abrumarle á cumplimientos sobre un magnífico pantalón de color de manteca fresca; que destacaba sobre el negro de los otros invitados. «Señoras—respondió el procurador general,—puesto que esta prenda tiene el don de agradarlas, permítanme que la deposite á sus pies.»

No se podría creer cuánto ese espíritu, al cual no puede imitar el extranjero sin pecar de licencioso, ha

hecho envidiar la patria de Rabelais más allá de los montes y de los mares... Conservémoslo, pues.

Pues bien, este procurador general, á quien eso no impedía ser un sabio y un letrado, tenía tal talento para disponer una comida é instruir á sus cocineros, que no podía retener ninguno: el oro de la pérfida Albión, seducía á todos desde que estaban iniciados.

Vuelvo á los junglares del lago Kandellé, de los que sin darme cuenta me he separado por una caprichosa asociación de ideas.

Todos los recursos de la cocina europea, unidos á los de la indostánica, habían sido puestos en práctica por el maestro cocinero de sir John, quien quiso mostrarnos lo que se puede hacer en medio de los junglares. Es cierto que debo decir también que tal vez en ninguna comarca del mundo se nos hubiese podido suministrar tan gran cantidad de caza y de tan variadas especies.

Hacia las nueve, sir John y los dos oficiales, vencidos en una lucha homérica con el Château-Laffite y el Licot, eran conducidos á sus camas.

Los ingleses no comprenden la caza en la India sino con las comodidades y el lujo más insensatos. A cada comida de la noche, y bajo cualquier latitud que esta sea, su champagne se hiela artificialmente por medio de máquinas especiales, y comen en vajilla de plata. Así, con sueldos de ciento á ciento cincuenta mil francos anuales, estos caballeros del *civilian service* encuentran el secreto de cargarse de deudas.

Antes de retirarme á disfrutar algunas horas de reposo, salí á la galería á respirar el aire fresco que la brisa de la noche me traía del lago, con los olores acres y penetrantes con que se perfuma al pasar sobre los bosque de caneleros, tamarindos y acacias. De tiempo en tiempo, en medio de los chillidos de los chacales y de los maullidos de los gatigres que rondaban alrededor del bengalow, yo percibía las notas más graves, más salvajes del búfalo ó del jaguar que abandonaban los junglares para venir á saclar en las aguas del lago, y á los cuales, nuestros elefantes, encerrados en torno del bengalow, respondían con rugidos sordos y prolongados.

Durante toda esta noche, los nobles animales estuvieron inquietos, nerviosos. A cada instante se escuchaba la voz de los conductores que rompían el silen-

cio, sin conseguir apaciguarlos completamente. Las sentían en su terreno, el viento les llevaba las emanaciones de las fieras, y hubieran querido precipitarse afuera y dar comienzo á la caza.

Por fin apareció la aurora. Los nihnakarheia, levantados antes del día, lo tenían ya todo preparado. Desde la víspera, los indios veteadores y ojeadores se habían escurrido por los junglares para reconocer las pistas, y uno de ellos, que acababa de llegar cubierto de sudor y de lodo, nos traía las mejores noticias. A menos de doce millas del bengalow de Talawa, estaba acampada una pequeña cuadrilla de elefantes salvajes, en las orillas de una corriente de agua llamada Pollaar; espesas malezas nos iban á permitir aproximarnos muy cerca sin ser descubiertos y asistir casi sin peligro á las conmovedoras peripecias de esta caza extraordinaria.

Pusimos en marcha en el mismo orden que la víspera: Manjarí á la cabeza con su escuadra de elefantes. Cuando comenzábamos á penetrar en los junglares, no pude sustraerme á una profunda emoción. En las vastas llanuras de Ceylán y del Indostán, las cazas más inofensivas en la apariencia, pueden convertirse en trágica, á pesar de las extraordinarias precauciones que se tiene por costumbre tomar.

Yo mismo podría afirmar, sin temor á ser desmentido por los viajeros serios que conocen los pantanos de Ceylán, traídoramente ocultos bajo una vegetación sin igual, los saunderbunds del Ganges y las hornaguerras de Java y de Borneo, que no se puede abandonar las comarcas habitadas y hacer la menor excursión, la más pequeña caza en estos asilos de las fieras, sin arriesgar la vida. A cada paso está uno expuesto á encontrarse en presencia de una pantera, de un rebaño de búfalos ó de elefantes salvajes, ó de uno de esos tigres reales tan feroces que no hay ejemplo de que jamás hayan perdonado al imprudente que se cruza en su camino. Y no hablo aún de los gatigres, ni de los pumas, á los que no se puede atacar si no es con armas de precisión, ni de las serpientes, de las que, aparte la boa, no se puede guardar uno fácilmente, ni de los caimanes, aligatores y cocodrilos que os acechan al borde de los ríos ó en el fango de los estanques.

Por tanto, ha sido preciso encomendar la seguridad á la protección de un animal tan poderoso él solo

como todos esos feroces huéspedes del junglar y de los bosques.

En los lomos de los elefantes bien adiestrados, la mayoría de estos peligros están conjurados y uno tiene, en estos inteligentes animales, defensores en quienes se puede poner toda la confianza. A pesar de eso, aun se deben temer algunos graves accidentes. El elefante puede enfurecerse en la persecución de un tigre, no escuchar vuestra voz ni la del conductor, y pulverizar el havudah en que estáis encerrado, contra una rama de árbol que se atravesase en el camino.

Puede ocurrir, aún en las cazas como la que íbamos á hacer, que el elefante que os conduce, que no forma parte de la escuadra activa, sea atacado por un elefante salvaje, y entonces es raro que en aquel combate gigantesco de dos colosos no sea uno pulverizado con el haoudach que le sirve de abrigo. Así, para disminuir en lo posible las probabilidades de tal peligro, los europeos tienen la costumbre de no asistir á la persecución del elefante salvaje como no sea montados en elefantes hembras. No hay ejemplo de que los machos, aun habiendo llegado al paroxismo del furor, hayan vuelto su rabia contra ellas.

Como quiera que sea, toda aprensión es legítima cuando se trata de semejantes cazas, cuyas peripecias nadie sabría prever.

Me sería imposible dar una descripción exacta de los lugares que atravesábamos. Nuestras monturas tenían hierba, espinos y juncos hasta el vientre; el horizonte estaba completamente limitado por espesuras de bambús que se elevaban á una altura de cuarenta á cincuenta pies, y esas espesuras eran tan numerosas y estaban las unas tan próximas á las otras, que á veces nuestras miradas no alcanzaban á más de quince ó veinte metros en torno nuestro. El suelo, en los parajes en que podíamos verlo, estaba sembrado de osamentas pertenecientes á toda clase de animales; los esqueletos de los cocodrilos y de los chacales parecía estaban en mayoría.

A cada momento nos imaginábamos ver surgir algunos de los salvajes habitantes de aquellas comarcas, pero nuestra espectación quedaba defraudada. El sol lanzaba con fuerza sus rayos sobre la llanura, disipando los vapores nebulosos que flotaban sobre los pantanos; todo estaba silencioso y en calma en el jun-

glar; y, aparte de una innumerable población de gallinetas, gordos patos brahamánicos, garzas reales de alas rosáceas y martin-pescadores que nos miraban al pasar, pescando filosóficamente su almuerzo en las orillas de los estanques, no habíamos encontrado, al cabo de tres horas de marcha, á ninguno de los numerosos huéspedes de aquellas soledades.

Por fin, el nilmakarheia Saverinaden vino á anunciarnos que se percibía en lontananza la serie de colinas del Polliaar, que cortan estas vastas llanuras en la dirección Norte, y que nos aproximábamos al campamento de la manada de elefantes que sus hombres habían reconocido la vispera. A algunos pasos de allí, los ojeadores habían construido en un bosquecillo, con bambús y follaje, una tienda de verdura, destinada á abrigarnos durante el almuerzo. Después de descubrir las pistas se habían reunido en aquel paraje para aguardarnos y habían pasado la noche en una especie de torre octogonal de ladrillos, que los antiguos rajahs de Ceylán hicieron construir de trecho en trecho en estas vastas llanuras para que sirviesen de abrigo contra las fieras á los viajeros obligados á atravesarlas para marchar de Colom-Pattoé, Trinquemalé y Tamblegam á Anouradhapour y la costa de Manaar.

Nosotros mismos debíamos guarecernos allí en el caso más que probable en que no pudiéramos ganar el bengalow de Talawa.

—Si nos acostamos aquí esta noche—me dijo el mayor Daly, mi compañero de haondah,—no olvidará usted en la vida lo que va á ver y á oír. ¿No es cierto, Elphinston—dijo al joven oficial que, siguiendo nuestro ejemplo acababa de bajarse de su montura,—que una noche en los junglares, sobre la terraza de este bengalow indio, rodeado de estanques á donde vienen á abreviar los jaguares y los búfalos, debe ser una de las más conmovedoras situaciones en que el hombre puede encontrarse?

—Dice usted verdad, mayor—respondió el capitán, y hasta tal punto que sin hacer alarde de fanfarronería, no quisiera renovar la experiencia si no en el caso en que nos fuera imposible volver al lago Kandellé esta noche.

—Sin embargo, es preciso que vaya usted tomando su partido, mi querido Elphinston—dijo entonces sir John mezclándose en la conversación;—seguramente

no podremos regresar á Talawa hasta mañana. Así, haga provisión de buena voluntad.

El mayor y el capitán habían pasado ya una noche en los junglares, en la provincia de Glowé-Pattou, en la que abundan las selvas vírgenes y los elefantes, y, como se ha visto, no les había dejado un agradable recuerdo.

En su lenguaje de imágenes, los indios habían denominado al lugar en que nos encontrábamos: *Prasweda Paléom*, textualmente, *los estanques del miedo*.

Después de un rápido almuerzo, en el que un delicioso karry de cinco ó seis especies de caza hizo todo el gasto, sir John ordenó la marcha, á pesar del calor que se convertía en molesto.

La caza iba á comenzar.

A dos millas de nuestro alto, aproximadamente, se extendía una selva que contorneaba las colinas del Polliary; según nuestros guías, cubría toda la comarca superior en una extensión de cerca de cuarenta millas, hasta los alrededores del lago Padwiel. A medida que avanzábamos, el terreno se hacía montuoso insensiblemente; las cañas, los bambús y otras plantas pantanosas dejaban el paso á arbustos de especies desconocidas, cubiertos de flores de todos matices que embalsamaban el aire y recompensaban así nuestro olfato de los olores fétidos de la llanura.

Podría ser entonces la hora del medio día; el sol, en toda su fuerza, hacía reflejar el suelo, y á no llegar hasta nosotros algunas ráfagas de la brisa del mar que refrescaban un poco nuestros pulmones abrasados, nos hubiéramos visto obligados á aguardar bajo los bosques las horas menos calurosas de la tarde para continuar nuestra excursión.

Llegados al pie de la primera colina, el jefe de los nilmakarheia, que guiaba la marcha con el elefante Manjarl, se replegó vivamente hacia nosotros y sir John ordenó un alto general.

—¡Y bien! ¿qué hay, Saverinaden?—le interrogó su dueño.

—Los elefantes están allí—respondió el indio.

—¿Lejos de nosotros?

—A menos de una milla. Me he replegado sobre vosotros al ver á los dos ojeadores puestos en observación que me hacían una señal para detenernos y para mostrarme en los linderos del bosque dos mag-

nificos elefantes negros y uno pequeño, dirigiéndose á descansar bajo la sombra de un gigantesco bananero.

El paraje en donde nos encontráramos, casi en la meseta de la colina, era tal vez el más apropiado que hubiéramos podido encontrar para dominar la llanura que se extendía por cada uno de los lados Este y Oeste, y seguir sin gran peligro los menores detalles del extraordinario espectáculo que iba á desarrollarse ante nosotros.

Se convino en que nosotros nos quedaríamos con Rohini y Balaja sobre esta meseta, mientras que Manjari y cuatro de sus compañeros solamente serían lanzados adelante, debiendo quedar los otros al cuidado de Saverinaden para caso de necesidad. Para más seguridad, y siguiendo el consejo de los cazadores indios, nos retiramos todos al medio de una espesura de arbustos bastante elevados para ocultarnos completamente á la vista de los elefantes salvajes que se encontraban debajo de nosotros en la llanura, pero sin que nada nos lo velase á nuestros ojos.

Lo que más de extraordinario hay en esta caza es que los elefantes adiestrados no tienen otro guía que sus propias inspiraciones desde el momento en que son lanzados al terreno. Si los elefantes salvajes que se trata de sorprender apercibiesen la menor forma humana, se precipitarían inmediatamente á la espesura y toda persecución sería inútil, porque infaliblemente daría por resultado una catástrofe; ó bien, si se creían con fuerzas, atacarían furiosamente á los elefantes domesticados y empeñarían con ellos una lucha cuyos resultados nunca pueden predecirse.

En las diferentes peripecias de esta terrible caza, una imprudencia, una bagatela, pueden descubrir á los hombres que la dirigen desde su escondrijo; así, debo decir que jamás se aventura contra una manada de elefantes salvajes más que un número doble de elefantes domesticados, y cuando se ha adquirido la certidumbre, por medio de las batidas inteligentes hechas la víspera por los ojeadores, de que en cuarenta ó cincuenta millas á la redonda, no hay grandes rebaños de estos animales, ante los cuales se estaría expuesto á caer, y que al oír los mugidos de los elefantes sorprendidos acudirían prontamente á socorrerlos.

Como no hay otro medio de coger al elefante, los in-

dios *nihnakarheia*, consagrados á esa profesión, abandonan con frecuencia á esos animales con fuerzas inferiores; pero se concibe que el europeo, que sólo busca un placer en esta caza, la rodee de toda clase de precauciones.

Apenas Manjari hubo recibido de su dueño las últimas instrucciones, á la cabeza de su pequeña tropa se puso á descender á paso lento la colina por la vertiente opuesta á la que nosotros acabábamos de trepar, sin revelar con ningún indicio su intención de unirse á los que trataba de apoderarse. El inteligente animal jugaba su papel á las mil maravillas; marchaba sin apresurarse, derechamente hacia el curso del *Polliaar*, que serpenteaba en el fondo del barranco, como si tuviese la intención de marchar con sus compañeros á apagar su sed. Y, mientras descendía, jugaba con las ramas y los arbustos que encontraba en su camino, cogiendo aquí y allí algunos manojos de hierbas que dejaba caer negligentemente en su boca.

Los elefantes que reposaban en el valle los habían advertido y los miraban con curiosidad, pero sin la menor aprensión; se veía perfectamente, por la naturalidad de sus movimientos, que no tenían la menor sospecha respecto á las intenciones de los recién llegados.

De pronto, asistimos al más conmovedor de los episodios.

El joven elefante, que se encontraba allí en compañía de su madre, sin duda alguna, porque apenas tendría más de cinco ó seis años, al apercibir á Manjari y su escolta que continuaban avanzando tranquilamente hacia la ribera, emprendió la carrera dando botes y como queriendo trabar conocimiento con los extranjeros. La madre lo llamó una ó dos veces, pero viendo que no era obedecida y que por otro lado nada había que pudiese inquietar su ternura, cesó en sus gritos y se contentó con vigilar desde lejos para darse cuenta, sin duda, de la acogida que iban á dispensar á su mamón.

El elefante, que tan bien sabe amar y proteger á los hijos de su dueño, tiene inefables dulzuras para los animalitos jóvenes de su raza.

Así, el viejo elefante cazador y su tropa acogieron al recién venido con pequeños gritos de júbilo y caricias, cuya sinceridad no podía ser sospechada; pero,

pasados los primeros instantes de expansión, á una señal de Manjari, dos elefantes se colocaron á ambos lados del joven animal y no le abandonaron más.

Llegados á las orillas del Polliaar, nuestros cazadores saciaron su sed con una avidez que nada tenía de fingida, habida cuenta de los cuarenta grados de calor que nosotros soportábamos en aquel momento. Después, sin la menor vacilación, se dirigieron con el mismo andar indiferente hacia los dos elefantes salvajes á quienes debían convertir en sus prisioneros. El pequeño se puso á botar de gozo y á lanzar mil gritos alegres viendo á sus nuevos amigos dirigirse con él al lado de su madre, que le respondió, sin sospechar antes el peligro que la amenazaba. Su compañero ramoneaba aquí y allá las altas hierbas olorosas y los tiernos retoños de los árboles.

En menos de nada fueron rodeados, y cuando se apercibieron que tenían que habérselas con enemigos, era ya demasiado tarde para huir; cada uno de los elefantes había sido sujetado por la trompa por dos de los compañeros de Manjari, y apresándolo entre los dos hacían imposible toda lucha y toda salvajada. Después de vanos esfuerzos, y los cautivos lo comprendieron tan bien, que renunciaron á toda tentativa de resistencia, se pusieron á conmovier la selva con sus rugidos y con sus llamamientos desesperados.

Saverinaden juzgó llegado el momento de lanzar á los cuatro elefantes que guardaba como reserva, y éstos, gozosísimos, alcanzaron á la pequeña tropa en un instante. La reunión de tantas fuerzas era inútil; bastaban dos elefantes para conducir á uno; pero, además que los descansaban en sus fatigas, su presencia debía contribuir todavía más á quitar á los prisioneros sus últimas ilusiones y á conducirlos más fácilmente hasta nosotros.

Todo esto se realizó con sencillez, hábilmente, sin lucha aparente; se hubiera dicho que era un simulacro y nadie hubiese podido dudar que desde el momento en que los elefantes habían sido aprehendidos, en que sus trompas se habían enlazado, en que las defensas se habían mezclado, y en que los cautivos habían sido apresados con tal violencia entre los dos agresores, que habían comprendido, casi inmediatamente, la inutilidad de su resistencia.

Cuando se quiso hacerles marchar, intentaron un

esfuerzo supremo, pero una granizada de trompazos, administrada por Manjari, les decidió á dejarse conducir. Cuando las pobres bestias nos apercibieron, parecía que temblaban de espanto y sus gruesas patas se estremecían. ¡Nosotros, mezquinas figurillas, producíamos en su imaginación más efecto que sus vencedores!

Saverinaden se deslizó detrás de cada uno de ellos, y habiéndose ordenado tenerlos sobre seguro, les pasó sobre las patas traseras trabas de hierro fabricadas para este efecto y de una solidez á toda prueba. A partir de ese momento, un solo elefante bastaba para guardarlos: no podían marchar sino á pasos muy cortos y un niño les hubiera aventajado en la carrera. No quedaba más que hacer que domesticarlos y hacerles olvidar, con buenos tratamientos, la libertad, sus compañeros y los bosques en que habían nacido.

De ordinario, al cabo de tres días, se puede aproximar uno sin peligro al elefante así capturado; al cabo de ocho, se le quitan sus trabas y un mes después se pasea tranquilamente en la casa adonde le han conducido sus compañeros, imitando todo cuanto les ve hacer y ofreciéndose voluntariamente á compartir sus trabajos:

Cuando uno sabe que estos enormes animales no pueden ser cogidos más que por uno de los suyos y cuando se ve con qué rapidez los prisioneros se civilizan, queda uno confundido en presencia de la prodigiosa inteligencia de los unos y de los otros. Debo decir, por haberlo visto muchas veces yo mismo, que algunas horas después de la caza, vencedores y vencidos están juntos en los mejores términos, y que algunas veces los cazadores indios se aventuran á desatarlos desde el tercero ó cuarto día.

Desde que el inteligente animal ha gustado de la vida doméstica, ya no vuelve más á la junglera si no es para cazar á su vez y no muestra entonces menos alegría ni menos fineza que sus compañeros.

Nada hay tan interesante como asistir al adiestramiento de estos animales por los nilmakarheias. Ya tendremos ocasión, en el curso de estos viajes, de describir estos curiosos ejercicios y asistir á ellos.

Esta caza no había tenido para nosotros el atractivo del peligro, no habíamos sentido en ella las punzantes emociones que provocan á veces las luchas gigantes-

cas que se empeñan cuando cazadores y cazados vienen á encontrarse iguales en fuerzas y en número. Tranquilamente sentados sobre nuestras apacibles monturas—Rohini y Balaja no habian dado un paso afuera del bosquecillo á cuyo abrigo quedábamos—habiamos asistido á un espectáculo que nuestros ojeadores, por decirlo así, nos habian regateado, no dirigiéndonos á un grupo más importante de elefantes, que hubiera dado á la caza otro aspecto. Pero no por menos terrible había sido menos atractiva nuestra excursión, y por mi parte, confieso que observé con un interés extraordinario las numerosas pruebas de finura y de inteligencia razonada que nuestros elefantes nos dieron durante las dos horas que duró la aventura.

Mientras duró la lucha, el joven elefante no se separó de su madre; lanzaba gritos plañideros y la acompañó junto á nosotros sin que fuese necesario contenerlo. No se le pusieron trabas y se familiarizó con tal rapidez, que al día siguiente tomaba delicadamente con la punta de su trompa el pan y las frutas que le ofrecíamos. Era aproximadamente de la talla de una jaca, pero dos ó tres veces más grueso.

Eran cerca de las cuatro cuando todo había terminado. El sol declinaba rápidamente y apenas si nos quedaban dos horas de día, haciéndonos falta ocho ó diez para regresar al bengalow del lago Kandellé. Según lo había previsto sir John, íbamos á pasar la noche en la terraza de la torre de los rajahs.

Enviamos á los criados, á los ojeadores y sus elefantes por delante, y, montados sobre Rohini y Balaja, resolvimos acomodarnos en el bengalow indio más espacioso, soltando al paso algunos tiros sobre los innumerables pájaros que se agitaban en los pantanos, así como á las liebres, á los faisanes, á los pavos reales y á los pavos salvajes que, literalmente, caían á cada momento entre las patas de nuestras monturas.

Nuestros dos conductores conocían perfectamente la comarca; en el caso de que llegásemos á extraviarnos, teníamos siempre las colinas del Polliaar que dominaban la llanura como punto de mira, y confiando en la fuerza de nuestros dos elefantes, nada teníamos que temer ni de las panteras, ni de los tigres, ni de los búfalos. De todos modos, podíamos consagrarnos con confianza á una pacífica caza de patos y de cer-

vetas, en el centro mismo de los más pelagrosos animales de la creación.

Para no molestarnos mutuamente, nos separamos y mientras que sir John y el capitán, con Balaja, remontaban tranquilamente el curso del Polliaar, para intentar la sorpresa de algunos ciervos dormidos en las malezas, el mayor Daly y yo, con Rohini, tomamos la dirección de los pantanos, siguiendo una curva que debía conducirnos necesariamente al bengalow indígena.

No puede calcularse la cantidad de caza que se encuentra en estas soledades: así hicimos nosotros en aquellos pobres animales una matanza que nada tiene de ilsongera para un verdadero cazador. A cada instante nos decíamos: «¡bastante!» pero nuestros fusiles cargados dejaban escapar sus tiros á pesar nuestro y si no hubiera sido porque se aproximaba la noche, todas nuestras municiones se hubieran acabado.

El hombre es malo y no sabe contenerse jamás; apenas si la saciedad le satisface.

Como se aproximaba la hora del regreso y habíamos ya dejado descansar nuestros fusiles en un rincón del del haoudah, dimos á nuestro conductor la orden de volver á tomar el camino del campamento.

Después de media hora de marcha aun no habíamos llegado y, lo que era más grave, que en toda la extensión que abarcaban nuestras miradas no apercebíamos la torre de los rajahs, oculta sin duda por uno de los innumerables ramilletes de bambús que sembraban la llanura.

Las sombras aumentaban, el sol iba á desaparecer en el horizonte, los junglares tomaban ya extraños aspectos, los chacales comenzaban á mostrarse en la espesura, precursores de otros animales más terribles; algunos minutos más y ya no podíamos dar un solo paso; por temor á sepultarnos en los pantanos. ¿Íbamos á vernos condenados á pasar la noche en aquel paraje, sobre los lomos de Rohini?

La imprudencia que acabábamos de cometer no escuchando más que la voz del capricho del momento en la elección del camino que debíamos seguir iba á costarnos bastante cara. Y no podíamos culpar á nadie más que á nosotros mismos, porque, aunque el conductor había visto perfectamente que nos alejábamos del lugar de la cita, no debía advertirnoslo,

pues los servidores indios jamás dirigen la palabra á sus dueños si no son interrogados.

Apenas habíamos tenido tiempo el mayor y yo de comunicarnos nuestras impresiones, cuando sentimos estremecerse nuestra montura, y, antes de que hubiéramos podido darnos cuenta de lo que pasaba, Rohini, después de lanzar un espantoso mugido, se lanzó al galope con la trompa levantada, á través del junglar á pesar de los esfuerzos de su conductor para contenerlo.

«¡Un jaguar!» — exclamó Amondou. — Lo comprendimos todo; habiendo encontrado nuestro elefante á su más implacable enemigo, lo perseguía con un encarnizamiento que llegaba á la rabia. A treinta pasos de nosotros, en efecto, una masa negra, que la caída del día no nos permitía distinguir perfectamente, rebotaba por encima de las malezas y trataba de escapar á la terrible trompa que le amenazaba.

— Estamos perdidos — dije al mayor, — la caza va á terminar en el fondo de un pantano.

No había acabado de hacerse la predicción cuando ya estaba cumplida; nuestro elefante, de un salto, acababa de caer en medio de una hornaguera, tenía el cieno hasta el vientre. Comprendiendo el peligro, el inteligente animal hizo un esfuerzo desesperado y trató de ganar la otra orilla, al menos así lo creíamos, y asiendo con su trompa un haz de enormes bambús que encontró sobre el borde, intentó poner el pie sobre la tierra firme; pero fué en vano: no consiguió otra cosa que colocar sus dos patas delanteras sobre los troncos de los bambús y mantenerse fuertemente con ayuda de su trompa.

Un rápido examen de los lugares nos reveló la terrible situación en que nos encontrábamos; el manojito de bambús al cual se había engarfiado Rohini, estaba en el centro mismo de la hornaguera en que habíamos caído, y aquel frágil sostén no podía tardar en fallarnos, pues los enormes pies del elefante eran suficientes á desarraigar aquél en algunas horas.

Si no nos llegaba socorro alguno, estábamos infaliblemente perdidos. Toda la parte trasera de nuestro elefante se había sumergido en el barro, y si su robusta trompa hubiera abandonado los bambús, sin duda alguna que el animal hubiera desaparecido en la hornaguera. El conductor nos propuso una proba-

bilidad de salvación, pero nosotros la rechazamos con horror: se trataba de matar á Rohini de un tiro en el oído para hacerle aflojar el manojito aprisionado por su trompa é instalarnos en seguida sobre los troncos de los bambús, que desembarazados de los pies del elefante, hubieran ofrecido resistencia para sostenernos hasta el día.

En aquel momento vimos elevarse á unas dos millas de nosotros, á la izquierda, una llama intensísima. Era, sin duda alguna, una señal de sir John para guarnos en la noche. ¡Ah! No podíamos aprovecharla. Por todas partes chillaban los chacales, los ojos relucientes de las hienas fulguraban en las tinieblas y, sobre una espesura de arbustos, un makara (especie de buho) nos enviaba, á intervalos iguales, sus gritos plañideros.

¿Qué hacer? Estábamos todos asidos, agarrados al haoudah invertido, cuya mitad se hallaba enterrada en la hornaguera y sobre la cabeza de Rohini, quien, con la trompa arrollada alrededor de una docena de bambús, estaba tan firme, tan sólido como una roca. El fuego brillaba siempre con más vivos resplandores y los gritos de las bestias feroces formaban, en torno nuestro, un concierto que no cesaba.

Desde el comienzo de esta escena, Amondou quedó pensativo. Sin duda alguna mi nublado, recordando su infancia pasada en el interior del Africa, cuando acompañaba á las caravanas, y los peligros que había corrido y evitado, buscaba los medios de sacarnos de allí.

Después de lanzar una última mirada sobre el junglar, se inclinó hacia mí y me dijo:

— Los bambús comienzan á conmoverse, saëb.

— Así lo temo — le respondí.

— Antes de dos horas, los pies, solamente, de Rohini los habrán desarraigado y todos nosotros iremos al fondo del pantano... á menos que...

— Acaba...

— A menos que no sigamos el consejo del conductor.

— ¿Matar á nuestro bravo elefante?

— La vida de cuatro hombres excusa esta necesidad — dijo el mayor Daly pensativo.

— No recurramos á este horrible medio sino en último extremo, dije entonces. Me repugnaba deber mi vida á la de este pobre coloso, cuya increíble fuerza

nos sostenía en aquel momento encima del abismo.

—Pues bien—dijo Amondou;—voy á intentar salvarlos, como también á Rohini.

—¿Y cómo eso? dije vislumbrando una esperanza. Yo conocía á Amondou y le juzgaba capaz de las mayores abnegaciones.

—Si nos sacas de aquí sanos y salvos—dijo el mayor Daly,—á fe de inglés, te pondré en situación de no tener que servir á nadie como no sea por tu gusto.

—Escúchenme ustedes, saëbs—prosiguió mi fiel servidor.—Antes de que la noche se hiciera tan profunda como en este momento, yo he inspeccionado las orillas de la hornaguera á que este pobre Rohini nos ha lanzado sin quererlo y he podido convencirme, por la diferencia de la hierba, que de este lado, á nuestra izquierda, la orilla estaba distante de nosotros apenas unos treinta á cuarenta codos lo más. He aquí el proyecto que eso me ha sugerido. En la espesura de bambús que nos sirve de punto de apoyo en este momento, los hay que deben alcanzar ciertamente una altura de treinta á treinta y cinco codos. Voy á trepar á la punta del más grueso entre los que Rohini no ha asido con su trompa, apoyándome en los otros para no quebrarlo; en cuanto me encuentre en la punta, ustedes lo cortarán fácilmente con el hacha de las malezas que está en el haoudah; entonces, trepando á su extremidad, lo seguiré en su caída y no será más que un juego para mí llegar á tierra sin accidente. Veinte veces, en mi infancia, he atravesado así las riberas que la corriente no me permitía franquear á nado, cuando se trataba de llevar á la otra orilla el cabo de una cuerda de hilo de coco, que debía servir para establecer un puente para el paso de las caravanas.

—¿Pero si el bambú se quiebra bajo tus pies en la curva que va á describir al caer?—dije á Amondou.

—Que se haga la voluntad de Alah.

—¿Y si el bambú, aun no quebrándose, no alcanza á la otra orilla?

—En el momento en que el bambú se incline hacia el suelo, de un vigoroso empuje trataré de ganar la tierra firme; si no puedo conseguirlo... ¡que se cumpla la voluntad de Alah!... Matarán ustedes á Rohini para aguardar los socorros que no dejarán de llegar cuando el día permita explorar el campo.

Intenté disuadir á Amondou de su peligroso proyecto, proponiendo sacrificar en seguida al elefante; pero él rehusó rotundamente, y declaró que estaba seguro del éxito si el bambú no llegaba á romperse en el momento en que, inclinándose para caer, tuviera que soportar todo el peso de su cuerpo. Una vez en tierra, guiado por el fuego, se dirigiría al bengalaw, teniendo cuidado de señalar su camino con ramas de arbustos quebradas, y volvería rápidamente con socorros.

Yo vacilaba aún.

—Si yo disparara dos tiros—dije,—eso podría indicar nuestra dirección.

—Si—me respondió el mayor,—pero eso no nos daría el medio de reunirnos. ¡Ah, si tuviéramos un fanal.

—¿Y si hiciésemos un puente con los bambús que nos rodean?

—¡Oh, saëb!—me dijo gravemente Amondou—estamos perdiendo mucho tiempo en la rebusca de medios inútiles. Si tenemos á nuestra disposición cuatro ó cinco bambús, eso es todo lo más; los demás los tiene asidos Rohini, quien no los dejará, y eso no es bastante para construir un puente que pueda soportarnos.

En sentido vertical los bambús tienen alguna resistencia; horizontalmente se rompen al menor peso con que se les carga. Nos soportarían, aunque ignoramos si son bastante largos para que su extremidad pueda establecerse sólidamente sobre tierra firme; y, aun en ese caso, sería preciso que yo pasara á la otra orilla para asegurar y sujetar los bambús. Eso no es practicable saëb.

El tiempo corría; era preciso realizar el proyecto de Amondou.

Con la agilidad de un gato, el bravo nublo trepó á lo largo de los bambús, después de indicarnos el que escogía, y llegado á la punta nos gritó, sirviéndose de un término de marina y sin que su voz denunciara la menor emoción:

—¡Largad todo!

En cinco ó seis golpes de hacha el bambú fué troncado por el pie y, sintiéndose libre Amondou, dejó la espesura, á la cual se agarraba, y se lanzó al espacio.

¡Qué punzante ansiedad oprimió nuestros corazones durante los cuatro ó cinco segundos que transcurrie-

ron desde la marcha hasta la caída! No podíamos distinguir nada, pero el ruido de un cuerpo al caer en las malezas nos dio á entender que el fiel servidor no se había engañado en sus cálculos.

Al levantarse, Amondou gritó:

—Alah es grande, estamos salvados.

—Ten cuidado con los pantanos y con los jaguares —le gritó el mayor.

—No teman ustedes, saóbs; he nacido en los pantanos de la baja Nubia—respondió él.

Apenas hubo dicho estas palabras, oímos el frotamiento de las malezas por entre las que se abría paso. El fuego brillaba siempre con la más viva claridad en la dirección de la torre de los rajahs.

Durante cuatro ó cinco minutos todavía, apercibimos el ruido que hacía Amondou abriéndose paso á través del junglar. Después todo volvió á caer en el silencio, si así puede llamarse á los gritos discordantes, á los chillidos y aullidos de las fieras que nos llegaban de todas partes.

Una hora, un siglo transcurrió en esta ansiedad. En vano interrogábamos al fuego que continuaba ardiendo para intentar recoger algunas señales favorables; nada venía á asegurarnos, á mantener nuestra esperanza. Nuestro elefante, siempre inmóvil, comenzaba, sin embargo, á estremecerse un poco. ¿Es que llegaban al fin sus fuerzas? El conductor nos aseguró que el coloso expresaba así á su manera la cólera al sentir vagar en torno suyo las hienas y los chacales que ordinariamente no se atreven á aproximarse.

De pronto, dos tiros de fusil se hicieron oír en la lejanía. Amondou había llegado felizmente á la torre de los rajahs... Temblando de emoción, respondimos de la misma manera á la señal. Hasta aquel momento no nos habíamos atrevido á servirnos de nuestras armas de fuego para indicar nuestra situación á sir John, por temor á que le ocurriera el mismo accidente que á nosotros en una requisita á la aventura y sin guía.

A partir de ese momento pudimos seguir todas las peripecias de nuestro salvamento. En efecto, distinguimos pronto en el junglar una serie de antorchas dirigirse hacia nosotros, juzgando por su movimiento, que eran llevadas en los lomos de los elefantes. Contamos, y había nueve; toda la tropa acudía á nuestro socorro. En menos de media hora, Amondou á la cabeza, sir

John, el capitán Elphinston y toda la cuadrilla de los nilmakarheia estaban sobre las orillas de la hornaguera que habría podido convertirse en nuestra tumba. Ya era tiempo, porque el manojo de bambús comenzaba á inclinarse. Cuando Rohini apercibió á sus camaradas, púsose á mugir de gozo; los recién llegados le respondieron y fué aquel, durante algunos minutos, el más aturdidor de los conciertos.

—Les creía ya perdidos sin remisión—nos gritó sir John.

Y, de hecho, no habíamos escapado á la muerte más que por un milagro.

Fué obra de un instante el sacarnos de allí. Un cocotero, cortado junto al bengalow y llevado en las espaldas de un elefante, nos sirvió de puente natural que nosotros nos apresuramos en atravesar, y, al tocar tierra, recibimos un vigoroso *shake-hand* de sir John y de su amigo.

El salvamento de Rohini exigía más trabajo. Sirviendo de punto de apoyo el tronco del cocotero, nos apresuramos todos á amontonar ramas de árboles, malezas, piezas, todo cuanto el lodo quiso engullir; de esta manera, se pudo hacer un camino artificial al coloso, quien, de un vigoroso empuje, teniendo para ayudar sus esfuerzos una enorme cuerda de hilo de coco retenida en la otra orilla por dos elefantes, consiguió salir de la ciénaga y ganar la tierra firme.

Todo el honor de este proyecto tan bien ejecutado, pertenecía á Amondou; su sangre fría y su valor nos habian salvado. Después de separarse de nosotros, había empleado más de una hora en llegar al campamento, guiado por el fuego que sir John había hecho encender.

Pero no bastaba el ir; era necesario volver, y el bravo nubio se había ocupado con un particularísimo cuidado de indicar bien su camino, haciendo á cada diez pasos, con ramas de árboles y piedras, una señal fácil de reconocer.

Nosotros habíamos estado, cerca de cinco horas, en aquella espantosa posición.

Calcúlese si la comida que nos esperaba en la torre de los rajahs fué recibida con placer y si, al abrigo de las paredes del bengalow, guardadas por nuestros elefantes, acabaríamos con quietud en nuestras hamacas aquella noche comenzada bajo tan terribles auspicios.

Al punto del día, nos pusimos en marcha para regresar á Kattlar y dejando detrás de nosotros á los nilmakarheias con los elefantes capturados y el convoy de la caza, sin ningún retardo, no deteniéndonos en Chetty-Colom, llegamos por la noche á casa de sir John.

Estos accidentes en las hornagueras de los junglas de Ceylán y sobre todo en los pantanos de los saunderbunds del Ganges, son de los más frecuentes y no terminan todos tan felizmente. Si pocas gentes son víctimas, es que el número de viajeros verdaderamente dignos de este nombre, recorriendo la India á pie, la carabina á la espalda, con dos criados y una carreta de bueyes, es muy escaso; pero la cantidad de bestias feroces, de ganados y de indios que engullen esas ciénagas disimuladas bajo un hierba verde y espesa, que les da aspecto de praderas, es incalculable.

Durante mis viajes en los largos años que he habitado en estas comarcas, he estado cinco ó seis veces en serio peligro de muerte y siempre ha sido por estas hornagueras.

Después de un reposo de veinticuatro horas, di orden á Amondou y al vindicara de hacer sus preparativos de marcha, pues el tiempo apresuraba y la época en que debía encontrarme en Pondichery estaba tan próxima, que tomé la resolución de no detenerme más que para la comida y el descanso, de Trinquemalé á Jaffnapatnam.

Al pedir licencia á sir John y á su simpática familia, mi amable huésped quiso regalarme el elefante joven que habíamos capturado y á quien las jóvenes miss Hastley habían tomado ya bajo su protección. Lo agradece, no queriendo tener la crueldad de arrebatárselo á aquellas apreciables señoritas.

Amondou recibió del mayor Daly, que cumplió realmente su promesa, una letra de 500 libras esterlinas sobre el Agra-Bank de Calcutta (12,500 francos); el bravo muchacho podía retornar á Aden ó á las llanuras de la Nubia: ya tenía con qué vivir en cualquiera de los dos países hasta el fin de sus días.

Al día siguiente, á la salida del sol, por los cuidados de sir John y para evitarme el tener que dar la vuelta á la inmensa bahía de Tamblegam, una canoa me transportó á Velloor, frente á Kattlar. Mi carreta de bueyes, Amondou y el vindicara hicieron el mismo

trayecto en una almadía y después de una etapa insignificante de algunas millas, llegamos á Trinquemalé. Los alrededores de esta villa abundan en parajes encantadores y pintorescos y están animados por una infinidad de *cottages* pertenecientes á los funcionarios y oficiales ingleses de la estación.

Trinquemalé posee el mayor y el más abrigado de todos los puertos conocidos; el estrecho que le da acceso no permite pasar á dos navios de frente, y todas las flotas del mundo podrían evolucionar en su dársena.

El día en que Inglaterra tenga que sostener una lucha gigantesca por su imperio de las Indias, tal vez sea este puerto, en el que hace tantos años viene almacenando municiones y alimentos de toda especie, el que la salvará.

Cuarenta y cinco leguas próximamente separan á Trinquemalé de Jaffnapatnam, á donde conduce un camino que así se engolfa en el interior, por Nillavelé y el lago Padwiel, como se aproxima á la costa para unir, en el distrito de Kary-Kotoé Mollé, los dos fuertes de Kokelay y de Mollétivoé, situados al fondo de las dos bahías del mismo nombre, que forman dos puertos, más anchos de entrada, menos seguros, pero casi tan grandes como el de Trinquemalé.

Este camino, obra de los antiguos rajahs que habían cubierto esta magnífica isla de calzadas, lagos artificiales y canales de riego, está bastante bien conservado por los ingleses. Se encuentra bordado de árboles seculares, cuya frondosidad, formando bóveda sobre nuestras cabezas, nos permitió continuar la expedición aun en las horas en que el calor obliga ordinariamente á entregarse á la siesta.

A pesar de eso, empleamos catorce días en llegar á Jaffnapatnam, capital de la provincia y de la península de este nombre, detenidos á cada instante, sobre todo en los alrededores del lago Padwiel, por inundaciones parciales y corrientes de agua en las que no era fácil hallar un vado.

La provincia del Norte es de las más interesantes para visitada: habitada casi enteramente por indios de raza malabar que han absorbido al elemento autóctono ó indígena, ofrece al estudio una variedad de rasgos y de costumbres tan extrañas como curiosas. Así, con el más vivo pesar me vi obligado á abando-

nar á Ceylán sin haber podido visitar en detalle las provincias de Towansé, Kornavellépatóe y los ricos distritos de la península; pero me prometí ir á reparar este vacío en los primeros días de licencia que disfrutase.

Había atravesado esta hermosa isla por Punta de Gales, el pico de Adam, Kandy, las mesetas del interior, Tamblegam, Trinquomalé y Jaffnapatnam; me faltaba para completar mis estudios sobre Ceylán, recorrer la península del Norte y los distritos que no había hecho más que entrever, así como las costas Noroeste por la isla de Manaar, Anouradhapoor, en el interior, la vieja capital de los rajahs de la primera raza y las ricas provincias que la rodean, después de ganar á Colombo, Negombo, Galle, Matoura, Kattragam, la provincia de las viejas pagodas y todas las comarcas del Sursureste, cubiertas de inmensas é impenetrables selvas, asilo de boas gigantes, inexpugnables guaridas de elefantes salvajes que los nilmakarhelas cazan constantemente para exportarlos al interior del Indostán, á Singapoer y hasta á Java y á Borneo.

Mi prolongada estancia en Kaltna y en las otras estancias no me permitían siquiera una última detención de cuarenta y ocho horas; imperiosos deberes, cuyo cumplimiento no podía retardar por más tiempo, me llamaban á Pondichéry.

Apenas llegado á Jaffnapatnam, alquilé una embarcación choulah, con sus remeros para caso de calma chicha, y después de haber vendido mi carreta de bueyes y pagado á Ramassamy el vindicara, embarcaba con Amondou, algunas horas antes de la calda del día, en el *Pratissoury* (el más hermoso bajo el sol), patrón Tanapassary, quien largando su gran vela goleta á la brisa que todas las tardes se levanta del lado del golfo de Bengala, dobló en algunas horas el paso de Kare y puso la proa sobre Négapatam, villa bastante importante del Karnatic, en la costa del Indostán, á la que deseaba abordar. Veinticinco á treinta horas de navegación, según el viento, debían salvar la distancia.

Sentados en la popa de la pequeña embarcación, cerca del timonel cyngalés que dirigía la marcha, los ojos fijos sobre las costas de esta isla admirable que huían en el horizonte iluminadas por los últimos ra-

yos del sol poniente, no pude contener una profunda pena pensando en los cuatro meses que acababa de pasar en aquella comarca en que la naturaleza parece sobrepujar todas sus riquezas, su más lujuriente vegetación, sus parajes más grandiosos y pintorescos, sus bellezas más singulares.

Á la hora en que la antigua Taprobane, la maravillosa Lanka, que los viejos poemas indios cantaban hace ya veinte mil años, comenzó á desaparecer en la bruma del poniente, la saludé con la mano, diciéndola: ¡*Hasta la vista!*

La brisa había refrescado con la llegada de la noche; los marineros malabares levantaban una barrera para aprovecharla, cantando en un tono nasal el estribillo de una balada popular:

Ingué va
Ingué po
Teriman, teriman, illé
Samy comprenega.

«Ven aquí, ven allá abajo, comprendas ó no comprendas, es siempre Dios el que te guía.»
Acurrucado en un rincón, Amondou lloraba.

FIN

COLECCIÓN REGENTE

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

DE CARNE Y HUESO, por Eduardo Zamacois.
LA CONFESION DE CAROLINA, por Arsenio Houssaye.
PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.
UNA NOCHE DE CLEOPATRA, por Teófilo Gautier.
LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique Gómez Carrillo.
LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.
INCESTO, por Eduardo Zamacois.
UN CORAZON SENCILLO, por Gustavo Flaubert.
MARGARITA, por Arsenio Houssaye.
MAGDALENA FERAT, por Emilio Zola (2 tomos).
LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Enrique Murger.
PUNTO-NEGRO, por Eduardo Zamacois (2 tomos).
LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
FELICIDAD, por Emilio Zola.
MAGDALENA, por Julio Sandeau.
DOS MUJERES, por Adolfo Belot.
L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), por Emilio Zola (tres tomos).
NANA, por Emilio Zola (3 tomos).
LOS AMORES DE OLIVERIO, por Enrique Murger.
CRUELDADES DEL AMOR, por Mme. Judit Gautier.

LOS AMORES DE CLOTILDE, por Armando Palacio Valdés.
DOÑA SIRENA, por Enrique Murger.
QUO VADIS? (LA CORTE DE NERÓN), por Enrique Sienkiewicz (2 tomos).
LA VIUDA, por Octavio Feuillet.
EL PADRE GORIOT, por Honorato de Balzac (dos tomos).
UN LANCE DE AMOR, por Alejandro Dumas.
ALMA DE NIÑA, por H. Dostoiewsky.
LA VALIENTE, por Julio Sandeau.
LOS TRES RETRATOS, por Ivan Tourgueneff.
HISTORIA DE UNA PARISINA, por Octavio Feuillet.
LA NOCHE DE NOVIOS, por la Condesa Dash (dos tomos).
FEDERICO Y BERNERETA, por Alfredo de Musset.
FERNANDO, por Julio Sandeau.
VIUDA Y VIRGEN, por Alejo Bouvier (2 tomos).
LA CONDESITA, por Octavio Feuillet.
UNA MUJER DE MUNDO, por Joaquin Dicenta.
LA NECESIDAD DE AMAR, por Paul Alexis.
LA CORTE DE NAPOLEÓN.
HORAS CRUELES, por Eduardo Zamacois.
IMITACIONES, por el Conde León Tolstoi.
CYRANO DE BERGERAC.
FORTUNIO, por Teófilo Gautier.
EL ILUSTRE GAUDISSERT, por Honorato de Balzac.
ZAZA.
LA QUE ME QUIERE, por Emilio Zola.
EL PRINCIPE NEKLIUDOFF, por el conde León Tolstoi.

